

*L*aissez  
faire!

Johan Norberg

EN DEFENSA  
DEL CAPITALISMO  
GLOBAL

---

*Segunda edición*



*Unión Editorial*

Johan Norberg

En defensa del Capitalismo Global

*Segunda edición*



*Unión Editorial*

© 2001 JOHAN NORBERG Y TIMBRO/SFN

www.timbro.com  
www.johannorberg.net

Publicado originariamente en sueco en 2001 con el título:

*Till Varldskapitalismens Forsvar* (Estocolmo, 2001)

Traducido de de la 2.<sup>a</sup> edición sueca (2002)

por JOAQUÍN MOYA

ISBN (ebook): 978-84-7209-511-3  
ISBN (página libro): 978-84-7209-469-7

© 2005 edición en español:  
UNIÓN EDITORIAL, S.A.

© 2009 UNIÓN EDITORIAL, S.A. (2.<sup>a</sup> edición)

c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid

Tel.: 913 500 228 • Fax: 911 812 212

Correo: info@unioneditorial.net

www.unioneditorial.net

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL.

## Prólogo<sup>[\*]</sup>

¡Nuestro partido anarquista se impuso en las elecciones escolares!

Fue en otoño de 1988, en mi antiguo instituto de bachillerato, el Hässelbystrand. Cada vez que se convocaban elecciones al parlamento sueco, en nuestro instituto teníamos la costumbre de votar paralelamente, como diversión, en las «elecciones escolares». Claro que mi mejor amigo, Markus, y yo no creíamos en el sistema. En nuestra opinión, las elecciones por mayoría eran como dos lobos y un cordero poniéndose de acuerdo sobre qué cenar por la noche. El centro quería que escogiésemos a nuestros «gobernantes» entre los propios alumnos, pero nuestro deseo era gobernar sobre nuestras propias vidas.

En cierta manera, teníamos la sensación de ser diferentes. En noveno de primaria, solía escuchar música sintética y rock siniestro, a ser posible, ataviado de negro y con el pelo en tupé. Nuestras aficiones eran oír música y leer libros, mientras que los demás parecían más preocupados por tener los últimos artículos de moda y por encajar en el sistema. Para nosotros, la derecha era una clase elitista, la que tenía el poder establecido, opuesta a todo lo que se saliera de la norma. Al mismo tiempo, tampoco nos sentíamos de izquierda, porque ésta representaba para nosotros la gris burocracia estatal y el pensamiento único. Aunque nos gustaban el cantante punk sueco Thåström y Sisters of Mercy, lo nuestro era el «imagínate que no hubiera países...» de John Lennon. Los estados nacionales estaban condenados a desaparecer y los hombres podrían moverse libremente por el mundo y trabajar codo con codo más allá de sus fronteras. Queríamos un mundo sin opresión, sin clases dominantes. Así que la conclusión se antojaba obvia: No éramos de derechas ni de izquierdas, ni conservadores ni socialdemócratas. ¡Éramos anarquistas!

Eso fue lo que nos llevó a crear el Frente Anarquista y a presentarnos a las elecciones escolares con un programa radical y rebotante de buen humor. Empapelamos las paredes del centro con mensajes tales como «¿Quiénes quieres que decidan sobre tu vida? ¿Tú o los diputados?» Exigíamos la abolición del estado y la anulación de la prohibición de pasear en bicicleta

por el patio de la escuela. A la mayoría de los profesores no les hacía ninguna gracia nuestra idea y nos acusaban de convertir las elecciones en una farsa, pero, a nuestro juicio, sólo nos limitábamos a elevar nuestras voces en un sentido puramente democrático. Incluso fuimos convocados al despacho del director, que nos echó una bronca, lo cual sólo sirvió para reforzar nuestra rebeldía.

Obtuvimos un éxito rotundo en las elecciones. Tras una dura campaña, conseguimos nuestro 25% de votos. Los *sociatas* quedaron segundos, con un 19%. No cabíamos en nosotros de alegría y estábamos convencidos de que nuestra victoria marcaría el comienzo de algo grande...

De eso hace trece años. Desde entonces hasta ahora he cambiado de opinión en una serie de cuestiones. He comprendido que los planteamientos sobre el ser humano, la sociedad y la libertad son más complejos de lo que creía. Existen demasiados aspectos y problemas como para poder resolver todo mediante drásticas utopías. He caído en la cuenta de que precisamos de un estado para proteger las libertades e impedir que los poderosos opriman a los individuos, y he llegado a la conclusión de que la democracia representativa es el mejor de los sistemas en lo que se refiere, precisamente, a la defensa de los derechos individuales. He comprendido que la sociedad industrial moderna, de la que tanto recelaba, es la que ha hecho posible que se hayan alcanzado extraordinarios niveles de bienestar y amplias libertades. Pero mi afán de libertad sigue siendo básicamente el mismo que durante esa estupenda «campaña electoral» de 1988: deseo la libertad para el género humano, que nadie someta a nadie, que los estados no coarten ni excluyan a las personas, ni mediante aranceles ni con fronteras.

Ésos son los motivos que me han llevado a ser un ferviente partidario de lo que se denomina, quizá de manera algo estéril, «globalización», un proceso de superación progresiva de fronteras por parte de las personas, los medios de comunicación, las transacciones comerciales, las inversiones, la democracia y la economía de mercado. La mundialización nos libera de las limitaciones concebidas por los cartógrafos.

Todo el poder político siempre ha sido local, esto es, se ha fundamentado en el control físico dentro de una zona concreta. La globalización nos permite elevarnos sobre esas limitaciones territoriales, viajando, haciendo negocios o invirtiendo más allá de nuestras fronteras. Gracias a la reducción del coste de los transportes, se han multiplicado las posibilidades de escoger otras

soluciones y alternativas en países diferentes al tuyo. También nos hemos beneficiado de medios de comunicación nuevos y más efectivos, y el comercio y los flujos de capital se han liberalizado.

Ya no estamos obligados a comprar a la gran compañía local, puesto que podemos comerciar con un competidor extranjero. Ya no necesitamos trabajar para el único patrono del pueblo, dado que existen opciones alternativas. Ya no tenemos por qué conformarnos con la oferta cultural local, sino que podemos participar de la cultura global. Ya podemos evitar, si lo deseamos, vivir siempre en un mismo sitio; tenemos la opción de viajar y mudarnos. Ello resulta ante todo en una liberalización de nuestra forma de pensar. Ya no nos conformamos con la rutina local, sino que podemos elegir de forma activa y escoger con libertad. Las empresas, políticos y organizaciones deben esforzarse por despertar nuestro interés y recabar nuestro apoyo, conscientes de la vertiginosa diversidad de alternativas que existen actualmente en nuestro ancho mundo. Nuestra capacidad de decisión sobre nuestras propias vidas es cada vez mayor y nuestro nivel de bienestar se incrementa con un mayor abanico de posibilidades.

Por eso considero descorazonador que unas personas que se autodenominan anarquistas puedan implicarse hoy en día en combatir la globalización. ¡En contra, no a favor! Anarquistas que piden más prohibiciones y controles, que arrojan tartas o piedras contra aquellos que defienden otros valores. Anarquistas que exigen al estado que recupere el control sobre aquellas personas y empresas que no ven las fronteras nacionales como su límite de acción. Constituyen una burla del concepto de la libertad. En la feliz época de nuestro Frente Anarquista, pensábamos que ese tipo de individuos no tenían nada que ver con el anarquismo y, con el reducido vocabulario de adolescentes que empleábamos, los denominábamos, simplemente, fascistas.

Sin embargo, ésta es sólo la cola violenta de una corriente crítica antiglobalizadora más amplia. En los últimos años se han alzado un mayor número de voces acusando a esa nueva libertad, a ese nuevo internacionalismo, de haber ido demasiado lejos y de «hipercapitalismo». El movimiento de protesta contra el capitalismo se dice radical y defensor de nuevas e ilusionantes ideas. Pero sus planteamientos reales se aproximan mucho más al rechazo tradicional de los mercados y el comercio libre que siempre ha partido de los gobernantes nacionales. Son muchos los que temen

que las personas globalizadas adquirieran mayores cotas de poder a costa de la política: regímenes autoritarios en países del Tercer Mundo y mandatarios de la Unión Europea, asociaciones de agricultores y compañías monopolísticas, intelectuales conservadores y nuevos movimientos de izquierda. A todos ellos los une una visión de la globalización como un monstruo totalmente fuera de control. Un monstruo que debe ser cazado y domado.

Buena parte de sus críticas contra la globalización se centra en presentarla como un fenómeno de enormes dimensiones y amenazador. A menudo no se basan en argumentos razonados, sino en simples constataciones como, por ejemplo, que 51 de las 100 principales economías del mundo son empresas, o que en los mercados financieros se mueven al día 1,5 billones de dólares. Como si el tamaño en sí fuera aterrador y peligroso. Eso es matemáticas, no razonamientos. Aún no han demostrado que la existencia de grandes empresas o de importantes flujos de capital sea un hecho negativo en sí mismo, algo que con frecuencia olvidan hacer. Con este libro pretendo ofrecer argumentos que apoyan la tesis contraria: mientras dispongamos de libertad para elegir y descartar, no debe suponer un problema la existencia de determinadas colaboraciones de carácter voluntario con un éxito tal que las haga adquirir grandes proporciones.

Basados en esas cifras y en la abstracta etiqueta de «globalización» —un término que, por cierto, parece tener poco más 10 años de vida— se recrea la imagen de una fuerza anónima, ladina y evasiva. Justo por ese motivo, por regirse por las actuaciones individuales de los habitantes de los diferentes continentes, no en virtud de un poder centralizado, es por lo que se manifiesta de forma incontrolada y caótica. «Carece de oficina principal, de consejo de administración y de comité de control», reprocha un crítico.<sup>[1]</sup> Muchos se declaran impotentes ante la globalización, pero no es nada extraño sentirse impotente ante las decisiones descentralizadas de millones de seres humanos. Si otras personas tienen libertad para decidir sobre sus vidas, nosotros no ejerceremos ese poder sobre ellos, pero a cambio podremos moldear nuestros destinos como nunca habíamos tenido la oportunidad de hacerlo anteriormente. Ese tipo de «impotencia» me parece positiva. Nadie lleva el timón de mando, porque estamos todos dirigiendo el barco.

Internet se anquilosaría si no enviáramos a diario mensajes electrónicos, encargáramos libros o nos bajáramos música a través de esta red informática

de ámbito mundial. Ninguna empresa importaría artículos del extranjero si no los solicitáramos y nadie invertiría dinero al otro lado de sus fronteras si allí no hubiera empresarios dispuestos a invertir para satisfacer la demanda de los clientes. La globalización la conforman nuestros actos cotidianos. Comemos plátanos de Ecuador, bebemos té de Ceilán, vemos películas norteamericanas, encargamos libros de Inglaterra, trabajamos en empresas que exportan a Alemania y Rusia, pasamos las vacaciones en Tailandia y ahorramos para nuestra jubilación en fondos que invierten en Sudamérica y Asia. Tiene que haber gestoras financieras que canalicen los recursos y compañías que transporten los productos entre los diferentes países, pero esto sólo es así porque nosotros lo demandamos. La globalización es un fenómeno que parte desde abajo, por mucho que los políticos se apresuren a encuadrarse bajo todo tipo de siglas imaginables (UE, FMI, BM, ONU, UNCTAD, OCDE) a fin de articularla.

Ciertamente resulta difícil estar siempre al tanto del curso de los acontecimientos, en especial para los intelectuales, acostumbrados como están a estructurar y a tener bajo control la situación. En un libro sobre el poeta e historiador sueco del siglo XIX Erik Gustaf Geijer, su autor, Anders Ehnmark, sostiene casi con envidia que Geijer podía, desde su retiro en la ciudad de Upsala, mantenerse al tanto de los sucesos más importantes de la actualidad mundial con sólo leer la *Edinburgh Review* y la *Quarterly Review*.

[2] Así de simple y comprensible puede ser el mundo cuando una pequeña élite en las principales ciudades europeas adquiere un papel relevante sobre todo lo que ocurre. De la misma manera, la situación puede antojarse fabulosamente compleja y desconcertante cuando los otros continentes despiertan ahora de su letargo, y en una época en que incluso las decisiones del ciudadano de a pie pueden influir en la evolución de los acontecimientos.

Claro está que no todo el mundo puede formar parte de la *jet-set* global. Pero ello no es necesario para participar en el proceso de mundialización. Las personas sin recursos ni poder de decisión, en particular, son los principales beneficiarios potenciales de la eventual supresión de los aranceles que impiden el acceso de productos más baratos y de inversiones extranjeras, lo cual genera puestos de trabajo e incrementa la productividad. Para aquellos individuos que se han quedado en su localidad de origen resulta especialmente provechosa la posibilidad de que la información fluya a través



de las fronteras y la opción de poder escoger libremente a sus representantes políticos. No obstante, se requiere para ello mucho más que reformas democratizadoras y desregulaciones económicas.

Posiblemente suene banal la exigencia de mayores cotas de libertad a la hora de elegir o abstenerse. Pero no lo es, aunque pueda comprender esa objeción. A nosotros, los ciudadanos del mundo próspero, nos puede parecer un lujo la posibilidad de elegir más allá del ámbito local. Se diga lo que se diga de nuestra horchata o de la televisión basura, éstas no son verdaderamente insoportables. Desde luego, la horchata no. Lo que sí son insoportables son las condiciones de vida de las que redime la globalización a los habitantes del Tercer Mundo. La existencia de los más desfavorecidos se desarrolla en medio de la miseria más absoluta, entre la inmundicia, la inopia y la impotencia, en la preocupación de poder conseguir algo que llevarse a la boca ese día o de que el agua, que se ha de buscar a muchos kilómetros de distancia, sea potable o, por lo menos, no te mate.

Cuando la globalización llama a la puerta del anciano campesino paria Bhagant, en Saijani, la aldea india de la que es originario, se abandona el adobe y las casas empiezan a edificarse de ladrillo, las personas pueden comprarse zapatos y ponerse ropa limpia y sin rotos. Las calles ahora tienen desagües y el pueblo ya no apesta a despojos, sino que huele a tierra. Hace 30 años, Bhagant no sabía que vivía en la India. Ahora está al tanto de las noticias internacionales gracias a la televisión.<sup>[3]</sup> Con la recientemente adquirida libertad de elección, los campesinos ya no están obligados a trabajar para los únicos patronos de la aldea, los poderosos propietarios de tierras. Al conseguir un trabajo fuera del hogar, las mujeres adquieren mayores cotas de poder, también dentro de sus respectivas familias. Los nuevos mercados de capital hacen posible que los hijos de Bhagant consigan créditos sin tener que recurrir a los usureros, que se cobraban el préstamo con el fruto de su futuro trabajo. La esclavización económica que sometía a toda la aldea desaparece con la posibilidad de acudir a diferentes bancos para solicitar un crédito.

En la generación de Bhagant todos eran analfabetos. En la de sus hijos, algunos tuvieron la oportunidad de ir a la escuela. En la generación de sus nietos, *todos* han recibido educación. Bhagant considera que las cosas han ido a mejor. Se han incrementado los niveles de libertad y bienestar. El gran

problema ahora son los hijos. Cuando Bhagant era joven, los niños obedecían y ayudaban en casa. Ahora son fastidiosamente independientes y disponen de ingresos propios. Ciertamente este hecho puede resultar «fastidioso», pero nada comparable al riesgo de ver morir a tus hijos o de tenerlos que vender a un usurero.

La posición que adoptemos usted, yo y los demás habitantes de nuestro privilegiado mundo en relación al tema de la globalización puede resultar decisiva para que un mayor número de personas se beneficien de un proceso de desarrollo como el experimentado en la aldea de Bhagant. O bien que ocurra todo lo contrario...

\* \* \*

Los críticos de la globalización a menudo resaltan el carácter amenazador de la internacionalización económica insinuando que, detrás de ella, se esconde una finalidad predeterminada, a saber, que ha sido pergeñada por fundamentalistas ideológicos sin interés alguno por la adecuación del mapa con el terreno. Se intenta vender la imagen de un conjunto de maleantes neoliberales planificando sibilinamente cómo hacerse con el control del mundo con ayuda del capitalismo. Encontramos, por ejemplo, a teóricos políticos como John Gray, que describe la difusión de las políticas de libre mercado como un golpe de estado virtual orquestado por ideólogos «radicales» que han conseguido «infiltrarse» en el gobierno. «El objetivo de esta revolución —según Gray— es separar irreversiblemente la política neoliberal de la responsabilidad democrática en el ámbito de la política.»<sup>[4]</sup> Algunos analistas —como Robert Kuttner, director de *The American Prospect*, y el economista Joseph Stiglitz— llegan a caracterizar la defensa de los ideales liberales como una especie de culto cuasirreligioso al que denominan «fundamentalismo de mercado».

Sin embargo, la desregulación, la privatización y la liberalización comercial no son conceptos inventados por ideólogos ultraliberales. Ciertamente hay casos de dirigentes inspirados por planteamientos económicamente liberales, como Reagan o Thatcher, pero los principales reformadores que han hecho posible que hoy hablemos de la mundialización del capitalismo son los comunistas chinos y los soviéticos, los proteccionistas latinoamericanos y los nacionalistas asiáticos. En muchos países europeos la

socialdemocracia ha sido un factor determinante en este proceso. La idea de una conspiración ultraliberal como origen de una terapia de choque revolucionaria es simplemente errónea. Ha sido un conjunto de políticos pragmáticos y, con frecuencia, antiliberales que han considerado que sus respectivos países se han excedido en su afán de control y que, por esa razón, han comenzado a liberalizar sus economías. La idea de la supremacía del capitalismo liberal debe matizarse asimismo con la constatación de que, probablemente, nunca antes en los países del mundo ha habido sectores públicos tan voluminosos ni una presión fiscal tan elevada como en nuestros días. Los procesos de liberalización emprendidos han tenido como fin erradicar una serie de excesos centralizadores de carácter muy puntual, no la introducción de una política de *laissez faire*. Dado que la «retirada» de los dirigentes se ha producido siempre de acuerdo con sus propios términos y al ritmo decidido por ellos, cabría también preguntarse si este proceso realmente ha ido demasiado lejos o, siquiera, lo suficientemente.

Cuando hablo de defensa del capitalismo, entiendo por éste la libertad capitalista de actuar y de experimentar distintas soluciones sin necesidad de encomendarse a mandatarios ni controladores fronterizos. Se trata básicamente del mismo tipo de libertad que en el pasado pensé que podría proporcionar el anarquismo, pero bajo el arbitrio de leyes que aseguren que la libertad de un individuo no atente contra la de los demás. Yo quiero este tipo de libertad en abundancia... y para todo el mundo. Si los detractores del capitalismo argumentan que ya, hoy en día, tenemos muchísima, yo quiero aún más, hipermuchísima, si es posible. En especial para los más desfavorecidos del planeta, cuya capacidad de decisión sobre su trabajo y nivel de consumo en la actualidad es bastante reducida. Por todo ello no dudo en tildar este libro de «defensa del capitalismo global», aunque dicho capitalismo global sea más una posibilidad futura que un sistema real ya existente.

Al utilizar el término «capitalismo» no me refiero específicamente a un sistema económico basado en la propiedad del capital y las opciones de inversión —elementos que también pueden estar presentes en una economía planificada—, sino a una economía liberal de mercado, con una libre competencia fundamentada en el derecho a gestionar la propiedad y en la libertad a la hora de mercadear, cerrar negocios o emprender operaciones comerciales. En pocas palabras, lo que defiendo es la libertad individual en el

ámbito de la economía. Los capitalistas se vuelven peligrosos al *no* actuar de forma capitalista, es decir, cuando se alían con el estado. Si el estado sigue un modelo dictatorial, las empresas pueden contribuir incluso a las violaciones de los derechos humanos, como es el caso de algunas compañías petroleras occidentales en África. Tampoco los supuestos capitalistas que se afanan por conseguir prebendas y privilegios en los corredores del poder son «capitalistas» en este sentido del término, sino todo lo contrario: una amenaza contra el libre mercado que debe ser criticada y combatida. A menudo las empresas quieren hacer política y los políticos negocios. Esto no es economía de mercado, sino economía «mixta», en la que empresarios y políticos confunden sus respectivos papeles. El libre capitalismo es un sistema en el que los dirigentes aplican una política liberal y los empresarios gestionan sus negocios.

Me gustaría apuntar algo más en relación a mi defensa del capitalismo. En el fondo no es en el capitalismo o la globalización en lo que creo. No son los sistemas ni los cuerpos normativos los que generan todos los elementos de prosperidad, las innovaciones, las comunidades de intereses ni la cultura que observamos a nuestro alrededor. Son las personas las que hacen todo esto posible. Creo en el potencial del Hombre para crear grandes obras y en la fuerza que generan los encuentros e intercambios. Si propugno una mayor libertad y un mundo más abierto, no es porque juzgue que un sistema sea más eficaz que otro, sino porque considero que éste proporciona un entorno que permite liberar la creatividad humana mejor que ningún otro, que fomenta un dinamismo que ha llevado a la consecución de avances sociales, económicos, científicos y tecnológicos, y que continuará haciéndolo. Creer en el capitalismo no es creer en el crecimiento, la economía y la efectividad. Por muy apetecibles que puedan ser, se trata sólo de resultados. En el fondo, creer en el capitalismo es creer en el ser humano

En consecuencia, el planteamiento del ex primer ministro socialista francés, Lionel Jospin, de que hemos de desarrollar una «economía de mercado, no una sociedad de mercado», es algo que suscribe tanto yo como, probablemente, la mayoría de los liberales. Mi objetivo no es que las transacciones económicas aparten a un lado el resto de las relaciones humanas, sino la libertad y los intercambios libres en todas sus facetas. La economía de mercado es el resultado de ello en el plano económico; en el ámbito de la cultura implica la libertad de expresión y de prensa; en la

política, la democracia y el estado de derecho. En el campo social, el derecho a vivir conforme a los propios valores y a relacionarse con las personas que uno desee.

No se trata de poner precio a todo. Las cosas más importantes de la vida no se pueden calcular en dinero: el amor, la familia, la amistad, la concepción de la vida. Si gozamos de libertad, tendremos derecho a primar lo que creamos importante. Aquellos que piensan que los liberales consideran que todos actúan siempre para obtener un máximo beneficio económico muestran un perfecto desconocimiento del liberalismo... Y si algún liberal lo piensa, es que no sabe nada sobre el ser humano. No es para ganar más dinero por lo que escribo un libro sobre la importancia de la globalización, en lugar de otro dedicado, por ejemplo, a la pesca deportiva. Lo hago porque es algo en lo que creo y porque es importante para mí. Además, deseo vivir en una sociedad liberal porque ésta hace posible que las personas elijan lo que consideran importante.

Por último, quisiera dirigir un cálido agradecimiento a los amigos que me han ayudado a articular mis ideas acerca de estas cuestiones, precisamente porque también son de importancia para ellos, y muy en especial a Fredrik Erixon, Sofia Nerbrand y Mauricio Rojas. He de agradecer también sinceramente la labor de Barbro Bengtson, Charlotte Häggblad y Kristina von Unge, que eficazmente han transformado a un estado presentable mi texto original.

Estocolmo, mayo de 2001

JOHAN NORBERG

## 1. En constante progresión...

### *Una verdad a medias*

La idea generalizada de que todo va a peor y de que tiempos pasados siempre fueron mejores se remonta, como mínimo, al sermón pronunciado en 1014 en York por el arzobispo Wulfstan, en el que afirmaba que «el mundo se afana, pero su final se aproxima». Buena parte del debate sobre la globalización tiene como punto de partida el planteamiento de que el mundo se está yendo al garete a marchas forzadas. Hace pocos años, el papa Juan Pablo II se hizo eco de la idea de su «milenario» colega resumiendo la situación del mundo en los siguientes términos:

[...] resurge en varios lugares una forma de neoliberalismo capitalista que subordina la persona humana y condiciona el desarrollo de los pueblos a las fuerzas ciegas del mercado... De este modo se asiste en el concierto de las naciones al enriquecimiento exagerado de unos pocos a costa del empobrecimiento creciente de muchos, de forma que los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. [\[1\]](#)

Se resalta en particular la idea de que el mundo es cada vez más injusto. El estribillo omnipresente en el debate en torno a la economía de mercado reza así: «Los ricos son más ricos y los pobres más pobres», algo que se invoca más en calidad de axioma que como una afirmación que ha de sustentarse sobre argumentos. Si profundizamos en este pegadizo eslogan y analizamos lo que realmente ha ocurrido en el mundo, hemos de concluir que se trata de una verdad a medias. La primera parte es correcta: los ricos son ciertamente más ricos ahora. No todos ni en todas partes, pero en general ése es el caso. Los que tenemos la suerte de vivir en países desarrollados hemos medrado considerablemente en las últimas décadas, lo cual también es aplicable a las clases pudientes del Tercer Mundo. Pero la segunda parte de la oración es simple y llanamente falsa. En líneas generales, los pobres del planeta no han visto empeorar su situación en los últimos decenios, sino al contrario: se ha reducido la pobreza absoluta y en el continente más afectado cuantitativamente, Asia, muchos cientos de millones de personas, que sólo 20

años atrás luchaban por sobrevivir, han empezado a disfrutar de una cierta estabilidad económica e, incluso, de un relativo bienestar. La miseria global ha disminuido y las grandes injusticias han empezado a evaporarse. En este primer capítulo se incluye una abundante batería de estadísticas y análisis de tendencias, lo cual resulta necesario para hacer frente a esta errónea pero muy generalizada idea sobre la situación del planeta.<sup>[2]</sup>

Uno de los libros más importantes publicados en estos últimos años es *I Asiens tid*, un reportaje de viajes elaborado por dos suecos: el escritor Lasse Berg y el fotógrafo Stig Karlsson, donde describen su regreso a una serie de países asiáticos que ya visitaron en los años sesenta. En esa primera ocasión reflejaron la pobreza, la profunda miseria y las catástrofes que acechaban a la zona. Al igual que muchos otros visitantes, no se atrevieron a creer en un futuro esperanzador para esos países. Opinaban que probablemente la única solución pasaba por una revolución socialista. Cuando en la década de los 90 vuelven a India y China, no pueden menos de constatar su error: numerosas personas han conseguido salir de la pobreza, el espectro de la hambruna es mucho más difuso y las calles están más limpias. Las chozas de adobe han sido sustituidas por casas de ladrillos con electricidad y dotadas de antenas de televisión en los tejados.

Al llegar esta pareja de escandinavos por primera vez a Calcuta, una décima parte de la población vivía en la calle y cada mañana los camiones fletados por las autoridades o las congregaciones de misioneros recorrían la ciudad para recoger a los sin techo que habían fallecido durante la noche. 30 años más tarde tienen dificultades para encontrar alguno que fotografiar. Al mismo tiempo han ido desvaneciéndose los estereotipos. El peculiar vehículo conocido como *rickshaw*, de cuya existencia muchos de nosotros sabemos gracias a las aventuras de Tintin y que consiste básicamente en un carro tirado a toda velocidad por una persona descalza, está desapareciendo del escenario urbano. Ahora se circula en automóvil, motocicleta y metro.

Cuando Lasse Berg y Stig Karlsson muestran a unos jóvenes indios fotos de su anterior estancia en el país, éstos se niegan a creer que se trate del mismo lugar. «¿Realmente fue tan terrible la situación aquí?», se preguntan asombrados. En la página 42 del libro aparecen dos fotografías que sirven al lector de rápida ilustración sobre la evolución en estos últimos años: una antigua, tomada en 1976, donde Satto, una niña india de 12 años, exhibe sus

manos, desgastadas y llenas de surcos, prematuramente envejecidas por muchos años de duro trabajo. Debajo de ésta se incluye una foto reciente; se trata de Seema, la hija de 13 años de Satto, mostrando también sus manos, en este caso jóvenes y suaves, propias de una niña que ha podido ejercer de tal.

Pero el principal cambio se encuentra en la forma de pensar y en las aspiraciones. Por medio de la televisión y las revistas, la población asimila ideas e impresiones procedentes de la otra parte del planeta, lo cual les permite ampliar sus horizontes. ¿Por qué conformarse con vivir siempre en el mismo lugar? ¿Por qué obligar a la mujer a tener hijos desde tan joven y sacrificar con ello su carrera profesional? ¿Por qué tienen que ser concertados los matrimonios y se ha de excluir a los parias, cuando en otros países se disfruta de unas condiciones familiares más libres? ¿Por qué contentarse con este sistema político cuando existen otras alternativas?<sup>[3]</sup>

Lasse Berg, en un ejercicio de autocrítica, añade lo siguiente:

Cuando leo lo que los observadores, tanto extranjeros como indios, escribimos en los años 60 y 70, no veo en ninguna parte de esos análisis algo que el lector pueda reconocer en la India de hoy en día. Eran vaticinios a menudo catastróficos superpoblación, inestabilidad social, revoluciones o estancamiento, pero no este progreso tranquilo y estable y, sobre todo, nunca esta modernización en los planteamientos y ambiciones. ¿Quién predijo que el consumismo iba a penetrar tan profundamente hasta en la sociedad rural? ¿Quién presagió que iban a ir las cosas tan bien en el ámbito de la economía y el desarrollo social? Echando la vista atrás, llama la atención que un rasgo común a todos estos análisis es la sobrevaloración de lo extraordinario, lo aterrador, lo peligroso, lo incierto (cada autor con sus caballos de batalla y temáticas particulares) y la subestimación del poder de la normalidad.<sup>[4]</sup>

Dicha situación no es fruto de ninguna revolución socialista, sino todo lo contrario, se debe a una evolución en las últimas décadas hacia mayores cotas de libertad entre la ciudadanía. Se han ampliado las opciones y los intercambios internacionales, las inversiones y los proyectos de cooperación han aportado ideas y recursos. Ello ha permitido aprovechar los conocimientos, la prosperidad y las innovaciones procedentes de otros países. La importación de fármacos y nuevos procedimientos asistenciales han contribuido a mejorar las condiciones de vida, mientras que la tecnología moderna y los nuevos métodos de fabricación han permitido desarrollar la producción, lo cual ha resultado en una mayor accesibilidad de los alimentos. Los ciudadanos disfrutan de una mayor cota de libertad a la hora de elegir su profesión o vender sus productos. Lo que se aprecia en las estadísticas es la



forma en que este proceso incrementa los niveles de prosperidad de los países y reduce la pobreza de sus habitantes. Pero lo fundamental es la libertad en sí, la independencia y la dignidad que la posibilidad de decidir sobre su suerte aporta a las personas que han vivido bajo la opresión.

La esclavitud, que hace dos siglos estaba extendida por todo el mundo, ha sido doblegada en un continente tras otro conforme se han ido difundiendo los planteamientos humanistas. Aunque perviva en la clandestinidad, está prohibida en prácticamente todo el planeta desde la liberación de los últimos esclavos en la Península Arábiga en 1970. Los trabajos forzados de las economías precapitalistas han dado rápido paso a modalidades libres de empleo, contratos y libertad de movimiento allí donde se abre camino la economía de mercado.

### *Disminución de la pobreza*

Entre 1965 y 1998, el ciudadano medio del mundo ha multiplicado casi por dos sus ingresos, de 2.497 a 4.839 dólares (una vez compensada la evolución del poder adquisitivo y en valor monetario fijo). Este salto no se debe al incremento exponencial de los ingresos en los países industrializados, ya que el 20% más rico del planeta ha aumentado durante este periodo su renta media de 8.315 a 14.623 dólares, es decir, cerca del 75%. El repunte ha sido aún superior en el 20% más pobre del mundo, que en ese mismo periodo pasó de 551 a 1.137 dólares de promedio de renta, o sea, más del doble.<sup>[5]</sup> En la actualidad, los habitantes del planeta han más que duplicado su consumo respecto a 1960.

El desarrollo material del último medio siglo ha permitido que se haya liberado de la pobreza a más de 3.000 millones de seres humanos, lo cual es un hecho histórico sin parangón. El PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) constata que la pobreza ha menguado más en los últimos 50 años a nivel mundial que en los 500 años precedentes. En su Informe sobre Desarrollo Humano de 1997, el PNUD afirma que la Humanidad se encuentra en su «segundo gran ascenso». El primero se inició en el siglo XIX, con la industrialización de Estados Unidos y Europa, que trajo consigo la difusión del progreso y el bienestar en esos países. En el periodo de posguerra comenzó el segundo, que ahora ha alcanzado su pleno potencial.

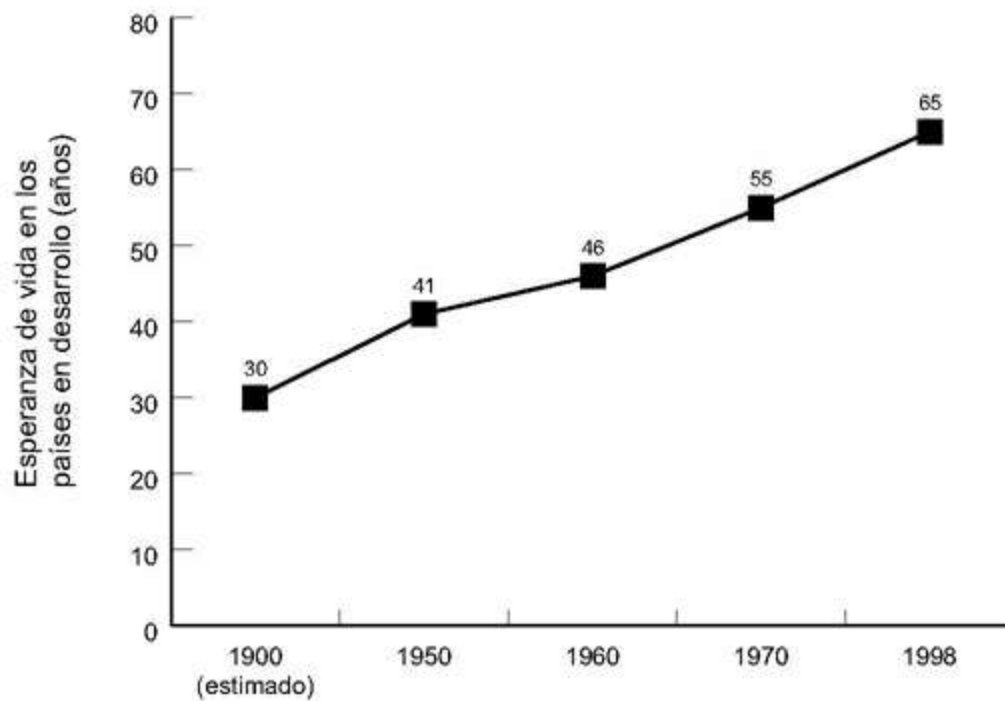
Primero Asia y luego el resto de países en vías de desarrollo, han empezado a registrar avances cada vez más significativos en su lucha contra la pobreza, el hambre, las enfermedades y el analfabetismo. «Los grandes progresos realizados en la disminución de los niveles de pobreza durante el siglo XX demuestran que es posible erradicarla completamente en los primeros decenios del siglo XXI», afirma el PNUD.<sup>[6]</sup>

La reducción de la pobreza avanza a pasos agigantados. Toda aquella persona que subsiste con menos de un dólar al día se considera que vive en la pobreza absoluta. En 1820, en torno a un 85% de la población mundial sobrevivía con menos del equivalente a un dólar diario. En 1950, esa cifra había caído a poco más del 50%, para en 1980 situarse en un 31%. Según el Banco Mundial, la pobreza absoluta ha decrecido desde 1980 hasta situarse en el 20% (a menudo se cita la cifra del 24%, que es el porcentaje con respecto a la población total de los países en desarrollo). Lo realmente extraordinario de la drástica disminución registrada en los últimos 20 años radica en que es aplicable no sólo a la proporción sino también a la *cifra absoluta* de las personas que viven en la pobreza extrema, algo que ocurre por primera vez en la historia de nuestro planeta. Pese a haberse incrementado en 1.500 millones de ciudadanos la población mundial en estas dos décadas, ha decaído en casi 200 millones el número de personas que subsisten bajo la pobreza absoluta. Ello está ligado al crecimiento económico; en aquellos lugares cuyo nivel de prosperidad ha aumentado más es donde se han reducido más eficazmente las cotas de pobreza. En el este de Asia (exceptuando China), el nivel de pobreza absoluta ha pasado del 15 a poco más del 9% (en China, del 32 al 17%). 6 de cada 10 asiáticos vivían en la pobreza extrema en 1975. Hoy no llegan a 2 de cada 10.

Pero, ¿para qué necesitan los países en desarrollo aumentar su nivel de consumo y crecimiento? ¿Por qué tenemos que imponerles nuestra forma de vida?, se pregunta el escéptico. La respuesta es que no tenemos que imponer a nadie nuestro estilo de vida, pero que, independientemente de sus valores, lo cierto es que la gran mayoría de las personas que habitan el planeta ambicionan un mayor bienestar material, por la simple razón de que ello les ofrece una mayor posibilidad de elección, sin importar las prioridades de cada cual. Como ya ha apuntado, entre otros, el economista indio Amartya Sen, premio Nobel de Economía, la pobreza no es sólo un problema material, sino

algo más extenso. La pobreza es también impotencia, ausencia de opciones y alternativas fundamentales. A menudo, un bajo nivel de ingresos es síntoma de la inexistencia de estas últimas, del sometimiento a la opresión y la marginalización. El desarrollo humano consiste en poder disfrutar de una existencia razonablemente saludable y segura, con una aceptable cota de bienestar y la libertad para poder decidir sobre la vida de uno. La posibilidad de estudiar la evolución económica es importante por dos motivos: porque nos permite hacernos una idea de la modificación de esas condiciones y porque en sí misma contribuye al desarrollo. Los recursos materiales, tanto individuales como colectivos, son los que hacen posible alimentarnos adecuadamente, obtener una formación, recibir asistencia sanitaria y evitar ser testigos de la muerte de nuestros hijos. Como puede apreciarse, se trata de aspiraciones comunes a toda la Humanidad, siempre que se dé a las personas la oportunidad de elegir.

### Aumento de la esperanza de vida



Fuente: PNUD.

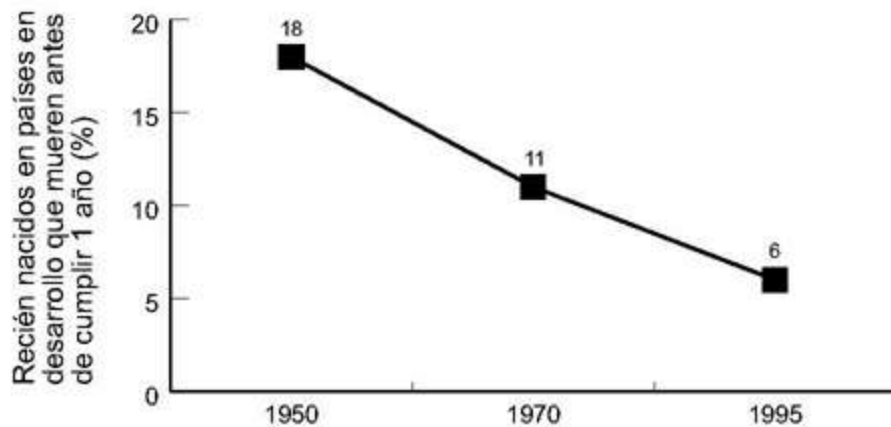
La mejora de los niveles de prosperidad se percibe, entre otros aspectos, en el rápido aumento de la esperanza de vida en todo el mundo. A principios del siglo XX, la esperanza media de vida en los países en vías de desarrollo era inferior a los 30 años; en 1960 subió a 46 años para situarse en 1998 en los 65 años. En la actualidad, la esperanza de vida en los países en desarrollo es casi 15 años superior a la de Inglaterra hace 100 años, país que por entonces era la principal economía del planeta.

Esta evolución ha mostrado un ritmo más lento en los países africanos ubicados por debajo del ecuador, aunque también aquí ha aumentado la esperanza de vida desde la década de los 60: de 41 a 51 años. La esperanza de vida todavía es más alta en los países más ricos, concretamente 78 años en los de la OCDE. No obstante, el avance ha sido más rápido en los países menos desarrollados. En 1960, la esperanza de vida de éstos era un 60% de la de los países industrializados. Hoy en día se sitúa en más de un 80%. 9 de cada 10 pobladores del planeta pueden esperarse una vida de más de 60 años de duración, lo cual supone más del doble de la media hace sólo un siglo.

En el libro *I Asiens tid*, Lasse Berg nos relata su regreso a Malasia 30 años después de su primera visita. El autor cae repentinamente en la cuenta de que, en el ínterin, la esperanza de vida de la población ha aumentado en 15 años. Ello quiere decir que las personas con las que se ha cruzado en el país han podido celebrar *todos y cada uno* de sus cumpleaños desde la última visita realizada, aproximándose a la muerte en sólo medio año.<sup>[7]</sup> La mejora de los niveles de salud se debe no sólo a una alimentación y unas condiciones de vida más adecuadas, sino también al desarrollo de la atención sanitaria. 20 años atrás había 1,0 médicos por cada mil personas; en la actualidad son 1,5. En 1980, la mayoría de los países en vías de desarrollo contaban con sólo 0,6 médicos por cada mil habitantes, cifra que casi se ha duplicado ahora, al pasar a 1,0. Tal vez el indicador más fiable a la hora de discernir las condiciones de vida de los más desfavorecidos sea la mortalidad infantil, que se ha reducido drásticamente en los países en desarrollo. En 1950 fallecía un 18% de los recién nacidos (¡casi 1 de cada 5 bebés!). En 1970 esa cifra había disminuido hasta el 11% y se situaba en el 6% en 1995. Sólo en los últimos 30 años la mortandad se ha reducido a casi la mitad, de 107 fallecimientos por cada 1.000 nacidos vivos en 1970 a 59 en 1998. Es decir, pese a la pobreza ha podido sobrevivir una proporción más elevada de personas. El

hecho de que las estadísticas nos indiquen que una parte inferior de la población mundial vive en la indigencia significativa, así pues, que la contracción de las cotas de pobreza es más importante de lo que esos guarismos a simple vista podrían hacer suponer.

### Reducción de la mortalidad infantil



Fuente: UHDP.

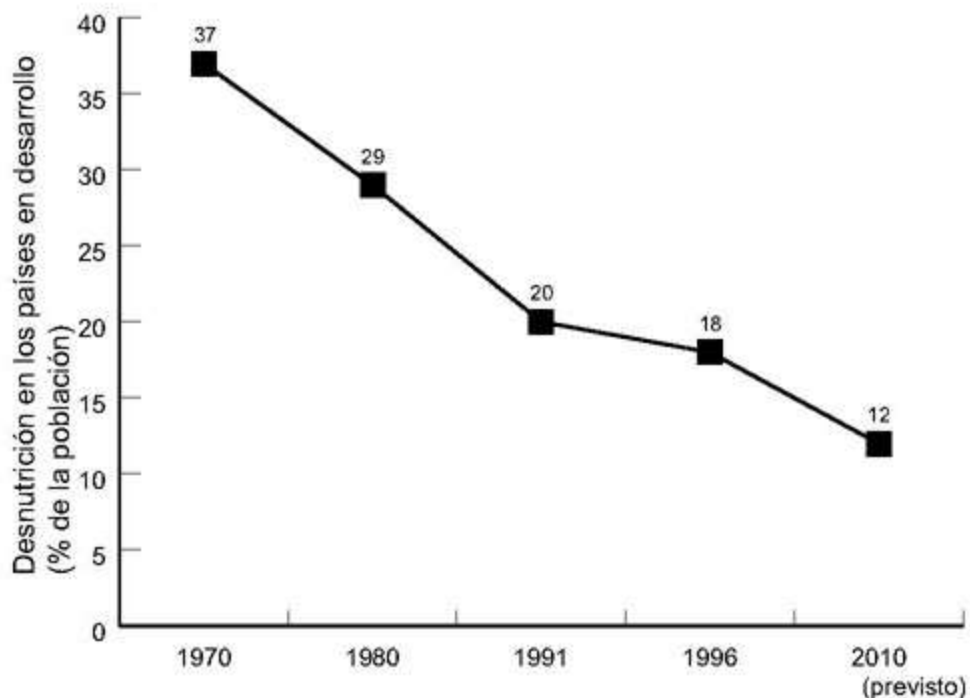
### Hambre

Que las personas vivan más y mejor se debe en parte a la reducción de una de las manifestaciones más crueles del subdesarrollo: el hambre. El consumo de calorías per cápita en el Tercer Mundo ha aumentado en un 30% desde la década de los 60. Según la FAO (la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación), en 1970 había 960 millones de personas que sufrían de desnutrición en los países en vías de desarrollo. En 1991 esa cifra era de 830 millones, para situarse en 1996 en 790 millones. En proporción a la población, se trata de un avance vertiginoso. Hace 30 años, casi un 37% de los habitantes de los países en desarrollo padecía de hambre. Hoy son menos de un 18%. ¿Muchos? Sí. ¿Demasiados? Por supuesto. Pero la cifra disminuye con rapidez. Hasta la segunda década del siglo XX no se declaró en Suecia la erradicación de la desnutrición crónica. En sólo 30 años ha menguado a la mitad la proporción de personas hambrientas en el mundo.

Se estima que la cifra descenderá hasta el 12% en 2010. Nunca la Tierra había sido habitada por tanta gente y nunca antes habíamos dispuesto de tanta comida. En los años 90 disminuyó en seis millones al año, de promedio, la cantidad de personas afectadas por el hambre, al tiempo que durante ese mismo periodo la población del planeta se incrementaba en 800 millones de almas.

La evolución más rápida tuvo como escenario el este y el sudeste de Asia, donde la proporción de personas desnutridas ha caído del 43 al 13% desde 1970. En Latinoamérica ha pasado del 19 al 11%, del 25 al 9% en el norte de África y Oriente Medio y del 38 al 23% en el sur de Asia. Peor le han ido las cosas al África Subsahariana, donde el hambre, de hecho, se ha extendido, pasando a azotar de 89 a 180 millones de personas, aunque también en esta región el porcentaje de población hambrienta se ha reducido, si bien de forma marginal (del 34 al 33%).

### Reducción global del hambre



Fuente: FAO, 1998.

La producción mundial de alimentos se ha duplicado en el último medio siglo, triplicándose en el caso de los países en desarrollo. Entre 1961 y 1999,

aumentó la aportación alimentaria a nivel global en un 24%, de 2.257 a 2.808 calorías por persona y día. La evolución más rápida se registró en los países en desarrollo, donde el consumo se incrementó en un 39%, de 1.932 a 2.684 calorías diarias<sup>[8]</sup>. Este avance se debe en muy pequeña medida a la explotación de nuevos terrenos y mucho al cultivo más eficaz de las tierras ya cultivadas anteriormente. Prácticamente se ha duplicado el rendimiento por hectárea de los cultivos. El precio del trigo, el maíz y el arroz ha descendido en más de un 60%. Sólo desde principios de los 80, el precio global de los alimentos ha caído a la mitad y la producción se ha intensificado en un 25%. Este proceso ha sido ligeramente más acelerado en los países pobres que en los más prósperos.

Se trata del triunfo de «la revolución verde». Se han desarrollado cultivos de mayor rendimiento y resistencia, al tiempo que los métodos de siembra, riego, fertilización y cosecha han experimentado una sustancial mejora. Las nuevas variedades de trigo obtenidas suponen un 75% de la producción de los países en desarrollo. Se estima que la población rural ha ganado casi 5.000 millones de dólares con esta transformación. Asimismo se calcula que, en el sur de India, la revolución verde ha permitido en sólo 20 años incrementar los ingresos reales de los agricultores en un 90% y de los jornaleros sin tierra en un 125%. Donde menos se han notado los efectos ha sido en África, aunque también en este continente la producción por hectárea de maíz ha aumentado entre un 10 y un 40%. De no haberse llevado a cabo dicha revolución, se estima que los precios del trigo y el arroz hoy en día serían casi un 40% superiores y que en torno al 2% de los niños del mundo que actualmente satisfacen sus necesidades alimenticias sufrirían de desnutrición crónica. El problema actual en el ámbito de la alimentación no es que en la Tierra vivan demasiadas personas, sino que no todas tienen capacidad para comprar, carecen de la libertad para producir en condiciones seguras o no tienen acceso a los conocimientos y técnicas disponibles. En opinión de numerosos investigadores, si se aplicaran las técnicas agrícolas modernas en la totalidad de los cultivos del mundo, podríamos alimentar a mil millones de personas más.<sup>[9]</sup>

El surgimiento de grandes hambrunas también ha disminuido drásticamente. Ello se debe en gran parte a la democratización de numerosos estados. El fenómeno del hambre se ha dado prácticamente en todo tipo de

regímenes: sistemas comunistas, imperios coloniales, dictaduras tecnocráticas y sociedades ancestrales de estructuración tribal. No obstante, un elemento común a todos ellos es su carácter centralizado; es decir, se trata de estados autoritarios que han reprimido la libertad de pensamiento y el libre funcionamiento del mercado. Como bien constata Amartya Sen, nunca se ha producido una hambruna en el ámbito de una democracia. Incluso democracias de pocos recursos, como India y Botsuana, se han librado del hambre pese a que sus reservas alimentarias son más limitadas que las de otros países donde ésta sí ha causado estragos. Por el contrario, estados comunistas como China, la Unión Soviética, Camboya, Etiopía y Corea del Norte, y colonias como la India bajo el mandato británico, han padecido hambrunas. Ello indica que es el sistema dictatorial, y no la escasez de alimentos, lo que origina el hambre. Ésta la generan los dirigentes que destruyen la producción y el comercio, los que se dedican a la guerra y no les importa que la población pase necesidades.

En opinión de Amartya Sen, las democracias se libran de las hambrunas porque son fáciles de conjurar —esto es, si los mandatarios realmente lo desean. Los gobernantes pueden permitir la libre distribución de alimentos y proporcionar trabajo a aquellas personas que carecerían de capacidad para adquirir comida en tiempos de crisis. Sin embargo, los dictadores no actúan bajo ninguna presión, porque sus necesidades alimentarias individuales están aseguradas, lo que no ocurre con los dirigentes elegidos democráticamente, que de no actuar pueden ser defenestrados. Además, la existencia de una prensa libre hace posible concienciar sobre los problemas a la opinión pública y atajarlos a tiempo. En una dictadura, la censura puede embaucar incluso a sus propios gobernantes. Durante «el Gran Salto», entre 1958 y 1961, en el que 30 millones de chinos murieron de hambre, todo apunta a que el propio aparato propagandístico y las estadísticas retocadas por sus secuaces contribuyó a apaciguar a los mandatarios chinos.<sup>[10]</sup>

Al tiempo que cada vez son más los que tienen sus necesidades alimenticias cubiertas, se ha duplicado el número de personas con acceso a agua potable, lo cual es un factor fundamental para reducir la presencia de enfermedades e infecciones en los países en vías de desarrollo. A escala mundial, 8 de cada 10 personas disponen actualmente de agua limpia. Una generación atrás, el 90% de la población rural del planeta carecía de ésta.



Hoy esa cifra es únicamente del 25%. A principio de los 80, sólo poco más de la mitad de los indios tenían acceso a agua potable; diez años más tarde, más del 80% disponía de ella. En Indonesia, la proporción pasó del 39 al 62%. En la actualidad, buena parte del suministro de agua en países como Kuwait y Arabia Saudí proviene de la desalinización de la prácticamente inagotable agua del mar. Se trata de un proceso costoso, pero demuestra que el aumento de la cota de prosperidad puede resolver hasta la falta de recursos.

### *Educación*

La educación es uno de los métodos más seguros para incrementar las posibilidades de desarrollo y generación de renta entre la población. Al mismo tiempo, son muchos los que no tienen acceso a ella. Se trata en gran medida de una cuestión de sexo. Alrededor del 65% de las personas a las que se niega el acceso a la escuela —y por tanto están abocadas al analfabetismo— son mujeres. También es un problema de falta de medios. En muchos países, los más desfavorecidos económicamente no reciben formación alguna. Las familias pobres no pueden permitirse mandar a sus hijos a la escuela por no estar en condiciones de prescindir de los ingresos que éstos generan. La escuela es excesivamente cara o bien los dividendos asociados a la enseñanza son demasiado reducidos. En la India, los hijos del 15% de la población más acaudalada reciben una formación escolar 10 años más prolongada que los del 15% más pobre. Por ello no ha de sorprendernos que el periodo de enseñanza se amplíe rápidamente en aquellos lugares donde la economía prospera, lo cual, a su vez, estimula el crecimiento económico.

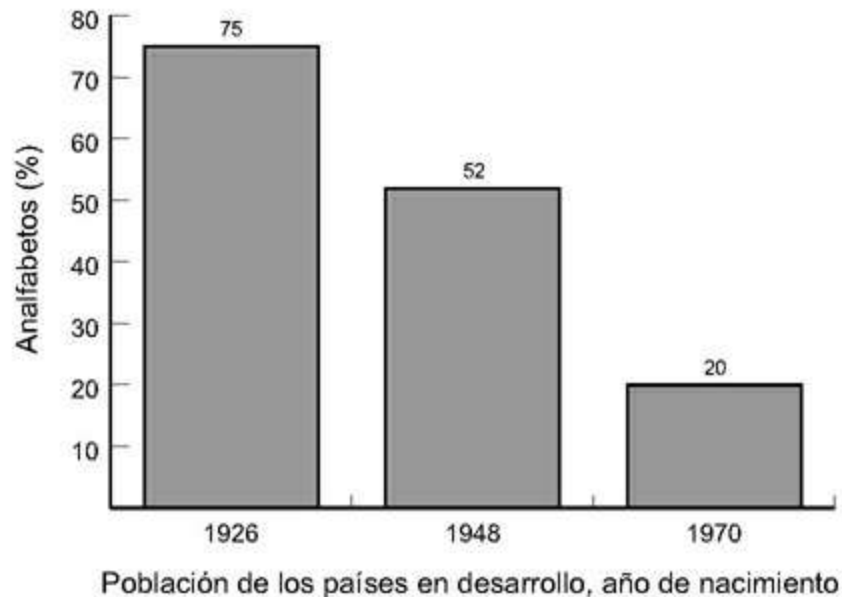
La escolarización en lo relativo a la enseñanza básica de ciclo inferior se aproxima al 100% a nivel planetario. Una vez más, la gran excepción es el África subsahariana, donde, pese a todo, la asistencia escolar se ha incrementado hasta el 75%. La escolarización en ciclos superiores de educación primaria ha pasado del 27% en 1960 al 67% en 1995. Durante este periodo ha ascendido la proporción de menores escolarizados en un 80%. En la actualidad hay casi 900 millones de adultos analfabetos. Parece ciertamente una cifra abultada, pero se trata de un importante descenso: del 70% de los habitantes de los países en desarrollo en los años 50 al 25-30% actual. La rápida difusión de la alfabetización a nivel mundial es fácilmente

verificable si consultamos su incidencia sobre las diversas generaciones. Entre los más jóvenes, el analfabetismo está desapareciendo a pasos agigantados.

### *Democratización*

La propagación cada vez más veloz de la información y las ideas por todo el mundo, en combinación con los avances en el ámbito de la formación y del nivel de vida, tienen como resultado la intensificación de la demanda de derechos políticos concretos. Los detractores de la globalización afirman que un mercado dinámico y el capital internacional constituyen una amenaza para la democracia, aunque realmente a lo que se refieren es que resulta una amenaza para el fin que ellos mismos quieren atribuir a la democracia: más poder estatal. En una perspectiva histórica, la democracia, el sufragio universal y la libertad de formación y de opinión nunca han estado tan extendidos como en la actualidad.

### **Reducción del analfabetismo**



Fuente: UNESCO, 2000.

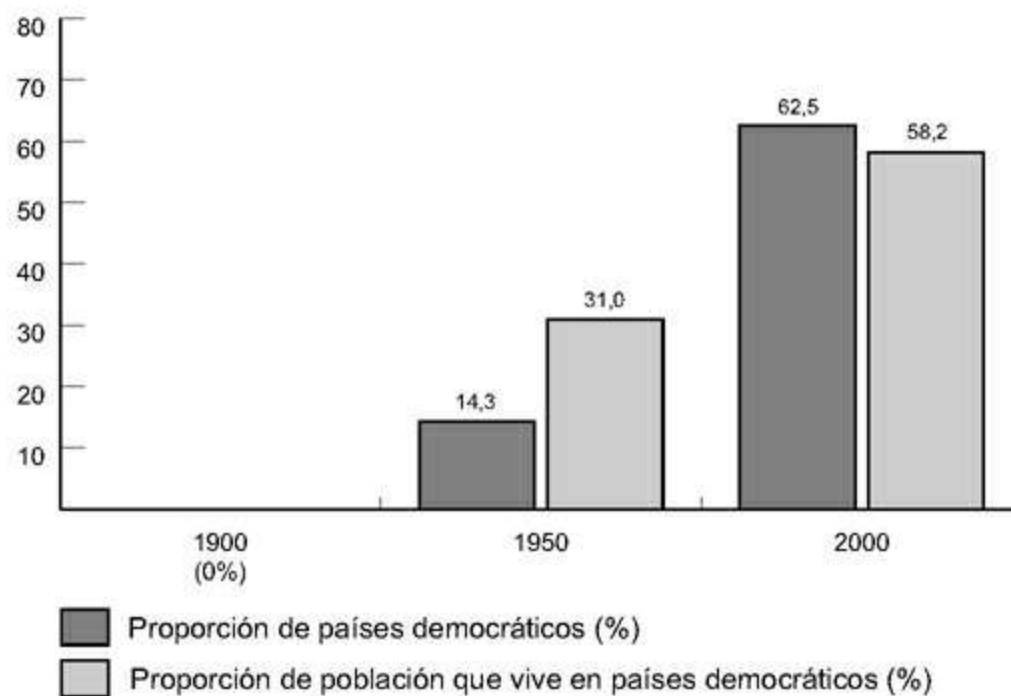
Hace un siglo, en ningún país de la Tierra existía el sufragio universal e igualitario. El mundo estaba gobernado por imperios y monarquías. En los países occidentales se excluía a las mujeres del proceso democrático. Durante el siglo XX, gran parte del mundo fue sometido al yugo del comunismo, el fascismo o el nazismo, ideologías que han desencadenado guerras a gran escala y asesinatos políticos que acabaron con la vida de más de cien millones de seres humanos. Con contadas excepciones, estos sistemas se han desplomado. Los estados totalitarios han caído, las dictaduras se han democratizado y las monarquías absolutistas han sido derribadas. Cien años atrás, un tercio de la población mundial era gobernada por potencias colonialistas; hoy en día, el colonialismo ha sido liquidado. Sólo en las últimas décadas las dictaduras se han derrumbado como un castillo de naipes, en especial tras la caída del telón de acero comunista. El final de la guerra fría trajo consigo el abandono de la desagradable política norteamericana consistente en apoyar a todo tipo de dictaduras del Tercer Mundo que se opusiera al bloque soviético.

Según Freedom House, un *think-tank* estadounidense, existen en la actualidad 120 democracias que gozan de un sistema multipartidista y de sufragio universal e igualitario. En ellas viven 3.500 millones de personas, es decir, un 60% aproximadamente de los habitantes del globo. 86 países, con un total de 2.500 millones de habitantes, son considerados «libres», es decir, democráticos y con derechos civiles para sus ciudadanos. Ello supone más del 40% de la población, la proporción más alta alcanzada jamás de personas que viven en un país donde se garantiza el Estado de Derecho, la libertad de pensamiento y la oposición política activa.

En la actualidad hay 47 estados que vulneran los derechos humanos más básicos. Entre los peores perpetradores se encuentran Afganistán, Birmania, Guinea Ecuatorial, Iraq, Cuba, Libia, Corea del Norte, Arabia Saudí, Sudán, Siria y Turkmenistán. Es decir, países muy poco influenciados por la globalización y entre los más reacios a la economía de mercado y al liberalismo. A la hora de criticar y combatir su opresión, la falta de libertad de opinión, su control estatal de los medios y las escuchas telefónicas ilegales, no hemos de olvidar que ésa era la situación habitual de la mayoría de la población del planeta hace sólo unas pocas décadas. En 1973 había únicamente 20 países de más de 1 millón de habitantes gobernados

democráticamente. [\[11\]](#)

## El mundo se democratiza



Fuente: Freedom House, 2000.

En los años 90 se incrementó el número de países «libres» en 21, al tiempo que el grupo de países carentes de libertad se reducía en 3, en un periodo dominado por el nacimiento de muchos estados nuevos debido al colapso de otros anteriores, como la Unión Soviética. La tendencia democratizadora se mantiene y no hay motivos que hagan pensar que su final esté próximo. En ocasiones se afirma que la democracia es difícil de compatibilizar con el Islam, lo cual puede parecer así en nuestro mundo actual. Hemos de recordar empero que muchos analistas afirmaron exactamente lo mismo pero aplicado al catolicismo no hace tanto, en los años 70, cuando esta corriente cristiana estaba representada, entre otros, por los regímenes militares de Latinoamérica, los estados comunistas de Europa del Este y una serie de dictaduras como la de Marcos en Filipinas.

El número de guerras se ha reducido a la mitad en el último decenio. Hoy en día, menos del 1% de la población mundial sufre directamente un conflicto

militar. Uno de los motivos de ello es que las democracias simplemente no luchan entre sí. Otra de las causas es que los intercambios transnacionales hacen menos interesantes los conflictos. Cuando se implanta la libertad de movimiento y el libre comercio, a los ciudadanos no les interesa tanto el tamaño de su país cuanto la posibilidad de tener intercambios con esa región y sus recursos. Por el contrario, en un mundo compuesto por estados-nación herméticos, las tierras de los demás países no tienen valor alguno hasta que uno las conquista.

«El buey trajo la paz» es una expresión del siglo XVI procedente de la región fronteriza entre Dinamarca y Suecia. En esa época, los campesinos de la zona firmaron la paz en contra de la voluntad de sus respectivos soberanos, en su deseo de intercambiar carne y mantequilla por arenque y especias. Se suele atribuir a Frédéric Bastiat, el liberal francés del siglo XIX, una contundente explicación de este vínculo: «Si las mercancías no cruzan las fronteras, lo harán los soldados.» La dependencia mutua hace disminuir los motivos de conflicto entre los estados. Con la propiedad transversal, las inversiones de compañías extranjeras y los recursos naturales en manos privadas resulta difícil determinar dónde empieza realmente un país y acaba el otro. Hace unos siglos Suecia arrasó el continente en busca precisamente de los recursos de otros países, que destruyó y se apropió. Si hiciéramos eso mismo hoy en día, perjudicaría fundamentalmente a las empresas, al capital y a los mercados de exportación de Suecia.

Se ha afirmado que el reto que la mundialización plantea a los estados nacionales puede despertar el separatismo y los conflictos locales o étnicos. Ciertamente existe el riesgo de que se aviven las tendencias separatistas con el desafío al poder nacional; de hecho, la tragedia ocurrida en la antigua Yugoslavia es buena prueba de que se pueden desencadenar enfrentamientos sangrientos. Pero el número de conflictos nacionales de importancia (aquellos con una cifra de víctimas mortales superior a mil) se ha reducido de 20 a 13 entre 1991 y 1998. 9 de ellos tuvieron como escenario África, el continente menos democratizado, globalizado y capitalista del mundo. Los conflictos surgidos a la estela del colapso de los estados totalitarios son luchas por ocupar el vacío de poder generado. En varios países, la centralización ha impedido el surgimiento de instituciones democráticas estables y de la sociedad civil y, cuando ésta desaparece, sobreviene el caos hasta el establecimiento de nuevas instituciones. No hay motivos para sospechar que

esto sea una nueva tendencia en un mundo cada vez más internacionalizado y democrático.

### *Discriminación de la mujer*

Una de las injusticias más crueles que hay en el mundo es la discriminación que somete a la mujer. En algunas zonas del globo, la mujer es considerada como propiedad del hombre. El padre tiene derecho a entregar su hija en matrimonio y el marido es el que decide a qué se va a dedicar su esposa. En numerosos países es el hombre el que posee el pasaporte o la tarjeta de identidad de la mujer, lo que impide a ésta viajar libremente, incluso dentro de su propio país. La legislación niega a las mujeres el divorcio, el derecho de propiedad y trabajar fuera del hogar. Las hijas no pueden heredar bajo las mismas condiciones que los varones. Las niñas no reciben en absoluto el mismo nivel de educación que los chicos y en algunos casos ni siquiera van a la escuela. Las mujeres son maltratadas y sometidas a ablaciones y violaciones sin que las autoridades intervengan.

Es cierto, como muchos denuncian, que la globalización altera las viejas tradiciones y costumbres. ¿Cómo mantener, por ejemplo, las tradiciones de carácter patriarcal cuando los hijos, de repente, ganan más dinero que el cabeza de familia? Una de las tradiciones que la globalización desafía es la ancestral discriminación de la mujer. Mediante el intercambio de ideas y los contactos culturales se difunden nuevas expectativas e ideales. Cuando las mujeres indias pueden ver en televisión que las occidentales no son necesariamente amas de casa, empiezan ellas mismas a sopesar la posibilidad de convertirse en abogadas o médicos. Por ejemplo, las mujeres chinas que en el pasado vivían en un mundo aislado se ven estimuladas a plantear exigencias y a adoptar sus propias decisiones al leer sobre la sexualidad y acerca de los retos que supone la maternidad en el sitio web [gaogenxie.com](http://gaogenxie.com) (que literalmente significa «zapatos de tacón», un símbolo de libertad en contraposición a los pies tradicionalmente amarrados). Cuando se empieza a tomar decisiones propias, se decide sobre los hábitos de consumo y se escoge un trabajo, también se intensifican las reivindicaciones de igualdad en lo referente a las libertades y derechos en otras áreas, más allá del sexo de la persona.

«Mis padres me educaron para que fuera una niña tierna y buena. Debía ser obediente y educada, dócil con ellos y con mis profesores... Cuando tenga hijos, quiero apostar por la igualdad dentro de mi familia, tanto entre hombres y mujeres como entre hijos y padres. Las cosas eran diferentes en casa. En la generación de mis padres se daba por descontado que la vida de la esposa se desarrollaría dentro de las paredes del hogar, donde ella se encargaba de todas las tareas, aunque tuviera que compatibilizarlas con un trabajo remunerado. Pero eso es una época que pronto pertenecerá a la historia.»

*Zhang Ying, ciudadana china de 21 años que trabaja como empleada de banca en Shanghai.* [\[12\]](#)

Al aumentar los niveles de prosperidad, las mujeres disponen de mayores opciones para independizarse y ganarse la vida por su cuenta. Las experiencias recabadas, por ejemplo, en África evidencian que las mujeres con frecuencia desempeñan una labor comercial fundamental, con diversos tipos de producción y venta a pequeña escala, en el ámbito de la economía sumergida. Ello demuestra que pueden desenvolverse perfectamente dentro del mercado siempre y cuando el estado no las discrimine ni legisle en su contra. Como no podía ser de otra manera, la propagación de modalidades de contratación menos rígidas y la liberalización de los mercados en todo el mundo hace cada vez más difícil excluir a las mujeres. Hoy en día, un 42% de la población activa de todo el mundo es femenina, a comparar con el 36% de 20 años atrás. El capitalismo no hace distinciones entre un hombre y una mujer si esa persona es la que produce con una mayor eficacia. De hecho, la discriminación trae aparejado un coste, puesto que conlleva la supresión de las mercancías y de la mano de obra procedente de un colectivo específico. Todos los estudios demuestran que el respeto de los derechos de la mujer y de su capacidad de influencia dentro de la casa está estrechamente vinculado con la posibilidad de desempeñar una profesión fuera del hogar y de contar con ingresos propios.

A menudo la tecnología es una fuerza renovadora. En Arabia Saudí las mujeres no pueden mostrarse públicamente si no se cubren todo el cuerpo, a

excepción de las manos, los ojos y los pies. También se les prohíbe, por ejemplo, conducir. En la práctica, todo ello ha resultado en su exclusión de cualquier tipo de actividad productiva. Pero Internet y la telefonía han abierto de repente las puertas a la mujer para hacer negocios desde casa con ayuda del ordenador. En poco tiempo han surgido innumerables empresas femeninas dedicadas, por ejemplo, al mundo de la moda, la venta de viajes o la organización de conferencias y fiestas. Ésa es una de las razones que explican que aproximadamente dos tercios de los usuarios sauditas de Internet sean mujeres. Cuando, súbitamente, varios miles de mujeres demuestran que pueden competir en pie de igualdad con los hombres, pese a su discriminación, se manifiesta también con mayor claridad, si cabe, lo absurdo de las prohibiciones a las que están sometidas. De hecho, ahora hay una mayor concienciación al respecto y arrecian las críticas contra la discriminación por motivo del sexo.

La democratización da voz a la mujer dentro de la política. Se está incrementando el número de países que proceden a reformar su legislación para potenciar la igualdad de oportunidades. Las leyes que regulan el divorcio y el derecho de herencia son cada vez menos arbitrarias. La democracia y el capitalismo extienden la igualdad ante la ley. La concepción sobre la dignidad del ser humano suprime la discriminación, lo cual también se ve apuntalado por el incremento del nivel de vida. En el 20% de los hogares indios de menos recursos la diferencia entre la proporción de chicas y chicos que realizan estudios se sitúa en el 11%, mientras que en el 20% más próspero esta cifra no llega ni a la mitad (4,7%). En las regiones del planeta con mayores desigualdades —el sur de Asia, África y Oriente Medio— se ha duplicado en los últimos 25 años el porcentaje de niñas escolarizadas. La diferencia global entre la proporción de mujeres y hombres escolarizados ha descendido a menos de la mitad en dos décadas. Actualmente, dentro de la educación primaria, el 46% de los escolares de todo el mundo, como promedio, son de sexo femenino.

Ello es importante, no sólo para las mujeres sino también para los hijos, ya que una cualificación más avanzada y un mayor nivel de ingresos de la madre rápidamente resulta en una mejor alimentación y formación para los hijos. Esta relación, sin embargo, no es aplicable a los padres. En el sur de Asia, donde una concepción inhumana del valor intrínseco de la mujer hizo —y en parte todavía hace— que haya sido elevada la mortalidad infantil entre las



niñas, ahora la esperanza media de vida tras el parto es superior para las chicas que para los chicos. El promedio de vida de las mujeres de los países en vías de desarrollo se ha incrementado en 20 años en el último medio siglo. Esta evolución permite a la mujer decidir en mayor medida sobre su cuerpo. El incremento de las cuotas de poder de la mujer en los países menos desarrollados, en combinación con un mayor acceso a los anticonceptivos, dan pie a una reducción de las tasas de natalidad.

Helen Rahman, de la ONG Shoishab, que vela por los intereses de las mujeres y niños de Bangladesh, opina que el desarrollo de la industria textil en su país en los últimos 20 años ha contribuido a mejorar la situación de las mujeres:

«La industria de la ropa ha originado una revolución social silenciosa. Antes era totalmente inaceptable que una mujer trabajara fuera del vecindario. Las mujeres que abandonaban la aldea por la ciudad se cubrían de deshonra, ya que se daba por descontado que eran prostitutas. Ahora se admite que cinco chicas alquilen juntas una vivienda... Los ingresos que obtienen aportan a las mujeres estatus social y capacidad de influencia. Algo muy positivo es el incremento de la media de edad de las mujeres que contraen matrimonio.»<sup>[13]</sup>

## *China*

Cerca de la mitad de los pobres del mundo viven en los dos países más poblados del planeta: India y China. Por ese motivo es de especial relevancia lo que ocurre en dichos estados. En ambos países se han puesto en marcha ambiciosos procesos de liberalización de la economía en los últimos 20 años. La dictadura comunista china comprendió a finales de los 70 que la colectivización era un obstáculo para el desarrollo. Los controles y la imposición de suministro de alimentos a la que eran sometidos los campesinos frenaban la innovación y el rendimiento. Su líder, Deng Xiaoping, deseaba mantenerse fiel a los postulados distributivos del socialismo, pero también se dio cuenta de que estaba abocado a distribuir ya fuera pobreza o prosperidad, y esta última opción sólo era posible otorgando

una mayor dosis de libertad a la población. Así pues, en diciembre de 1978, dos años después de la muerte de Mao, lanzó un programa de liberalización. Las familias campesinas, a las que hasta entonces se había forzado a integrarse en un sistema agrícola colectivizado, adquirirían ahora el derecho a guardar parte de su producción para venderla a precio de mercado, un sistema que con el tiempo se liberalizaría aún más. De esta manera se incentivó la inversión y rendimiento de los cultivos. Se recurrió en tan gran medida a la opción de abandonar el sistema colectivo y arrendar formalmente terrenos cultivables del estado de modo que prácticamente toda la tierra pasó a manos privadas. Posiblemente se trata de la mayor privatización de la historia. Esta iniciativa dio sus frutos. Entre 1978 y 1984 se incrementó la producción agrícola nada menos que en un 7,7% anual. Ese mismo país que dos décadas antes había padecido la peor hambruna que se recuerda en el mundo, ahora tenía excedente alimentario.

Pronto se empezaron a aplicar estos triunfantes planteamientos comerciales al resto de la economía. En primer lugar, se crearon zonas francas, exentas de los controles socialistas y especializadas en el comercio exterior. Los indiscutibles éxitos obtenidos animaron a una liberalización más generalizada. Se autorizó el comercio en las zonas rurales, así como entre la ciudad y el campo. Las aldeas, anteriormente autosuficientes, fueron integradas en mercados regionales e, incluso, nacionales. Gracias a una mayor productividad y al incremento de su poder adquisitivo, muchos campesinos emplearon su capital para lanzarse a la producción industrial, tanto individualmente como en régimen de cooperativa. Posteriormente, fenómenos que antes hubieran resultado impensables se convirtieron en objetivos no sólo lícitos sino encomiables: una mayor liberalización del mercado, comercio exterior, inversiones directas en otros países, etc.

Las descripciones sobre la evolución del país no son siempre concordantes, ya que resulta complicado obtener información precisa en una dictadura de tan grandes proporciones. En lo que sí coinciden todos los analistas es en que el país ha logrado una expansión económica y un incremento de renta extraordinarios. Se ha hablado de un crecimiento cercano al 10% anual durante los 20 primeros años de la reforma y de una generosa cuadruplicación del PNB. En dos decenios, la economía china ha pasado de ser igual de grande que la alemana a superar las de Alemania, Francia, Italia y los países nórdicos combinadas. El proceso de liberalización emprendido en

1978 permitió que, en sólo seis años, 800 millones de campesinos chinos duplicaran sus ingresos. El analista Shuije Yao sostiene que China ocultó en sus estadísticas oficiales la extrema pobreza padecida durante mucho tiempo, pero que, si se atiende a la evolución real de la economía, más de 500 millones de chinos han abandonado esa situación de indigencia absoluta. El Banco Mundial ha mencionado que se trata de «la reducción de pobreza de mayor envergadura y rapidez de la historia».<sup>[14]</sup>

Ahora bien, no hay que excluir la posibilidad de que se produzcan formidables reveses económicos en China. El ineficaz sector público y las compañías favorecidas han absorbido créditos colosales al amparo de las reestructuraciones de capital, al tiempo que las pequeñas empresas se encuentran descapitalizadas. Las autoridades han puesto trabas a la supervisión de bancos y empresas, lo cual podría dar lugar a una crisis de colosales proporciones. Pero los fundamentos de la economía del país han cambiado demasiado como para poder dar marcha atrás a la situación anterior a 1978, tanto por las reformas llevadas a cabo como por las cotas de prosperidad obtenidas.

La masacre de la Plaza de Tiananmen, la prohibición en muchas regiones de tener más de un hijo, la represión en el Tibet y Sinkiang, la persecución del movimiento Falun Gong, los campos de trabajo para prisioneros políticos, etc., son muestras todas ellas de que, por desgracia, no todo ha cambiado en China. La opresión que ejerce el Partido Comunista se mantiene, pero son cada vez menos los que opinan que pueda a la larga sobrevivir a la liberalización económica. Sólo en virtud de la mencionada liberalización han podido los ciudadanos conquistar importantes libertades: antes se asignaba a cada persona un puesto obligatorio y ahora los chinos eligen ellos mismos su trabajo. En el pasado te registraban en tu localidad de origen, donde estabas obligado a residir y trabajar. Viajar o mudarse era prácticamente imposible; trasladarse del campo a la ciudad, impensable. Ahora los chinos pueden desplazarse con casi total libertad, llevar la ropa que les plazca y gastar su dinero prácticamente en lo que deseen.

En las zonas rurales se elige cada vez en mayor medida a los representantes locales. En casi todos los casos, las elecciones siguen siendo controladas por el Partido Comunista, pero donde no lo están, el pueblo ha dado claras muestras de voluntad de cambio. En casi un tercio de las aldeas,

el control del Partido ha desaparecido. A largo plazo puede resultar difícil compaginar unas mayores dosis de democracia local con una dictadura centralizada. Aunque todavía te puedan arrestar por tus opiniones, se empieza a oír una mayor diversidad de planteamientos, debido, en gran parte, a la influencia del exterior y a Internet. Están surgiendo organizaciones independientes y el flujo de información ya es imposible de detener. Hasta los periódicos muestran una mayor independencia, pudiéndose ahora incluso criticar a los funcionarios corruptos.

### *India*

A diferencia de China, India ha sido una democracia desde su independencia en 1947, pero ello no ha impedido que decidiera adoptar una economía fuertemente regulada. El estado apostó por una industria a gran escala protegida mediante sólidas barreras a la importación y la exportación, como medio para lograr la independencia económica. Esta política resultó en un fiasco de elevadísimo coste. Todas las actividades económicas se veían dificultadas por complicadas regulaciones, requiriéndose permisos prácticamente imposibles de obtener sin contactos ni sobornos. El Imperio Británico dio paso al Imperio de las Licencias. La burocracia se hizo con el poder. Todo aquel que deseara hacer negocios se veía obligado a dedicar una buena parte de su tiempo a cortejar a los funcionarios de turno. Una vez logrado su favor, se obtenía protección ante los otros competidores. El crecimiento económico difícilmente podía seguir el ritmo del auge demográfico, y de un 50% de la población que vivía bajo el umbral de la pobreza a fecha de la independencia del país se pasó a un 62% en 1966.

A mediados de los 70, India empezó poco a poco a reestructurar su economía. La independencia económica y el hermetismo previos fueron sustituidos por una política que primaba la industria de mano de obra intensiva. En los años 80 aumentó el crecimiento y disminuyó la pobreza. Ahora bien, esta bonanza fue posible gracias al dinero prestado, lo cual desembocó en una profunda crisis a principios de la década de los 90. Así pues, en 1991 el gobierno emprendió una reforma cuyos principales objetivos eran poner orden en las finanzas, abrir el país al comercio y a las inversiones extranjeras y estimular la competitividad y la iniciativa privada. Los aranceles aplicados, cuyo nivel

promedio se había mantenido nada menos que a un 87%, se rebajaron hasta el 27%. La economía se vio liberada de muchas de sus antiguas ataduras gracias a la actuación de tres gobiernos seguidos, pese a su diferente adscripción política.

Si bien aún queda por hacer una ingente labor de reforma para que India se dote de una verdadera economía de mercado, ya se han logrado importantes avances merced a una explotación más eficaz de los recursos del país. Desde el comienzo de su proceso de reforma, India ha recibido un intenso caudal de inversiones extranjeras, obteniendo un nivel de crecimiento anual en torno al 5-7%. La proporción de la población que vive en la actualidad bajo el umbral de la pobreza es de cerca de un 32%. La evolución más rápida se registró tras el cambio de sistema: sólo en el periodo de reforma 1993-99 se contrajo la pobreza en 10 puntos. De no haberse producido este salto, ahora habría otros 300 millones de indios pobres. El índice de crecimiento demográfico ha caído en un 30% desde finales de los 60, duplicándose la esperanza de vida, que pasó de cerca de 30 años tras la independencia a 60 años aproximadamente en nuestros días.<sup>[15]</sup> La mitad de los hogares indios de menos recursos poseen en la actualidad un reloj, una tercera parte cuenta con radio y un 40% dispone de televisor.

La evolución ha sido dispar geográficamente, dependiendo del grado de reforma aplicado en los diversos estados. En buena parte de las zonas rurales, donde vive la población más deprimida, no se han llevado a cabo iniciativas liberalizadoras dignas de mención, manteniéndose estable el nivel de pobreza. Ello contrasta especialmente con los estados meridionales de Andhra Pradesh, Karnataka y Tamil Nadu, donde se ha avanzado con gran rapidez en la liberalización de la economía. Es justamente en dichos estados donde se ha registrado un crecimiento superior a la media india, en algunos casos de hasta el 15% (!) anual; son también los que han acogido más inversiones, procedentes tanto del extranjero como del resto del país. La economía ha experimentado una explosión en el sector de las nuevas tecnologías. Por ejemplo, la industria del software ha crecido a razón del 50% anual. Microsoft ha abierto en Andhra Pradesh su primer centro de desarrollo propiamente dicho fuera de su cuartel general de los Estados Unidos. El auge económico ha dejado también su impronta en el desarrollo social. Por lo general, los estados reformistas han progresado adecuadamente en el ámbito

sanitario y educativo, siendo escenario de la disminución más rápida de las tasas de mortalidad infantil y analfabetismo. El grado de escolarización de las niñas, que en el pasado raramente eran enviadas al colegio, empieza a aproximarse al de los varones. En algunos estados (Andhra Pradesh, Maharashtra), el índice de pobreza se ha rebajado en un 40% respecto a los años 70, mientras que no ha disminuido prácticamente nada en estados donde no se ha liberalizado la economía, como Bihar o Uttar Pradesh. <sup>[16]</sup>

El sistema de castas indio, una especie de *apartheid* que divide, juzga y trata a las personas conforme a su procedencia familiar, ha sido oficialmente suprimido, pero ha demostrado tener una gran resistencia, especialmente en el ámbito local, donde las personas de casta inferior son peor tratadas y disfrutan de menos derechos. Sin embargo, ese sistema ha sufrido ahora un duro varapalo, puesto que la economía de mercado no discrimina, escogiendo siempre al mejor trabajador, y no al que tiene su origen en la mejor familia. Cada vez es más frecuente que los «intocables» participen, por primera vez, en las reuniones de empresa. En lugar de reforzar el sistema de castas, el gobierno del país ha emprendido campañas antidiscriminatorias. Además, India ya ha tenido un presidente de procedencia paria.

### *Desigualdades globales*

«Todo esto me parece muy bien», alegan numerosos antiglobalizadores, «pero, aunque la mayoría haya mejorado su nivel de vida, las diferencias han aumentado; las personas y países ricos han medrado más rápidamente que los demás. Así que las desigualdades son más acentuadas.» Acuden entonces a datos tales como que, hace 40 años, la renta per cápita de los 20 países más ricos era 15 veces mayor que el de los 20 países más pobres, y que en la actualidad es cerca de 30 veces superior.

Es ésta una objeción contra la globalización que no se sostiene por dos motivos. En primer lugar, ello, de ser cierto, no debería tener mayor importancia. Si todos mejoran sus condiciones, ¿qué tiene de malo que unos prosperen más rápido que otros? ¿Acaso lo importante no es poder disfrutar de las mejores condiciones posibles y no que otros no gocen de un mayor bienestar que uno mismo? Sólo a aquel para quien la riqueza sea un problema mayor que la pobreza puede contrariarle que ciertas personas se hagan

millonarias mientras que otras mejoren con respecto a su anterior nivel de vida. Es mejor ser pobre en un país económicamente tan desigual como Estados Unidos (cuyo umbral de pobreza se sitúa en unos 9.000 dólares anuales) que vivir al nivel medio de vida en Ruanda (cuyos ingresos medios por habitante son de unos 1.000 dólares al año), Bangladesh (1.750 dólares/año) o Uzbekistán (2.500 dólares/año). El hecho de que las diferencias se amplíen en determinados países reformistas, como China, con frecuencia se debe al mayor crecimiento de las ciudades respecto a las zonas rurales. Ahora bien, teniendo en cuenta que este proceso ha traído consigo una reducción de los índices de pobreza tanto en las zonas urbanas como en el campo, seguramente no deberíamos considerarlo como una evolución no deseada, ¿verdad?

Un pobre no siempre vive en la miseria. Numerosas concepciones de la pobreza son relativas. Es decir, no valoran cuán pobre es una persona, sino su indigencia en relación con otras personas. Uno de los baremos de pobreza a los que a menudo se recurre entre otros el PNUD establece que una persona es pobre si gana menos de la mitad del salario medio del país donde reside. Ello implica que alguien considerado como inmensamente rico en la humilde Nepal puede definirse como pobre de solemnidad si vive en la opulenta Estados Unidos, lo cual hace inviable la comparación de estas cifras relativas a nivel internacional. Aquellos que juzgamos como pobres en Estados Unidos no siempre viven en condiciones que podríamos valorar como propias de un indigente. Un 72% de las familias norteamericanas deprimidas cuentan con uno o varios automóviles, el 50% dispone de aire acondicionado, un 72% tiene lavadora, un 20% lavavajillas, un 60% horno microondas, un 93% televisión en color, un 60% reproductor de vídeo y un 41% es propietaria de su vivienda (en el nivel de renta sólo se contabilizan los ingresos regulares, no los bienes en propiedad).<sup>[17]</sup>

En segundo lugar, afirmar que las desigualdades se han acrecentado es erróneo. La idea de que las diferencias globales han aumentado se basa fundamentalmente en las cifras publicadas por el PNUD (Programa de las

Naciones Unidas para el Desarrollo), y, en especial, en su *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1999. Pero hay un problema con estas cifras, a saber, que no han sido ajustadas conforme al poder adquisitivo, o sea, con la capacidad real de compra de las personas. Sin dicha compensación, las cifras muestran a lo sumo la cotización oficial de la moneda del país y su valor dentro del mercado internacional, lo cual no proporciona la medida adecuada del nivel de riqueza. Obviamente, el coste de los alimentos, la ropa y la vivienda es más determinante para el nivel de vida real de las personas sin recursos que lo que pudieran obtener por su dinero de vacaciones en Europa. Lo extraño de todo esto es que el PNUD sí que emplea cifras ajustadas con el poder adquisitivo en su Índice de Desarrollo Humano (IDH), que es el baremo universal que usa para determinar el nivel de vida. Es decir, sólo recurren a cifras sin el mencionado ajuste a fin de demostrar su tesis de la desigualdad.

El Instituto de Política Exterior de Noruega analiza en un informe las desigualdades globales a partir de cifras adaptadas al poder adquisitivo. Los datos evidencian que las diferencias entre los países, en contra de lo que pudiera sugerir nuestra intuición, se han *recortado* de forma continua desde principios de los 70, y con especial intensidad entre 1993 y 1998, periodo en que la mundialización adquirió un mayor ímpetu.<sup>[18]</sup> Así pues, hemos asistido a un proceso de nivelación global en los últimos 30 años. Si nos limitamos a comparar al 10% más rico con el 10% más pobre, comprobaremos que se ha abierto la brecha de la desigualdad, lo cual apunta a que hay un pequeño grupo de países que han quedado rezagados (hablaremos más tarde de cuáles son y los motivos de ello), pero si estudiamos la totalidad de países queda patente que ha habido un acercamiento generalizado. Al comparar, por ejemplo, el 20% más rico y más pobre, o si se quiere el tercio superior e inferior, encontramos que las diferencias se han reducido. Los economistas acostumbran a calibrar el grado de desigualdad con ayuda del coeficiente de Gini. «0» significa igualdad absoluta (todos poseen exactamente lo mismo); «1» quiere decir desigualdad total (uno de ellos posee todo). El coeficiente de Gini a nivel mundial ha pasado de 0,6 en 1968 a 0,52 en 1997, lo cual supone una disminución superior al 10%.

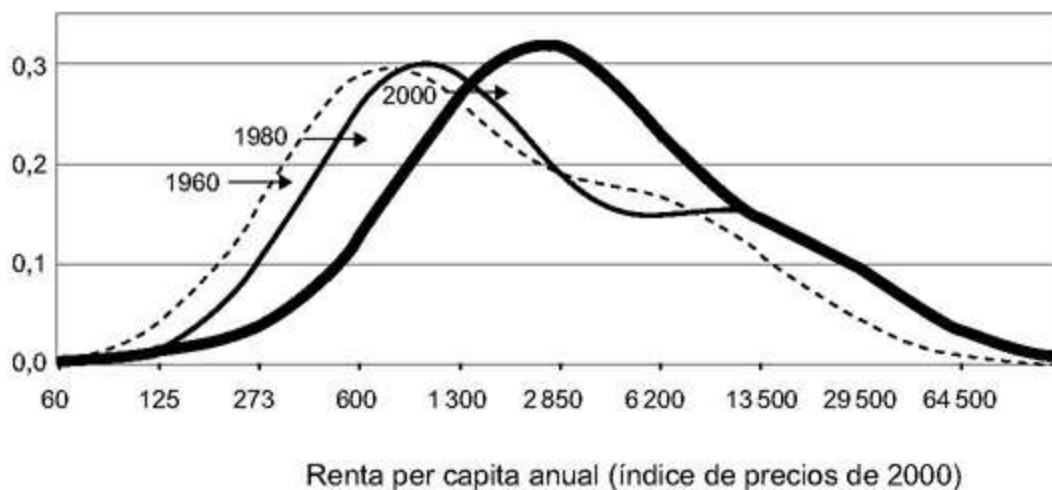
Teniendo en cuenta que el grado de igualdad entre pobres y ricos dentro de los países parece haberse mantenido más o menos constante durante este



mismo periodo (se ha incrementado en la mitad de los países y se ha reducido en la otra mitad), hemos de concluir que, en contra de la creencia popular, hemos asistido a una nivelación global. En el *Informe del Banco Mundial 1998/99* se analiza, entre otros puntos, la diferencia de ingresos del 20% más rico y pobre en los países en vías de desarrollo. Como era de esperar, la diferencia es muy considerable, pero también se demuestra que está disminuyendo la desigualdad en todos los continentes (¡!). La única excepción palmaria es Europa del Este tras el derrumbe del comunismo, donde la brecha se ha incrementado con mayor rapidez en los países con un ritmo lento de reformas. [\[19\]](#)

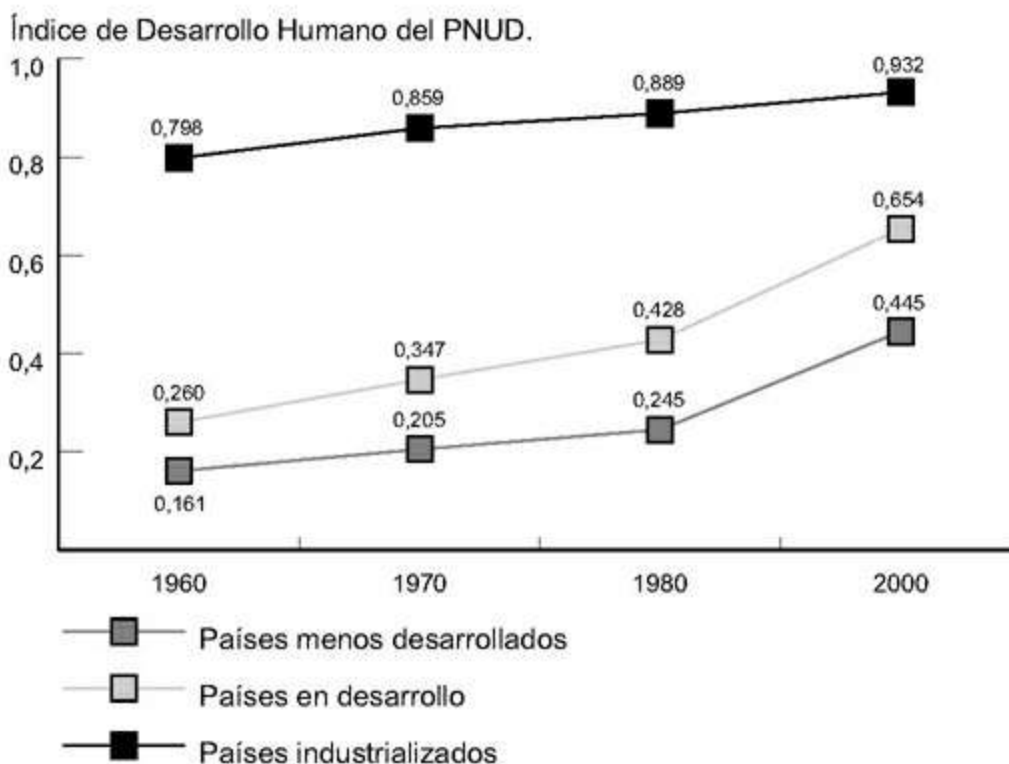
Otro elemento que arroja sombras sobre el informe del PNUD de 1999, el cual contradice estos resultados, es la omisión dentro del cuerpo estadístico por parte de dicha entidad de sus propios datos relativos a los años en que se redujeron con mayor intensidad las desigualdades (1995-97). A ello hay que añadir que en el baremo de nivel de prosperidad establecido, el denominado Índice de Desarrollo Humano (IDH), se muestra una disminución de las diferencias a nivel global *aún más rápida* que en el informe noruego. El IDH combina diversos aspectos del desarrollo, las rentas de la población, el nivel de formación y la esperanza de vida. Este índice va del «0» (equivalente a la miseria más absoluta) hasta el «1» (prosperidad máxima). El IDH ha aumentado en todos los grupos de países en los últimos 40 años, pero con una especial intensidad en los menos desarrollados. En los países de la OCDE el IDH ha pasado de 0,8 a 0,93 entre 1960 y 2000, mientras que en los países en vías de desarrollo se ha incrementado del 0,26 al 0,65, es decir, a un ritmo más acelerado.

## Distribución de las rentas a nivel mundial en 1960, 1980 y 2000



Fuente: Bhalla 2002, pág. 176.

## Aumento del nivel de vida en todo el mundo



Fuente: PNUD.

En ocasiones se oye decir que el 20% de la población más pudiente del planeta es 74 veces más rica que el 20% de menos recursos. Si se analiza lo que esta quinta parte más rica y más pobre obtienen por su dinero (es decir, si se emplean cifras adaptadas al poder adquisitivo), el 20% más próspero es sólo 16 veces más rico que el 20% más deprimido.<sup>[20]</sup>

*Pero con las justas reservas*

Lo expuesto anteriormente no significa en manera alguna que todo en el mundo va bien, ni siquiera que todo va a mejor. En el año 2000, 3 millones de personas murieron a causa del SIDA, una cifra récord, dejando tras de sí un rastro de niños huérfanos como una de sus consecuencias más crueles. En algunos países africanos, más del 15% de la población adulta está infectada

por el VIH o ha desarrollado la enfermedad. En la actualidad hay unos 20 millones de refugiados que huyen de la represión, los conflictos armados o las catástrofes naturales. Aunque los pronósticos relativos al abastecimiento del agua a nivel mundial son más optimistas, planea todavía la amenaza de una gravísima escasez de agua potable, lo que puede traer consigo enfermedades y conflictos. Una veintena de países, la mayoría de ellos del África Subsahariana, son más pobres ahora que en 1965. Pese a la reducción del analfabetismo, el hambre y la pobreza, aún hay muchos cientos de millones de personas que padecen estas lacras. Ciertamente ha disminuido el número de conflictos armados, pero ello no sirve de mucho consuelo a los cientos de miles de seres humanos que son asesinados, maltratados y violados.

Los problemas sin resolver se antojan además mucho más difíciles de sobrellevar a sabiendas de que podemos hacer algo para solventarlos. Un subdesarrollo derivado de condiciones naturales e ineludibles puede parecernos un destino terrible, pero cuando comprendemos que en absoluto es «necesario», el destino se convierte en un problema que puede y debe solucionarse. No se trata de un fenómeno desconocido; ocurrió algo parecido cuando el industrialismo, hace unos 150 años, comenzó a mejorar el nivel de vida de los ciudadanos en esta nuestra parte del mundo. Cuando la miseria inunda todo, lo más probable es que no seamos capaces de verla, pero si la apreciamos en contraste con otra realidad, salta a la vista con una claridad insultante. Ello es positivo, puesto que nos estimula a esforzarnos en solucionar los problemas restantes, pero no ha de conducirnos a la falsa idea de que el mundo ha empeorado, porque eso no es cierto.

Nadie puede dudar de que nos quedan enormes problemas que atajar en nuestro planeta, pero lo realmente fantástico es que la difusión de la democracia y el capitalismo ha contribuido a reducir éstos. Allí donde se ha aplicado una política liberal durante más tiempo, la indigencia y la precariedad han pasado a ser una excepción y no la regla, a diferencia de lo habitual a lo largo de la historia y en todo el mundo. Nos aguardan colosales desafíos, pero ahora conocemos las soluciones políticas y tecnológicas que nos pueden ayudar a enfrentarnos a ellos. Por ello, y pese a todo, hay razones para ser optimista.

## 2. ...y no es por casualidad

### *Así es el capitalismo*

La creciente prosperidad del planeta no es un «milagro» ni un «prodigio», ni se puede explicar mediante uno de esos conceptos misteriosos que solemos aplicar a países que han tenido éxito en el plano económico y social. No hay escuela que se construya ni ingresos que lluevan del cielo por pura casualidad; se deben a personas que aportan nuevos planteamientos y que trabajan con afán para hacer realidad sus ideas. Pero esto es algo que ocurre en todas partes; no hay ninguna causa genética que explique que determinadas personas en determinados lugares y épocas sean más inteligentes o capaces que otras. La diferencia fundamental es la existencia de un entorno que permita y estimule las ideas y el esfuerzo o, por el contrario, que ponga obstáculos en el camino y trate de apropiarse del trabajo de otros para fines específicos. Dependerá de si la gente puede actuar con libertad y se le concede la oportunidad de ensayar distintas soluciones, de que puedan o no acumular bienes, invertir a largo plazo, cerrar acuerdos y comerciar con otras personas. Resumiendo: dependerá de si viven o no dentro de un sistema capitalista. En el mundo desarrollado hemos contado con alguna modalidad de capitalismo durante un par de siglos. Por ese motivo justamente se nos denomina «mundo desarrollado», puesto que el capitalismo ha proporcionado a las personas la libertad e iniciativa para crear, producir y comerciar, a resultas de lo cual se ha generado un cierto nivel de prosperidad.

En las últimas dos décadas este sistema se ha propagado por todo el mundo en un proceso al que se suele llamar «globalización». Las dictaduras comunistas del Este y las militaristas del Tercer Mundo se han derrumbado, arrastrando consigo los muros que habían levantado contra las ideas y el comercio. En su lugar se ha difundido el concepto de que es imposible centralizar la generación de riqueza, que ésta únicamente se puede fomentar proporcionando a los ciudadanos libertad para que decidan por su cuenta, libertad para crear, pensar y trabajar.

El capitalismo implica voluntariedad, es decir, la ausencia de coacción externa. Podemos optar por no firmar acuerdos o hacer negocios si consideramos que existe una solución más apropiada. Significa que la única manera de enriquecerse en un mercado libre es ofreciendo a la gente aquello que demandan y que están dispuestos a pagar libremente. Ambas partes deben sentir que ganan con esa operación; de lo contrario, ésta nunca se llevaría a cabo. La economía no es, por tanto, un juego de suma cero. Simplificando un poco se podría afirmar que cuantos más ingresos se genera en una economía de mercado, más se ha trabajado para ofrecer a otras personas lo que desean. Bill Gates y Madonna cosechan sumas multimillonarias, pero no robando dinero, sino ofreciendo programas informáticos y música que para muchos merece la pena pagar. Sólo obtienen beneficios ofreciendo. Ello hará que las empresas y los individuos se esfuercen por desarrollar mejores productos y formas más eficaces de satisfacer las necesidades. La alternativa sería que el estado se apropiara de nuestros recursos y, seguidamente, decidiera el tipo de comportamientos que quiere fomentar. La cuestión que se plantea entonces es la siguiente: ¿por qué el estado va a saber mejor que nosotros mismos lo que queremos y lo que consideramos importante en nuestra vida?

En una economía de mercado, los precios y los beneficios constituyen un sistema de señales que sirven para orientar a asalariados, empresarios e inversores. Si éstos desean obtener un buen sueldo o unos altos beneficios, deberán buscar las áreas de la economía donde puedan satisfacer de manera más adecuada la demanda. Unos impuestos y subsidios demasiado elevados tergiversarán completamente estos vectores. El control de los precios es destructivo porque pervierte de forma directa las señales necesarias en este sentido. Si el estado fija un precio máximo, es decir, regula un precio inferior al establecido por el mercado, por ejemplo, para el alquiler de viviendas en el centro de Madrid, la oferta disminuirá, porque la gente querrá mantener los apartamentos arrendados, aunque no los necesite en ese momento, y las empresas constructoras dejarán de edificar. Ello resultará en una escasez de vivienda. Si, por el contrario, el estado determina un precio mínimo, o sea, un precio superior al que hubiera establecido el mercado, ello desembocará en una oferta excesiva. Cuando la Unión Europea paga por los productos alimentarios más que el mercado, el efecto resultante es que se dedicarán a la agricultura más personas de las necesarias, trayendo consigo un excedente de

producción (que se volcará en los países en vías de desarrollo).

Otro de los principios del capitalismo consiste en que las personas pueden conservar los recursos generados e ingresados. Si tú te esfuerzas para invertir a largo plazo y viene otra persona y se apodera de la mayor parte de tus beneficios, lo más probable es que dejes de invertir. La protección de la propiedad privada es uno de los elementos fundamentales de una economía capitalista. No sólo garantiza a la persona el derecho a obtener el fruto de su trabajo, sino también la libertad a la hora de emplear sus recursos, sin necesidad de pedir permiso a la autoridad correspondiente. El capitalismo deja a las personas que ensayen sus propias fórmulas.

Esto no quiere decir que alguien que opere dentro de una economía de mercado necesariamente sea más inteligente que un burócrata, sino que la persona en cuestión mantiene un contacto directo con el mercado y cuenta con información de primera mano sobre la oferta y la demanda a través de la evolución de los precios. Un agente centralizador jamás podrá acumular toda esa información en todos los ámbitos, ni cuenta con la misma capacidad para ajustarse a ella. Además, aunque un individuo activo dentro de un mercado abierto no sea más inteligente que un burócrata, seguro que un millón sí que lo son. Por lo general, un millón de ensayos diferentes son más acertados que una única solución centralizada. Si el estado decide que todos los recursos sean invertidos en un tipo determinado de agricultura colectivizada y su método fracasa, ello afectará económicamente al conjunto de la sociedad y, en el peor de los casos, provocará una hambruna. Si un grupo de personas apuestan por un tipo de método agrícola, por ejemplo, a través de una empresa, los eventuales efectos negativos, en caso de descalabro, quedarán restringidos a ellos. La sociedad precisa de este tipo de experimentos y soluciones novedosas para poder evolucionar, al tiempo que se han de limitar los riesgos para que no se venga abajo toda la estructura social en caso de fracasar unos pocos. Por lo tanto, las decisiones y obligaciones de carácter individual constituyen una solución excelente. Resulta en particular necesaria la responsabilidad propia. Un político o burócrata que maneja sumas multimillonarias para, por ejemplo, realizar inversiones en infraestructuras o unas instalaciones para unos Juegos Olímpicos no está sujeto a los mismos condicionamientos a la hora de adoptar decisiones razonables que un empresario o inversor. El político no tendrá que pagar de su propio bolsillo si las cosas se tuercen y los costes superan los ingresos.

Cuando las personas gozan del derecho de propiedad actúan con visión de futuro, puesto que saben que podrán recoger los frutos de su esfuerzo. Ése es el núcleo de toda economía capitalista: guardar parte del valor del que se dispone hoy en día para poder generar más en el futuro. Se trata del mismo proceso que cuando dedicamos parte de nuestro tiempo y energía a obtener una buena formación, la cual, a largo plazo, nos rendirá un beneficio superior («capital humano»). En el ámbito de la economía, se traduce en que no consumiremos todo de lo que disponemos, sino que conservaremos una parte, por la que seremos premiados mediante intereses o dividendos procedentes de aquel que pueda explotar dicho capital de modo más eficaz que nosotros mismos. Este ahorro e inversión es lo que lleva a la economía a cotas cada vez más elevadas. También sirven para financiar nueva maquinaria y modelos organizativos que contribuyen a incrementar la productividad de la mano de obra.

La organización es un factor importante, dado que a través de la colaboración voluntaria se puede producir más que individualmente. Un artesano por su cuenta quizá sea capaz de fabricar una silla en una semana, pero si se concentra en lo que sabe hacer mejor, por ejemplo, la estructura, y se alía con otra persona que sepa pintar y una segunda experta en coser almohadillas, podrán producir juntos una silla al día. Si pueden disponer de maquinaria moderna producirán cien sillas al día. Con ello se incrementa el valor de su trabajo.

El desarrollo tecnológico permite fabricar tipos tradicionales de artículos a un coste más reducido con ayuda de nuevos equipos, poniendo nuevos inventos y productos a disposición de la gente. Esta mejora continua de la productividad mediante la distribución del trabajo y una tecnología más eficaz ha hecho que, en la actualidad, una hora de trabajo tenga un valor aproximadamente 25 veces superior en relación a mediados del siglo XIX. Ello quiere decir que los empleados obtienen 25 veces más que antes, en forma de un salario superior, un entorno laboral más adecuado y una jornada más reducida. Al aumentar su valor el trabajo de las personas, habrá más empresas que quieran adquirirlo, viéndose obligadas a subir los sueldos y mejorar las condiciones laborales para poder acceder a la mano de obra. Si, por el contrario, los sueldos aumentan más rápido que la productividad por la acción de ciertas leyes o convenios colectivos, ello comportará el despido de trabajadores, ya que el trabajo de éstos no valdrá lo que el empresario se ve



obligado a pagar por él. O bien se puede proceder como han hecho durante mucho tiempo los políticos en Suecia, a saber, suprimir los incrementos salariales a través del aumento de la inflación para evitar que nadie perdiera su trabajo. Obviamente, en ese caso, el incremento salarial adquiere la categoría de quimera. Sólo mediante el crecimiento y la productividad puede aumentar el salario real.

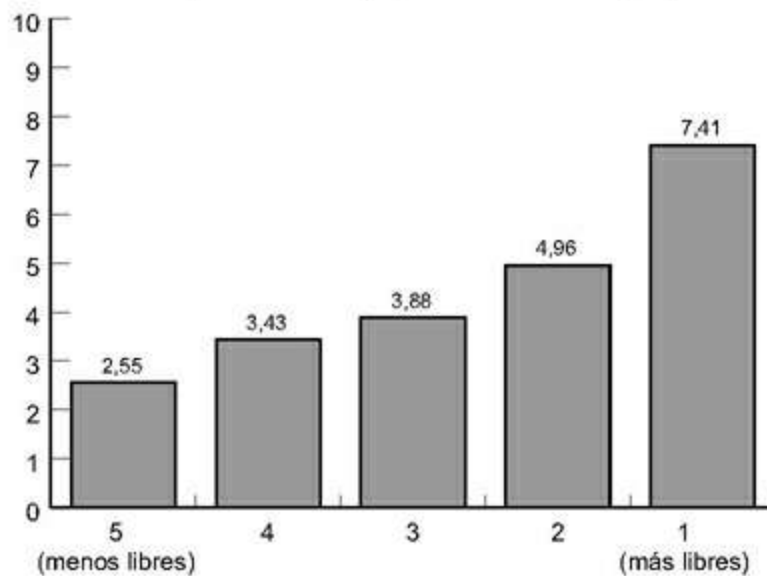
Todos los sistemas políticos y económicos precisan de regulación, incluso en el más liberal de los capitalismos. El capitalismo exige una normativa que establezca los principios de propiedad legítima, la elaboración de contratos, la resolución de litigios y otros muchos aspectos. Se trata de normas para el correcto funcionamiento de la economía de mercado. Sin embargo, existen también otras que obstaculizan dicho funcionamiento. Se trata de aquellas normas que se aplican para regular en detalle y determinar la forma en que los individuos han de emplear su propiedad, para dificultar el inicio de una actividad determinada mediante licencias y autorizaciones o con el objeto de establecer reglas restrictivas en la fijación de precios o el desarrollo de los negocios. La principal utilidad de estas reglamentaciones es otorgar al poder público un mayor control sobre la economía, pese a no intervenir directamente ni arriesgar su propio capital en ella. Estas reglas se convierten en una pesada carga que han de soportar los elementos generadores de nuestra prosperidad. Sólo dentro del ámbito federal, los empresarios norteamericanos deben asumir más de 134.000 folios de normativas. Únicamente en 2002 las diversas instancias reguladoras aprobaron 4.167 normas nuevas. Teniendo esto en cuenta, es comprensible que no haya más personas que traten de hacer realidad sus interesantes proyectos.

Las mencionadas normativas son perjudiciales también en otro sentido. Las trabas impuestas a las actividades necesarias de las empresas hacen que éstas dediquen buena parte de su tiempo a tratar de burlar dichas reglas, un tiempo que podrían haber destinado a agilizar la producción. Si resulta demasiado complicado, se operará al margen de la legalidad, con lo cual se renuncia a la protección jurídica en las transacciones. Numerosas empresas destinarán recursos para presionar a los políticos a fin de que adapten las normas a sus necesidades respectivas, medios que podrían haberse empleado en inversiones. Muchos se verán tentados a tomar atajos, convirtiendo a los burócratas en receptores de generosos sobornos, especialmente en los países menos desarrollados, donde los sueldos son bajos y el aparato normativo

caótico. La forma más habitual de corromper un país es introduciendo autorizaciones y controles obligatorios para producir, importar, exportar e invertir. Hace más de dos milenios y medio ya afirmó el filósofo chino Lao-tsé que «cuantas más leyes se promulgan, mayor será el número de ladrones y bandidos».

## La libertad económica reduce la corrupción

Nivel de corrupción, conforme a la clasificación de Transparency International (1=más corrupto, 10=menos corrupto).



Países del mundo, divididos en cinco quintos según su grado de libertad económica.

Fuente: Gwartney & Lawson y otros, 2001.

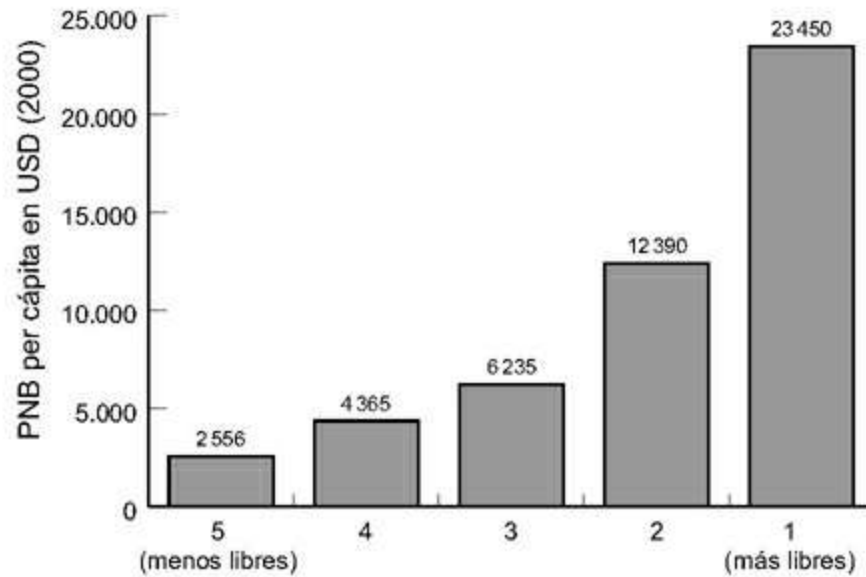
Para conseguir normas honestas y funcionarios insobornables el medio más efectivo es una amplia desregulación. En opinión de Amartya Sen, sólo la lucha contra la corrupción ya es motivo suficiente para que los países en vías de desarrollo desregulen sus economías, aunque ello no conllevara beneficios económicos adicionales.<sup>[1]</sup>

*La bendición del crecimiento*

Todas las experiencias evidencian que es en los sistemas liberales donde se genera la prosperidad y se cimenta el desarrollo. La política y la economía no son en absoluto ciencias exactas. No podemos llevar a cabo experimentos de laboratorio para determinar qué sistemas ofrecen mejores resultados y cuáles no. Pero, sin lugar a dudas, no hay ningún fenómeno social que podamos estudiar tan de cerca en este sentido como, precisamente, el capitalismo. Existen una serie de ejemplos en los que una población parecida con condicionamientos similares, que comparte un mismo idioma y normas, es expuesta a dos sistemas diferentes: una economía de mercado y otra planificada y centralizada. Uno de ellos es Alemania, tras su división en una zona occidental capitalista y otra oriental comunista. En la parte oeste se produjo un milagro económico, teniendo ésta finalmente que soportar todo el coste de la reunificación con la desvencijada Alemania Oriental, pese a ser dicho país el más desarrollado de entre todos sus hermanos del este europeo. Otro tanto ha ocurrido con la Corea del Sur capitalista y la Corea del Norte comunista. El sur fue uno de los tigres asiáticos que convenció al mundo de que los países en vías de desarrollo realmente podían progresar. En los años 60 tenía un nivel de vida inferior a Angola, mientras que en la actualidad disfruta de un desarrollo a la altura de cualquier país de Europa Occidental, con una economía que es la decimotercera potencia del mundo. La economía de Corea del Norte, por el contrario, se ha derrumbado estrepitosamente y el país sufre de hambrunas masivas. También podemos apreciar la diferencia entre Taiwan que, con su economía de mercado, ha sido escenario de una de las transformaciones económicas más rápidas de la historia, y la China continental comunista, que ha padecido hambres y miserias hasta que consideró oportuno iniciar su apertura comercial.

Hallamos este vínculo en todo el globo. Cuanto mayor sea el grado de liberalismo económico imperante en un país, mayores opciones tendrá dicho país de alcanzar una cota más elevada de prosperidad, un crecimiento más rápido y un mayor nivel y esperanza de vida entre sus habitantes. En los países económicamente más liberales, la población es casi 10 veces más rica que en los menos liberales, y tiene una expectativa de vida superior en más de 20 años.<sup>[2]</sup>

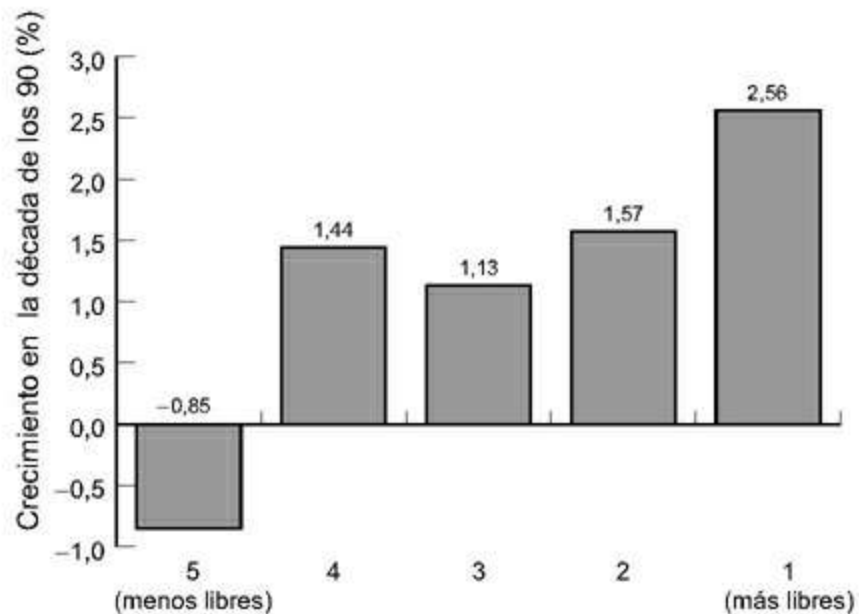
## La libertad económica incrementa la prosperidad



Países del mundo, divididos en cinco quintos según su grado de libertad económica.

Fuente: Gwartney & Lawson y otros, 2001.

## La libertad económica fomenta el desarrollo

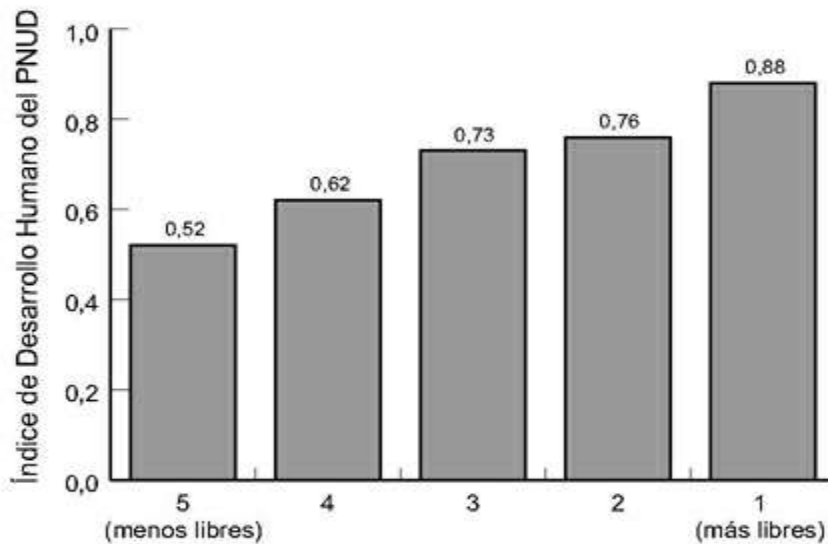


Países del mundo, divididos en cinco quintos según su grado de libertad económica.

Fuente: Gwartney & Lawson y otros, 2001.

El progreso económico de los últimos dos siglos es un fenómeno sin precedentes antes del triunfo de la economía de mercado en el siglo XIX. A lo largo de la historia, lo habitual ha sido que el ser humano sufriera una situación cercana a la indigencia, con sólo lo suficiente para sobrevivir. Durante la Edad Media, los europeos padecían a menudo de desnutrición crónica y llevaban para trabajar sus únicas prendas, en casas tan llenas de mugre e insectos que un historiador ha llegado a escribir sobre éstas lo siguiente: «Lo único que puede decirse a su favor desde el punto de vista higiénico es que ardían con extrema facilidad.»<sup>[3]</sup> Después del siglo XVI, en una época en que lentamente y a pequeña escala se iniciaron intercambios comerciales entre diferentes partes del mundo, encontramos ejemplos de expansión económica, si bien muy marginal.

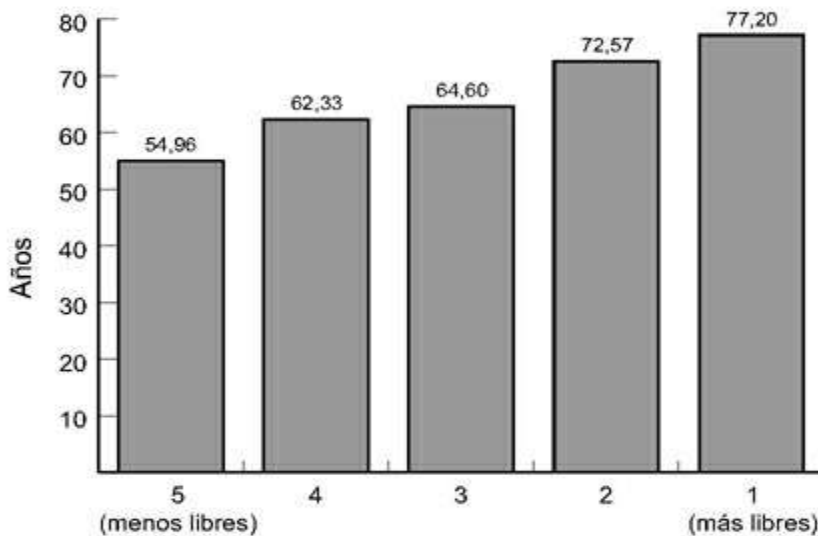
## La libertad económica incrementa el nivel de vida



Países del mundo, divididos en cinco quintos según su grado de libertad económica.

Fuente: Gwartney & Lawson y otros, 2001.

## La libertad económica incrementa la esperanza de vida



Países del mundo, divididos en cinco quintos según su grado de libertad económica.

Fuente: Gwartney & Lawson y otros, 2001.

En el siglo XVIII, el nivel de pobreza era parecido en los diversos continentes. Según estimaciones no muy fiables, Europa era únicamente un 20% más rica que el resto de continentes. Hace unos 180 años, en torno a 1820, el continente europeo empezó a despegar gracias a la revolución industrial. No obstante, la penuria económica seguía siendo manifiesta. En los países europeos más opulentos, la renta per cápita se situaba en 1.000-1.500 dólares, es decir, aproximadamente al mismo nivel que tienen hoy Bolivia o Kazajstán. Ni aun distribuyendo equitativamente todos los ingresos hubiera bastado entonces más que para una existencia en la más profunda de las miserias, sin agua potable, sólo con alimentos para sobrellevar el día y poco más de una prenda de vestir. La práctica mayoría de la población mundial vivía en una pobreza absoluta. Se trata de niveles carenciales difíciles de encontrar hoy día en ningún rincón del planeta. Sólo los países más deprimidos (tales como Malí, Zambia y Nigeria) se aproximan. En los 200 años posteriores, la renta per cápita se ha multiplicado en todo el mundo. En los poco más de 300 años que separan 1500 de 1820 se calcula que el crecimiento global fue de sólo una decimotercera parte en relación a lo que el mundo ha progresado a partir de entonces.<sup>[4]</sup> En Europa, el nivel de ingresos se ha multiplicado por más de 10. Durante el último medio siglo, Asia también se ha puesto las pilas y, dado que el camino que lleva a la prosperidad ya era conocido, lo ha podido recorrer a una velocidad aún más rápida. En la actualidad, el nivel de vida en Japón es ocho veces superior que en 1950, y en China seis veces más alto.

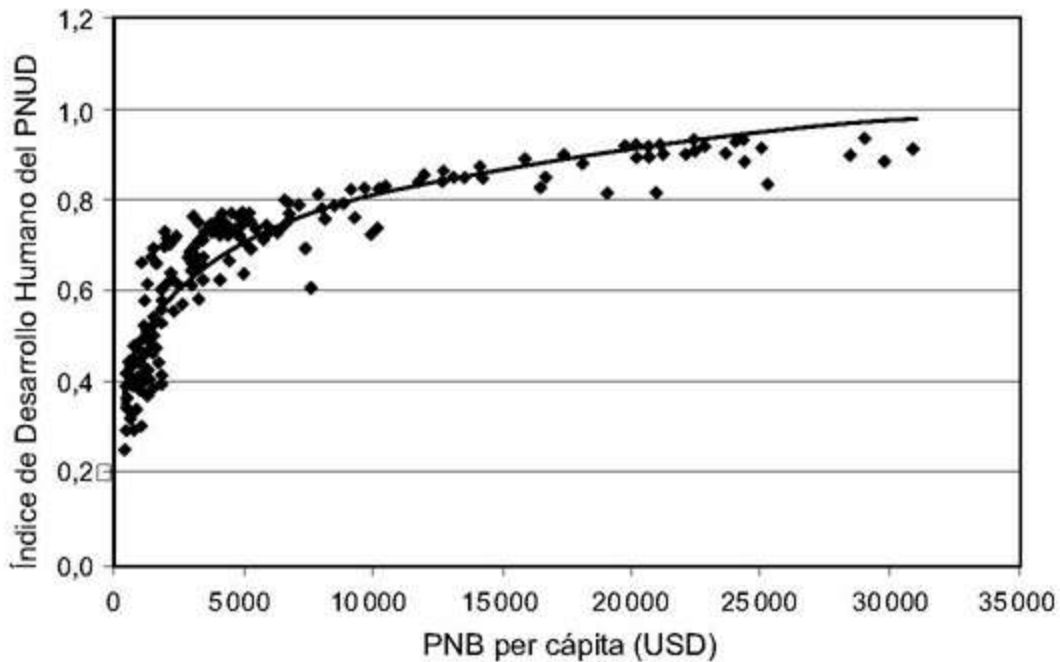
Un mayor volumen de inversiones y el afán por hallar soluciones mejores y más eficaces a problemas antiguos nos han llevado a producir más y, con ello, a un mayor crecimiento. Ello estimula nuevas ideas y maquinaria que, a su vez, incrementan la productividad de la mano de obra. El producto nacional bruto (PNB) especifica el valor de todos los productos y servicios fabricados en un país. Al considerar este valor por cada habitante, obtenemos un indicador aproximado del nivel de riqueza de ese país. El concepto de crecimiento —es decir, la producción de un mayor volumen de artículos y servicios— quizá no suene como la cosa más interesante del mundo a todas las personas. Incluso se ha desarrollado una actitud despectiva respecto a la idea de crecimiento en determinadas esferas radicales, donde se califica a los que se interesan por éste de «economicistas» y «fanáticos del crecimiento».

En parte, puede tratarse de una reacción lógica al hecho de que haya ciertos sectores que empiezan a considerar éste como un fin en sí mismo, es decir, que un PNB elevado es un objetivo *per se*. Ahora bien, crecimiento significa simple y llanamente que la producción se incrementa, y con ella la prosperidad y las oportunidades. En nuestro mundo desarrollado, nos puede permitir empezar a ahorrar, consumir más, apostar por la protección social o, sencillamente, trabajar menos por el mismo sueldo. En los países en vías de desarrollo, eso mismo puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte, el desarrollo o el estancamiento, porque es el crecimiento lo que hace posible el acceso, por ejemplo, a alimentos saludables o a agua potable.<sup>[5]</sup>

En lo que respecta al día a día en India, el crecimiento experimentado por el país desde los años 80 ha llevado a la sustitución de las chozas de adobe por casas de ladrillos, así como al adoquinado y asfaltado de los caminos de tierra embarrados en el pasado. La electricidad se ha convertido en un bien generalizado y los callejones antes oscuros han sido iluminados. Las calles ya no apestan a basura y la existencia de sistemas de desagüe adecuados mantienen alejados los posibles focos de infección. Hasta las personas de menos recursos pueden permitirse comprar ropa y zapatos. El ejemplo más claro de lo que conlleva el crecimiento es que la mujer india ya no necesita lavarse constantemente la mitad de su traje tradicional o *sari*, lo cual se veía obligada a hacer antes porque, al sólo contar con uno, la otra mitad la llevaba puesta.



## Renta y nivel de vida van de la mano



Fuente: Melchior, Telle & Wiig, 2000, pág. 96.

El crecimiento también aporta a los individuos posibilidades y poder de decisión. Le permite, por ejemplo, al ciudadano indio medio optar por dirigirse a un banco, y no tener que recurrir al usurero local para empeñarse de por vida. Hace posible buscar trabajo en diferentes sitios y empresas, con lo cual los más pobres pueden liberarse del yugo impuesto por el terrateniente de la aldea, tradicional señor de sus destinos. Aunque India haya contado y cuente con elecciones democráticas, ello no serviría de mucho si las personas de menos recursos fueran totalmente dependientes de la voluntad de la élite local, ya que se verían obligados a votar conforme a las exigencias de dicha camarilla. Los padres de las zonas más pobres del mundo no ponen a sus hijos a trabajar porque les divierta, sino porque precisan de esos ingresos para poder mantener a la familia. El crecimiento económico mejora su nivel de renta e incrementa la productividad de la enseñanza, lo que posibilita mandar a los hijos a la escuela y no a las labores del campo. También amplía las oportunidades de los individuos dentro de la propia familia. Una ley contra la

violencia doméstica puede resultar totalmente inefectiva si la mujer depende económicamente del esposo para su supervivencia, puesto que la disuadirá a la hora de denunciarlo o abandonarlo. Al expandirse la economía y aumentar la producción, las mujeres tienen más opciones de conseguir un trabajo fuera del hogar, atenuando así su dependencia de la voluntad del marido.

«En la época de mi madre, las mujeres tenían que aceptar y aguantar. Yo me negaba a ello, quería actuar con voz propia. La vida no consiste sólo en sacrificio, también hay que disfrutarla. Pienso que ése es el principal cambio que se está produciendo en Japón. La gente no se conforma sólo con trabajar todo el tiempo. Ahora también quiere poder gozar de la vida y divertirse.»

*Eriko, ciudadana japonesa de 29 años que, aunque estaba llamada a ser campesina como sus padres, decidió convertirse en diseñadora publicitaria.* [\[6\]](#)

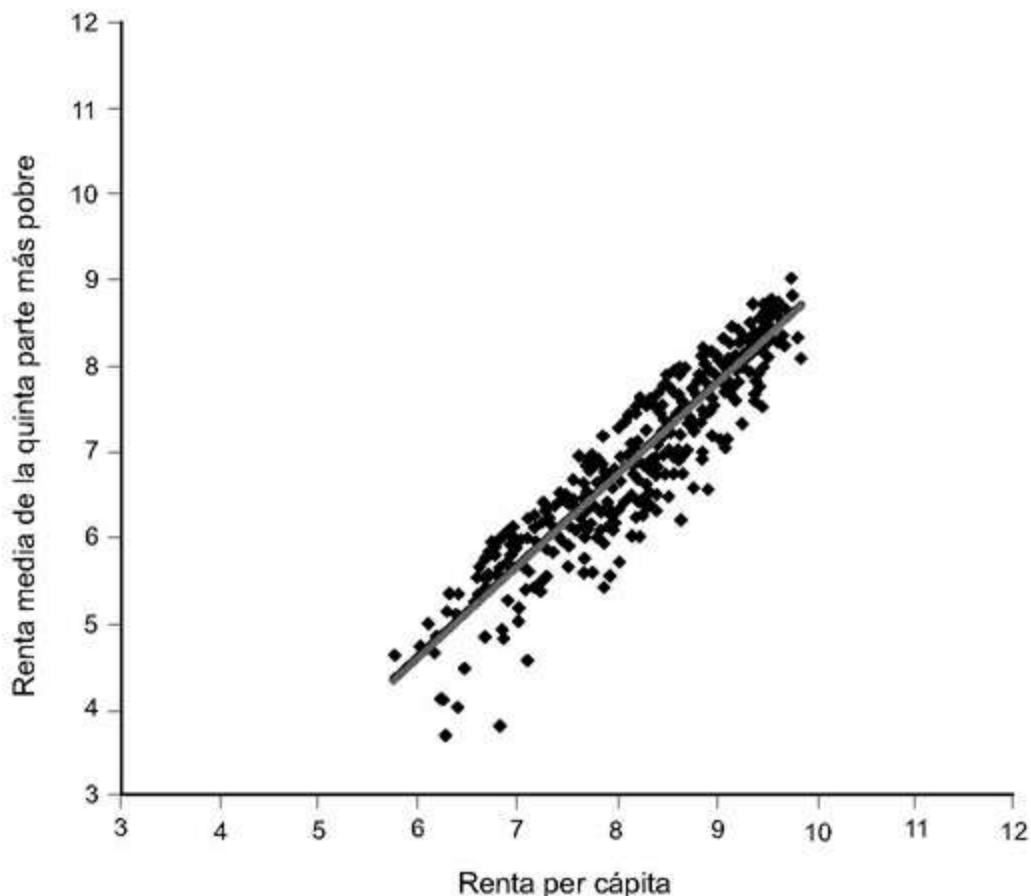
Se oye decir en ocasiones que los ricos son los únicos favorecidos del crecimiento económico, que los más pobres no participan de él. Es una afirmación curiosa. ¿Por qué motivo las personas de menos recursos se beneficiarían menos del enriquecimiento de la sociedad? Dos economistas del Banco Mundial, David Dollar y Aart Kraay, han estudiado estadísticas sobre las rentas en 80 países a lo largo de 40 años para comprobar si esto era realmente cierto. Su análisis demuestra que el crecimiento favorece a los pobres en igual medida que a los ricos. Con un crecimiento del 1%, las personas de bajos recursos mejoran sus ingresos una media de un 1%. Si el crecimiento es del 10%, los más pobres aumentan su renta en un 10% de media. No en todas partes ni siempre, ya que hay excepciones y variaciones, pero sí como norma general. Este resultado coincide con una larga ristra de estudios, resultando muy difícil encontrar otros trabajos que apunten en la dirección contraria. [\[7\]](#)

Ello significa que el remedio más eficaz contra la pobreza es el crecimiento. Algunos economistas lo achacan a un fenómeno de filtración (*trickle down*), es decir, unas personas determinadas se hacen ricas primero y, después, parte de esa prosperidad se filtra hasta las capas más desfavorecidas,

cuando los elementos más acaudalados solicitan productos y servicios de éstas. Dicha tesis invoca en cierta manera la imagen de que el pobre sólo recibe las migajas de la mesa del rico, pero es una concepción totalmente errónea del efecto real que origina el crecimiento. Lo que ocurre es precisamente lo contrario, a saber, que los colectivos más empobrecidos participan aproximadamente en un mismo grado y ritmo de los frutos del crecimiento que los pudientes. Resultan beneficiados inmediatamente al revalorizarse su mano de obra y al reducirse el coste de los bienes que adquieren en relación a sus ingresos.

## La prosperidad beneficia a los más desfavorecidos

Relación entre bienestar e ingresos de los más pobres en 80 países analizados



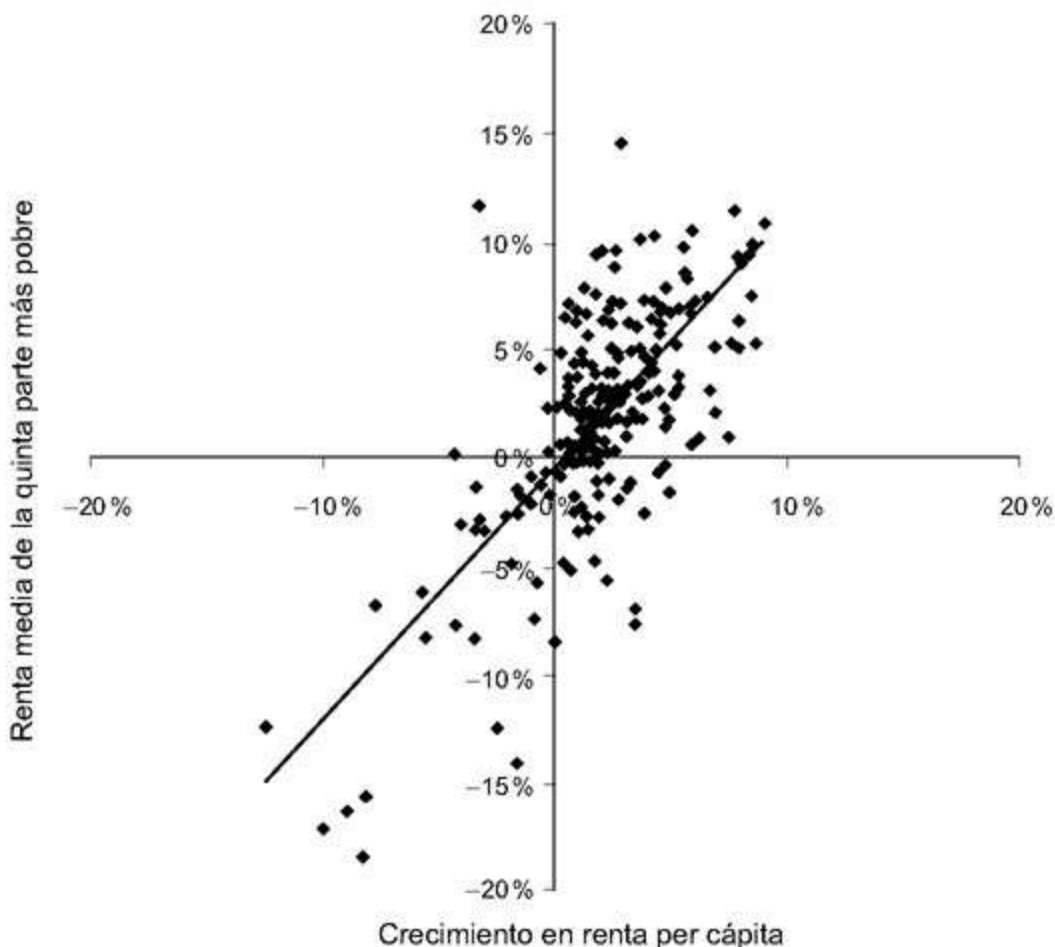
Fuente: Dollar & Kraay, 2000a.

No hay ningún país que haya conseguido recortar sus niveles de pobreza sin un crecimiento continuado. Ni tampoco a la inversa, es decir, un país que haya disfrutado de un crecimiento sostenido a largo plazo que no haya revertido positivamente sobre la población de menos recursos. De mayor interés aún es el hecho de que no se haya dado ningún caso de un país que a largo plazo haya crecido con niveles estables sin que haya abierto sus mercados. El último *Informe sobre el Desarrollo Mundial* del Banco Mundial abunda en formulaciones retóricas en torno a la idea de que el crecimiento no

lo es todo y que tampoco basta para lograr el desarrollo, sin duda influenciado por el auge de los movimientos antiglobalización. Pero, al mismo tiempo, en las tablas del informe queda de manifiesto que cuanto mayor ha sido el crecimiento económico de un país en los últimos 20 años, más rápido se han reducido dentro de él los niveles de pobreza, mortalidad infantil y analfabetismo. En los países situados en el furgón de cola de la lista del crecimiento, el nivel de pobreza incluso se ha incrementado. Es posible que sólo el progreso económico no sea suficiente para el bienestar de todos, pero lo que sí parece obvio es su necesidad.

## El crecimiento beneficia a los más desfavorecidos

Relación entre crecimiento e ingresos de los más pobres en 80 países analizados.



Fuente: Dollar & Kraay, 2000a.

Un crecimiento anual del 3% significa que nuestra economía, nuestro capital y nuestros ingresos se duplican cada 23 años. Si el crecimiento asciende al doble, la duplicación antes mencionada se produce cada 12 años aproximadamente. Se trata de una mejora extraordinaria de las cotas de prosperidad, a la luz de la cual incluso las medidas estatales más firmes para la distribución de las rentas se antojan insignificantes. Y no sólo insignificantes, sino hasta temerarias, ya que los elevados impuestos que lo financian pueden poner en peligro el crecimiento, lo cual, a su vez, supondría

sacrificar los grandes beneficios a largo plazo para casi todos en favor de beneficios inmediatos para unos pocos.

Los factores que más favorecen la economía de una sociedad es el ahorro, la inversión y el trabajo de los ciudadanos. Gravar estos tres elementos con unos impuestos altos es, en palabras de John Stuart Mill, «castigar a la gente por haber trabajado y ahorrado más que sus vecinos».<sup>[8]</sup> Es decir, equivale a sancionar justo aquello que beneficia más a una sociedad. Alguien lo expresó de la siguiente manera: «Las multas son una especie de impuesto por obrar mal; los impuestos son una especie de multa por obrar bien.» Aplicamos un impuesto sobre el alcohol para reducir su consumo, un impuesto sobre el tabaco para hacer que la gente fume menos e impuestos ecológicos a fin de reducir las emisiones. ¿Qué pensamos que resultará de tributar por el esfuerzo, el trabajo y el ahorro? Pues que muchas personas no se esforzarán por trabajar, invertir y desarrollar nuevas ideas cuando la mayor parte de los ingresos van a parar al estado. Desemboca también en que las empresas dedicarán una mayor parte de su tiempo a buscar formas de escapar a la tributación, un tiempo que podrían haber empleado en algo más constructivo. Asimismo implica que la gente invertirá más tiempo en cosas que no son las suyas. El cirujano se quedará en casa para pintar el salón en vez de dedicarse a lo que sabe hacer mejor: salvar vidas humanas. De esa forma evitará desembolsar los impuestos que gravan su oficio y se ahorrará también los impuestos del sueldo del pintor.<sup>[9]</sup>

Por otra parte, en una economía dinámica de mercado existe la movilidad social. Aquellos que son pobres hoy no tienen necesariamente que serlo mañana. En la ausencia de privilegios inamovibles e impuestos gravosos, las posibilidades de mejorar el propio nivel de vida mediante el esfuerzo personal, la educación y el ahorro son muy elevadas. El 80% de los millonarios norteamericanos han amasado personalmente su fortuna, es decir, su patrimonio no es heredado.

Ciertamente, el 20% de la población de menos recursos en una economía capitalista como la estadounidense sólo gana el 3,6% del PNB del país, una proporción que no parece ampliarse. Pero al estudiar de esta manera estática las desigualdades de renta, olvidamos fácilmente que existe una movilidad continua dentro de los diversos grupos, y que dicha movilidad es ascendente. En parte porque los salarios aumentan con la cualificación y los años de

ejercicio profesional. Sólo el 5,1% de los estadounidenses que pertenecían en 1975 al 20% más pobre de la población seguía haciéndolo en 1991. Casi un 30% de ellos había logrado posicionarse durante ese periodo entre el 20% más rico y, en total, un 60% se había colocado entre el 40% más próspero del país. El sector de la población que en 1975 pertenecía al 20% más pobre había incrementado en 1991 sus ingresos anuales (que en 1997 se situaba en el equivalente a 1.263 dólares) nada menos que en 27.745 dólares, lo cual supone un aumento en términos absolutos de más de seis veces el logrado por el 20% más opulento.

Por consiguiente, el remedio más efectivo contra la indigencia es la posibilidad de actuar por sí mismo para salir de esa situación. El tiempo medio de estancia de un norteamericano por debajo del umbral de la pobreza es de 4,2 meses. Sólo un 4% de la población estadounidense es considerada como pobre de larga duración (más de dos años). Simultáneamente, al segmento del 20% más deprimido se incorporan nuevos individuos, principalmente estudiantes e inmigrantes sin recursos, que podrán subir rápidamente en la escala de la prosperidad. [\[10\]](#)

### *¿Libertad o igualdad? ¿Y por qué elegir?*

Muchos piensan que la liberalización y el crecimiento económico conllevan la acentuación de las desigualdades sociales. Una vez más quisiera resaltar que ésa no es la cuestión fundamental. Si lo que deseamos es mejorar nuestro nivel de vida, lo importante es en qué condiciones vivimos, no nuestro grado de bienestar en comparación con el de los demás. Lo esencial es que la mayor cantidad de gente posible mejore su situación, no teniendo por qué ser negativo el mero hecho de que a unos les vaya mejor que a otros. Ahora bien, existen varios motivos que hacen deseable la igualdad. Uno de ellos es que puede considerarse positivo que la situación de partida de la gente en la vida no sea tremendamente desigual con respecto a la de otros. Es importante que todo el mundo disponga de las mismas oportunidades, pero no hasta el punto, por ejemplo, de recortar las opciones del colectivo en pos de una máxima paridad. En cualquier caso, es lo suficientemente importante como para considerar como un problema una sociedad radicalmente desigual. Por lo tanto, resulta esencial analizar esta objeción.



Otra de las causas consiste en que, de hecho, la igualdad estimula el crecimiento, en contra de lo que a menudo se cree. Ciertamente, en una sociedad en extremo deprimida podría requerirse un cierto grado de desigualdad para que haya personas que puedan empezar a ahorrar e invertir su capital. No obstante, numerosos estudios demuestran que las sociedades más niveladas crecen de media más que las desiguales, en particular si las principales diferencias se localizan en la propiedad de la tierra. Entre las razones que lo explican hay que mencionar que los estados con una mayor igualdad social normalmente son más estables y menos expuestos a las convulsiones políticas. Las diferencias pueden desembocar en conflictos, en reivindicaciones de subidas de impuestos o en una política distributiva más amplia, elementos todos ellos que coartan el crecimiento.

Dicho lo cual, uno de los motivos esenciales es que resulta necesario contar con una cantidad determinada de recursos básicos —por ejemplo, tierras en una economía poco desarrollada o formación en una economía moderna— para poder operar de forma eficaz y contribuir al desarrollo social. Es decir, lo fundamental es buscar la igualdad en lo referente a dichos recursos, y no, como suele sostenerse en el debate político, una paridad en el ámbito de ingresos y beneficios. Así pues, en un país en vías de desarrollo marcado por injustas estructuras feudales, donde una pequeña élite es la tradicional poseedora de la tierra, lo importante es acometer una reforma agraria a fin de que un mayor número de personas puedan acceder a ella e integrarse en la economía del país. Es primordial que toda la población pueda recibir una buena enseñanza y que disponga de la opción de obtener créditos si cuentan con ideas para desarrollar proyectos empresariales. No se debe discriminar o marginar a nadie, ni tampoco impedir la libre competencia por cuotas de mercado o ingresos mediante licencias, prohibiciones y privilegios. Este tipo de igualdad estimula el dinamismo económico, mientras que la redistribución centralizada de ingresos lo que hace es frenarla, al resultar menos provechoso el hecho de formarse, trabajar o llevar a la práctica nuevos conceptos.

Expresado en términos más sencillos: lo importante es la igualdad de oportunidades, no de resultados. Lo esencial es que todos dispongan de un conjunto de posibilidades básicas y que, a partir de ellas, puedan tratar de conseguir distintos resultados, lo que supone dos caras de la misma moneda: la opción de trabajar y ensayar diferentes alternativas y el derecho a

beneficiarse de ello si las cosas van bien. Lograremos así una sociedad que incentiva la movilidad social y que gratifica las iniciativas y los esfuerzos y, por ende, una sociedad más próspera. En definitiva, las diferencias de renta en sí mismas no son las que amenazan el progreso social, sino la discriminación y los privilegios, que son la causa de la desigualdad de las rentas en los estados no democráticos. Para corroborarlo, no hay más que comprobar que la relación entre desigualdad y crecimiento es evidente en los estados no democráticos, pero no es demostrable en los países modernos y libres.<sup>[11]</sup>

Ahora bien, ¿es cierto, como muchos afirman, que lo contrario, es decir, que el crecimiento trae consigo una mayor desigualdad, sí es aplicable? Los economistas aluden a veces a la «U invertida de la curva de Kuznets», de acuerdo con un artículo del economista Simon Kuznets, publicado en 1955, donde se afirmaba que el crecimiento económico dentro de una sociedad resultaba inicialmente en una mayor desigualdad para, después de un tiempo, conducir a una cierta nivelación. Esta tesis ha sido aceptada por muchos como una verdad incontrovertible, recurriéndose en ocasiones a ella para desacreditar el concepto de crecimiento o, al menos, como argumento para exigir una mayor intervención distributiva por parte del estado. El propio Kuznets no sacó conclusiones tan drásticas. Al contrario, el autor dejó claro que el artículo se basaba en un «5% de datos empíricos y un 95% de especulación», añadiendo que «mientras se sea consciente de que se fundamenta en abundantes indicios que necesitan ser analizados con más detenimiento, y no en un conjunto de conclusiones verificadas, no puede hacer mucho daño».<sup>[12]</sup>

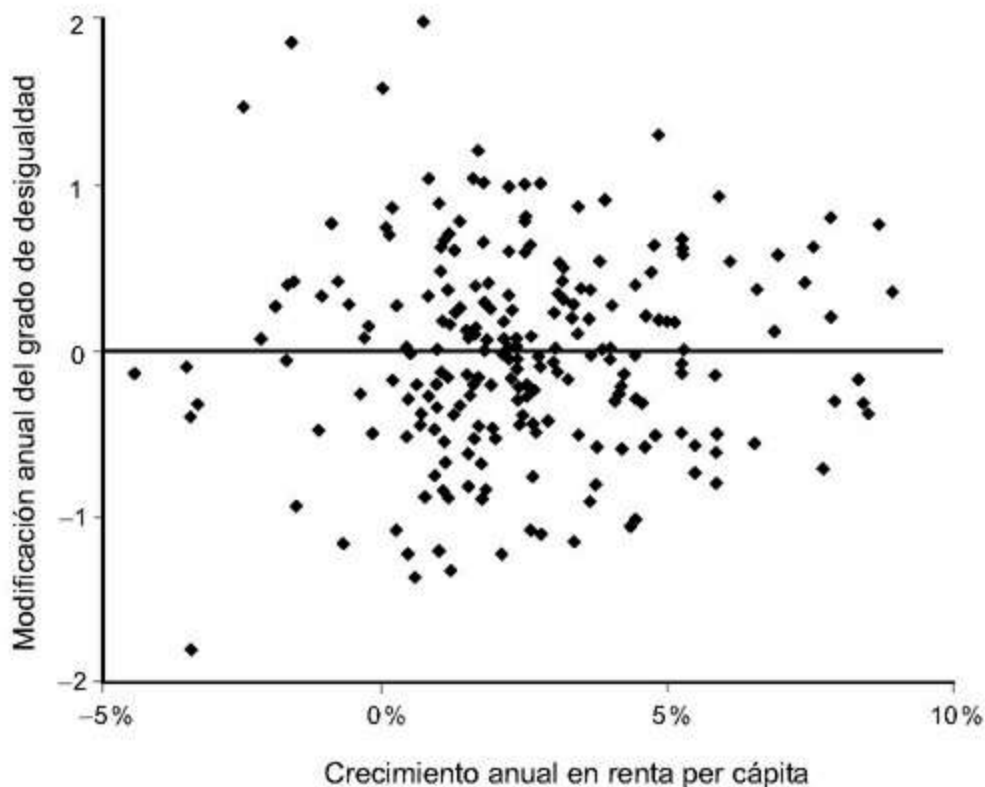
Si seguimos la recomendación de Kuznets y estudiamos lo ocurrido desde los años 50, comprenderemos que su conclusión preliminar no tiene una validez universal. Sin duda es posible que un proceso de crecimiento, inicialmente, origine una acentuación de las desigualdades, pero no existe ningún vínculo general en este sentido. Hay países que han gozado de un elevado crecimiento donde se ha producido una nivelación de las rentas, como, por ejemplo, Indonesia, Malasia, Taiwan, Corea del Sur y las islas Mauricio, mientras que en otros ha provocado una mayor desigualdad de ingresos, como China, Tailandia, Pakistán o Brasil. Igualmente, la situación ha evolucionado de forma distinta en países que han experimentado un

crecimiento cero o negativo. Por ejemplo, la diferencia de rentas ha disminuido en Cuba, Colombia y Marruecos, mientras que se ha incrementado en Kenia, Etiopía y México, en los años 80, y en Rusia en los 90. Son otros aspectos los que determinan la distribución de ingresos, como la situación de partida y la política practicada en el país. El Banco Mundial lo resume de la siguiente manera:

Las estadísticas disponibles no muestran una relación coherente entre crecimiento y desigualdad. En general, las desigualdades internas de los países no han aumentado ni disminuido en los últimos 30 años. [\[13\]](#)

## El crecimiento no fomenta la desigualdad

Relación entre crecimiento y desigualdad en 80 países analizados.



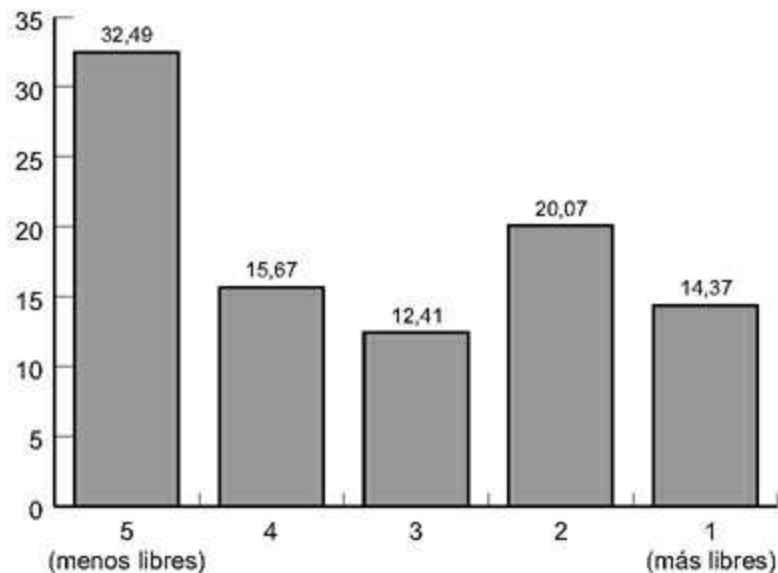
Fuente: Dollar & Kraay, 2000a.

En un estudio elaborado por el economista G.W. Scully sobre el reparto de la renta en 70 países, se evidencia que las rentas están *distribuidas más homogéneamente* en países con una política liberal, mercados abiertos y una

adecuada protección de la propiedad privada. Ello se debe, principalmente, a que la clase media tiene más recursos y la clase alta menos en las economías libres que en las que no lo son. En las economías «más libres», el 20% más rico de la población tiene unos ingresos un 25% inferiores que en las «menos libres». La proporción de ingresos que recibe el 20% más pobre dentro de la sociedad no guarda una relación directa con el grado de apertura de su economía, pero sus ingresos reales son considerablemente superiores en las economías liberales.<sup>[14]</sup>

## La libertad económica promueve la igualdad

Relación entre la renta de la quinta parte de la población más rica y la de la quinta parte más pobre en distintos países.



Países del mundo, divididos en cinco quintos según su grado de libertad económica.

Fuente: Gwartney & Lawson y otros, 2001.

Así pues, y en contra de la concepción popular, un mayor grado de liberalismo económico parece traer consigo una cierta nivelación de las rentas. Sin embargo, ello no dice nada sobre la forma en que los cambios de nivel influyen en esa equiparación. Una posibilidad es que las políticas liberales aceleradas y los cambios de sistema pudieran repercutir negativamente en lo relativo a la igualdad de rentas, pero se trata de una teoría que parece carecer de fundamento. El economista sueco Niclas

Berggren ha estudiado la manera en que un mayor grado de liberalismo económico influye en las desigualdades de renta. En los países que han liberado sus economías desde 1985 se ha producido una *nivelación*, mientras que en los que han renunciado a ello, las diferencias se han mantenido o acentuado. La aproximación más rápida de rentas ha tenido lugar en países en desarrollo que han reformado sus economías a un ritmo acelerado. Los resultados obtenidos por Berggren apuntan a la existencia de dos aspectos que contribuyen decisivamente a acortar las diferencias dentro de una sociedad: la libertad para comerciar con el extranjero y la libertad de los movimientos internacionales de capital. O sea, las dos reformas más globalizadoras. [\[15\]](#)

Es ésta una tesis que se ve confirmada si atendemos a una categorización diferente de los países, que permite determinar el «grado de globalización» de éstos. A.T. Kearny y Foreign Policy han tratado de establecer un «índice de globalización», es decir, una estimación acerca de la intensidad con que los habitantes de un país hacen negocios, invierten, se comunican y viajan más allá de sus fronteras. Los resultados dejan patente que los países más globalizados no son en absoluto más desiguales, sino todo lo contrario:

Existe una relación generalizada entre un mayor grado de liberalización e ingresos más nivelados en la mayoría de los países, tanto desarrollados como en vías de desarrollo. [\[16\]](#)

Tanto liberales como socialistas suelen afirmar que la libertad individual y la igualdad económica son dos conceptos en conflicto cuando les toca explicar su oposición a uno de estos dos valores tan ampliamente apreciados. Ello puede ser cierto en la medida en que se opte por dar prioridad a uno de ellos a la hora de desarrollar una política, pero no es verdad que sean contradictorios. Muy al contrario, todo indica que la igualdad en un marco de libertad contribuye a la igualdad económica. El derecho de propiedad, la libertad de empresa, el libre comercio y una inflación reducida se traducen en crecimiento y menos desigualdades.

### *El derecho de propiedad - por los más desfavorecidos*

Éstos son resultados sorprendentes para todos aquellos a los que se les ha dicho que el capitalismo es la ideología de los ricos y los privilegiados. La

situación es justamente la inversa: el libre mercado es lo opuesto a la sociedad clasista. En una economía de mercado, sólo se puede mantener una posición económica ventajosa mejorando la producción y ofreciendo artículos y servicios de buena calidad. Por el contrario, en las economías reguladas, donde se distribuyen prebendas y monopolios a los colectivos favorecidos, se cimenta el *status quo*. Aquel que dispone de contactos, tiene posibilidad de pagar sobornos y cuenta con el tiempo y el conocimiento necesarios para ventilarse los gruesos volúmenes de reglamentaciones, podrá crear empresas y desarrollar operaciones comerciales. Las personas sin recursos carecen de posibilidad alguna, ni siquiera para abrir los negocios más humildes, como una panadería o una tienda de barrio. En una sociedad capitalista, aquellas personas con ideas y la voluntad de ensayar sus proyectos tienen libertad para hacerlo, aunque no sean los «preferidos» de los mandatarios.

En este sentido, la globalización adquiere una especial importancia, ya que altera las relaciones de poder y libera a las personas del influjo de los dirigentes locales. El libre comercio proporciona a los consumidores la posibilidad de adquirir productos y optar por soluciones más allá de los monopolios locales. La libre circulación del capital hace posible que hasta las personas de pocos recursos con ideas interesantes puedan financiar sus iniciativas comerciales y proyectos. El libre derecho de establecimiento obliga al único patrono de la aldea a ofrecer salarios más elevados y condiciones laborales más ventajosas para poder conseguir mano de obra, ya que ésta puede escoger otros lugares.

Es frecuente que la izquierda acuse al liberalismo de ser la ideología de los ricos, debido a su defensa del derecho a la propiedad. Sin embargo, la defensa de la propiedad privada no significa el afianzamiento de las condiciones de propiedad imperantes. La experiencia demuestra que las clases más pudientes no son las principales beneficiadas en la salvaguardia de la propiedad privada. A menudo ocurre a la inversa: los ciudadanos de menos medios son los que tienen más que perder en una sociedad donde no se garantiza adecuadamente el derecho de propiedad, porque, cuando esto sucede, las personas con mayor poder político y contactos se apropian de los recursos y, por consiguiente, salen mejor parados. Donde se respeta la propiedad privada, los recursos y el capital se canalizan hacia los elementos productivos que ofrecen servicios al mercado y a las empresas, ámbito en el

que los grupos menos pudientes cuentan con muchas más posibilidades de medrar que en un sistema gobernado por un poder central y una corrupción oligárquica. También son estos grupos los más favorecidos con el abaratamiento de los productos en relación a su nivel de renta, consecuencia de la competencia, que sólo es posible mediante el respeto del derecho de propiedad. La defensa de la propiedad privada significa, antes que nada, la posibilidad de planificar y de emprender iniciativas propias. El derecho de propiedad estimula el crecimiento y distribuye por lo general los frutos de éste de manera equitativa entre ricos y pobres. Ello implica que la protección de la propiedad privada dentro de la sociedad tiene un efecto distributivo igual de beneficioso para los más desfavorecidos como el hecho de garantizar una educación a todos los ciudadanos. Por si esto fuera poco, todo apunta a que la protección de la propiedad privada es el factor que en mayor medida incentiva el crecimiento.<sup>[17]</sup>

El economista peruano Hernando de Soto ha sido uno de los principales en resaltar el perjuicio que supone para las personas de menos recursos la ausencia del derecho a la propiedad. En su revolucionario libro *The mystery of capital* aporta una visión radicalmente diferente sobre los pobres del mundo. El problema no radica en que éstos se encuentren desamparados o en situación incluso de indigencia, sino en que carecen del derecho a la propiedad. Se trata en realidad de personas con una gran iniciativa que guardan buena parte de sus ingresos, los cuales destinan a la mejora de sus tierras y viviendas. Tras muchos años de viajes e investigaciones, Hernando de Soto calcula por encima que el valor de la propiedad inmobiliaria (edificios y terrenos asociados) de los pobres del Tercer Mundo y de los antiguos estados comunistas supera en aproximadamente 9,3 billones de dólares la cifra registrada oficialmente. Se trata de una suma colosal, casi similar al valor conjunto de todas las empresas que cotizan en las bolsas de los 20 países más prósperos: Nueva York, Nasdaq, Toronto, Tokio, Londres, Francfort, París, Milán y una docena más. El problema es que los estados no lo aceptan como propiedad privada sin antes pasar por tortuosos procesos burocráticos. Los habitantes del Tercer Mundo ocupan terrenos comunes, construyen sencillas viviendas en barrios de chabolas, que van mejorando progresivamente, y establecen pequeñas empresas locales, igual que hacían las clases más pobres en los países de Occidente hace dos siglos. La

diferencia es que hoy, en los países en desarrollo, resulta prácticamente imposible registrar esto como propiedad. De Soto ilustra dicho problema mediante un ambicioso experimento: junto con un grupo de colegas recorrió el mundo entero para tratar de registrar estos bienes, con resultados nefastos.

La adquisición de la propiedad legal de una casa edificada sobre terreno público en Perú exigió 207 trámites administrativos diferentes en 52 dependencias públicas distintas. Algo tan sencillo como conseguir una licencia para conducir taxi o poner en marcha una línea de autobuses privada podía requerir hasta 26 meses de procesos burocráticos. En Haití, la única manera de establecerse en un terreno público era arrendar la tierra con opción de compra durante cinco años y, seguidamente, ejercer dicho derecho. Pero sólo para obtener el permiso de arrendamiento se necesitaban 65 trámites, que duraron más de dos años. El posterior proceso de compra llevó mucho más tiempo. En Filipinas, esa misma operación requería más de 13 años. Para poder registrar legalmente un solar en el desierto egipcio se requería la autorización de 31 instancias públicas, lo que podía llevar entre 5 y 14 años. Hacer lo propio con un terreno cultivable precisaba entre 6 y 11 años. La adquisición de la licencia pertinente para montar una fábrica con dos máquinas de coser en los barrios de chabolas de Lima exigió 289 jornadas de 6 horas en desplazamientos a los distintos organismos, colas para reunirse con las personas correspondientes, cumplimentación de formularios y esperas. Aparte de ello, el coste del proceso ascendió a 1.231 dólares, es decir, más de 30 veces el salario mínimo mensual.

Para las personas de pocos recursos o que carezcan de contactos influyentes, todo esto son obstáculos insalvables. Los más desfavorecidos se ven obligados a vivir, residir y gestionar microempresas en el ámbito de la economía sumergida, esto es, fuera de la ley. Ello hace que carezcan de protección jurídica y que, por lo tanto, no se atrevan a realizar inversiones a largo plazo aunque tuvieran capacidad para ello. Sus bienes no forman parte de un sistema de propiedad unitario, basado en transacciones donde se establece claramente quiénes son los propietarios. Ante la falta de claridad sobre quién posee cada cosa, cómo se han de realizar las operaciones, quién responde del pago y de los servicios al destinatario, los mencionados bienes se mantienen como «capital muerto». Se imposibilita también la obtención de créditos con los bienes como aval, lo cual permitiría que dispusieran de capital para financiar la educación de sus hijos, o bien realizar inversiones



destinadas a la ampliación de sus actividades. Es decir, el método más habitual que tienen las pequeñas empresas de los países prósperos para obtener capital permanece bloqueado en los países en desarrollo. Sin una dirección registrada y desprovistos de la posibilidad de que se analice su solvencia crediticia, resulta con frecuencia imposible acceder a un teléfono, agua corriente o electricidad. Ni tan siquiera pueden vender sus propiedades.

Tampoco cuentan con la opción de expandir sus actividades empresariales mediante la venta de acciones. Dado que los microempresarios se mueven dentro de la economía sumergida, deben evitar en todo momento a los burócratas y a la policía, viéndose obligados a veces a pagar generosos sobornos. Así pues, han de mantener sus actividades a pequeña escala y ocultas, lo que les impide aprovecharse de las ventajas de las operaciones a gran escala. No se atreven tampoco a hacer publicidad ni a ampliar demasiado su base de clientes, y sólo venden en los barrios más próximos, nunca más allá. Los negocios importantes se limitan a miembros de la familia y a personas de confianza.

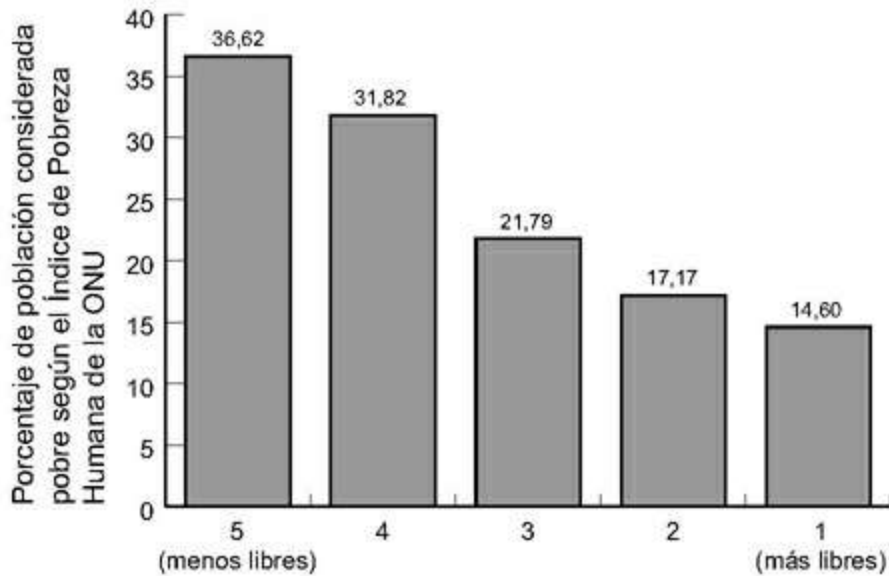
De Soto sostiene que entre el 50 y 75% de los ciudadanos de los países en vías de desarrollo operan económicamente al margen de la legalidad y que en torno al 80% de las viviendas y terrenos no están inscritos a nombre del propietario actual. En uno de los países que visitó, la propia corporación urbana había establecido un poblado ilegal en terreno público para que sus trabajadores tuvieran un sitio donde vivir. En definitiva, la mayoría de los países cuentan con recursos que no se permite explotar a la población de forma plena. A causa de la ausencia del derecho de propiedad, la gente no puede hacer uso de sus bienes como punto de partida de su expansión económica, lo cual fue la base del camino de prosperidad emprendido por Occidente. Sólo una élite en los países en desarrollo cuenta con contactos que les permiten realizar operaciones comerciales de corte moderno. El capitalismo sin derecho a la propiedad es un capitalismo exclusivamente para las élites. Millones de personas llenas de iniciativa y energía, que podrían convertirse en los empresarios del futuro, quedan así atrapados en la pobreza.

[18]

Ése es uno de los motivos por los que la economía de Rusia tardó diez años en mostrar un crecimiento positivo. Pese a la caída del comunismo, el estado ruso necesitó una década únicamente para introducir un sistema homogéneo de propiedad privada de la tierra. Por lo general, la tierra se considera

básicamente propiedad del estado, prestándose o arrendándose sólo a los agricultores. Invertir en ella, por lo tanto, carece de sentido, venderla o subarrendarla resulta impensable. A principios del siglo XXI, menos de 300.000 de los cerca de 10 millones de campesinos rusos que hay en total contaban con algo que pudiera parecerse al derecho de propiedad sobre su tierra. El estado impone severas restricciones sobre lo que puede o no puede hacerse con los terrenos, que en realidad son de su propiedad. Obviamente, el socialismo agrícola bloquea multitud de posibilidades de inversión, pero, dado que la tierra con frecuencia también es el fundamento de la solicitud de préstamos, coarta asimismo el desarrollo de un sistema crediticio moderno. Las transacciones se encaminan entonces dentro de la economía sumergida. En ocasiones se describe a Rusia como una especie de país hipercapitalista, lo cual resulta, considerado a partir de cualquier definición razonable del capitalismo, un verdadero absurdo. El socialismo agrícola practicado en el país, en combinación con una formidable maraña de regulaciones en el ámbito corporativo y de controles comerciales, han llevado a la *Heritage Foundation* a catalogar a Rusia en el puesto 135, sobre 161 países analizados, en cuanto a grado de libertad económica, mientras que un estudio similar del *Economic Freedom of the World* la coloca en el lugar 116 de 123, detrás de países como Siria y Ruanda.<sup>[19]</sup>

## La libertad económica reduce la pobreza



Países del mundo, divididos en cinco quintos según su grado de libertad económica.

Fuente: Gwartney & Lawson y otros, 2001.

Otra causa importante de las desigualdades es la fiscalización de las actividades agrícolas. Muchos países en desarrollo tratan de favorecer a los núcleos urbanos a costa de la población rural mediante la regulación de precios y una serie de requisitos específicos para el suministro. Forma parte de una estrategia destinada a provocar un proceso de industrialización gravando y regulando la agricultura, con objeto de que los excedentes sean reinvertidos en la industria. El problema es que esto ha desembocado en el destroz del sistema agrario, puesto que se han esquilmo los recursos necesarios para efectivizar la producción de alimentos y poder generar así un excedente. En numerosos países de África y Latinoamérica ha dado lugar a un círculo vicioso, con la emigración de grandes masas de población desde las depauperadas zonas rurales a las ciudades. El problema consiste en la ausencia de una demanda apreciable de artículos industriales al estar el campo sumido en la pobreza, de forma que el desempleo y la miseria avanzan en las ciudades, y con ello el desarraigo, la delincuencia, la prostitución, etc. Los bienes que las personas sin recursos adquieren y acumulan no son

reconocidos ni registrados. Ello, a su vez, impide que despegue la demanda de productos agrícolas, lo cual promueve la inmigración a las urbes. Tampoco se puede contar con la posible demanda proveniente del exterior por culpa de los elevados muros arancelarios que imponen los países ricos a los productos agrícolas.<sup>[20]</sup>

Hay varios tipos de políticas antiliberales que perjudican en particular a los que tienen menos. Una de ellas es la inflacionista, que destruye el valor de la moneda. Cuando el estado incrementa rápidamente el volumen de dinero circulante anula los modestos recursos monetarios acumulados por los pobres, mientras que los más pudientes, que poseen terrenos, inmuebles y empresas registradas, salen mejor parados. La contención de la inflación y, sobre todo, evitar ese tipo de hiperinflación que muchos países del Tercer Mundo han sufrido, están entre los objetivos más importantes a la hora de proteger a las personas de menos recursos, según indican Dollar y Kraay en el informe del Banco Mundial antes citado. Un ejemplo clásico de hiperinflación se produjo en la década de los años 20 en Alemania, a resultas de la cual se arruinó la clase media del país, haciendo a la población más receptiva a las ideas de Hitler. Un ejemplo extremo del caso contrario lo hallamos en Argentina, donde a finales de 1989 se redujo rápidamente la inflación; en poco más de un año, la proporción de pobres en Buenos Aires y alrededores cayó del 35 al 23%.

Otra conclusión a la que apuntan los resultados obtenidos por Dollar y Kraay es que el desembolso público no sólo daña al crecimiento, sino que perjudica muy en particular a las capas deprimidas de la población. Esta afirmación sonará absurda en los oídos de aquellas personas que piensan que el gasto público equivale a quitar a los ricos para dárselo a los pobres. En realidad, con frecuencia ocurre lo contrario. Especialmente en los países sin recursos y no democráticos, es la élite, los mandatarios, sus familiares y amigos y las grandes empresas las que esquilman el erario público, mientras que la cuenta la tienen que pagar aquellos que carecen de influencia en las «estancias de palacio». Ejércitos sobredimensionados acaparan la mejor tajada de los recursos y los gobernantes prefieren apostar por prestigiosos proyectos en forma de grandiosos aeropuertos, universidades y hospitales metropolitanos en vez de carreteras, escuelas y hospitales provinciales, que es lo que realmente necesita la gente. Además, en los países no democráticos, la

sanidad pública y la enseñanza han sido concebidos para los principales grupos de apoyo y los ciudadanos más pudientes. Ello evidencia la falsedad de los postulados de los intelectuales de izquierda en los años 60 y 70 al afirmar que no era tan importante que se respetaran las libertades y derechos democráticos en los países en desarrollo, puesto que lo primordial era apostar por una política de progreso. En ausencia de democracia, las grandes capas de la población no pueden beneficiarse de una política de bienestar.

Uno de los problemas consiste en que los aparatos estatales ineficaces no saben explotar los recursos económicos de la mejor manera. «He oído rumores sobre la existencia de ayuda para los pobres, pero nadie parece saber dónde está», como expresó un humilde indonesio en una conversación. Probablemente el dinero se lo embolsó un cabecilla local. Encontramos el mismo problema en India, donde la burocracia y la corrupción han convertido la asistencia a los más desfavorecidos en un agujero negro. Cada dólar de ayuda recibida por los ciudadanos de menos recursos a través del ambicioso programa de alimentos subvencionados ha costado al estado indio 4,30 dólares. Naturalmente, para los pobres supone una pérdida neta que sus artículos de primera necesidad sean «gravados» tan duramente para obtener una suma de dinero considerablemente inferior.<sup>[21]</sup>

El capitalismo no es un sistema perfecto ni resulta ventajoso para la totalidad de la gente en todo momento. El movimiento antiglobalización es muy hábil a la hora de denunciar ejemplos específicos, como el desmantelamiento de una fábrica o el recorte de unos salarios. Sin que esto deje de ser cierto, existe el peligro de que al concentrar la atención sobre casos concretos, quedemos totalmente confundidos acerca del funcionamiento general de un sistema político y sobre las fantásticas ventajas que nos reporta a la gran mayoría en comparación con otras opciones. Podemos hallar inconvenientes y problemas en todos los sistemas políticos y económicos, pero ello no nos puede llevar al rechazo de todas las soluciones. Rebuscar ejemplos negativos de lo que puede suceder en una economía de mercado no es tan difícil. Siguiendo ese mismo método podríamos demostrar que el agua o el fuego son perjudiciales porque hay gente que se ahoga y otros que mueren quemados en incendios, pero no nos aporta ninguna perspectiva de conjunto.

Eso equivale a prescindir completamente de la libertad y la independencia

que el capitalismo proporciona a las personas que no han conocido otra cosa que la opresión y renunciar al progreso tranquilo y estable que manifiesta como norma una sociedad donde impera una economía de mercado. No está mal identificar problemas y deficiencias dentro de un sistema en su conjunto exitoso si la intención es constructiva y lo que se desea es solventarlos o paliarlos. Pero si a ello se une una condena del sistema como tal, se debería ser capaz de responder a la siguiente pregunta: «Nunca antes en la historia se ha prosperado tan rápidamente ni se han reducido tanto los niveles de pobreza: ¿Qué otro sistema político y económico sería capaz de hacerlo mejor? ¿Y qué ejemplos hay de ello, tanto históricos como en nuestro mundo actual?»

### *El milagro asiático*

Para calibrar la forma en que la política influye en el progreso de un país puede resultar esclarecedor comparar las dos regiones que ofrecen el principal contraste del periodo de posguerra: el este de Asia de las expansiones prodigiosas y el África de las catástrofes. En 1960, Zambia tenía un nivel de riqueza casi parejo al de Corea del Sur. En la actualidad, Corea del Sur se sitúa a un nivel similar al portugués y es 20 veces más rica que Zambia. Los taiwaneses eran por entonces más pobres que los congoleños. Hoy en día están a la altura de los españoles, mientras que Congo se ha mantenido en su nivel anterior. ¿Por qué le fue tan bien a Asia y tan mal a África?

Terminada la II Guerra Mundial, la economía japonesa quedó hecha añicos y los países recientemente ocupados de su entorno se encontraban arruinados y azotados por el hambre y la miseria. El mundo creía que acabarían destrozados por la corrupción, la criminalidad y las guerrillas. Pero, a partir de los años 60, las «economías prodigio» del este asiático han tenido un crecimiento anual de entre el 5 y el 7% aproximadamente, duplicando su nivel de renta cada década. El ahorro, la inversión y las exportaciones han adquirido enormes proporciones y los países se han industrializado con gran rapidez. Ex colonias como Singapur y Hong Kong incluso han superado a la antigua metrópoli británica en índice de prosperidad.

En casi todos estos países, ese rápido desarrollo se ha producido sin

incrementar, e incluso reduciendo, el grado de desigualdad económica, pese a la inexistencia de una política redistributiva. La pobreza ha cedido rápidamente. En Indonesia, la proporción de la población que vivía en la pobreza absoluta se ha reducido del 58 al 15%, y en Malasia del 37 al 5%. Entre 1960 y 1990, la esperanza de vida en los países del este asiático ha aumentado de 56 a 71 años. A largo plazo, este proceso trajo consigo también la democratización de países como Taiwan, Corea del Sur y Tailandia, a los que ahora se ha unido Indonesia.

Los estados de la región han demostrado que es perfectamente posible la industrialización y el progreso de los países en vías de desarrollo. También han dejado patente que ello sólo es posible mediante una economía de base capitalista y orientada hacia el exterior, no a través de una economía de planificación y hermética. Últimamente ha habido numerosos economistas que han destacado que también las economías del milagro asiático contaban con una fuerte intervención estatal y que esto, en realidad, contradice la teoría de que el liberalismo por sí solo pueda generar desarrollo. La primera afirmación es correcta, particularmente en lo que concierne a los países pioneros de la región, es decir, Japón, Corea del Sur y Taiwan, donde la implicación del estado fue muy considerable (los últimos «tigres asiáticos», Indonesia, Malasia y Tailandia, despegaron con una menor intervención estatal). El estado controlaba las inversiones, regulaba los bancos, apostaba por determinadas industrias y las protegía, y disponía de un abanico de instrumentos intervencionistas en caso necesario. Pero esto no es un fenómeno único. Así ha ocurrido siempre en los países en desarrollo de todos los continentes, y con especial intensidad. En la amplia valoración realizada por el Banco Mundial de los países protagonistas del milagro asiático se constata que:

Otras economías ensayaron intervenciones similares pero con escaso éxito y, por lo general, recurrieron a ellas de forma más radical. [\[22\]](#)

La diferencia entre los países del este de Asia y los demás es que optaron por garantizar y defender el derecho de propiedad, crearon un cuerpo normativo para la protección de la iniciativa privada y la competencia, su política monetaria fue estable y mantuvieron la inflación a bajo nivel. Optaron por la educación para todos, lo que se tradujo en una población

cualificada capaz de hacer progresar al país. Al apostar por la formación de nivel inferior y dejar la superior al mercado de financiación privada, la política educativa adoptó un perfil de igualdad y garantizó que los centros de enseñanza superiores se adaptaran a las necesidades de la economía.

Los países del este asiático llevaron a cabo reformas agrarias que arrebataron a las antiguas élites las tierras y privilegios que habían sido objeto de rapiña en el pasado. Ello hizo posible la incorporación del conjunto de la población a la economía. A los campesinos se les dio la oportunidad de disponer libremente de sus excedentes, para guardarlos o invertirlos según creyeran conveniente, motivándolos con ello a hacer más efectivas sus plantaciones. El mayor rendimiento obtenido hizo posible el abastecimiento alimentario de estos países, liberando así mano de obra para la industria que, a su vez, tuvo que hacer frente a un incremento de la demanda debido al aumento de las rentas en las zonas rurales. Los países de la zona se han centrado más en generar puestos de trabajo que salarios mínimos y normativas laborales, lo cual se ha traducido en empleo para casi todo el mundo y, posteriormente, han ido subiendo los salarios de la mano de la productividad. Gracias a la posibilidad de recortar los sueldos en épocas de recesión (al tiempo que los productos en venta también se abarataban), muchos de estos países han salido airoso de las crisis con una mayor agilidad y un menor índice de desempleo que otros.

En otros países en vías de desarrollo, la iniciativa privada está circunscrita a un laberinto de regulaciones, requiriéndose licencias y autorizaciones para poder desarrollar actividades empresariales. Como contraste, los estados del este de Asia han aplicado una política corporativa de notoria liberalidad. Cualquier particular con proyectos en la cabeza ha podido crear una empresa con un mínimo de engorro burocrático y desarrollar su trabajo sin un marcaje férreo ni restricciones en la fijación de precios. Hong Kong es el que ha ido más lejos en este empeño. Allí bastaba con crear una empresa y comunicárselo a posteriori al organismo de turno para la obtención del permiso. Esto ha resultado de gran importancia, no sólo para promover la iniciativa privada, sino como eficaz antídoto contra la corrupción que a menudo se ceba a la sombra de la concesión de licencias.

Pese a que muchos estados de la región han destinado créditos y subvenciones al sector empresarial, lo han hecho en mucha menor medida que otros países en desarrollo en función de la camarilla de amigos, los



intereses específicos y el prestigio de los proyectos. Más bien al contrario, las autoridades públicas han actuado de forma relativamente independiente frente a las esferas de intereses, otorgando prioridad al rendimiento y a las demandas del mercado. Los precios imperantes en la economía han sido mucho más condicionados por el mercado que en otros países en desarrollo. No se han aplicado controles de precios, evitándose así la tergiversación del mercado global. Por ese motivo, las inversiones han ido a parar adonde ha habido mayores probabilidades de éxito. El objetivo ha sido apostar por los sectores donde los respectivos países son más efectivos y ventajosos que otros. Muchos de aquellos que exigen la intervención del estado para el control de las inversiones opinan que se ha de bajar el ritmo, mantener las antiguas soluciones y proteger las empresas, justo lo contrario de lo que han hecho los gobiernos asiáticos, para los que resulta determinante que las empresas sean capaces de hacer frente a la competencia internacional. El gobierno japonés impulsó a la quiebra a varias grandes corporaciones por su falta de potencial para generar beneficios y Corea del Sur cerró sin sentimentalismos un conjunto de empresas por su incapacidad de competir en un mercado abierto. Esta ausencia de «compasión» también se ha hecho patente en el propio poder público. Cada vez que se ha sospechado que las subvenciones y gastos han podido amenazar la estabilidad económica, las autoridades han limitado sus intervenciones, con lo cual han evitado eventuales crisis presupuestarias y la subida de la inflación.

Ante todo, estos países han apostado decididamente por su integración en la economía internacional. Se encuentran entre las economías más exportadoras del mundo y la mayoría de ellos han acogido inversiones de empresas extranjeras. Cuanto mayor ha sido el comercio de los países de la región en proporción al PNB, mayor crecimiento han experimentado. La mayoría de estos países han impuesto aranceles a la importación, como ocurre en el resto de Asia, África y Sudamérica. Lo peculiar de los países del este asiático radica en que aplicaron esta política en menor grado que otros países en desarrollo y que la abandonaron bastante antes. Mientras otros apostaban por la independencia económica y evitaban el comercio exterior, las economías de la región optaron por la internacionalización. En la década de los 60 comenzaron a incentivar las exportaciones a través de una serie de medidas, entre otras, suprimiendo la obligación de tener licencia y eximiendo totalmente de aranceles de importación a los exportadores y a sus

proveedores. Los derechos aduaneros aplicados a los bienes de consumo se han mantenido a un nivel bajo. De acuerdo con el índice de apertura elaborado por los economistas Jeffrey Sachs y Andrew Warner, de la Universidad de Harvard, estos países estuvieron entre los pioneros a la hora de abrir sus economías mediante la atenuación de aranceles, la supresión de cuotas, la libre exportación y el libre flujo de las divisas extranjeras. Las economías de Taiwan, Tailandia y Malasia son consideradas «abiertas» desde 1963, Japón desde 1964, Corea del Sur desde 1968 e Indonesia desde 1970. Hong Kong ha aplicado una política comercial más liberal que ningún otro país del mundo.<sup>[23]</sup> Esa misma revolución no llegó a Sudamérica hasta los 90 y aún no ha cundido en la mayoría de los países africanos.

Resulta muy ilustrativo cotejar estas economías prodigio con las de sus vecinos, de cultura y población similares, pero que decidieron recurrir a una política totalmente opuesta. Corea del Norte y Birmania, países extremadamente reacios a la economía de mercado, escogieron una política ultraproteccionista con una economía férreamente controlada. No participaron en manera alguna del extraordinario auge de la región, sino que quedaron estancadas en la más profunda de las miserias y hoy en día están gobernadas por dictaduras inhumanas. Muy lejos de ser un ejemplo de la eficacia de las regulaciones y el control estatal, el milagro asiático demuestra que una economía de mercado que estimula la iniciativa privada y la apertura constituye la base del progreso.

### *El embrollo africano*

El doloroso contraste de las economías prodigio del este asiático lo hallamos en el África Subsahariana, donde se encuentran la mayoría de los países que han reducido su renta per cápita desde mediados de los años 60, así como la mayor concentración de pobreza, enfermedades, desnutrición, analfabetismo y trabajo infantil de todo el planeta. A diferencia del resto del mundo, este continente se ha habituado en los últimos 30 años a ver cómo cae su nivel de vida y se extiende la miseria. Hay algunos factores naturales que contribuyen a ello. El clima tropical es un excelente caldo de cultivo de las enfermedades parasitarias, la tierra es menos fértil y las catástrofes naturales son más frecuentes que en nuestra parte del mundo. Una tercera parte de la población

vive en países sin salida alguna al mar, lo que dificulta en extremo su conexión con los mercados internacionales y las corrientes comerciales. Las artificiales fronteras establecidas por los antiguos poderes coloniales, unido a su política discriminatoria, han ayudado a crear una difícil situación de disgregación tanto étnica como lingüística dentro de los distintos países. Una buena parte del continente está atenazada por guerras y conflictos.

Ahora bien, hay otras regiones con una naturaleza y una configuración cultural hostiles que se las han arreglado mucho mejor que África. Incluso factores tales como las guerras y el hambre tienen causas políticas. Nunca una democracia ha sufrido una hambruna, ni tampoco dos democracias se han enzarzado en una guerra. Ello demuestra que las opciones de desarrollo en gran medida dependen de las instituciones y de la política practicada por un país. En este sentido, África destaca sobre todo por haber sufrido opresión política, corrupción, economía planificada y proteccionismo en proporciones muy superiores a cualquier otro continente. Los dirigentes africanos heredaron de los poderes coloniales una estructura política jerárquica y represiva, la cual han utilizado para someter otros grupos étnicos y las zonas rurales, así como para vulnerar los derechos más fundamentales.

Los mandatarios de África han querido evitar tanto la política de las antiguas colonias como el riesgo de caer en una situación de dependencia respecto a ellas. Por ese motivo han tratado de implantar economías autosuficientes a través de aranceles draconianos y una industria nacionalizada y controlada con mano de hierro. La economía se ha gestionado mediante controles de precios y divisas, con un gasto público que, en ocasiones, se ha disparado más allá de lo imaginable. Las élites urbanas han expoliado sistemáticamente el campo. En lugar de generar mercados, establecieron monopolios de compra que pagaban precios misérrimos. Asimismo se introdujeron sistemas de distribución estatal de los alimentos, en los que el estado acaparaba todos los excedentes agrícolas, lo cual empobreció a los campesinos y acabó con los comerciantes. Los volúmenes de producción cayeron, empujando a los agricultores hacia la economía sumergida. Ello coartó las iniciativas de industrialización y amenazó con destruir las sociedades cuando sobrevino la recesión de los años 70. Después de haber tratado de salir de esta crisis a golpe de créditos, muchos de los estados africanos se precipitaban hacia el caos a mediados de los 80. Las estructuras sociales se desintegraron, la población padecía hambre, no había

medicinas y las máquinas se paraban al consumirse las baterías, faltas de recambio. Desde entonces hasta ahora se ha detenido la caída libre de estos países, pero aún no han remontado el vuelo. Entre 1990 y 1998, el PNB combinado de los países del sur de África se redujo en un 0,6%.

No es el desierto ni la sequía las causas del hambre y los padecimientos de este continente, sino los represores políticos que sistemáticamente han aniquilado el potencial de sus países y las opciones de su población.

En lugar de la «dependencia» comercial, estos estados son ahora dependientes de la cooperación internacional. El África Subsahariana es la región del mundo que más ayuda internacional ha recibido por habitante de todo el globo. En algunos países, la ayuda al desarrollo supera en más del doble a sus propios ingresos. Pero el dinero no ha ido a los más necesitados, sino que a menudo se ha destinado a mantener regímenes canallas que han esquilado a la población. Muchos donantes occidentales alegaban que estos países no estaban listos para la democracia y la implantación de derecho civiles, así que había que apostar por una economía planificada al objeto de reducir su dependencia comercial. Los resultados no se han hecho esperar. Las potenciales fuentes de riqueza han acabado hechas pedazos y África, que en 1960 contaba con un 5% del comercio mundial, hoy apenas tiene el 1%.

África ha padecido líderes incombustibles como Mugabe en Zimbabue, Arap Moi en Kenia y Mobutu en Zaire, que se han agarrado al poder con ayuda de la cooperación al desarrollo procedente de Occidente. Alguien ha utilizado el término «estados vampiro», es decir, aparatos estatales a los que no les interesa estimular el espíritu empresarial y el crecimiento, cuya única intención es arrogarse los recursos productivos de su país, como una especie de poder de ocupación. A menudo, estos líderes y la caterva que los rodea se han apropiado de bienes mediante la expropiación directa y el robo de fondos estatales a una escala gigantesca. Se estima que Mobutu se hizo con una fortuna cercana a los 4.000 millones de dólares mientras su país se desangraba.

Aquellos que piensen que jerarquía es sinónimo de eficacia deberían estudiar estos países, caracterizados por unos organismos públicos donde

imperera el caos. La burocracia ignora con frecuencia los trámites rutinarios, los funcionarios hacen caso omiso de las órdenes procedentes de sus superiores y, no raras veces, actúan a la inversa. Los tribunales casi nunca son imparciales ni protegen el derecho de propiedad, ni los contratos. La corrupción está enormemente extendida, paralizando países enteros. Los funcionarios exigen sobornos para poder trabajar y hacer negocios, lo que hace difícil la labor a las empresas e imposible a las personas sin recursos. No son los méritos los que aseguran un puesto en la administración o en el sector empresarial, sino normalmente las relaciones familiares y de amistad. La arbitrariedad y la corrupción han echado para atrás a las empresas y un buen número de estos países no reciben ni una sola inversión del extranjero. África ha sido marginada —y en esto tienen razón los detractores de la globalización— pero ello se debe a que no ha participado en la globalización, al ser sometida al socialismo, a gobiernos de gángsteres y al proteccionismo. En lo que respecta a la población de África, casi la única consecuencia de la globalización es que sus mandatarios asisten a conferencias en otros países, como alguien señaló resignadamente.<sup>[24]</sup>

En los últimos años, algunos países de la región han logrado un cierto equilibrio presupuestario, pero son cambios únicamente marginales. Desafiar los fuertes intereses creados, atajar con decisión la corrupción, reducir el aparato estatal y abrir la economía a la competencia ha demostrado ser bastante más complicado. Sólo una escasa mayoría de los países subsaharianos cuentan con regímenes más o menos democráticos, en una región con los sistemas económicos menos liberales del mundo. La *Heritage Foundation*, en su estimación del grado de libertad económica de la zona, ha tenido que renunciar a analizar cuatro de los países por culpa de la guerra o de su situación de agitación interna. De los 38 restantes, ninguno de ellos pudo ser catalogado como «libre» desde una perspectiva económica, sólo 5 eran «fundamentalmente libres», 32 «fundamentalmente no libres» y 1 «oprimido» económicamente.<sup>[25]</sup>

Zimbabue, un tradicional receptor de la ayuda occidental, ha sido protagonista del abandono más rápido y radical de las supuestas maldiciones de la globalización ocurrido nunca antes en el mundo. De la mano del dictador Mugabe, se ha restringido drásticamente el comercio internacional, el gasto público se ha disparado y se han introducido controles de precios.

Últimamente, la situación ha degenerado completamente con la expropiación a gran escala de las tierras, la supresión de la libertad de expresión y la campaña de terror dirigida contra la oposición. En apenas cinco años, el país ha perdido más de un tercio de su riqueza, aumentando en más de 10 puntos el porcentaje de población que vive en la pobreza absoluta. Zimbabue era en el pasado un gran exportador de alimentos, pero en un par de años la producción de cereales se ha derrumbado hasta situarse en un tercio y el fantasma del hambre amenaza ahora a más de seis millones de personas.<sup>[26]</sup> Zimbabue es el ejemplo antiglobalizador más extremo, pero comparte numerosos rasgos con otros países africanos.

Otro ejemplo es la enorme Nigeria, que, pese a su gran potencial de recursos naturales y tierras cultivables, sigue siendo un país extremadamente pobre por culpa de su economía corrupta y estrictamente regulada. Por recomendación, entre otros, del Fondo Monetario Internacional, se emprendieron en el país reformas estructurales a finales de los 80. No obstante, la impopularidad de dichas reformas llevó al gobierno nigeriano a abandonar esta política a principios de los años 90. Se volvieron a implantar regulaciones, se desmanteló el mercado crediticio y monetario y se fijaron los tipos de interés, como consecuencia de lo cual aumentó la inflación y el desempleo. Entre 1992 y 1996, la proporción de la población que subsistía en la pobreza absoluta pasó del 43 a un increíble 66%. Nigeria alberga en la actualidad una cuarta parte de la pobreza absoluta del África Subsahariana y, pese a su nuevo gobierno democrático, las reformas han avanzado a un paso muy lento. La renta per cápita es ahora inferior a la de hace 30 años, empeorando además sus índices de salud y educación.

Los economistas Jeffrey Sachs y Andrew Warner han estudiado el efecto de las diferentes reformas políticas sobre el crecimiento económico en diversos países africanos. A partir de distintos estudios sobre países, han tratado de calcular el crecimiento que el continente en su conjunto hubiera experimentado en caso de haber apostado por la estrategia asiática de mercados abiertos, libertad de la iniciativa privada, protección del derecho de propiedad y un alto nivel de ahorro. Sostienen que, de haber sido así, África, a pesar de sus condicionamientos naturales, habría logrado un crecimiento medio per cápita de aproximadamente el 4,3% anual entre 1965 y 1990. Con ello se habría casi triplicado la renta de la población. Obviamente, esta cifra

hay que tomarla con una gran dosis de escepticismo, pero, independientemente del margen de error que se quiera añadir, resulta chocante en comparación con el crecimiento real de África durante este periodo, de un nimio 0,8% anual.<sup>[27]</sup>

El eventual éxito de una política liberal parece bastante creíble si estudiamos los buenos ejemplos que encontramos en África, en países que han apostado por el libre comercio y por una economía más abierta. Los ganaderos de Botsuana comprendieron pronto que les interesaba luchar por la apertura de sus mercados, lo cual supuso que buena parte de la economía del país se viera obligada a competir ya a finales de los 70. Gracias a su acuerdo de asociación con la Unión Europea, Botsuana está exenta de aranceles y de cuotas de exportación a los estados de la UE. El país garantiza el derecho de propiedad y nunca ha recurrido a la nacionalización de las empresas. Desde su independencia en 1966, Botsuana ha sido la positiva excepción democrática en un continente siempre dominado por dictaduras. Gracias a ello se ha convertido en el país menos corrupto de África, a nivel de los estados europeos. El crecimiento económico de Botsuana ha sobrepasado incluso al de los países del este asiático, con índices anuales superiores al 10% entre 1970 y 1990.

Otro país que pronto optó por el libre comercio es la pequeña isla de Mauricio. Recortando sus gastos militares, protegiendo el derecho de propiedad, rebajando los impuestos, liberalizando el mercado de capitales y reforzando su competitividad ha logrado índices de crecimiento anual de 5 puntos. Hoy en día, casi todos sus habitantes disponen de agua corriente, al tiempo que la educación y la asistencia sanitaria se extienden entre la población. Si países como Mauricio y Botsuana pueden, ¿por qué no el resto de África? No hay ninguna cualidad inherente a las personas que diferencie a los países. También las gentes de otros países africanos son inventivos y emprendedores, pero se ven obligados a concentrar sus esfuerzos en sortear la corrupción y las normativas y a manejarse en el marco del sector informal.

Otro país africano de especial interés es Ghana, que inició un proceso de liberalización económica en 1983, lo que le permitió prosperar poco a poco mientras los países vecinos se iban hundiendo progresivamente. Se ha desregulado en particular la agricultura, suprimiéndose los aranceles, los controles de precios y las subvenciones. La producción ha crecido

rápidamente, lo cual ha beneficiado sobre todo a los cultivadores de cacao, pero, dado que éstos han tenido la posibilidad de invertir y han contado con el capital necesario para llevar a cabo reparaciones y adquirir productos y servicios, todas las personas implicadas en ese comercio también han sacado partido del *boom* de la agricultura. El índice de pobreza extrema se ha reducido en Ghana durante la década de los 90 del 36 a poco más del 29% de la población. Además, el país ha cambiado a un sistema de gobierno democrático.

Uganda ha evolucionado de manera similar, siendo uno de los países que se ha liberalizado con mayor rapidez en la última década. El comercio ha sido desregulado, se han abolido los controles de precio, los impuestos han bajado y se ha reducido la inflación, al tiempo que se ha empezado a garantizar el derecho de propiedad y a liberalizar los mercados financieros. Todo ello, unido a la amplia ayuda al desarrollo, ha dado lugar a un crecimiento superior al 5% y a un recorte de las desigualdades. En los 90 disminuyó la pobreza absoluta del 56 al 35%. Una transparencia relativamente considerable y la labor de difusión de las ONG lo han convertido en el primer país africano donde la presencia del HIV/SIDA en áreas urbanas ha empezado a decaer.

Ejemplos como los anteriores de «leones» africanos en el ámbito de la economía (el equivalente a los tigres y dragones asiáticos) demuestran, pese a los contratiempos, que la pobreza no tiene una causa predeterminada por naturaleza. Lenta, muy lentamente, algunos países al sur del Sahara están empezando a explotar sus recursos de forma más eficaz y a otorgar a sus ciudadanos una mayor libertad económica. El número de democracias se incrementa y el proceso de urbanización diluye las antiguas lealtades tribales que hasta el momento habían evitado la igualdad ante la ley. La competencia debilita la corrupción, puesto que con aquella pierden los mandatarios poder a la hora de conceder o denegar permisos y privilegios. El interés por las inversiones extranjeras es también un elemento dinamizador, dado que las empresas evitan invertir en economías corruptas. El estricto control al que están sometidas estas economías empieza a resquebrajarse ligeramente. La proporción de los presupuestos nacionales destinada a la salud y a la atención sanitaria en los países subsaharianos se ha incrementado, aunque de forma marginal, durante los 90.

A África le queda un larguísimo camino por recorrer, pero éste no es intransitable, como algunos sostienen. Después de haberse encontrado en



caída libre, muchos países africanos han conseguido una cierta estabilidad, si bien a un nivel extremadamente bajo. Para poder avanzar se requieren ambiciosas reformas democráticas y liberales, y, para llevar éstas a cabo, se necesitan dirigentes democráticos que se atrevan a anteponer los intereses del pueblo a los de las burocracias y los amiguetes. Teniendo en cuenta la poco halagüeña situación de partida, no es probable, pero realmente tampoco imposible, que el siglo XXI sea el siglo de África.

### 3. El libre comercio es comercio justo

#### *Todos salen ganando*

Desde que decenas de miles de personas se manifestaran en la reunión de la Organización Mundial del Comercio en Seattle, a finales de 1999, se ha vuelto a cuestionar los supuestos beneficios del libre comercio en el marco del debate político. Numerosas voces se han alzado reivindicando la independencia económica de los países, o reclamando su «protección» a través de aranceles a la espera de que su industria se desarrolle, o bien el «establecimiento de nuevas reglas» para el comercio internacional. A menudo las críticas se resumen en la idea de la necesidad de un comercio justo (*fair trade*) en sustitución del libre comercio (*free trade*). A mi juicio, no obstante, el libre comercio es de por sí comercio justo, puesto que se basa en la voluntariedad. Libre comercio significa que tú, y no el estado, decides dónde adquirir tus productos, y que éstos no sean gravados con costes adicionales por el simple hecho de atravesar una frontera. Los derechos de aduana, que fiscalizan las mercancías al pasar por una frontera, y las cuotas, que limitan el volumen de artículos de un tipo determinado que pueden introducirse en un país, son restricciones directas de la libertad del ciudadano a la hora de decidir por sí mismo acerca de lo que consume. La liberación respecto a dichas limitaciones, es decir, el libre comercio, nos proporciona libertad de elección, ofreciendo a todos la posibilidad de mejorar su nivel de vida.

Puede antojarse extraño que sea posible contribuir a la prosperidad del mundo mediante el intercambio de cosas, pero cada vez que haces la compra captas de forma subconsciente la forma en que el trueque favorece el progreso. Pagas un euro por un litro de leche porque prefieres ésta a tu moneda de euro. La tienda lo vende a ese precio porque prefiere obtener tu euro a guardarse la leche. Las dos partes quedan satisfechas con el trato; de lo contrario, nunca hubiera tenido lugar. Ambos cierran la transacción con la idea de que han realizado una permuta ventajosa, de que las necesidades de los dos han quedado mejor cubiertas.

El comercio comporta que aquel que sabe fabricar mejores bicicletas, es experto en ordeñar o se le da muy bien producir televisores, se dedicará a ello. Después intercambiará sus productos al objeto de obtener aquello que desea consumir. Gracias al libre comercio, tienes la oportunidad de consumir productos y servicios que nunca podrías haber fabricado por ti mismo. La posibilidad de elegir libremente nos permite seleccionar artículos al mejor precio y con la máxima calidad posible, así como acceder a productos que no podríamos haber conseguido por nuestra cuenta. Tenemos la opción de adquirir plátanos o piña aunque no los cultivemos nosotros. Incluso en las frías latitudes septentrionales se pueden adquirir verduras frescas durante todo el invierno y en países sin salida al mar hay salmón noruego a la venta. El libre comercio hace que los productos y servicios los fabrique el que mejor sabe hacerlo y vayan a parar a aquellas personas que desean hacerse con ellos. Es tan simple como eso.

En realidad, los argumentos a favor del libre comercio son aún más sólidos. Es probable que casi todo el mundo comprenda que uno puede beneficiarse en el desempeño de una actividad comercial siempre que produzca algo mejor que los demás, pero buena parte de la crítica contra el libre comercio se centra en que no existen unas condiciones de negociación igualitarias. Algunos países y empresas están mucho más desarrollados que otros y pueden resolver casi todo de forma más eficaz que otros socios comerciales más débiles. Ahora bien, lo cierto es que uno puede salir favorecido comercialmente aunque fabrique artículos de menor calidad que otros actores. Lo importante es dedicarse a lo que uno sabe hacer mejor *relativamente*; es decir, no es necesario ser el mejor de todos en ese aspecto concreto.

Imaginémonos a dos personas. Una de ellas es Juliana, una mujer con una buena formación que es un as de la cirugía y a la que, además, se le da bien cocinar y limpiar. La otra persona es Antonio, que no está cualificado para ningún oficio en concreto y, aparte de ello, es menos ducho en las labores del hogar que Juliana. A Antonio le gustaría dedicarse a algo sencillo en el ámbito del hogar, que pueda aprender fácilmente, y luego intercambiarlo por otra cosa más difícil de conseguir como, por ejemplo, una operación quirúrgica o asistencia sanitaria. Pero, ¿por qué motivo aceptaría Juliana tal intercambio si a ella se le da mejor las labores domésticas? Por el simple hecho de que le conviene concentrarse en lo que mejor sabe hacer. Aunque

sea el doble de buena que Antonio limpiando, también es mil veces mejor que él practicando la cirugía. Es decir, rinde el máximo beneficio consagrando su limitado tiempo a la cirugía y destinando luego parte de sus ingresos a comprar pan y a que le limpien la casa. Primando aquello en lo que es experta podrá acumular más recursos, lo cual le permitirá adquirir otros productos y servicios que desee.

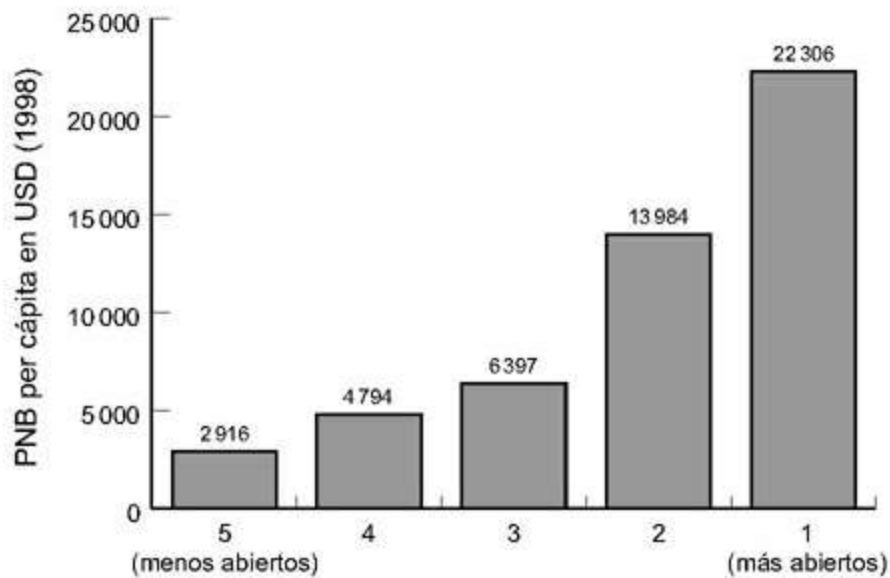
Todos aquellos que rechazan el libre comercio porque se desarrolla «bajo condiciones desiguales» a partir de «presupuestos desiguales» harían un llamamiento a Antonio para que se aislara y no incurriera en trato alguno con Juliana. Pero lo cierto es que Antonio puede salir muy beneficiado del libre comercio, dado que le permite concentrarse en lo que mejor se le da y adquirir gracias a ello aquello que necesita y que no sabría hacer tan bien, como por ejemplo, una bicicleta o cuidados médicos. Los economistas suelen denominarlo «ventajas comparativas». Antonio no tiene por qué ser el mejor en lo que produce; basta con que lo haga mejor en comparación con otras cosas que necesita para que sea rentable concentrarse en ello, en lugar de intentar hacer todo lo que precisa por su cuenta. Antonio se especializa en su ventaja comparativa.

Ni siquiera tiene que tratarse de una diferencia en cuanto a cualificación profesional, sino tal vez sólo de diversos grados de diligencia o de suerte. Supongamos ahora que los personajes del ejemplo van a parar a una isla desierta donde necesitan conseguir pescado y pan para sobrevivir. Juliana necesita 2 horas para hacer pan y 1 hora para pescar, mientras que Antonio tarda 2,5 horas en preparar el pan y 5 horas en la pesca. Es decir, Juliana es más eficiente en ambas tareas, pese a lo cual saldrá beneficiada en un intercambio con Antonio, porque le permitirá dedicar su tiempo a lo que sabe hacer mejor, es decir, pescar. De esa manera podrá capturar 3 peces en 3 horas, al tiempo que Antonio prepara 3 trozos de pan en 7,5 horas. Seguidamente intercambiarán sus excedentes, obteniendo una unidad y media de ambos alimentos. Por lo tanto, Antonio y Juliana habrán incrementado su producción de 2 peces y 2 panes a 3 peces y 3 trozos de pan sin necesidad de trabajar más tiempo ni con mayor intensidad. Pueden optar o bien por este mayor nivel de producción y llenar más sus barrigas, o por contentarse con las antiguas porciones y disponer de mayor tiempo libre. Si pudieran establecer relaciones comerciales con otras islas de su entorno tendrían la posibilidad, por ejemplo, de trocar sus excedentes por ropa o herramientas

que sepan hacer mejor en las demás islas.

Obviamente, este ejemplo es en extremo simple, pero ayuda a ilustrar la manera en que la especialización funciona en casos más complejos. Las ventajas comparativas tienen la misma importancia entre los países que entre los individuos. Podemos sustituir los Antonio y Juliana del ejemplo anterior por, pongamos, España y Francia, y reemplazar el pescado y el pan por teléfonos móviles, ropa, tractores y medicinas. El principio de que es provechoso concentrarse en lo que uno hace mejor sigue siendo válido. No tiene por qué depender de condicionamientos naturales, como, por ejemplo, que en España haya una gran abundancia de olivos o que los países árabes dispongan de petróleo. Un país puede lograr ventajas comparativas por casualidad. Las empresas de nuevas tecnologías de Silicon Valley o los emporios de la moda del norte de Italia prosperan allí no por unas condiciones naturales favorables, sino porque pueden sacar partido de los contactos, conocimientos y la mano de obra que, por una u otra razón, se han ido acumulando en la zona.

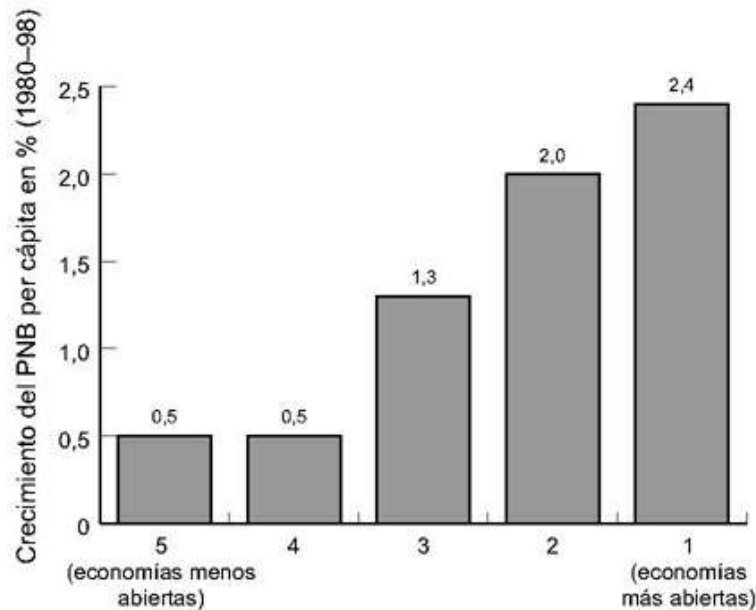
### El libre comercio genera prosperidad



Países del mundo, divididos en cinco quintos según su grado de apertura comercial.

Fuente: Gwartney & Lawson y otros, 2001.

## El libre comercio genera crecimiento



Países del mundo, divididos en cinco quintos según su grado de apertura comercial.

Fuente: Gwartney & Lawson y otros, 2001.

Los sencillos ejemplos anteriores desvelan la futilidad del alegato en pro de que los países sean económicamente independientes y de que produzcan únicamente para beneficio de su propia población. Lo cierto es que uno sólo produce para sí mismo produciendo para otros. Fabricando y exportando aquello en lo que uno es especialista, puede obtener recursos para importar lo que necesita. Muchos países en vías de desarrollo, entre otros, de Sudamérica y África consideraron tras la II Guerra Mundial que una política de autoabastecimiento era la única apropiada. Animados por Occidente, su propósito era producir «para cubrir las necesidades, no en pos del beneficio». Ello les llevó a tratar de hacer todo por su cuenta, lo que supuso un coste enorme. Los países del este de Asia procedieron a la inversa, a saber, se dedicaron a lo que mejor sabían hacer y lo exportaron, algo que les permitió obtener aquello que precisaban a un coste inferior. Corea del Sur, por ejemplo, empezó exportando, entre otros productos, pelucas y tablonés de aglomerado. Hong Kong exportó con gran éxito en un principio flores de plástico. Con toda seguridad, ningún mandatario bienintencionado hubiera determinado que los mencionados artículos eran lo necesario para su pueblo...

sin embargo, su exportación generó un margen económico que hizo posible satisfacer las necesidades internas.<sup>[1]</sup>

### *Importar importa*

Todo lo anterior sirve para desvelar otro mito sobre el comercio: que la exportación, esto es, la venta al extranjero, es positiva, mientras que la importación, la compra a otros países, es perjudicial. Hay mucha gente que piensa, al igual que postulaban en el siglo XVIII los antiguos «mercantilistas», de tendencia nacionalista, que un país adquiere poder vendiendo mucho y comprando poco. Las experiencias acumuladas apuntan a que esta política no propicia la estabilidad, porque si un país industrializado impone trabas a la importación, originará un aumento de los precios dentro del mismo. Las empresas adoptarían una orientación más nacional. En vez de exportar a precios bajos, venderían sus productos en el mercado interior a precios más elevados. Las barreras a la importación reducen también las tendencias exportadoras.

Como ya hemos visto antes, lo cierto es que obtendremos un mayor beneficio si exportamos lo que sabemos hacer mejor para poder importar lo que peor se nos da. De lo contrario, tendríamos que hacerlo todo nosotros mismos y renunciar a la especialización. Podemos acumular montones de dinero vendiendo, pero nuestro nivel de vida sólo mejorará en el momento en que empleemos dicho dinero a adquirir lo que de otra forma no hubiéramos logrado. Uno de los primeros teóricos del comercio, James Mill, declaró muy acertadamente en 1821 lo siguiente: «La ventaja que supone intercambiar una mercancía por otra se genera, sin excepción, con el artículo *recibido*, no con el que se exporta.»<sup>[2]</sup>

Lo absurdo del razonamiento de que hemos de evitar las importaciones baratas se evidencia al aplicarlo dentro de las fronteras nacionales. Supongamos que la ciudad de Salamanca tratara de impedir la entrada de mercancías del exterior, con el argumento de que debe proteger sus mercados. Pero, si las importaciones son realmente negativas, sería lógico también que Castilla impidiera a sus ciudadanos comprar productos de Cataluña, y resultaría en perjuicio de los salmantinos adquirir mercancías de Madrid o Valladolid. Se supone entonces que un barrio resultaría beneficiado

al negarse a comprar a otros barrios, y que las familias saldrían ganando si decidieran no comprar nada de otras familias y fabricarse todo ellos mismos. Naturalmente, esto supondría una involución descomunal. Las personas apenas podrían producir lo suficiente para sobrevivir. Cuando uno va a la tienda a comprar «importa» comida, y el hecho de que puedas comprar barato no es una pérdida, sino una ganancia. Por otra parte, «exportas» cuando vas al trabajo y generas productos o servicios. Supongo que tanto usted como la mayoría de la gente desearía «importar» lo más barato posible para poder «exportar» un poco menos.

El comercio no es un juego de suma cero donde una de las partes pierde lo que la otra gana. Muy al contrario, los intercambios no tendrían lugar si ambas partes no creyeran que fueran a salir bien paradas. El indicador realmente interesante no es la balanza comercial (a la que denominamos «positiva» si exportamos más que importamos), sino el volumen de negocios, porque tanto la exportación como la importación suponen un beneficio.

«No hay nada más insensato que toda esa teoría sobre la balanza comercial, sobre la que se basan no sólo dichas limitaciones sino casi todas las demás regulaciones comerciales. Cuando dos lugares comercian entre sí, la doctrina sostiene que ninguno de esos dos lugares gana ni pierde si su balanza comercial se mantiene nivelada, pero al inclinarse hacia cualquiera de los lados, saldrá perdiendo esta parte, mientras que el otro lado se beneficiará en función de la divergencia de la balanza con respecto al punto exacto de equilibrio. Ambos supuestos son falsos... una relación comercial entre dos puntos, sin coacciones ni restricciones, de forma natural y continuada, es siempre provechosa para ambos, aunque no siempre lo sea en la misma medida.» Adam Smith (1776).<sup>[3]</sup>

Con frecuencia, la inquietud que provoca la importación viene determinada por el temor a que pueda hacer aumentar el desempleo. Si importamos ropa y juguetes baratos de China, los fabricantes locales de juguetes y prendas de vestir deberán recortar su producción. En una perspectiva más internacionalista, cabe preguntarse por qué son más importantes los puestos



de trabajo y las inversiones en nuestro país que en otros menos desarrollados. ¿Acaso no los necesitan ellos más? ¿No son ellos los que no pueden compensar a los desempleados? Pero es que, además, esa concepción es errónea. Cuando importamos mercancías más baratas ahorramos recursos en nuestro país, lo que nos permite apostar por nuevos sectores y proyectos empresariales. Otra consecuencia es que los chinos, en este caso, obtendrán así un remanente económico superior, gracias al cual podrán adquirir, por ejemplo, automóviles españoles o comprarse la camiseta de su ídolo del Real Madrid. Además, las operaciones de la mayoría de las empresas y fabricantes dependen de materias primas y proveedores de otros países. Por ejemplo, para la producción de sistemas de telefonía, la compañía sueca Ericsson necesita componentes electrónicos que se manufacturan en Asia. Cuando la Unión Europea eleva los aranceles impuestos a los países asiáticos con el supuesto fin de proteger los puestos de trabajo europeos, ello significa que empresas del viejo continente como Ericsson habrán de soportar más costes y, por lo tanto, venderán menos, con lo cual no generarán un número tan elevado de puestos de trabajo.

Todo esto nos permite concluir que, en realidad, resulta un tanto estúpido que los políticos del orbe se reúnan en Seattle o Qatar para argumentar acerca del desmantelamiento de derechos aduaneros en el marco de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Los responsables políticos afirman que están dispuestos a suprimir sus aranceles a condición de que otros países hagan lo propio, lo cual es básicamente irracional, ya que a nosotros también nos beneficia el hecho de recortar nuestros aranceles, puesto que podremos importar más barato, aunque otros no lo hagan. La mejor política es el denominado «libre comercio unilateral», o sea, la supresión, pongamos, por parte de España, o de la Unión Europea, de los derechos aduaneros y cuotas propios, aunque otros los mantengan e incluso los incrementen. ¿Qué motivo hay para imponer más aranceles y prohibiciones a nuestra población por el mero hecho de que otros países castiguen así a sus gentes? Como bien explicó la economista británica Joan Robinson, no es especialmente inteligente volcar bloques de piedra en nuestros puertos sólo porque las costas de nuestros países vecinos sean rocosas y de difícil acceso para los barcos. Decir que «no pienso permitirme el lujo de escoger entre una gama más amplia de productos baratos y de buena calidad si tú tampoco lo haces» es un sacrificio, no una astuta represalia.

Pese a todo, existen buenos argumentos que aconsejan la celebración de negociaciones comerciales multilaterales entre un amplio colectivo de países en el ámbito de la OMC. Dichos cónclaves pueden facilitar la aceptación de reformas liberalizadoras entre diversos grupos de intereses. Si la Unión Europea redujera unilateralmente sus aranceles, podría encontrarse con una fuerte resistencia por parte de las compañías y los sindicatos de la región, que quieren evitar una mayor competencia. Pero si otros países simultáneamente rebajan sus aranceles, esta reforma recibiría el apoyo de las compañías exportadoras y de las asociaciones sindicales del ramo, dado que les beneficia. Las negociaciones pueden contribuir a llevar a cabo el recorte de derechos aduaneros e impulsar a otros países a proceder igualmente. Sin embargo, también cabe la posibilidad de que tengan el efecto contrario. Si los políticos actúan como si los tributos aduaneros fueran algo importante, que sólo eliminaremos en caso de recibir algo a cambio, los electores terminarán creyéndoselo. Saldrán con la idea de que los aranceles son algo positivo que los responsables políticos negocian para suprimir, cuando en realidad son perniciosos. Si no se combinan las negociaciones comerciales con amplias campañas de difusión contra los aranceles y a favor de la importación, puede originarse una reacción proteccionista, como parece demostrar el colapso de las negociaciones tras la reunión de la OMC en Seattle.<sup>[4]</sup>

La ventaja de la OMC radica en otro factor, a saber, el hecho de establecer un cuerpo normativo que garantiza el cumplimiento de los acuerdos suscritos por los países. En el pasado, los estados más poderosos podían tratar a voluntad a los más débiles. Buena parte de los países del mundo reclamaba una organización reguladora del comercio con normas comunes a fin de evitar, sobre todo, las actuaciones unilaterales de Estados Unidos en detrimento de sus socios comerciales. No obstante, en un principio, EE.UU. buscaba únicamente un acuerdo más diluido, no una organización que resolviera litigios. A través de la OMC, los países miembros se comprometen a no discriminar a las empresas extranjeras ni a introducir trabas comerciales arbitrarias más allá de las ya impuestas. Los países más pobres ratificaron rápidamente el acuerdo de la OMC en 1995 para poder disfrutar de estos beneficios, mientras que la Unión Europea, Estados Unidos y Japón —acostumbrados como estaban a proceder a su libre arbitrio— tardaron algo más. También ha resultado que potencias como EE.UU. hayan sido

condenadas en contenciosos dirimidos dentro de la OMC, lo cual nunca hubiera ocurrido en la ONU, donde cuentan con derecho de veto.

Otra de las ventajas de la OMC consiste en que todos los países miembros se comprometen a tratar al resto como «nación de trato preferencial», es decir, han de aplicarle automáticamente las exenciones arancelarias que utilicen con los países más favorecidos. Anteriormente, por ejemplo, EE.UU. y la UE solían rebajarse mutuamente sus aranceles, pero no se molestaban en ampliar este trato al resto del mundo. En la actualidad, estas reducciones deben aplicarlas también a los países menos desarrollados.

Ahora bien, la OMC no impone obstáculos considerables a las tarifas arancelarias injustas, al carecer de competencias específicas para prohibir a nadie la introducción de éstas. Únicamente puede dar vía libre al país agraviado para que ponga a su vez trabas comerciales compensatorias. No se trata de una solución ideal, teniendo en cuenta que los países deberían suprimir sus aranceles con independencia de lo que hagan los demás, pero, en cualquier caso, es preferible el respeto a un conjunto de formas a lo que ocurría en el pasado, donde un pequeño litigio podía degenerar en una guerra comercial a gran escala. Ahora, cuando menos, los estados se ven impelidos a respetar sus acuerdos por el honor comprometido. Sin embargo, la Unión Europea ha tratado de mantener sus barreras comerciales en dos notorios casos en los que la OMC se ha pronunciado en contra. Por ejemplo, lleva muchos años tratando de discriminar los plátanos latinoamericanos y la carne tratada con hormonas. Los gobiernos de la UE actúan como si se debiera aplicar un doble rasero, uno para los países en vías de desarrollo y otro para los industrializados, lo que a la larga daña gravemente la credibilidad de la OMC.

De la concienciación sobre las ventajas de la importación se deriva también que las medidas *antidumping* son perjudiciales. Los políticos aluden a menudo a la necesidad de proteger a su pueblo del *dumping* de precios originado por otros países. Sostienen que si, por ejemplo, Malasia nos vende zapatos extremadamente baratos, a un precio por debajo de su coste de producción o más baratos incluso que en el mercado malayo, entonces es «competencia desleal». Según ellos, los fabricantes malayos tiran los precios y eso es algo de lo que debemos protegernos. Pero, como ya ha expresado al respecto el economista norteamericano Murray Rothbard, hay que tener cuidado cuando alguien reclama «competencia leal», porque ello significa

que vas a tener que aflojar la cartera. Esto también es aplicable a los aranceles *antidumping*. De lo que realmente «nos protegen» en ese caso es de zapatos, televisores y alimentos más económicos. Habría que preguntarse si realmente necesitamos que alguien nos proteja contra ellos. No tiene por qué ser injusto ni desleal que los fabricantes de otros países «tiren» sus precios. Por ejemplo, pueden verse obligados a hacerlo para poder penetrar en un nuevo mercado, lo cual debemos considerar como una medida legítima. Las empresas de nuestro país lo hacen. ¿Por qué no las extranjeras? ¿No es más injusto que el *dumping* el hecho de aplicar reglas diferentes a las compañías nacionales y a las extranjeras? También puede deberse a que los fabricantes de zapatos malayos venden a un precio más elevado en su país por contar allí con más ventajas que aquí, como, por ejemplo, muros arancelarios que los protegen...

Estados Unidos, uno de los supuestos paladines del libre comercio, es en la práctica el principal transgresor a la hora de introducir aranceles *antidumping*. Con ello no sólo perjudica a las economías de otros países, sino que su propia economía pierde anualmente miles de millones de dólares en forma de precios más elevados y una menor productividad. El recurso a las tarifas arancelarias de este tipo se ha intensificado en la última década. Cuando la OMC y los acuerdos internacionales dificultan la labor de aplicar una política proteccionista por la puerta delantera, EE.UU. y la UE recurren a aranceles *antidumping* para dar entrada al proteccionismo por la puerta trasera.

Ahora bien, si el gobierno norteamericano decide subvencionar con fondos públicos su sector siderúrgico, se impondrán en la práctica reglas distintas. Así las cosas, sus compañías siderúrgicas podrán vender más barato y dejar fuera de combate a nuestros fabricantes, no por el hecho de ser mejores, sino por recibir más subsidios de su gobierno. Algunos consideran que debemos protegernos contra esto. ¿Pero por qué? Una estrategia de estas características significa en realidad que el gobierno de EE.UU. está subvencionando a los consumidores de nuestro país, por lo que lo lógico sería que estuviéramos agradecidos y recibiéramos alegremente la ofrenda, sin dejar por ello de quedarnos algo perplejos ante esta extraña política norteamericana.

*El libre comercio genera crecimiento*

Antes que nada, el libre comercio es positivo porque da libertad: libertad a las personas para comprar lo que quieran a quien deseen, pero también para vender a quien quiera comprar. En la esfera económica, da lugar a un eficaz aprovechamiento de los recursos y el capital. Las empresas, regiones o países se especializan en sus ventajas comparativas, lo que les permite producir una máxima plusvalía. El capital y la mano de obra de sectores más anticuados o menos competitivos se transfieren a industrias nuevas y más dinámicas. Por este motivo, un país que adopta una política más librecambista incrementa su nivel de producción y bienestar, pudiendo esperarse en los primeros años una tasa de crecimiento muy generosa. Pero también desemboca en un afán constante por una mejora de la producción, puesto que la competencia internacional obliga a las empresas a brindar la mayor calidad con los menores precios posibles, dando libertad a los consumidores para seleccionar los productos y servicios del proveedor que les presente la mejor oferta. Ello hace que se destinen más recursos al proceso de producción, se incremente el volumen de inversiones y se desarrollen nuevos métodos, innovaciones y productos. En realidad se trata exactamente del mismo argumento aplicable a la competencia en general, al extender simplemente esta última a un ámbito más amplio y, por lo tanto, intensificándola.

Una de las principales ventajas del libre comercio resulta difícil de calibrar: un país que comercia ampliamente con otros importa al mismo tiempo nuevas ideas y tecnologías. Si, por ejemplo, España aplica una política comercial liberal, las empresas del país estarán expuestas a las mejores ideas que hay en el mundo dentro de su ramo respectivo. Significa, por un lado, que se verán forzadas a ser dinámicas y, por el otro, que podrán tomar prestadas las ideas de otras empresas, comprar la tecnología de otros y contratar mano de obra extranjera. La receptividad ante nuevas impresiones y personas diferentes ha sido siempre una vía de progreso, mientras que la cerrazón conduce al estancamiento. No por casualidad hallamos, a lo largo de la historia, que las regiones más dinámicas con frecuencia se encuentran situadas en la costa o próximas a las ciudades, mientras que las más retrasadas suelen ubicarse en áreas de difícil acceso y, a menudo, montañosas.

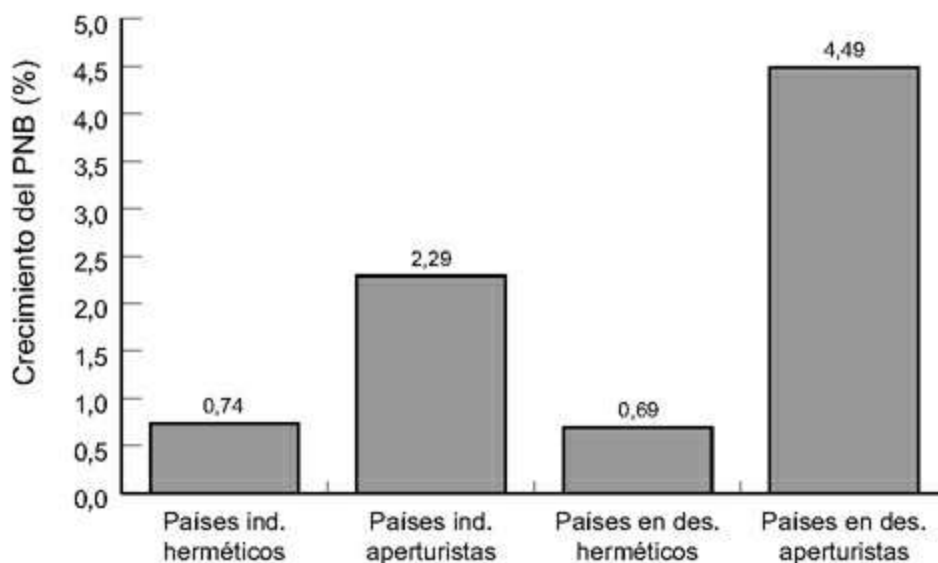
Hoy en día, en el mundo se produce 6 veces más que hace 50 años y el comercio internacional se ha multiplicado por 16. Hay motivos para sospechar que el comercio ha sido un factor clave en ese incremento de la

producción. La diferencia exacta que suponen los mercados abiertos resulta difícil de dirimir, pero que esa diferencia es positiva es un hecho que prácticamente ningún economista disputa. Existen ingentes cantidades de estudios empíricos que evidencian que el libre comercio contribuye al progreso económico.

Los economistas Jeffrey Sachs y Andrew Warner, de la Universidad de Harvard, han elaborado un exhaustivo —y frecuentemente citado— estudio acerca de los efectos del comercio.<sup>[5]</sup> En él se examina la política comercial de 117 países entre 1970 y 1989. Una vez comprobados otros factores, el estudio demuestra una relación estadística significativa entre el libre comercio y el crecimiento económico, que no consiguen hallar, por ejemplo, entre la educación y el crecimiento. En los países con políticas librecambistas, el crecimiento era entre 3 y 6 veces superior al de los estados proteccionistas. Los países en desarrollo con una economía abierta habían experimentado de media un crecimiento anual del 4,49% durante estos dos decenios, mientras que en los cerrados al exterior el crecimiento había sido de sólo el 0,74%.

Ha de añadirse que no se trata de lo que ganan los países por el hecho de que otros sean receptivos a sus exportaciones, sino de los beneficios que supone mantener abiertos los mercados propios. Los resultados evidencian que las economías abiertas obtuvieron una tasa de crecimiento superior a las proteccionistas *todos y cada uno de los años* entre 1970 y 1989. Ninguno de los países librecambistas analizados registró un crecimiento medio anual inferior al 1,2% y ningún país en desarrollo de economía abierta se situó por debajo del 2,3% (!). En todas las regiones, la adopción de una estrategia de libre comercio dentro de un país determinado se tradujo en su despegue económico tras un breve periodo, incluso en África. Los países que abrieron temporalmente sus economías para, seguidamente, cerrarlas mostraron un mayor crecimiento durante su periodo de apertura.

## Libre comercio y crecimiento en los años 80 y 90



Fuente: Sachs & Warner, 1995.

Tampoco a cambio de un crecimiento inferior y un menor volumen de inversiones pudieron adquirir una mayor estabilidad las economías proteccionistas. Al contrario, Sachs y Warner demuestran que las economías cerradas están considerablemente más expuestas a las crisis financieras y la hiperinflación que las economías con libre comercio. Apenas el 8% de los países en desarrollo considerados como abiertos a partir de los 70 sufrieron crisis de este tipo en la década de los 80, mientras que más del 80% de las economías cerradas sí que las padecieron.

Este tipo de análisis regresivos ha sido objeto de críticas por estar basados en estadísticas de un conjunto de economías y tratar de excluir otros factores posiblemente determinantes, además de conllevar numerosos problemas de cálculo. Administrar enormes cantidades de datos siempre supone un problema: ¿Dónde establecer la divisoria entre una economía abierta y otra cerrada? ¿Cómo se puede determinar la relación causal? Aparte de ello, los países que ponen en práctica un sistema de libre comercio suelen también aplicar otras reformas liberales como, por ejemplo, la protección de la propiedad privada, la contención de la inflación y el equilibrio presupuestario, por lo que se antoja complicado deslindar qué efecto procede de una cosa o de otra.<sup>[6]</sup> Las dificultades de medición son reales, lo cual hace

que debamos acoger estas conclusiones con ciertas dosis de escepticismo, algo que no quita que sea interesante el hecho de que, con tan contadas excepciones, dichos resultados apunten hacia los grandes beneficios que conlleva el libre comercio. Sin embargo, estos resultados han de completarse con investigaciones y estudios teóricos sobre países específicos, antes y después del proceso de liberalización comercial, donde también se aprecien con claridad las ventajas del librecambio.

En opinión del economista Sebastian Edwards, lo importante no es hallar indicadores exactos y objetivos, sino ensayar muchas variables diferentes para comprobar si puede establecerse una pauta. A partir de ocho indicadores distintos sobre el grado de apertura económica, Edwards ha elaborado 18 estimaciones basadas en materiales en parte diferentes y métodos de cálculo distintos. En todos excepto en uno de los cálculos se manifestaba una relación positiva entre libre comercio y crecimiento económico. Según su apreciación, se ha logrado el doble de crecimiento en los países en desarrollo favorables al libre comercio respecto a los proteccionistas. En un informe presentado ante Globkom, un comité parlamentario sueco, el economista Håkan Nordström hace un repaso de 20 estudios dedicados al libre comercio. En todos ellos se concluye de forma tajante que la apertura de los mercados promueve el progreso económico.<sup>[7]</sup>

Los economistas Jeffrey Frankel y David Romer han intentado también cuantificar las ventajas del comercio. Basados en sus estudios, sostienen que al incrementar un país sus intercambios comerciales en 1 punto en relación al PNB, lo más probable es que aumente su renta per cápita entre un 0,5 y un 2%. Ello quiere decir que si un país amplía sus volúmenes comerciales en 10 puntos, puede esperarse que los ingresos de las personas sin recursos suban entre un 5 y un 20%. Por supuesto, se trata de promedios y de cifras sin validez general, pero si se nos ocurriera, a modo de experimento, calcular lo que ello significaría para las personas más desfavorecidas del planeta, podemos suponer que un repunte del comercio en un 10% en relación al PNB en un país como Nigeria permitiría sacar de la pobreza a 25 millones de sus habitantes. Aplicado a India, salvaría de la miseria absoluta a una cifra 10 veces superior. Se trata, claro está, de un experimento conceptual, no de una predicción, que, en cualquiera de los casos, nos aporta pistas sobre el explosivo potencial que esconde el libre intercambio comercial.<sup>[8]</sup>



Existe un vínculo manifiesto del incremento del libre comercio con el crecimiento económico y la reducción de los niveles de pobreza. Podemos detectar diferencias entre países de características similares en los que uno de ellos ha llevado a cabo procesos de liberalización y de apertura de mercados y el otro se ha abstenido de hacerlo. Apreciamos esto, por ejemplo, entre la liberal Vietnam y la proteccionista Birmania, entre Bangladesh y Pakistán, Costa Rica y Honduras, Uganda y Kenia, Chile y sus países vecinos, etc.

Sin embargo, parece no existir una relación firme e inequívoca entre el auge del comercio y la nivelación económica dentro de un país, la cual, de haberla, sería débilmente positiva. Determinados colectivos salen perdiendo con el libre comercio, pero estos grupos pertenecen en mayor medida a las capas más prósperas de la población. La reducción de las desigualdades depende fundamentalmente de la política practicada en el país. Los resultados obtenidos al respecto durante los años 90 en los países liberalizadores varían: en China se han incrementado las desigualdades, en Costa Rica y Vietnam se han mantenido estables y en países como Ghana y Tailandia han disminuido.

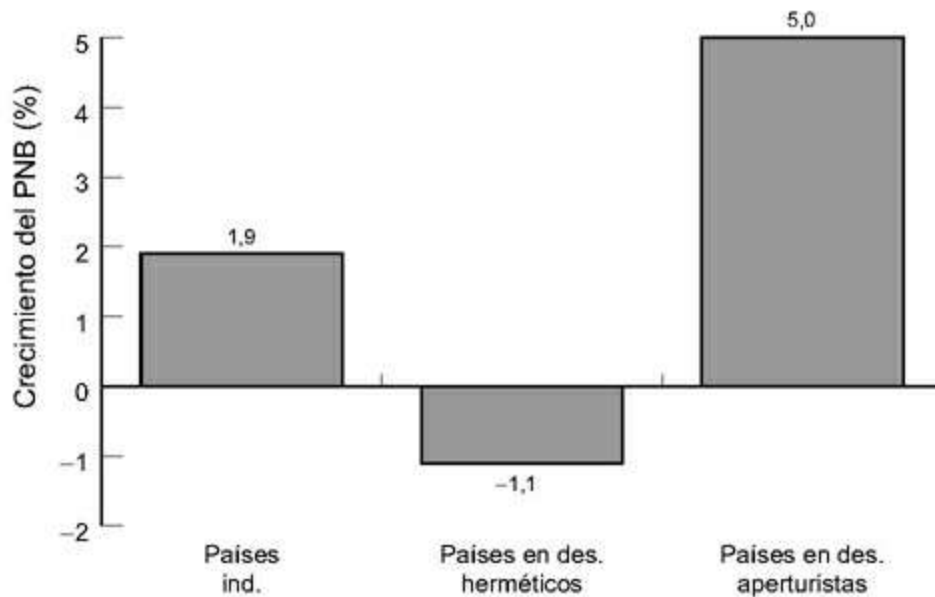
Tras muchos años de economía comunista dirigida y una miseria extrema, Vietnam ha llevado a cabo desde finales de los 80 una serie de rápidas reformas liberalizadoras y de desregulación interna. Ello ha permitido una importante alza de las exportaciones de productos de mano de obra intensiva, como los zapatos, así como del arroz que producen los humildes campesinos, lo cual ha producido un rápido crecimiento y una fulminante reducción de los niveles de pobreza. En 1988, el 75% de la población vivía en la pobreza absoluta; en 1993, este índice ya había bajado al 58% para en 1998 verse reducido en cifras totales casi a la mitad: 37%. El 98% de los hogares vietnamitas de menos recursos han incrementado sus rentas en los años 90.<sup>[9]</sup>

Un elemento que raras veces se destaca de los resultados de Sachs y Warner es que las economías menos desarrolladas pero abiertas crecen a un ritmo más rápido que las economías liberalizadas de los países industrializados. Puede parecer normal que los países pobres tengan un crecimiento superior al de los ricos, ya que disponen de una mayor cantidad

de recursos por explotar y pueden aprovechar la posibilidad de que existen países más prósperos a los que exportar, y de los que importar capital y tecnología más avanzada, mientras que los países más avanzados carecen de esa ventaja. Pero los economistas no han hallado ninguna conexión general en este sentido que lo demuestre. La razón es sencilla: la economía de los países proteccionistas en vías de desarrollo crece más lentamente que la de los países ricos. Ahora bien, cuando Sachs y Warner estudiaron los países en vías de desarrollo abiertos al comercio internacional y a las inversiones, es decir, aquellos que pueden sacar partido de las opciones que ofrecen los países industrializados, resultó que aquéllos crecían a más velocidad que los países ricos librecambistas. Cuanto más deprimida era su situación de partida, con más rapidez se expandían sus economías al liberalizarlas. No se detectó ninguna diferencia de este tipo entre los países herméticos, lo cual deja entrever que el libre comercio no sólo es la política de crecimiento más adecuada, sino también la mejor para que los países en desarrollo recorten las distancias con los industrializados. Así pues, los países pobres crecen más rápido que los ricos siempre que se integren en los flujos globales comerciales y de capitales.

Estos resultados se hacen aún más evidentes en los 90. Durante esta década decreció en un 1,1% el PNB per cápita de los países en desarrollo proteccionistas. En los industrializados se incrementó en un 1,9%, mientras que la subida más rápida, con diferencia, se registró en los países en desarrollo que abrieron sus mercados y fronteras, con un 5% anual de media. En definitiva, los países en desarrollo orientados hacia el libre comercio son los que desarrollan su economía a mayor velocidad, incluso más que los países ricos. Dollar y Kraay resumen sus resultados de la siguiente manera: *Los países en desarrollo globalizados se aproximan a los países ricos, mientras que los no globalizados se quedan cada vez más rezagados.* <sup>[10]</sup>

## Globalización y crecimiento en los 90



Fuente: Dollar & Kraay, 2001.

La historia demuestra que las economías pueden crecer más rápido mediante el aprovechamiento de la prosperidad y la tecnología de otros países. Tomando como referencia 1780, Inglaterra tardó 58 años en duplicar su nivel de riqueza. Un siglo más tarde, Japón hizo lo propio en sólo 34 años y, cien años después, Corea del Sur volvió a conseguirlo en únicamente 11 años.<sup>[11]</sup> Encontramos pruebas en otras épocas y grupos de naciones de que los países interconectados comercialmente convergen, o sea, se aproximan en sus niveles de prosperidad. Durante el proceso de globalización de finales del siglo XIX, estados por entonces pobres como Irlanda o los países escandinavos recortaron distancias con los más pudientes. Durante el periodo de posguerra, los países menos desarrollados de la OCDE se acercaron a los más ricos. En las áreas de libre comercio de la EFTA y la UE también se han reducido las diferencias entre los países. El mismo fenómeno se ha detectado entre distintas zonas de grandes economías como EE.UU. y Japón. Es decir, el librecambio y la movilidad contribuyen al enriquecimiento tanto de los pobres como de los ricos, si bien estos últimos no prosperan tan rápido como aquéllos.<sup>[12]</sup>

## *Una fuente inagotable de empleo*

«Ahora bien, si el libre comercio lleva a una constante mejora de la productividad, ¿no debería esto resultar en la pérdida de puestos de trabajo? Cuando los asiáticos fabrican nuestros automóviles y los sudamericanos producen la carne que consumimos, en nuestro país despiden a los obreros del sector de la automoción y los ganaderos se quedan sin trabajo, aumentando así el desempleo», reza el argumento. «Los ciudadanos extranjeros, los países en vías de desarrollo y la maquinaria compiten en la producción de los artículos que necesitamos y, al final, no quedarán puestos de trabajo en nuestro país. Si, dentro de 20 años, todo lo que consumimos en la actualidad puede fabricarlo la mitad de la fuerza laboral de nuestro país, significa necesariamente que la otra mitad se quedará sin empleo, ¿o no es cierto eso?» Es ésta una visión apocalíptica a la que se recurre con frecuencia en los escritos antiglobalizadores de nuestro tiempo. En el libro *La trampa de la globalización*, dos periodistas alemanes sostienen que, en el futuro, un 80% de la población será innecesaria para las labores de producción. La francesa Viviane Forrester va aún más lejos en su libro *El horror económico* al afirmar que la gran masa de la población se quedará sin empleo, por lo que, a la larga, se verá abocada al exterminio. Esta obra se basa en una concepción del ser humano bastante desagradable, donde las personas cuentan con cualidades que las hacen «necesarias» en la sociedad. Afortunadamente, es totalmente desacertada.

Esta idea empezó a popularizarse a mediados de los 70. Desde entonces hasta ahora, la producción se ha hecho efectiva e internacionalizado más que nunca. Pese a todo, se han creado a nivel global muchos más puestos de trabajo de los que han desaparecido. En las últimas décadas, la población activa del planeta se ha incrementado en unos 800 millones. Contamos con el nivel de productividad más alto de la historia, pero también con un mayor número de trabajadores. Entre 1975 y 1998, el empleo aumentó en un 50% en países como EE.UU., Canadá y Australia, y en un 25% en Japón. Dentro de la Unión Europea, a pesar de que el paro ha hecho mella aquí más que en otras regiones, todos los países habían *creado* empleo durante ese periodo. Las únicas excepciones fueron España, Suecia y Finlandia, aunque en estos países la tasa de ocupación laboral lleva aumentando desde 1998.

Resulta también interesante el hecho de que el empleo haya crecido con

mayor intensidad en las economías más internacionales y que recurren en mayor medida a las tecnologías modernas. Estados Unidos es el ejemplo más claro. Entre 1983 y 1995 se generaron en este país 24 millones de puestos de trabajo más de los que se destruyeron. Y no se trataba de empleos mal remunerados y de baja cualificación (los denominados «Mc Jobs»), como a menudo se menciona en el debate. Muy al contrario, el 70% de los nuevos trabajos tenían un nivel de retribución superior a la media del país. Casi la mitad de ellos se situaban en el segmento de mayor cualificación, una proporción que ha ido aumentando aún más rápido desde 1995.<sup>[13]</sup> La afirmación de que cada vez son menos las personas necesarias en el sector productivo no se corresponde con la realidad, lo cual no ha de extrañarnos, dado que también es errónea como postulado teórico. No es cierto que haya un cantidad determinada de trabajos que, al cubrirse con un número más reducido de personas, ponga de patitas en la calle al resto. Imaginémos una economía preindustrial donde los individuos destinen la mayor parte de sus ingresos a adquirir comida. Posteriormente se racionaliza la producción de alimentos, las máquinas comienzan a hacer el trabajo de un gran número de campesinos y la competencia internacional incrementa el rendimiento de su agricultura. Ello da lugar al despido de numerosos trabajadores dentro del sector de producción agrícola. ¿Significa esto que no les queda nada que hacer, que el nivel de consumo es constante? No, porque también conllevará un aumento del consumo. El dinero destinado antes a costear la mano de obra agrícola puede emplearse ahora en la demanda de otros artículos de consumo como, por ejemplo, ropa de mejor calidad, literatura y productos industriales. Aquellas personas que sobran en la producción agrícola pueden incorporarse a estos sectores.

Lo antes expuesto no son únicamente hipótesis. Fue justamente lo que pasó en Suecia al mecanizar la agricultura a principios del siglo XIX. Anteriormente, en torno a un 80% de la población sueca trabajaba en la agricultura. En la actualidad, esa cifra es inferior al 3%. ¿Significa por tanto que un 77% de los suecos están hoy sin trabajo? No, porque la gente pudo empezar a solicitar otros productos y servicios de mayor calidad, originándose un trasvase de la mano de obra a la producción industrial y al sector servicios al objeto de cubrir dicha demanda.

La idea de que existe una cantidad constante de trabajo y de que cuando

uno consigue un empleo se lo arrebatara siempre a otro, ha llevado a unos a solicitar el reparto del trabajo, a otros a querer destruir las máquinas, a muchos a exigir el incremento de los aranceles y a otros a reclamar un freno a la inmigración. Esta noción, no obstante, es incorrecta. Cuando ejecutamos una tarea de manera más eficaz obtenemos más recursos para satisfacer nuestras necesidades. La mano de obra que en el pasado se requería para alimentarnos pudo luego vestirnos y proporcionarnos mejores viviendas, entretenimiento, viajes, revistas, teléfonos y ordenadores. Contribuyó, así pues, a elevar nuestro nivel de vida.

En una entrevista concedida a la revista sueca *Ordfront*, la vicepresidenta de la organización antiglobalización francesa Attac, Susan George, afirma que la mundialización y las inversiones internacionales no generan en absoluto oportunidades laborales:

Todo aquello a lo que se denomina inversión no desemboca en nuevos empleos. 8 de cada 10 inversiones realizadas en el mundo en los últimos cinco años han consistido en fusiones o adquisiciones de empresas, lo cual origina en la mayoría de los casos recortes de personal.<sup>[14]</sup>

Pero es precisamente ese proceso de rendimiento del trabajo y las reestructuraciones de plantilla lo que hace posible que surjan nuevas industrias, ofreciendo a las personas nuevos y mejores empleos.

«¿Y eso es así *ad infinitum*?», podría preguntarse alguien. Y yo le respondo: ¿Es concebible que una pequeña parte de la población pueda llegar a cubrir *todas* nuestras necesidades? ¿Cuándo sería eso? Yo considero que el ser humano siempre va a necesitar, por ejemplo, más seguridad, comodidad y entretenimiento. No creo que nunca pensemos que ya proporcionamos a nuestros hijos la suficiente formación, que ya sabemos lo bastante, que no tenemos que investigar más y que contamos con remedios suficientes para todas nuestras dolencias. Resulta complicado ver un límite en el deseo de mejorar nuestros hogares, lo saludable y sabroso de nuestra comida, la frecuencia con la que deseamos viajar y la calidad del entretenimiento del que queremos disfrutar. Al dotarnos de un margen económico más amplio, buscaremos siempre satisfacer nuevas y más atractivas necesidades. Si, por ejemplo, creemos que ya tenemos de todo, demandaremos más tiempo libre. Preguntémonos, por ejemplo, si no se nos podría ocurrir cómo ocupar a dos personas, con sendos contratos de jornada completa, para que nos prestaran

servicios y produjeran para nosotros. Sospecho que resulta más difícil permitirnos el lujo de contratar a esos dos trabajadores que el hecho de imaginar lo que podrían hacer por nosotros. Si usted, yo y todos los demás podemos concebir tareas que nos gustaría que realizaran esas dos personas en beneficio nuestro, ello quiere decir que hay un déficit permanente de mano de obra. 6.000 millones de personas requieren como mínimo 12.000 millones de empleados. Por ese motivo nunca tendremos un exceso de mano de obra, independientemente de lo ricos que seamos y de lo alto que sea nuestro rendimiento productivo.

Naturalmente, la moneda de la efectivización tiene otra cara. A veces se compara el dinamismo del mercado con una «destrucción creadora», puesto que se trata de «destruir» antiguas soluciones e industrias —con un fin innovador— a fin de transferir mano de obra y capital a sectores más productivos. Como consecuencia, el nivel de vida se eleva, pero el término «destrucción» sugiere que no todos salen ganando. Resulta obviamente penoso para aquellos que han invertido en las soluciones anticuadas y para quienes son despedidos de los sectores de menor rendimiento. Los cocheros de carruajes resultaron perjudicados por el éxito de los automóviles y los fabricantes de quinqués por la universalización de la electricidad. En épocas más recientes, las fábricas de máquinas de escribir tuvieron que cerrar con la introducción de los ordenadores y los discos de vinilo han sido sustituidos por discos compactos.

Ese tipo de cambios dolorosos se producen continuamente con los nuevos inventos y métodos de producción. Algunos partidarios del libre cambio tratan de buscar un pretexto afirmando que los despidos se deben principalmente a los avances tecnológicos, no a la competencia de otros países, lo cual es cierto, pero expresa un argumento vacío, puesto que la competencia que estimula el libre comercio contribuye a acelerar la aplicación de nuevas tecnologías.

Sin lugar a dudas, dichas transformaciones pueden acarrear enormes problemas y traumas para aquellos a quien les afecta, en especial si resulta complicado encontrar un nuevo trabajo. La mera inquietud que provocan estos riesgos ha llevado a una serie de ideólogos marcadamente conservadores a rechazar el sistema capitalista en su conjunto. No hay duda de que una sociedad moderna con una economía de orientación comercial implica nuevos problemas y riesgos asociados y, naturalmente, la amenaza de

perder el trabajo y el fantasma del desempleo, con la consiguiente repercusión sobre el nivel de vida y la autoestima, son factores muy estresantes. Ahora bien, ello no es comparable a la preocupación típica de tiempos pasados por no conseguir tal vez comida que llevarse a la boca ese día, o el temor a que la sequía o las inundaciones se llevaran de un plumazo los medios de subsistencia. No es comparable tampoco con la situación de los campesinos etíopes de nuestros días, cuya vida puede pender de la eventualidad de la lluvia o de la salud de sus animales.

Ante todo, no es una estrategia muy astuta enfrentarse a los problemas que originan los cambios tratando de impedir estos últimos, ya que, en definitiva, saldríamos perdiendo y nuestro nivel de vida se resentiría. La finalidad en sí del comercio y el desarrollo es la transferencia de los recursos a donde se aprovechan de forma más efectiva. «Cuando los vientos de cambio soplan, unos se construyen refugios mientras que otros levantan molinos de viento», reza un refrán chino. Poner obstáculos al cambio es tan necio como hubiera sido tratar de evitar hace dos siglos el desarrollo de la agricultura a fin de proteger al 80% de la población, que se dedicaba a las labores del campo. También resulta dificultoso, si se tiene en cuenta que las reestructuraciones sectoriales vienen motivadas en la mayoría de los casos por los cambios en los gustos de los consumidores. Es más aconsejable destinar los beneficios que rinde la economía a paliar las repercusiones sobre los afectados.

Podemos hacer mucho por agilizar en la medida de lo posible esos cambios. Por ejemplo, debemos evitar mantener industrias anticuadas mediante subsidios y barreras arancelarias. Asimismo, hemos de dejar actuar con libertad a la iniciativa privada y a los mercados financieros a la hora de invertir en los nuevos sectores. Se han de flexibilizar los salarios y reducir al mínimo los impuestos, con objeto de atraer la mano de obra a los nuevos sectores de mayor productividad y liberalizar el mercado laboral. Debemos disponer de centros de enseñanza de alta calidad y de posibilidades adecuadas de capacitación a fin de obtener trabajadores con una cualificación apropiada para el desempeño de las nuevas tareas. Una red de cobertura social debe aportar la protección necesaria durante estos periodos de transición sin que por ello se disuada de la búsqueda de nuevos empleos.

Sin embargo, raras veces estos problemas son de tanta envergadura como puede dar la impresión al leer el periódico. Es fácil informar de que se han quedado sin trabajo 300 personas en una fábrica de automóviles por culpa de



la competencia japonesa. No resulta tan sencillo ni visualmente tan atractivo difundir noticias sobre los miles de puestos de trabajo generados gracias a un mejor aprovechamiento de los antiguos recursos, ni tampoco sobre la manera en que los consumidores se van a beneficiar con la ampliación de la oferta, el aumento de la calidad y la reducción de los precios que genera la competitividad. Muy pocas personas son conscientes de que los consumidores del mundo nos hemos ahorrado entre cien y doscientos mil millones de dólares anuales gracias a las iniciativas liberalizadoras emprendidas en las negociaciones de la Ronda de Uruguay, pero la diferencia se aprecia en nuestros frigoríficos, nuestros productos electrónicos y, en definitiva, nuestras carteras. Los costes que afectan a un pequeño colectivo en una ocasión específica son más fáciles de visualizar y destacar, mientras que los beneficios que revierten sobre casi toda la población pasan de largo sin que reparemos en ellos.

Un repaso de más de 50 estudios acerca de las transformaciones originadas por distintas reformas liberalizadoras en diversos países muestra claramente que dichos cambios son menos amplios que lo reflejado en el debate. Por cada dólar que cuestan estas reestructuraciones se obtienen aproximadamente 20 dólares en concepto de beneficios. Un estudio de 13 casos de desregulaciones comerciales en varios países evidencia que la contratación dentro del sector industrial había *aumentado* en todos los países menos en uno, sólo un año después de iniciado el proceso de liberalización. Una de las razones por la que los cambios no son tan traumáticos en los países de pocos recursos es que los anteriores puestos de trabajo, por lo general, no ofrecían un sueldo muy alto y las condiciones laborales eran deficientes. Las personas normalmente más expuestas, aquellas sin cualificación específica, tienen más facilidad para encontrar trabajo que los individuos con una preparación especial. Dado que estos países disponen de ventajas comparativas en sectores de mano de obra intensiva, suele traducirse en el rápido incremento de los salarios para este colectivo. Además, los procesos profundos de liberalización desembocan en un abaratamiento de los productos que necesitan.<sup>[15]</sup>

También en los países prósperos que emprenden liberalizaciones comerciales los costes son pequeños en comparación con las ganancias que adquieren. Los sectores azotados duramente por la competencia y los nuevos

avances tecnológicos atraviesan algo parecido a una crisis coyuntural típica. En muchos casos, las reducciones naturales de plantilla —es decir, las jubilaciones y ceses voluntarios— son tan numerosos que superan a los posibles despidos que exigirían las reformas de apertura. Por ese motivo, se pueden dinamizar constantemente importantes segmentos de la economía con el simple hecho de dejar que las personas que se incorporan al mercado de trabajo busquen sectores profesionales más modernos que aquellos donde ejercían los que se retiran del mismo. Si las transformaciones contribuyen a generar un elevado crecimiento pueden mitigar los problemas que originan las difíciles reestructuraciones, que siempre son más dolorosas en los periodos de recesión. Además, el desempleo dura sólo un tiempo limitado, mientras que los efectos positivos que esta evolución causa en la economía no cesan de acrecentarse. En otras palabras, la creación es mayor que la destrucción.

En Estados Unidos, donde las transformaciones de la economía son incesantes, los problemas deberían ser enormes. Sin embargo, su mercado de trabajo se asemeja más bien a la hidra contra la que, según cuenta la leyenda, luchó Hércules. Cuando éste le cortaba la cabeza, surgían dos nuevas. Por cada dos empleos que desaparecieron en EE.UU. en los 90 se crearon otros tres, incrementando así las opciones de los ciudadanos, puesto que no hay mejor garantía contra el desempleo que la generación de puestos de trabajo. La idea de que uno se tiene que pasar la vida saltando apresuradamente de empleo en empleo se antoja también exagerada, sobre todo al considerar que las empresas apuestan cada vez más firmemente por la capacitación de sus empleados para el desempeño de nuevas funciones. El tiempo medio de permanencia de los norteamericanos en su empleo ha *aumentado* entre 1983 y 1995 de 3,5 a 3,8 años. Tampoco es cierto, como muchos creen, que esta cifra incrementada de empleos generados en EE.UU. se debe a un descenso de los salarios desde 1970. Una parte cada vez mayor del sueldo se abona en beneficios no monetarios como, por ejemplo, seguros de enfermedad, acciones, ingresos en cuentas de ahorro, plazas en guarderías, etc., a fin de esquivar una tributación fiscal superior. Incluido este tipo de «bonificaciones», los salarios norteamericanos han continuado creciendo de la mano de la productividad. En relación a la década de los 70, se ha reducido del 52 al 37% la proporción de recursos que los estadounidenses de menos medios destinan al consumo de alimentos, ropa y vivienda, lo cual evidencia

que disponen de más dinero para otros ámbitos menos básicos.<sup>[16]</sup>

Una de las liberalizaciones comerciales más drásticas de la historia moderna ha tenido como escenario a nuestra vecina Estonia. Inmediatamente después de su independencia de la Unión Soviética en 1992, el gobierno estonio decidió abolir unilateralmente todos los aranceles. Es decir, los derechos aduaneros son hoy en día 0,0 de promedio. Esta medida ha constituido todo un éxito. Impulsada por la competencia, la economía estonia se ha reestructurado rápidamente. Europa Occidental, que en 1990 sólo representaba un 1% de los intercambios comerciales del país, supone ahora dos tercios. Estonia atrae una gran cantidad de inversiones directas y su tasa de crecimiento anual se sitúa en torno al 5%. Ha repuntado la esperanza media de vida y la mortalidad infantil se ha reducido, a diferencia de los antiguos estados del bloque soviético que se han inclinado por un ritmo pausado de reformas. El cambio a un sistema liberal ha convertido a Estonia en uno de los países candidatos más prometedores dentro de la Unión Europea. Por desgracia, su incorporación a la UE obliga al país a adaptarse al proteccionismo comunitario. De no tener ninguno, Estonia deberá introducir 10.794 niveles arancelarios diferentes, lo cual se traducirá en un contundente encarecimiento de los alimentos. Además, ha de aplicar diversas cuotas, subvenciones y medidas *antidumping*. Resulta irónico que la política de libre comercio de Estonia haya tenido tanto éxito que le haya valido al país su adhesión a la UE, lo cual le obligará a reintroducir los aranceles.<sup>[17]</sup>

### *Libre circulación - también para las personas*

Si bien todavía queda mucho por hacer para vivir en un mundo donde impere la libertad a la hora de comprar y vender productos y servicios más allá de las fronteras, son numerosas las personas que luchan por este ideal. Los políticos del planeta se reúnen con regularidad para tratar de extender el libre comercio, aunque sea a un ritmo demasiado lento. Desgraciadamente, en lo que respecta a la movilidad de las personas, los responsables políticos se dan

cita regularmente con el fin de limitarla. Observamos una tendencia muy clara en este sentido a partir de los años 70 dentro de los países europeos industrializados. Al tiempo que el Tratado de Schengen nos garantiza la libre circulación dentro de la Unión Europea, los gobiernos comunitarios tratan de impedir a las personas del exterior que crucen las fronteras de la UE. Como consecuencia de ello, se elevan muros cada vez más altos y controles individuales más estrictos.

Los ciudadanos de unos 120 países del mundo precisan de un visado para poder visitar la Unión Europea, difícil de conseguir, en particular si eres una persona perseguida en tu propio país. Bruselas exige incluso que las compañías aéreas privadas hagan de agentes aduaneros, impidiendo el paso de sujetos con pasaportes o visados falsos, so pena de tener que pagar sustanciosas multas. Los empleados, incapaces de enjuiciar correctamente cada caso, se ven en la obligación de cribar a los viajeros. Ello hace imposible que la gran mayoría de ellos siquiera pueda llegar a pisar la UE para solicitar asilo, aunque hubieran tenido derecho a obtenerlo de haber entrado. Más de dos tercios de las personas que aterrizaron en el aeropuerto estocolmés de Arlanda sin pasaporte ni visado válido obtuvieron permiso de residencia en Suecia por asilo político o razones humanitarias. Ahora queda cerrada esa puerta de emergencia.<sup>[18]</sup>

Esta política restrictiva en relación al resto del mundo tiene reflejos a cuál más trágico: un transportista abre un contenedor en Dover para encontrarse con 58 refugiados chinos asfixiados por el calor, al tratar de esconderse de las autoridades aduaneras; o bien, el goteo de africanos que se ahogan en las costas meridionales de España después de intentar cruzar el estrecho a nado o en una peligrosa patera. Las grandes tragedias encuentran eco en los medios de comunicación, pero a diario se producen casos paralelos de menor alcance. La ONG holandesa *United* calcula que cada día muere una persona al fracasar en su intento de penetrar las fronteras de la UE. Para muchas mujeres, la única manera de entrar en Europa es a través de mafias que las obligan a prostituirse y las amenazan con denunciarlas a las autoridades si no se someten a las humillaciones. Al exigir visados y levantar muros que impiden la entrada legal en la Unión, las personas no tienen otro remedio que adoptar medidas drásticas y llenas de riesgo para hacerlo de forma ilegal. A menudo van a parar a manos de traficantes de seres humanos sin escrúpulos que,

además de cobrarles, no tienen reparos en poner en peligro su vida.

Cuando las autoridades comunitarias tratan de evitar la entrada de extranjeros mediante medidas más duras y controles más estrictos, éstos se ven obligados a asumir riesgos aún mayores. El simple hecho de que estén dispuestos a pasar por eso para venir a Europa, debería inducir a los responsables políticos a replantearse seriamente si han evaluado de forma correcta la necesidad de protección de los solicitantes de asilo. La opción obvia sería que cada individuo determinara por sí mismo su necesidad o interés de huir o trasladarse a otro país sin que se viera coartado por límites y prohibiciones.

Otro tanto es aplicable a los denominados «refugiados económicos», es decir, personas que quieren dejar atrás la miseria y establecerse en un país donde tengan posibilidad de vivir una vida mejor. No habrá globalización económica completa hasta que las personas no puedan traspasar libremente las fronteras para trabajar. Eso es justamente lo que hicieron los antepasados de los estadounidenses actuales: desde 1820 hasta hoy, unos 66 millones de inmigrantes han entrado legalmente en Estados Unidos. Occidente castigó con razón a los estados comunistas por no dejar emigrar a sus ciudadanos, pero, ahora que pueden hacerlo, les prohibimos venir a nuestros países.

De la misma manera que abrir nuestras fronteras a las importaciones no es una «concesión» o una muestra de «generosidad», tampoco lo es que las abramos a refugiados e inmigrantes. Un mayor flujo de inmigrantes puede revelarse necesario para poder legar a la siguiente generación una economía en buen estado de salud y altos niveles de prosperidad, especialmente en países poco poblados como Suecia. Los estados miembros de la Unión Europea tienen hoy en día enormes problemas con el descenso de sus tasas de natalidad y el envejecimiento de sus ciudadanos. Para mantener la población de la UE al nivel actual hasta 2050 necesitaríamos la llegada de 1,6 millones de inmigrantes cada año, de acuerdo con los cálculos del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA). Si, además, deseamos mantener constante la proporción entre población activa y jubilados, la Unión Europea precisaría la entrada de 13,5 millones de inmigrantes *cada año*. El desafío del futuro consistirá en atraer hacia nosotros a los extranjeros, no en tratar de mantenerlos a distancia.

Considerar a los inmigrantes como una carga para un país es un grave error. Muy al contrario, suponen un aporte de mano de obra y contribuyen a

incrementar el consumo, lo cual equivale a su vez a una ampliación del mercado. De esta manera, hay un mayor número de personas que pueden trabajar, consumir y pergeñar nuevas ideas. Juzgar la presencia de una mayor cantidad de individuos como algo adverso es igual que considerar un problema el repunte de las tasas de natalidad. Siempre que los salarios se adapten a la productividad de los trabajadores no hay motivos para pensar que ello pudiera contribuir a un mayor desempleo. Por lo general, incluso aquellos que no empiezan con buen pie su estancia en un nuevo país acaban aportando más a lo largo de su vida de lo que reciben de la sociedad y de las arcas del estado.<sup>[19]</sup>

Si llegas a un país de la Unión Europea, tal vez con una formación de menor nivel y sin dominar el idioma, pero no te permiten competir a través de un sueldo inferior y condiciones diferentes, obviamente tendrás menos posibilidades. Entonces, es probable que uno quede atrapado en una dependencia de los subsidios que, en muchos casos, se prolongará durante toda la vida, con la consiguiente mella en la autoestima. En ese caso resulta más aconsejable incorporarse al mercado laboral con un salario más bajo y luego ir subiendo conforme se va adquiriendo experiencia. En una economía saneada, el hecho de que los sueldos de entrada sean bajos no es sinónimo de ingresos reales reducidos, puesto que los precios de los artículos y servicios que consumimos se mantienen a bajo nivel.

La apertura a los flujos migratorios, tanto de entrada como de salida, también es importante para la vitalidad de una sociedad. Estos hacen posible que personas con otros planteamientos y valores afronten problemáticas específicas del nuevo país, pudiendo proporcionar soluciones creativas al respecto. Los inmigrantes pueden asimilar los elementos positivos de nuestra cultura e incorporarlos a sus propias tradiciones, y nosotros, la población autóctona, tenemos la opción de hacer otro tanto. No es una casualidad el que la sociedad más dinámica de la historia, Estados Unidos, sea un país creado por inmigrantes. En una ocasión, el presidente Roosevelt inició un discurso con las siguientes palabras: «Compañeros inmigrantes». Todavía hoy esta nación acoge a un número muy superior de extranjeros al de todos los demás países, gracias a lo cual no sufre el problema del envejecimiento de la población que padece la Unión Europea. De esa manera, EE.UU. se renueva constantemente, asegurando sobre esa base su liderazgo continuado en el

ámbito de la economía, la cultura y la ciencia.

## 4. El desarrollo de los países en desarrollo

### *Una distribución desigual del capitalismo*

«El 20% de la población mundial consume más del 80% de los recursos de la Tierra; en consecuencia, el 80% restante consume menos del 20%.» Los críticos de la globalización no cesan de recordarnos esta injusticia. Lo que sí resulta más inusual es toparse con un análisis serio del porqué de este hecho. Se da a entender que los pobres son pobres *porque* los ricos son ricos, sugiriendo que el 20% ha robado los recursos al 80% restante, lo cual no es cierto. Es indiscutible que se arrebataron recursos naturales durante la época del imperialismo, pero este escamoteo ha resultado insignificante para la prosperidad de Occidente y para la miseria de los países pobres. Aunque el colonialismo en regiones específicas ocasionara grandes destrozos y una cruel represión, ello de por sí no basta para explicar las diferencias entre Norte y Sur. El mundo desarrollado ha crecido con mayor rapidez *después* de que perdiera sus colonias y las regiones que sometieron a su poder también experimentaron un crecimiento más acelerado *después* de ser convertidas en colonias en comparación con el periodo anterior. Algunos de los países más prósperos del mundo nunca contaron con colonias, como es el caso de Suiza, Suecia y el resto de países nórdicos. Otros fueron incluso colonias, como Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Hong Kong y Singapur. Por otra parte, algunos de los países menos desarrollados del mundo nunca han sido colonias, como ocurre con Afganistán, Liberia, Nepal y el Tíbet.

Los países con mayor abundancia de materias primas no son los que han medrado de forma más rápida. Al contrario, la disponibilidad de recursos ha frenado en muchos casos su progreso por los conflictos internos generados. La principal causa de que el 20% consuma el 80% de los recursos consiste en que *produce* el 80% de éstos. El otro 80% consume únicamente el 20% porque sólo produce dicha proporción de los recursos. Este último problema es el que debemos atajar, es decir, las deficitarias condiciones de creación de riqueza y producción en el mundo no desarrollado, en vez de indignarnos de



que el mundo desarrollado produzca tanto. El problema es que hay muchos pobres, no que algunos sean ricos.

«La renta per cápita es 30 veces mayor en los 20 países más ricos del mundo que en los 20 más pobres», señalan los detractores del capitalismo. Tienen razón al apuntar que esa desigualdad se debe al capitalismo, pero no de la manera que ellos creen. La diferencia estriba en que determinados países han optado por seguir la senda del capitalismo, y que sus habitantes han sido capaces de generar una fantástica prosperidad, mientras que aquellos que han decidido poner obstáculos a la propiedad, al comercio y a la producción entre su población se han quedado atrás. Factores tales como la climatología y las catástrofes naturales no son desdeñables, pero el motivo principal de las desigualdades existentes puede resumirse en que mientras unos han decidido liberalizar otros han preferido controlar. Los 20 países más liberales del mundo en el campo de la economía disfrutaban de una renta per cápita 29 veces mayor que la de los 20 países menos liberales. Por lo tanto, si realmente deseamos recortar las diferencias entre Norte y Sur hemos de esperar de todo corazón que el Sur también pueda disponer de una economía libre y de apertura de mercados. Los países en desarrollo que han puesto en práctica esta política en las últimas décadas no sólo han crecido más rápido que otros países en desarrollo, sino también a un ritmo más rápido que los países ricos.

Los desniveles del mundo son atribuibles al capitalismo, pero no porque éste haya empobrecido a determinados colectivos, sino porque ha rendido prosperidad a aquellos que lo han aplicado. *La desigual distribución que hay en el planeta se debe a la desigual distribución del capitalismo.*

Algunos sostienen que al capital y las empresas sólo les interesan los países ricos, dejando en la estacada a los pobres. Otros afirman que a éstos únicamente les atraen los países pobres con bajos costes de producción, lo cual hace perder posiciones a los países industrializados. La verdad parece ser que se interesan por ambos tipos de países. Los flujos comerciales y las inversiones se han distribuido de forma cada vez más homogénea en las dos últimas décadas entre las economías relativamente abiertas hacia el exterior. Son las economías realmente herméticas las que, por motivos evidentes, no reciben inversiones ni desarrollan operaciones comerciales, pero es que, además, las diferencias se acrecientan entre ellas. Así pues, no podemos concluir que la globalización margina a determinadas regiones, sino a la

inversa: aquellos que se autoexcluyen de la mundialización resultan marginados.<sup>[1]</sup>

Una cuarta parte de las inversiones directas internacionales —es decir, la adquisición y creación de empresas, propiedades y terrenos— llevadas a cabo entre 1988 y 1998 han tenido como destino países en desarrollo. El volumen de inversión procedente de los países industrializados a los estados en vías de desarrollo ha aumentado desde los años 80 de 10.000 millones de dólares anuales hasta los 200.000 millones. Un 85% de las inversiones directas en los países en desarrollo va a parar a sólo 10 estados, con frecuencia los más liberalizadores. Sin embargo, teniendo en cuenta que las inversiones se han acrecentado a un ritmo del 12% anual durante los últimos tres decenios, resulta también un incremento enorme para los países que están fuera de la lista de los 10 más favorecidos.

En los últimos diez años, los inversores privados han canalizado un billón de dólares desde el mundo industrializado a los países pobres. Ello supone una cifra aproximadamente 10 veces superior a las cantidades invertidas en décadas anteriores y, además, resulta estar ligeramente por encima de la ayuda total al desarrollo proporcionada por la totalidad de los países ricos a los países en desarrollo *durante los últimos 50 años*. Huelga decir que las inversiones no se destinan específicamente a paliar la pobreza como en el caso de la cooperación internacional, pero, por otra parte, seguramente tienen un efecto a largo plazo más positivo que ésta, ya que contribuyen a desarrollar las fuerzas productivas del país y, a diferencia de la ayuda tradicional, no constituyen un apoyo para las estructuras y poderes centralizadores.

En 1975, los países industrializados de la OCDE representaban el 80% del PNB del mundo, una proporción que ha caído hasta el 70% de hoy en día. Como ya se ha mencionado antes, los países de menos recursos que apostaron por la liberalización de su economía y el libre comercio han experimentado en las últimas décadas un crecimiento *más rápido* que los países ricos. El librecambio y el liberalismo parecen ser, así pues, no sólo una estrategia adecuada para el enriquecimiento de los países en desarrollo, sino también una manera de que éstos den alcance a los estados más prósperos. Como afirmó el Secretario General de la ONU, Kofi Annan, con ocasión de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo

(UNCTAD), celebrada en Bangkok el 12 de febrero de 2000, justo antes de las manifestaciones en contra de la OMC:

Los principales perdedores en este mundo actual de grandes desigualdades no son aquellos expuestos a un exceso de globalización, sino aquellos a los que se ha excluido de la misma.

El ejemplo más prominente de ello es África. En definitiva, el aislamiento y la regulación impiden el despegue de los países en vías de desarrollo.

### *La ignominia del hombre blanco*

A pesar de que Occidente se confiesa liberal cara a la galería, no se ha mostrado especialmente predispuesto en este empeño. Muy al contrario: ha elevado las barreras más altas contra los países en desarrollo, fieles a una política que aún pervive. En las grandes rondas negociadoras sobre el comercio mundial se han ido reduciendo continuamente los aranceles y cuotas aplicados a los productos de exportación de los países occidentales, pero en los sectores de mayor importancia para los países en desarrollo, como son los textiles y los productos agrícolas, no se ha llevado a cabo liberalización alguna. El recorte arancelario aprobado en la Ronda de Uruguay fue mínimo para los países menos desarrollados. Asia y Latinoamérica se beneficiaron poco y África nada en absoluto.

Hoy en día, los derechos aduaneros que impone Occidente a los artículos de exportación de los países en desarrollo es un 30% superior a la media global. El telón de acero entre Este y Oeste ha dado paso a un «telón aduanero» entre Norte y Sur. No se trata de un caso de negligencia, sino de un empeño premeditado por excluir a los países más pobres de la competencia. Les dejamos que nos vendan aquello que no producimos nosotros mismos, pero ¡ay de ellos si tratan de competir con nosotros en algo que nosotros también producimos, pero más caro y peor! Así, por ejemplo, Occidente grava con aranceles más elevados la ropa que el algodón, el café tostado que el sin tostar, la mermelada y la confitura que las frutas con que se fabrican. El proteccionismo es una manera de castigar el esfuerzo y el desarrollo, y ha sido concebido con el fin de que los países pobres nos vendan las materias primas, que nosotros elaboraremos para luego volver a vendérselas como productos acabados. Las tarifas que se imponen sobre los

productos transformados procedentes de los países en desarrollo son cuatro veces superiores (!) a las aplicadas a los mismos artículos fabricados en otros países industrializados.

El proteccionismo afecta con especial dureza precisamente al tipo de mercancías que el Tercer Mundo podría producir: servicios y artículos industriales de mano de obra intensiva, como juguetes, componentes electrónicos, servicios de transporte, textiles y prendas de ropa. Al situar los aranceles entre un 10 y un 30% del valor de los artículos, se precisa una significativa diferencia de calidad y precio para que éstos puedan siquiera acceder a nuestros mercados. Los países occidentales han establecido 2005 como fecha límite para eliminar sus cuotas textiles, pero, aunque mantuvieran su promesa —lo cual no es totalmente seguro— seguirán imponiéndose aranceles sobre los productos textiles de una media del 12% aproximadamente. Así pues, los principales beneficiados de una mayor liberalización global en el sector de la producción son los países en desarrollo. En un estudio específico se estima que la economía mundial ganaría en torno a 70.000 millones de dólares anuales con una disminución del 40% de los derechos aduaneros; además, un 75% de dichos beneficios lo cosecharían los países en vías de desarrollo.<sup>[2]</sup> Ello equivale al total de ayuda al desarrollo que perciben estos países, o bien a tres veces el ingreso mensual combinado de todas las personas que viven en la pobreza absoluta en el planeta. Por ese motivo, la ausencia de avances verdaderos en las negociaciones de la OMC es una tragedia para la población de estos países.

El proteccionismo más conspicuo, con diferencia, por parte de los países ricos es el aplicado a los productos agrícolas. El comercio mundial de éstos crece mucho más lentamente que el de otras mercancías, a causa de la política aplicada por los países industrializados. La mayoría de éstos se empeñan en mantener a toda costa una industria agrícola a gran escala, aunque carezcan de ventajas comparativas en este terreno. Ello les lleva a subvencionar a sus propios campesinos y a excluir a los de otros países mediante trabas comerciales.

No hay manera más fácil de despilfarrar que mediante una política agraria avanzada. A través del proteccionismo, las subvenciones y los subsidios a la exportación, los países ricos riegan de dinero a sus campesinos. La factura total que tienen que pagar los

contribuyentes y consumidores por la política agraria de los 29 países industrializados de la OCDE asciende a la increíble cifra de 360.000 millones de dólares. Con ese capital se podría comprar cada año un pasaje para cada una de los 56 millones de vacas de esos países, en clase *business*, y, además, sobraría para dar a cada una de ellas 2.800 dólares para que compraran artículos libres de impuestos en sus escalas en EE.UU., la Unión Europea y Asia.<sup>[3]</sup>

La PAC, que es la abreviatura de la Política Agraria Común de la UE —y no de Política Agraria Chiflada, como podría pensarse— introduce cuotas sobre los productos alimentarios y unos elevados aranceles de cerca del 100% sobre, por ejemplo, el azúcar y los productos lácteos. También en este ámbito, la intención de la Unión Europea es excluir los productos elaborados que puedan competir con los europeos. De media, las tarifas aduaneras que gravan los alimentos básicos son de únicamente la mitad que la impuesta a los productos transformados. El café y el cacao, que nosotros no producimos, pueden colarse sin incrementos arancelarios significativos, mientras que, por ejemplo, las carnes soportan aranceles de varios cientos por ciento. Ello demuestra la vacuidad de autoproclamados movimientos solidarios tales como la organización francesa Attac, al defender estos aranceles contra los países del Tercer Mundo.<sup>[4]</sup>

Pero es que no sólo se impide el acceso de los productos del exterior a la Unión Europea, sino que también se subvenciona con sumas astronómicas (casi la mitad del presupuesto comunitario) la producción y los transportes de los campesinos europeos. Una vaca comunitaria recibe de media 2,5 dólares diarios en concepto de ayuda, al tiempo que casi 3.000 millones de habitantes del planeta malviven con menos de 2 dólares al día. Dado que los subsidios se conceden fundamentalmente en función del tamaño de los cultivos y el número de cabezas de ganado, se trata en primera instancia de una financiación de los más acaudalados y de la producción a gran escala —se suele decir que el mayor perceptor de estas ayudas es la familia real británica. Según la OCDE, el 20% de los campesinos más ricos reciben un 80% de las subvenciones. Esto significa, en otras palabras, que menos del 1% de la población de la UE percibe casi el 40% de todo el presupuesto comunitario.

Los subsidios generan un enorme excedente alimentario del que hay de

deshacerse. A tal fin, Bruselas, entre otros métodos, paga a los agricultores para que *no* cultiven. Y lo que es peor: mediante las subvenciones a la exportación, la UE arroja el excedente a bajo precio en el mercado mundial, de manera que los países más pobres no pueden competir. Ello significa que la PAC no sólo impide que los países en desarrollo nos vendan sus productos agrícolas, sino que también los noquea en su propio país de origen. No se trata, así pues, de un *dumping* de precios tradicional, sino de una socavación sistemática del tipo de industria en el que los países en desarrollo tienen ventajas comparativas, que la mayoría de ellos deben empezar ampliando antes de poder desarrollar otros sectores. Se estima que la PAC causa en los países en desarrollo unas pérdidas por beneficios no ingresados de unos 20.000 millones de dólares *cada año*, es decir, el doble del PNB de toda Kenia.<sup>[5]</sup>

La política comercial de la Unión Europea es irracional y vergonzosa. Protege a un pequeño círculo de campesinos y empresas que actúan como grupo de presión, sin preocuparse de que sus barreras condenen al subdesarrollo y a la muerte a personas de otros continentes. Se trata de una catástrofe ética. El elemento de cinismo en esta política se percibe aún más claramente al considerar que ni siquiera el conjunto de la UE se beneficia de ella. Según los cálculos del gobierno de Suecia, una familia sueca con dos hijos podría ganar unos 250 dólares al año suprimiendo los aranceles que impone la UE a la ropa, y la friolera de 1.200 dólares anuales desmantelando toda la política agraria de la Unión.<sup>[6]</sup> Aproximadamente la mitad de la aportación de este país a la UE, unos 1.000 millones de UE, se destina a la PAC. Los contribuyentes europeos pagan miles de millones en impuestos todos los años para que su tienda disponga de una oferta más reducida de comida a un precio más caro. Los gobiernos comunitarios subvencionan la agricultura con unos 35.000 millones de dólares anuales y la producción de artículos industriales básicos con una suma aún superior: más de 40.000 millones de dólares. Todas las rendijas por las que podrían colarse los productos de los países en desarrollo se cierran rápidamente con ayuda de aranceles *antidumping* y requisitos técnicos, por ejemplo, sobre los embalajes y los artículos de higiene, específicamente diseñados para su exclusiva adecuación a las empresas europeas.

A partir de las estadísticas publicadas por la Comisión Europea, el

economista francés Patrick Messerlin ha calculado el coste de todas las trabas comerciales de la UE, incluyendo aranceles, cuotas, subvenciones a la exportación, medidas *antidumping*, etc. Su estimación apunta a unas pérdidas de hasta el 5-7% del PNB de la Unión Europea. Ello quiere decir que una política librecambista integral equivaldría a añadir al año casi tres *Suecias* de prosperidad a la UE.

Messerlin sostiene que cerca del 3% de los empleos en los sectores estudiados se han salvado gracias a esta política proteccionista. Cada uno de estos puestos de trabajo cuesta aproximadamente 200.000 dólares al año, lo cual equivale más o menos a diez veces el salario medio en esos sectores. Con ese dinero se podría haber regalado a cada uno de estos trabajadores protegidos un Rolls-Royce al año —ello no nos hubiera costado más y, además, no habríamos infligido daño alguno a los más desfavorecidos del mundo.<sup>[7]</sup> «O bien una rama de producción es rentable y no necesita por tanto protegerse con aranceles, o bien no es rentable y, en ese caso, no merece ser protegida con aranceles», como dijo el economista sueco Eli F. Heckscher en una ocasión.<sup>[8]</sup> La mano de obra y el capital que podrían haber contribuido a fomentar la competitividad de la Unión Europea se retienen en sectores que carecen de ventajas comparativas por culpa de las barreras arancelarias y las subvenciones. En definitiva, la UE promueve la pobreza en los países en vías de desarrollo no por favorecer a los europeos, sino en beneficio de unos colectivos reducidos y chillones con intereses específicos.

Tanto EE.UU. como la Unión Europea han introducido en los últimos años una serie de reformas liberales simbólicas de cara a los países de menos recursos. El único problema es que excluyen de ellas los artículos que podrían suponer una seria competencia. La Ley de Oportunidades y Crecimiento para África promulgada en Estados Unidos estipula el libre comercio de todo aquello que a África no se le da bien producir, pero excluye, por ejemplo, el tabaco y los cacahuetes. La iniciativa europea denominada «Todo menos armas» trajo consigo la supresión de aranceles respecto a los países menos desarrollados del planeta, pero incluyendo largos periodos de transición para los plátanos, el azúcar y el arroz. Sin embargo, lo que a menudo deja sin efecto todas estas acciones es la aprobación de estrictas normas de origen. Haití puede exportar café a la Unión Europea, pero no vender camisetas si importa la tela de un tercer país, por ejemplo,

China. Además, se puede impedir la entrada de otros artículos mediante reglas arbitrarias en materia de seguridad, medio ambiente o simplemente por precaución.

Obviamente, resulta complicado calibrar a cuánto ascienden las pérdidas que ocasiona el proteccionismo en los países en desarrollo, aunque son muchos los que lo hayan intentado. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) afirma que un mayor acceso a los mercados de los países industrializados incrementaría las exportaciones de los países en desarrollo en unos 700.000 millones de dólares al año. Esa suma equivale a 14 veces lo que dichos países reciben en concepto de ayuda al desarrollo. En el libro blanco sobre globalización elaborado por el gobierno laborista británico se sostiene que una reducción a la mitad de los aranceles a la importación, tanto en los países industrializados como en los en vías de desarrollo, reportaría a estos últimos unos 150.000 millones de dólares, es decir, tres veces la cooperación al desarrollo de todo el planeta.<sup>[9]</sup>

### *El caso latinoamericano*

Uno de los temores tradicionales en relación al comercio Norte-Sur consiste en que éste llevara al Tercer Mundo a una situación de dependencia a la hora de vender materias primas a los países ricos del Norte. Según esta teoría, si los países en desarrollo practicaran una política de libre comercio, nunca lograrían industrializarse y vender otros tipos de productos. Por ello, muchos consideraron que había que apostar por la «sustitución de importaciones». Así pues, el estado debe construir una industria nacional protegida por altas barreras arancelarias y expandirla mediante la fabricación de productos dentro del país, que, de lo contrario, habría que importar. El objetivo era una especie de independencia económica; tenías que cuidar sólo de lo tuyo, y no especializarte y quedar en manos del comercio mundial. Esta «escuela de la dependencia» experimentó un rápido auge tras la II Guerra Mundial, también en Occidente. Basado en ella, hubo analistas occidentales en los años 60 que vaticinaron que la hermética Corea del Norte aventajaría con mucho a la eminentemente exportadora Corea del Sur, y que las expectativas de la China de Mao eran muy superiores a las de la librecambista Taiwan. La estrategia de sustitución de exportaciones fue aplicada, entre otros, en India y África,



pero el principal modelo conceptual lo encontramos en la Latinoamérica de la posguerra.<sup>[10]</sup>

No es de extrañar que los políticos de países como Chile, Brasil y Argentina quedaran cautivados por la «escuela de la dependencia». Desde mediados del siglo XIX, la región había vivido una importante expansión económica gracias a la exportación de varios productos básicos, como, por ejemplo, el café, el plátano, el azúcar, el algodón y el cobre, lo cual no revirtió en el progreso de amplias capas de la población, al tratarse de sociedades notoriamente elitistas. Una pequeña y protegida clase terrateniente, poseedora de enormes propiedades, coexistía con una abundante mano de obra no cualificada y hundida en la miseria que, con frecuencia, era remunerada en especie, es decir, con el fruto de los cultivos. Ello se traducía en que esta pequeña élite acaparaba los beneficios pero no los invertía. Además, no necesitaban maquinaria para ahorrarse trabajo, dado que mano de obra había de sobra, ni tampoco era preciso mejorar el rendimiento de la tierra, puesto que disponían de una ingente superficie. En caso de requerirse nuevas tierras, se arrebatában sin más a la población autóctona. La agricultura no se desarrollaba ni tampoco se generaba una demanda de artículos industriales, al no incrementarse las rentas. La tecnología y capacidad organizativa entre la élite brillaban por su ausencia. La población trabajadora no era capaz de crear pequeñas empresas debido a su deficiente cualificación, la discriminación y la reglamentada política económica. Las economías latinoamericanas siguieron dependiendo de la exportación de un número reducido de materias primas. El colapso de la economía internacional y la reintroducción de una política proteccionista por parte de los países industrializados en torno a 1930 supuso un mazazo para los estados sudamericanos. De un día a otro quedó destruida la base de sus economías.

Lo que este ejemplo demuestra es que el comercio por sí solo no genera un desarrollo dinámico en el marco de una sociedad opresora. Si un país es estático y está marcado por enormes privilegios y discriminaciones es muy poco probable que el comercio vaya a solucionar todos estos problemas. A tal fin es necesario que la población disponga de libertad de actuación y de la posibilidad de participar en la economía. Se habría precisado de reformas agrarias para poner fin a siglos de estructuras feudales, una firme apuesta por la educación y la liberalización de los mercados. Sin embargo, éstas no

fueron las conclusiones a las que llegaron los mandatarios sudamericanos y los académicos que desarrollaron la escuela de la dependencia. En su opinión, la historia demostraba que el comercio era perjudicial y que los países debían apostar por la autosuficiencia y la industrialización puertas adentro. Evidentemente se equivocaron con el malo de la película. Estos países mantuvieron sus divisiones clasistas y la intervención estatal, pero trataron de dismantelar el comercio.

La política que ulteriormente aplicarían es un ejemplo de libro de proteccionismo... y de fracaso económico. El estado concedió generosas subvenciones a una industria nacional protegida por elevadísimas barreras arancelarias. En los años 50 se introdujeron estrictas limitaciones a la importación al tiempo que las cuotas y derechos aduaneros se situaban a un nivel medio de entre el 100 y el 200%. El hecho de que los consumidores no pudieran adquirir productos de otros países permitió a la industria nacional aumentar rápidamente su producción y alcanzar un alto nivel de crecimiento, pero, al no estar sometida a ningún tipo de competencia, no se desarrollaron tecnológica ni organizativamente, expandiendo considerablemente una industria ya de por sí anticuada e ineficaz. Dado que los precios en el mercado interior eran superiores a los del mercado mundial, las empresas perdieron interés por exportar. La economía iba politizándose progresivamente, con un estado que trataba de controlar desde la mano de obra, los precios y la producción hasta el proceso de industrialización. El poder estatal y la economía crecían de la mano. En Argentina, por ejemplo, hasta los circos eran propiedad del estado. Así las cosas, las empresas empezaron a invertir una mayor cantidad de recursos y energía en busca del apoyo de las autoridades y las prebendas asociadas que en pos de una producción de mayor rendimiento. Se formaron poderosos grupos de intereses que pugnaban por lograr beneficios o por compensar los logrados por otros. Esta estrategia distributiva se regía cada vez más por la lucha política y no por el interés de las operaciones comerciales.

Aquellos que no contaban con una posición de poder y no estaban integrados en coaliciones de peso —como, por ejemplo, las poblaciones autóctonas, los obreros del campo, los pequeños empresarios y los habitantes de los suburbios— quedaron cada vez más desasistidos. Los aranceles les arrancaron el pan de la boca y la inflación, manipulada para financiar el gasto público, acabó con sus pequeños ahorros. El perfil de esta sociedad clasista

adquirió tintes más nítidos y las ya de por sí importantes desigualdades alcanzaron niveles siderales. Se levantaron suntuosos palacios al lado de los barrios de chabolas más miserables. Mientras unos nacían con un pan debajo del brazo otros lo hacían como famélicos niños de la calle. La ciudad de Río de Janeiro ha sido descrita como un retazo de París rodeada de un trozo de Etiopía. El 10% más opulento de la población brasileña empezó a acaparar más de la mitad del PNB del país (a comparar con cerca del 25% en EE.UU. y el 20% en Suecia). Al mismo tiempo, las clases dominantes desviaron el descontento generado achacándolo a enemigos externos, tratando de vender la teoría de que la política emprendida era la correcta y que la culpa era del extranjero y de EE.UU.

Los empobrecidos consumidores se veían forzados a realizar sus compras a un precio muy superior mientras los grandes prohombres de la industria se hacían de oro protegidos por muros arancelarios. En los años 60, el precio de un automóvil en Chile era tres veces superior al del mercado mundial, lo que hizo que sólo los ricos pudieran hacerse con uno. El encarecimiento de la vida afectó también a la industria, que precisaba, por ejemplo, de camiones para cubrir todos sus transportes. Dado que las compañías extranjeras no tenían posibilidad de acceder al mercado a no ser que se instalaran en él, el estado consiguió atraer a algunas de ellas. Pero las empresas occidentales no introdujeron nuevos métodos, sino que se adaptaron rápidamente a la política nacional. En lugar de apostar por la especialización y la dinamización, se convirtieron en *factótums* que producían todo tipo de artículos que no podían comprarse del extranjero. Dedicaban departamentos enteros a tareas burocráticas tales como la obtención de licencias de establecimiento, créditos ventajosos, precios especiales y contratos públicos. Una buena relación con las autoridades era la clave para conseguir beneficios, lo cual convirtió a las empresas en un desagradable elemento de presión en el ámbito de la política. Este ensimismamiento en el mercado interior inhibió la ampliación a otros mercados y, con ello, las ventajas derivadas de la explotación a gran escala, al tiempo que la falta de competitividad impidió su desarrollo tecnológico y estructural.

De esta manera, la industria latinoamericana quedó cada vez más anticuada respecto al resto del mundo. Debido a su incapacidad para hacer frente a la competencia internacional, desarrollaron una progresiva dependencia hacia los privilegios y aranceles, lo que, a su vez, los relegó a posiciones más

atrasadas. Paradójicamente, para financiar la importación en aumento de la maquinaria y los productos semimanufacturados que requería la industria, la exportación de las tradicionales materias primas adquirió un papel cada vez más decisivo. El estado absorbió a tal fin recursos de la agricultura y del sector de las exportaciones, lo que frenó el desarrollo de dichos segmentos, desbaratando de esa manera las posibilidades de desarrollo e inversión en los únicos sectores que hubieran podido competir internacionalmente. Millones de personas abandonaron el campo y aterrizaron en los suburbios deprimidos que se habían formado alrededor de las principales urbes. Finalmente, esta economía explotadora no pudo soportar el peso de un sector industrial anquilosado. Lo único que consiguió salvarla durante un tiempo más fueron los ingentes créditos recibidos en la década de los 70, algo que pagarían con creces más tarde. En 1982, México decidió aplazar el pago de su deuda, desencadenando una crisis crediticia de extraordinarias proporciones. En sólo tres años, la renta per cápita de Latinoamérica cayó en un 15%, y la década de los 80 fue una larga sucesión de crisis financieras e hiperinflación. Sólo después de las reformas liberalizadoras y de la apertura al comercio internacional emprendidas al final del decenio, algunos de los países lograron levantarse e iniciar la senda del crecimiento. El problema es que la enorme deuda acumulada y el deficitario comercio con el extranjero hacen que estos países sean muy susceptibles a las crisis económicas, cuyo último ejemplo vimos en Argentina. Si un país tiene un volumen de exportaciones demasiado reducido con el que pagar los abundantes intereses y amortizaciones de su deuda, bastan pequeños desequilibrios presupuestarios para que toda la economía se tambalee. Los habitantes de Latinoamérica todavía están pagando la factura de una sociedad clasista y un sistema proteccionista.

El ejemplo chileno demuestra que el progreso también es posible en esta región. Después de que la economía entrara en caída libre por el empeño del general Pinochet en practicar una política inflacionista y dirigista, el dictador empezó a escuchar a diversos asesores partidarios de la economía de mercado. A diferencia de otros regímenes autoritarios de la zona, Chile sustituyó en 1975 su política económica autoritaria por una estrategia de liberalización y libre comercio, que desembocó en un enorme crecimiento. Entre 1975 y 1995 se duplicó el nivel real de renta, la mortalidad infantil

descendió del 6 a poco más del 1% y la esperanza de vida subió de 64 a 73 años. Hoy en día, el nivel de vida de los chilenos se aproxima al del sur de Europa, en dramático contraste con sus países vecinos. Y lo más importante de todo: la sangrienta dictadura ha sido reemplazada de forma pacífica por un régimen democrático, exactamente como defendieron y vaticinaron los asesores liberales.<sup>[11]</sup>

### *En la ruta del comercio*

Las opciones de acabar con la dependencia de las materias primas pasa en primera instancia por el libre comercio y no por el proteccionismo. La barreras arancelarias no han sido una protección bajo la que ha podido afianzarse el sector industrial, sino todo lo contrario, un obstáculo para la competencia, que ha restado eficacia y poder de innovación a la industria. Los países en desarrollo que han pasado con mayor rapidez de la exportación de materias primas a la de productos elaborados son los que han contado con economías más abiertas, fundamentalmente en Asia. En el exhaustivo estudio de Sachs y Warner sobre los efectos del comercio se evidencia que los países proteccionistas han transformado muy lentamente su estructura económica, mientras que los liberales la han reconvertido hacia una producción más industrial.<sup>[12]</sup> Es decir, justo lo contrario de lo que sostenían los defensores de la teoría de la dependencia. Varios de ellos han aprendido de sus errores. El sociólogo Fernando Henrique Cardoso, que en el pasado había contribuido significativamente a la elaboración de la teoría de la dependencia, fue elegido presidente de Brasil en 1994. Ya en su sillón presidencial, luchó por llevar a cabo reformas liberalizadoras en la economía brasileña. Ahora son los países en vías de desarrollo los que en las negociaciones comerciales exigen a los industrializados la apertura a la importación de los mercados de éstos.

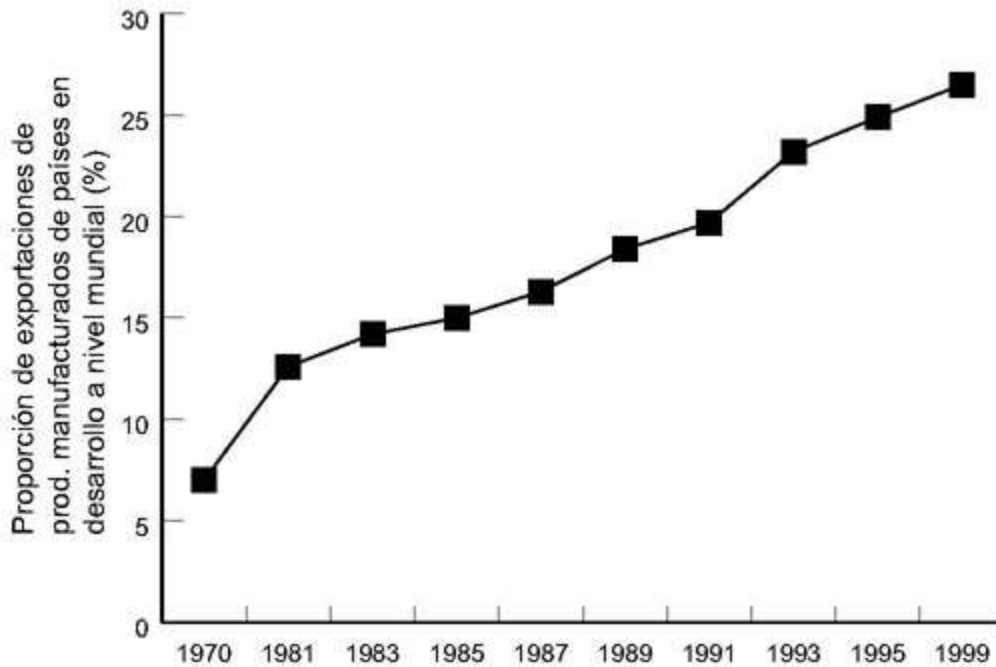
El librecambio ofrece ahora más oportunidades que nunca para impulsar el avance de los países en desarrollo con afán exportador. Cien años atrás, la globalización consistía básicamente en que los países de Occidente traían a su tierra materias primas procedentes de los países en desarrollo para su posterior transformación. Es decir, no dio origen a una difusión significativa de las nuevas tecnologías y posibilidades. Resultaba imposible deslocalizar la

producción y los procesos de elaboración a dichos países por el simple hecho de que el envío de piezas de repuesto o de personal clave podía requerir varios meses. Pero hoy en día, una fábrica en prácticamente cualquier punto del globo terráqueo puede recibir y despachar entregas a cualquier otro punto en cuestión de semana y media, manteniendo además un contacto inmediato gracias al teléfono, el fax o el ordenador. Se abren así enormes posibilidades a la hora de ubicar actividades en lo que antes era la periferia de la economía global, sin perder por ello el contacto continuo con el resto del mundo. Incluso pueden deslocalizarse las áreas estratégicas productivas a los países de menos recursos si éstos ofrecen ventajas comparativas en dicho ámbito, contribuyendo así a generar fantásticas expectativas para aquellos que no han tenido el privilegio de nacer en un país rico.

Lo antes mencionado no es sólo aplicable a la producción industrial, sino también al sector de servicios. Gracias a la comunicación por satélite y a Internet, numerosas empresas extranjeras pueden transferir parte de sus tareas administrativas a países como India, contratando a la población local para la gestión a distancia de, por ejemplo, el pago de las nóminas, la facturación, la reserva de billetes y la atención al cliente de compañías europeas y norteamericanas. Ello resulta especialmente conveniente para las empresas estadounidenses, puesto que India se despierta más o menos al mismo tiempo que los norteamericanos se acuestan. Desde este país asiático se puede incluso vigilar los locales de las empresas con ayuda de imágenes vía satélite. Es éste un ejemplo de servicio de mano de obra intensiva en los que los países en desarrollo cuentan con evidentes ventajas comparativas. Son servicios que generan empleo y salarios mejor remunerados, al tiempo que los abaratan para los clientes de los países industrializados.

La exportación de productos industriales desde los países en desarrollo se ha ampliado considerablemente en los últimos 30 años gracias a la mejora de las comunicaciones y a las reformas liberalizadoras globales. La escuela de la dependencia ha demostrado estar equivocada. En la actualidad, los productos manufacturados suponen aproximadamente el 75% del total de las exportaciones de los países en vías de desarrollo, a comparar con un 35% en 1965. La proporción de exportaciones de materias primas se reduce continuamente. De un 7% de las exportaciones globales de productos transformados a principios de los 70, la cuota correspondiente a los países en desarrollo es hoy en día superior al 25%.

## Los países en desarrollo exportan más productos manufacturados



Fuente: Ghose, 2000, y Overseas Development Institute, 1995.

Tenemos como ejemplo a México, que durante mucho tiempo fue considerado como un país irremisiblemente dependiente de las exportaciones básicas a Estados Unidos. No obstante, tras la adopción en el país de una política liberalizadora, la transformación de éste ha sido rápida. Sin ir más lejos, en 1980, sólo el 0,7% de sus exportaciones eran productos elaborados. Dicha proporción se incrementó hasta el 3,7% en 1990, y en 1995, una vez que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) hubo eliminado los aranceles entre México y EE.UU., ascendió al 19,3%. El hecho de que México, en sólo 6 años, pasara de ser el 26° en la lista de los principales países exportadores del mundo al puesto 8° ha de ser considerado en este sentido como una bonificación adicional. Todo ello ha desempeñado un rol fundamental en el ritmo de crecimiento del país desde 1996, que se ha situado en casi un 5%.<sup>[13]</sup>

Algunos critican el hecho de que la industria intensiva en mano de obra se

desplazara en el pasado a Japón porque los salarios eran bajos en aquel país y que, cuando se incrementaron, se trasladaran a Corea del Sur y Taiwan, para después, al aumentar los costes de producción, buscar otros países como Malasia o Tailandia, y en la actualidad, comenzar a internarse en China y Vietnam. Ven en ello un ejemplo de la falta de escrúpulos del capital, una prueba de que éste deja en la estacada a los países que pagan sueldos más altos. Según esta teoría, tan pronto un país empieza a progresar y a incrementar sus niveles de prosperidad, son abandonados por las empresas y los inversores. Pero el proceso no consiste en eso, sino en el constante incremento del grado de elaboración de la producción. La principal baza de un país de pocos recursos son los trabajos más sencillos y menos cualificados. Conforme va avanzando, la producción incrementa su rendimiento y la población adquiere una mejor capacitación, resultando más provechoso para dicho país una producción más cualificada e intensiva en tecnología, para pasar progresivamente a un sistema de producción intensivo en conocimiento. Paso a paso se va desarrollando la economía, pero los países de menos recursos evolucionan comparativamente a un ritmo superior en lo que respecta a la industria más intensiva en mano de obra. Los mexicanos exportan menos materias primas y más productos industriales, mientras que los norteamericanos producen cada vez menos artículos manufacturados y se dedican en mayor medida a los servicios informáticos y de consultoría. De esta manera, la economía mundial aumenta constantemente su eficacia y, simultáneamente, da cabida a un número cada vez mayor de regiones y países. Por esa razón se ha llegado a comparar a las economías de la región de Asia-Pacífico con una bandada de gansos, donde cada uno de sus elementos, a partir de la posición determinada que ocupaba dentro del grupo, ha ido avanzando, poco a poco, hasta lograr un mejor puesto.

*«Dejad que mantengan sus aranceles»*

Algunos detractores del libre comercio, en particular desde la Iglesia y desde determinadas organizaciones de apoyo al Tercer Mundo, defienden planteamientos que constituyen un reflejo propio del proteccionismo tradicional. Consideran disparatado que el mundo rico impida las



exportaciones de los países en desarrollo mediante tarifas arancelarias, pero al mismo tiempo sostienen que éstos deben evitar comprarnos a nosotros y que, por lo tanto, han de proteger sus mercados con aranceles hasta que hayan adquirido un nivel suficiente de riqueza. A menudo dan la impresión de que quieren que creamos que hacemos un favor a los habitantes de estos países cuando no criticamos el proteccionismo de sus responsables políticos. Debemos «dejar que mantengan sus aranceles».

Puede parecer un argumento razonable: «si son pobres, hemos de permitirles que ingresen dinero exportando, pero evitar que lo pierdan importando productos que pueden acabar con su propia industria. Sus sectores industriales precisan de ‘aranceles orientadores’ (lo que en inglés se denomina *infant industry tariffs*), es decir, sólo cuando sean lo suficientemente fuertes se les debe someter a la competencia.» Ahora bien, como ya hemos visto, los países abiertos al comercio exterior son los que desarrollan más rápidamente su industria. Los aranceles obligan a los consumidores a adquirir productos de las empresas nacionales, gracias a lo cual éstas medran. Pero, al no tener que lidiar con ningún tipo de competencia, no se sienten presionadas a agilizar y adaptar su producción, ni tampoco a bajar los precios de sus mercancías. En consecuencia, esta política desemboca en el enriquecimiento de la élite mientras que la gran masa de la población se ve forzada a satisfacer a un precio más alto sus necesidades cotidianas, ya que carecen de capacidad de elección. Afirmar que los más desfavorecidos se benefician sólo con la exportación es olvidar que éstos no son sólo elementos productores sino también consumidores. «Dejad que mantengan sus aranceles» equivale a decir «dejad que los países en desarrollo prohíban consumir a sus ciudadanos».

Pensar que los políticos están mejor capacitados para saber qué empresas resultarán a la larga más competitivas, con un mayor grado de acierto que el mercado o que los inversores, cae en el terreno de la superstición. Nada más lejos de la verdad: este tipo de política proteccionista anula los mecanismos del mercado diseñados específicamente para cribar los proyectos exitosos de los que no tienen visos de serlo. Hay pocos ejemplos de apuestas industriales promovidas por el estado que se hayan saldado con éxito. Por el contrario, los ejemplos de fracasos costosísimos abundan: el fracaso del sector industrial indio, los intentos de Brasil por crear una industria de la informática, los proyectos industriales de los países sudamericanos en el área de la

automoción y la protección de Suharto a la industria indonesia del automóvil (liderada por su hijo). Se suele citar al Ministerio de Industria japonés (MITI) como ejemplo de éxito de planificación, y es cierto que su actuación fue relativamente afortunada, pero ésta se basó en su capacidad para escuchar las señales que emitía el mercado. Ahora bien, sus esfuerzos por erigir nuevas industrias haciendo caso omiso del mercado no cosecharon el mismo éxito. El MITI invirtió sumas multimillonarias, entre otros, en reactores generadores, un ordenador de 5ª generación y una plataforma petrolífera controlada a distancia; proyectos todos ellos que constituyeron costosos fracasos. Afortunadamente (para los japoneses), el MITI tampoco tuvo éxito a la hora de anular determinados sectores como, por ejemplo, en la década de los 50, cuando trataron de finiquitar a los pequeños fabricantes de automóviles o impedir que Sony importara tecnología de transistores.<sup>[14]</sup> Más próximos en el tiempo tenemos, por ejemplo, los fracasos del proyecto anglofrancés *Concorde* y de la televisión digital sueca.

La triste realidad es que, en muchos casos, los responsables políticos ni siquiera se preocupan por realizar un análisis objetivo de las posibilidades de rentabilidad de un proyecto, sino que adoptan sus decisiones en función de las presiones recibidas por determinados grupos o bien movidos por la corrupción o el mero prestigio. Las barreras arancelarias que, supuestamente, deberían aportar protección temporal a unas dinámicas empresas, se convierten así en protecciones permanentes de compañías ineficaces. Lo que estaba llamado a ser un motor de desarrollo se transforma de esta manera en un fértil caldo de cultivo para las corruptelas políticas y los tratos bajo cuerda. Aunque, en teoría, en algún caso aislado pudiera ser una política de éxito, ¿cómo podemos saber que ha de aplicarse justo en esa área, o siquiera limitarlo a ésta, una vez se ha iniciado el combate político? Otra cuestión que uno puede plantearse es por qué los estados más pobres destinan sus escasos recursos a estafalarios proyectos mastodónticos en el ámbito industrial cuando existen otros terrenos que ofrecen ventajas claras y garantizadas: reformas económicas, un cuerpo normativo de espíritu liberal, inversiones en educación y salud, etc.

La argumentación en favor del mantenimiento de los aranceles en los países en desarrollo se basa también en el desconocimiento de un factor fundamental, a saber, que estos países practican en casi todos los casos

comercio con naciones de similares características. Cerca del 40% de las exportaciones industriales de los países en desarrollo van a parar a otros países de recursos limitados. Por lo general, si se obliga a estos humildes consumidores a comprar a un precio elevado a las empresas de su país, se impedirá que adquieran productos de las compañías de los países vecinos, así que los fabricantes también salen perdiendo con esta política. Innegablemente detentan el monopolio en su mercado nacional, pero, por otra parte, se les prohíbe vender a otros mercados. Las tarifas arancelarias que se imponen mutuamente los países en desarrollo son en la actualidad 2,5 veces superiores a las que les aplican los países industrializados. Los derechos aduaneros que estos últimos exigen se sitúan de media en torno al 8%, mientras que en los países en desarrollo se grava de promedio un 21%. Ello quiere decir que más de un 70% de los aranceles que desembolsan los países en desarrollo los recaudan otros países en desarrollo.

Éste es el motivo principal por el que los países en vías de desarrollo, que sólo constituyen una cuarta parte de la economía global, han de afrontar nada menos que el 40% del coste global de los aranceles. Uno de los principales beneficios que el libre comercio puede reportarles es precisamente el desmantelamiento de las tarifas a la importación que, en ocasiones, llega a multiplicar el precio de los productos. Aquellos que piensan que son amigos del Tercer Mundo por su opinión favorable a la aplicación de aranceles no son conscientes de que éstos, en realidad, sólo sirven para el enriquecimiento de una pequeña camarilla de empresarios y mandatarios de estos países, impidiendo con ello una eficaz distribución de las fuerzas productivas entre los estados en vías de desarrollo y resultando además en perjuicio de la economía de la sociedad, los consumidores y las empresas eficaces.

Si verdaderamente creemos en el libre comercio, la Unión Europea debe suprimir sus aranceles y cuotas sin exigir compensación alguna de otros. Resulta inmoral excluir del desarrollo a los más desfavorecidos del planeta. Además, a nosotros nos conviene la liberalización de las importaciones, incluso en el caso de que nadie quisiera importar nuestros productos. Ello no significa que proteger sus propias industrias con barreras comerciales sea una decisión acertada de los países del Tercer Mundo. Muy al contrario: lo más beneficioso para sus habitantes es que también se eliminen los derechos aduaneros que exigen estos países. Aquellos que propugnan su mantenimiento constituyen un reflejo del proteccionismo tradicional, y ya se

sabe que las copias nunca son mejores que el original.

### *La trampa del endeudamiento*

En el debate sobre la mundialización se ha criticado duramente a las instituciones financieras globales, y en particular tanto al Banco Mundial, que encabeza los esfuerzos multilaterales en pro del progreso sostenible de los países en desarrollo, como al Fondo Monetario Internacional (FMI), cuya misión es orientar y apoyar los sistemas financieros de los diversos países, especialmente en tiempos de crisis. Los opositores de estas instituciones las acusan de hacer las veces de recaudadoras de las deudas contraídas por los países en desarrollo con los industrializados, así como de exigir a aquéllos la puesta en práctica de una rígida política neoliberal, lo cual contribuye a extender la pobreza. A juicio de los grupos de izquierdas y de las iglesias de todo el mundo, el Banco Mundial y el FMI deberían democratizarse y condonar la deuda del Tercer Mundo.

Con el término «democratización» se propugna que todos los países dispongan de un derecho de voto igualitario dentro de estas instituciones, sin un poder determinante sobre la ayuda económica que se concede. Puede parecer una idea acertada, pero, a fin de cuentas, se trata de organizaciones de cooperación, y los países que han optado por canalizar su ayuda al desarrollo a través de ellas cuentan con tener poder de decisión sobre los fondos que aportan. Ciertamente sería posible dotar a todos de una cuota idéntica de poder, pero ello sólo se traduciría en la retirada de países como Estados Unidos, que buscarían otros canales para enviar su dinero. Supondría el fin para el FMI y el Banco Mundial, lo cual, obviamente, sería en cierto modo una forma eficaz de acabar con la discusión, pero no seguramente de la manera que habrían supuesto los detractores de éstas.

El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial tienen mucho sobre sus conciencias. De hecho, hay bastantes puntos que un liberal podría criticarles. Por ejemplo, su defensa durante muchas décadas de las economías planificadas en los países en desarrollo o la implicación del Banco Mundial en proyectos de esterilización que han supuesto un grave ultraje para las personas afectadas. También podrían incluirse aquí ciertos proyectos a gran escala, como la construcción de presas, en los que el estado con el que han

colaborado ha impuesto el desplazamiento forzoso de miles de personas. Sin embargo, éste no parece ser el tipo de actuaciones que critican los antiglobalizadores, sino las recomendaciones de que la inflación se mantenga baja y el presupuesto equilibrado. Ahora bien, este tipo de requisitos a los países de pocos recursos no son exigencias de carácter general, sino una serie de condiciones que estas instituciones plantean para la concesión de créditos a países con crisis financieras urgentes y al borde de la bancarrota. Quieren, como cualquier acreedor, que se les devuelva el dinero, por lo que establecen requisitos sobre la política a largo plazo a practicar por el país para que salga de la crisis y pueda restituirles el capital invertido. Ello, al fin y al cabo, no es un objetivo desdeñable. Además, las recomendaciones (los denominados «programas de ajuste estructural») en muchos casos han sido positivas: equilibrio presupuestario, contracción de la inflación, estímulo de la competitividad, apertura de mercados, combate a la corrupción y un mayor esfuerzo legislativo, así como un menor gasto, por ejemplo, en el capítulo militar en beneficio de otras áreas como, por ejemplo, la educación y la sanidad. Buena parte de estos esfuerzos se han centrado en la demanda de una mayor transparencia y en la erradicación de las corruptelas y el amiguismo entre los responsables políticos y determinados agentes económicos.

Sin embargo, existen una serie de polémicos casos en los que las recomendaciones de estas entidades han resultado perniciosas. Por ejemplo, su incapacidad para actuar ante la crisis que azotó a Asia. Se podría criticar también duramente la exigencia de medidas de ajuste en países ya abocados a una profunda recesión, lo que llevó por ejemplo a subidas de impuestos en Tailandia en septiembre de 1997, a instancias del FMI, lo cual agravó seriamente la crisis económica. En algunos casos, el FMI ha apremiado a los estados a que mantengan tipos de cambio excesivamente altos, lo cual dio rienda suelta a la especulación. Los continuos paquetes de crisis también pueden hacer que los inversores y los países asuman más riesgos de lo habitual. Saben que el FMI les sacará las castañas del fuego si las cosas se complican demasiado, como ocurrió, por ejemplo, en Rusia en 1998. Desde una perspectiva liberal, resulta extravagante que los contribuyentes tengan que subvencionar los errores de los especuladores. El principio de que aquellos que fracasan con sus inversiones deben pagar ellos mismos sus errores es un elemento esencial del sistema capitalista. Otro de los puntos

objeto de crítica es que el FMI se ha entrometido demasiado, en vez de limitarse a emitir recomendaciones generales. Con la promesa de sumas millonarias bajo el brazo, los burócratas del FMI han pretendido controlar a distancia la política de otros países. No sin razón se ha criticado esta táctica como un eco de la época colonialista. Sin duda debemos exigir a los dirigentes del Tercer Mundo que garanticen a sus pueblos las libertades y derechos fundamentales, pero hemos de evitar controlar al detalle sus decisiones.

La principal enseñanza, no obstante, de dos décadas de recomendaciones del FMI y el Banco Mundial es la poca repercusión que éstas han tenido en los países receptores de la ayuda. Para numerosos estados sumidos en una profunda crisis, estos créditos han supuesto su última opción para evitar emprender auténticas y drásticas reformas en su economía. Basta con comprometerse a llevarlas a cabo para que los millones aparezcan sobre el tapete. Ello da lugar a un peligroso doble juego, en el que los mandatarios locales tratan de conservar el mayor control y nivel de corrupción posible al tiempo que se limitan a efectuar pequeñas reformas para mantener de buen humor a los enviados del FMI. Considerado en retrospectiva, el anterior ministro de Economía ruso, Boris Fiodorov, se suma a aquellos que opinan que la ayuda prestada por el FMI a Rusia retrasó las reformas liberales que el país en cualquier caso estaba obligado a realizar. En vez de aplicar una política adecuada, sus colegas sostenían que era un deber patriótico recibir los mayores créditos posibles para luego iniciar las negociaciones sobre la cancelación de la deuda.

«[Los 25.000 millones de dólares que el FMI y el Banco Mundial prestaron a Rusia en los 90] contribuyeron decisivamente a aplazar la puesta en práctica de una estrategia económica coherente y disuadió a las autoridades a la hora de realizar cambios dolorosos pero necesarios en el terreno político. [...] Hoy en día, la élite política rusa está totalmente convencida de que el país seguirá recibiendo financiación internacional independientemente de la política económica emprendida» (*Andrei Illarionov, economista liberal ruso, actualmente asesor del presidente Putin*). [\[15\]](#)

Es muy aventurado creer que se puedan «estimular» reformas desde el exterior con ayuda de una estrategia económica de palo y zanahoria. Este tipo de trasvases de recursos implica en la mayoría de los casos el sostén de un sistema fallido. Si se desea que la ayuda al desarrollo surta efecto debe prestarse *después* de haber manifestado de forma clara y genuina la ambición de llevar a cabo reformas internas. En 1994, el Banco Mundial analizó 26 programas de ajuste estructural, concluyendo que sólo en 6 de los casos éstos habían originado un cambio político serio. Los dirigentes se resistían, o bien eran incapaces, sobre todo, de reducir y agilizar la burocracia y el control que ejercían sobre la economía. En ocasiones, algunos requisitos importantes como, por ejemplo, el equilibrio presupuestario, se han tratado de afrontar mediante una política destructiva basada en la subida de impuestos y aranceles o con la emisión de más moneda.

Con frecuencia, otro de los problemas radica en que los programas son excesivamente complicados para ser aplicados por estados inoperantes. Puede resultar dificultoso para un aparato estatal corrupto tener en cuenta, por ejemplo, cien requisitos y directrices diferentes al mismo tiempo, en particular si deben atenderse también a una multitud de programas de cooperación distintos de otros países. Por otra parte, dado que los programas de ajuste estructural a menudo están redactados de una forma bastante vaga, el FMI carece de un sólido margen negociador. A los estados les resulta fácil dar largas y retrasar los programas. La ruptura de dichos acuerdos desemboca en el aplazamiento de los pagos, pero, extrañamente, tan pronto los políticos vuelven a dar su palabra de que se atenderán en el futuro a ellos, el grifo se abre de nuevo a pleno rendimiento, dando la impresión que este proceso se repite *ad infinitum*. Un analista ha apuntado que 15 años de programas de ajuste estructural en el continente africano han traído consigo «una apertura mínima a la economía global».

Teniendo en cuenta que los consejos desreguladores del FMI raras veces se han seguido, resulta peculiar que se les señale como la causa de las profundas crisis de estos países, como pretenden muchos movimientos de izquierda. Ello resulta tanto más extraño al constatar que a los países que sí han seguido las recomendaciones las cosas les han ido mejor que a los demás. Aquellos que han hecho caso de los consejos han experimentado de media un mayor crecimiento y, por consiguiente, han reducido sus niveles de pobreza, como ha ocurrido en Uganda y Ghana. A los estados que no han cesado de ignorar

y saltarse a la torera estos programas de liberalización —por ejemplo, Nigeria, Kenia y Zambia— las cosas no les han ido, digamos, muy brillantemente, sino todo lo contrario, quedando empantanados en un mar de pobreza y desigualdades de terribles proporciones.<sup>[16]</sup>

¿Y qué decir sobre la condonación de la deuda? En mi opinión, hay buenas razones para cancelarla, pero ello está asociado también a una serie de riesgos si no se realiza de la manera adecuada. Ante todo, hay que señalar que se han cargado demasiado las tintas. Los opositores al FMI y al Banco Mundial afirman que unas 20.000 personas mueren al día en los países en desarrollo por culpa de su endeudamiento. Se ha llegado a esta cifra calculando los intereses que los mencionados países deben abonar a las instituciones y dividiéndola a continuación por el número de vidas que se podrían salvar con dicha suma. Aparte de presuponer que todo ese dinero se destinaría a fármacos y alimentos en lugar de bombas y munición, lo cual no es muy probable, se les escapa otro dato. Los países endeudados obtienen cada año más dinero en créditos, cooperación y ayuda al desarrollo por parte del mundo industrializado y de las instituciones globales que lo que devuelven en concepto de intereses. Lo cierto es que los 41 países pobres más endeudados (HIPC, Highly Indebted Poor Countries) reciben al año de Occidente más del doble de lo que pagan. Así pues, afirmar que Occidente, por el hecho de recaudar intereses, es responsable de la muerte de miles de personas cada día en estos países es un divertimiento estadístico deshonesto y de pésimo gusto.<sup>[17]</sup>

Todo esto no quita que la cancelación de la deuda sea en principio una buena idea. Aquellos que se oponen afirman que uno debe saldar sus deudas, en lo cual, obviamente, tienen razón. La cuestión es por qué obligar a pagar las deudas de otros. Supongamos que un dictador obtiene una ingente cantidad de dinero en créditos que destina al reforzamiento del aparato militar del país y de su fortuna personal pero que, tras una serie de convulsiones políticas, llega al poder un régimen democrático que hereda una saca de pagarés. ¿No sería más razonable que los acreedores asumieran el riesgo de que el país no pueda devolver el capital prestado? Las instituciones comerciales convencionales ya están advertidas y hace tiempo que dejaron de conceder créditos a países profundamente endeudados, en particular de África, mientras que instituciones políticas como el FMI y el Banco Mundial han seguido enviando dinero cada vez que se produce una crisis económica.



Mediante una combinación de generosidad e irracionalidad, hicieron caer a multitud de países en desarrollo en la trampa del endeudamiento durante la década de los 80. En la mayoría de los casos, estos estados no tienen ni la más remota posibilidad de devolver lo prestado. Además, la pervivencia de esta «trampa» no favorece a nadie. Un país como Tanzania soporta una deuda exterior equivalente al doble de lo que ingresa en concepto de exportaciones, mientras que el pago de los intereses afecta de lleno, por ejemplo, a la educación de los jóvenes. Dado que políticamente es delicado tocar los privilegios otorgados o despedir a funcionarios públicos, normalmente lo primero en resentirse en época de recortes son las iniciativas a largo plazo.

Ello no significa que no esté exento de dificultades el tipo de cancelación incondicional de la deuda para todos los países que reclaman numerosos movimientos civiles, entre otras iniciativas, mediante la campaña Jubileo 2000. Al revés, ello puede llevar precisamente a que Occidente financie de esa manera regímenes corruptos que eventualmente destinen ese dinero a la adquisición de armamento. Con ello habríamos contribuido a apoyar regímenes detestables, lo cual a todas luces tampoco parece muy ético. A fin de evitar esto, deben plantearse determinados requisitos en el terreno de la democracia y de las reformas a emprender paralelamente a la cancelación de la deuda. Uno de los problemas asociados a la condonación de la deuda es la tergiversación de los flujos de ayuda al desarrollo que redundaría, no en beneficio de los más pobres o de las democracias, sino en favor de los países más endeudados. Estos últimos recibieron en 1997 cuatro veces más ayuda al desarrollo por habitante que otros países con un nivel de renta similar pero sin deudas. Por ejemplo, se envió 1.276 veces más ayuda per cápita a Costa de Marfil que a India.

Hay que aclarar que se ha venido condonando deuda en diversa medida desde 1979, año en que en una reunión de la UNCTAD los acreedores cancelaron a 45 países deuda por un valor conjunto de 6.000 millones de dólares. El problema es que esa política ha estimulado un mayor endeudamiento. Los países que habían logrado suprimir su deuda la sustituyeron pronto por nuevos créditos. Hay un estudio que demuestra que una condonación un 1% superior en relación al PNB en un país, entre 1979 y 1997, concluyó en un *aumento medio* del endeudamiento del 0,34%. Este dinero no se invirtió tampoco de forma acertada y, durante los plazos concedidos, no se aprovechó para mejorar la política en curso. De hecho,

todo apunta a que los países endeudados aplican una política menos adecuada y llevan a cabo menos reformas de largo alcance que otros países de pocos recursos. Una explicación pesimista sería que dichos estados normalmente prefieren recibir más dinero prestado que establecer prioridades con el gasto público, al dar por descontado de antemano que se les cancelará deuda en el futuro, al tiempo que aplazan para más adelante las reformas liberales con el fin de «vendérselas» al FMI y al Banco Mundial y así obtener una máxima condonación de deuda. En septiembre de 1996, estas dos instituciones financieras lanzaron una iniciativa para suprimir la deuda de 41 países considerados como «altamente endeudados», dos décadas después de las primeras cancelaciones.<sup>[18]</sup>

Lo antes referido es un indicio de que esta política no ha sido efectiva. Sería necesario recurrir a una estrategia «definitiva» consistente en la cancelación de la deuda acumulada por los regímenes reformistas de pocos recursos, y al mismo tiempo dejar bien claro que en el futuro no se condonará más deuda, en ausencia de lo cual se estimularía de nuevo el endeudamiento de muchos países. Otro método podría ser eliminar la deuda de todos con efecto inmediato y luego no conceder más créditos. En su lugar, los eventuales préstamos podrían gestionarse en el ámbito del mercado internacional de capitales, a cargo de inversores dispuestos a asumir riesgos y que confíen en la solvencia financiera de sus deudores. No obstante, ésta no parece ser la estrategia que ha llevado al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional a dar luz verde a la condonación de dos tercios de la deuda de 22 países. Ciertamente esta medida va acompañada de una serie de requisitos, entre otros, la apuesta por la enseñanza y la sanidad, y la lucha contra la corrupción, pero es muy probable que se empiecen a discutir nuevos créditos después de la condonación. Por lo tanto, existe un riesgo considerable de que la deuda empiece a acrecentarse de nuevo y de que haya que recurrir a una nueva cancelación diez años más tarde.<sup>[19]</sup>

Desde principios de los 60, África ha recibido una ayuda al desarrollo equivalente a seis veces el *Plan Marshall*, el programa de ayuda que EE.UU. lanzó para Europa después de la II Guerra Mundial. Si ese capital se hubiera destinado a inversiones, hoy el continente gozaría de un nivel de vida equiparable al occidental. Los estudios acerca de las repercusiones de la cooperación

internacional ofrecen resultados desalentadores. En muchos casos, ésta ha tenido un efecto netamente pernicioso o incluso ha dañado el crecimiento de los países. En palabras del gran experto en desarrollo P.T. Bauer, la cooperación internacional ha consistido por lo general en una «transferencia de dinero de la población pobre de los países ricos a la población rica de los países pobres». El problema es que esta ayuda estimula pulsiones inadecuadas. El comercio incentiva a los países menos evolucionados a incrementar su producción y desarrollar nuevas ideas, mientras que la ayuda al desarrollo ha llenado las arcas de dirigentes que no sólo *no* promueven el progreso de sus países, sino que los hunden en la miseria. A aquellos países que demuestran una peor progresión se les destina más recursos. Dado que estos fondos van a parar al Estado y a los bolsillos de los políticos, ha convertido el hecho de acaparar el poder gubernamental de esos países en un asunto más lucrativo que, por ejemplo, producir y exportar. De esta manera se ha afianzado la centralización del estado, haciendo posible el expolio de las zonas rurales y la destrucción de potenciales sectores productivos. En muchos casos, la ayuda al desarrollo ha contribuido a mantener en la poltrona a dictadores corruptos (Fidel Castro, por ejemplo, ha amasado una fortuna de 1.000 millones de dólares al tiempo que la renta per cápita del cubano ha caído en torno a una tercera parte). Conceder ayuda sin exigir a cambio democracia y reformas equivale a subvencionar las dictaduras y el anquilosamiento. Ahora bien, la cooperación internacional ha demostrado también contribuir al fortalecimiento de la economía y la política monetaria, siempre y cuando ya se desarrolle en el país una política acertada, en la que se garantice la propiedad privada, la apertura de mercados y un presupuesto equilibrado. Dadas estas condiciones, la ayuda puede estimular un mayor crecimiento de la economía. El problema radica en que la ayuda al desarrollo no suele estar supeditada a la adecuación de la política aplicada en el país receptor. Con frecuencia, a los donantes les preocupa más la cantidad a aportar —tal vez para aplacar sus conciencias— que el posible efecto que ello pueda tener. En lugar de canalizar su ayuda a países dotados de instituciones eficaces, los donantes transvasan

recursos a aquellos países con los que mantienen lazos políticos, en particular las antiguas colonias.<sup>[20]</sup>

### *El remedio adecuado*

Una objeción que habitualmente se plantea contra la economía de mercado es que las personas y empresas producen no por necesidad, sino en busca de beneficios. Ello se traduce, entre otras cosas, en que las compañías farmacéuticas invierten enormes recursos en la investigación y desarrollo de medicinas contra la obesidad, la calvicie y la depresión, que los occidentales están dispuestos a costear, asignando sólo una mínima parte a buscar curas para enfermedades tropicales, como la malaria y la tuberculosis, las cuales afectan a las zonas más pobres del planeta. Esta crítica es comprensible. Se trata naturalmente de una injusticia, pero no se puede acusar al capitalismo de ello. Sin capitalismo ni ánimo de lucro no todos habrían recibido remedio a sus enfermedades, y, desde luego, muchos menos de los que lo obtienen en la actualidad. El hecho de que los occidentales pudientes soliciten ayuda para sus problemas hace posible emplear sus recursos en la investigación y, a la larga, la resolución de sus dolencias, que seguramente no son tan triviales para aquel que las padece. El capitalismo estimula intereses económicos entre las compañías que contribuyen a que éstas desarrollen para nosotros medicinas y vacunas. Que en Occidente destinemos nuestro dinero a dichos menesteres no empeora la situación de nadie. En cualquier caso, ese capital nunca se hubiera invertido en la investigación de patologías tropicales, ya que las empresas farmacéuticas no habrían dispuesto de él. Además, a medida que el libre comercio y la economía de mercado contribuyen al progreso de los países menos desarrollados, éstos se van dotando de un mayor margen económico para determinar los objetivos de la investigación y la producción.

Por lo tanto, el hecho de que Occidente haya encontrado cura a un creciente número de enfermedades no es un problema para el Tercer Mundo. Al contrario, se ha demostrado que a éste le conviene. No sólo porque un mundo más próspero aporta una mayor cantidad de medios para los que

tienen menos, sino porque el Tercer Mundo puede beneficiarse, a bajo coste y en numerosos ámbitos, de la investigación financiada por los desahogados clientes occidentales. En muchos casos, les sale totalmente gratis. Merck Corporation donó fármacos para un proyecto contra la oncocercosis (conocida también como «ceguera de los ríos») llevado a cabo en 11 estados africanos, gracias al cual se ha erradicado prácticamente el parásito que en el pasado padecieron cerca de un millón de personas, dejando ciegos a varios miles de ellos cada año.<sup>[21]</sup> Un ejemplo de actualidad es la empresa de biotecnología Monsanto, que permite a investigadores y empresas hacer uso de su técnica para desarrollar el denominado «arroz dorado», un tipo de arroz enriquecido con hierro y betacaroteno, que podría contribuir a salvar la vida de un millón de personas en el Tercer Mundo que fallecen cada año por enfermedades carenciales. Hay un conjunto de compañías farmacéuticas que están dispuestas a reducir en los países pobres un 95% el precio de sus fármacos con objeto de frenar la evolución del VIH/SIDA, a condición de que se respete su patente, de forma que puedan comercializarlos a precio íntegro en los países industrializados.

Las empresas se pueden permitir precisamente este tipo de iniciativas por el hecho de contar con buenos clientes en los mercados prósperos. Sólo actuarán hasta donde lleguen sus recursos; no se les puede exigir que soporten costes sin ingresar dinero. Sin embargo, son numerosas las voces que denuncian el intento por parte de las farmacéuticas de preservar sus patentes. En el supuesto de que se eliminaran todos los derechos de patente, por ejemplo, de las medicinas contra el HIV/SIDA, habría un número muy superior de personas en el Tercer Mundo que podrían costeárselas, ya que sería posible fabricarlas a un coste muy reducido. Probablemente permitiría un mayor acceso a ellas en ese momento, pero su disponibilidad quedaría restringida drásticamente en el futuro. Hay que tener en cuenta que la industria farmacéutica invierte enormes recursos en el desarrollo de los medicamentos. Detrás de cada producto que se lanza hay de media entre 20 y 30 intentos fallidos. Desarrollar un nuevo medicamento comercializable puede costar muchos cientos de millones de dólares. Los elevados precios de los pocos fármacos que pueden salir a la venta son necesarios para financiar toda esa investigación. Si acabáramos con las patentes, quedarían muy pocas compañías que pudieran permitirse la investigación y desarrollo de

medicamentos. De no haber existido las patentes, se hubiera evitado toda esta discusión acerca de los precios sobre las medicinas contra el HIV/SIDA, puesto que nunca habrían existido.

Por lo tanto, no hemos de acusar a la industria farmacéutica si consideramos que no se hace lo bastante para erradicar las enfermedades de los países en desarrollo. Las naciones industrializadas, por ejemplo, podrían establecer el pago de una suma determinada de dinero por cada niño que se vacunara contra la malaria en el mundo, o por todos aquellos que recibieran medicinas de contención del VIH/SIDA, como ha propuesto el economista Jeffrey Sachs. En caso de que contratistas y ONG adoptaran esta táctica, estimularían con ello a las empresas a desarrollar remedios y vacunas. Si realmente se trata de un empeño político, lo más razonable sería distribuir el coste entre todos, en lugar de machacar con exigencias a las empresas farmacéuticas. Parece, sin embargo, que, en la política de los países de Occidente, los que se apoderan de los recursos son siempre los vociferantes grupos de interés nacionales.

Ello se aprecia con especial notoriedad en el seno de la Organización Mundial de la Salud, la OMS, que es un organismo especializado de la ONU y, por lo tanto, se financia con fondos públicos. Su función es velar por la salud de las personas. Y hay una sencilla manera de hacerlo. De acuerdo con la OMS, existen seis enfermedades (malaria, tuberculosis, etc.) responsables del 90% de todas las muertes por infecciones en la población menor de 44 años. 11 millones de personas fallecen al año a causa de estas patologías, pese a que podrían evitarse. Cabría esperar que la OMS se lanzara al ruedo y comenzara a vacunar a los niños para combatir estas enfermedades. Podrían acabar de un día para otro con uno de los principales problemas de nuestro tiempo si así lo decidieran. Pero no, no es así. Incluso, en los últimos años, la organización ha relegado esta lacra en su orden de prioridades. ¿A qué se debe? ¿A una escasez de recursos? En absoluto. Según la propia OMS, evitar estas muertes costaría entre 4 y 220 millones de dólares, es decir, entre el 0,4 y el 20% de su presupuesto anual (¡!). Mientras que numerosos niños se enfrentan a una muerte innecesaria, la OMS dedica cada vez una mayor porción de sus 1.000 millones de dólares de fondos públicos a financiar exclusivas conferencias y a difundir el empleo de los cinturones de seguridad o combatir el tabaquismo. Los intereses no mienten. Estos son los problemas considerados más urgentes por los países donantes, lo cual es importante para

que los burócratas puedan asegurarse la futura asignación de fondos.<sup>[22]</sup>

Personalmente, opino que cabe esperar bastante más por parte de los capitalistas filantrópicos. El capitalismo no obliga a las personas a actuar con el exclusivo afán de enriquecerse, sino que les permite emplear sus bienes según crean más conveniente. El símbolo por excelencia del capitalismo moderno, Bill Gates, presidente de Microsoft, destina él solo más dinero para la lucha contra las enfermedades en los países en desarrollo que el propio gobierno de Estados Unidos. A través del fondo de donación de Bill y Melinda Gates, cuyos depósitos ascienden a 23.000 millones de dólares, sólo entre noviembre de 1999 y octubre de 2000 se canalizaron 1.440 millones de dólares para vacunar contra las enfermedades más habituales a los niños de países en desarrollo, así como para la investigación en torno al VIH/SIDA, la malaria y la tuberculosis en estos mismos países. Dicha cantidad supone una cuarta parte de la suma que invierte el conjunto de los países industrializados en la mejora sanitaria del Tercer Mundo. Así pues, los pobres del mundo tienen razones para felicitar-se de que la fortuna de Bill Gates supere los 50.000 millones de dólares. Parece evidente que su suerte sería mejor si hubiera un puñado de Gates en el mundo, y no otra Europa entera y un par de OMS más.

## 5. Una carrera hacia la cima

*Yo defiando también el libre comercio, pero...*

Los países ricos practican un claro proteccionismo con respecto a los países en desarrollo, que es defendido básicamente por los grupos de intereses y *lobbies*. Raras veces se escucha una defensa apasionada del mismo en el debate público, ya que no es considerado particularmente legítimo querer enriquecerse a costa del Tercer Mundo. Sin embargo, hay un tipo de proteccionismo de características similares pero con una imagen mucho más positiva en el ámbito del debate social. Se trata de la idea de exigir determinados requisitos para poder establecer relaciones comerciales. «Por supuesto que estamos a favor del libre comercio», se oye decir, añadiendo a continuación: «pero no se puede desarrollar bajo cualquier condición», o bien «pero se precisa de un cuerpo normativo diferente que lo regule». Cuando alguien empieza una frase con las palabras: «Por supuesto que estoy a favor del libre comercio, pero...», hay que aguzar los oídos. Si ese «pero» es lo suficientemente intenso, significa que en absoluto está de acuerdo con la noción de libre comercio.

Éste es el tipo de discusión que suele manejarse en los países donde el concepto de librecambio tiene connotaciones positivas.<sup>[1]</sup> En otros países está casi a la altura de un improperio. Si, por ejemplo, se te ocurre proclamar a voz en grito por las calles de París tu amor por el libre comercio, es probable que te veas acosado por una muchedumbre indignada. Algunos detractores de la globalización han llegado a sostener que no se trata de «estar a favor o en contra del libre comercio», puesto que todos coinciden en la necesidad de algún tipo de cuerpo normativo en torno al librecambio. Sin embargo, la legislación relativa al libre comercio, con su defensa del derecho de propiedad y la libertad de empresa, tiene como finalidad simplificar el libre intercambio de mercancías y, en ninguna manera, puede equipararse con reglas, prohibiciones y cuotas que pretendan restringirlo. El debate se centra *de facto* en el apoyo o rechazo del libre comercio. Se considera que lo



defiendes si propugnas una normativa comercial más liberal, porque de lo contrario te opones a él.

Actualmente se ha impuesto la idea típicamente proteccionista de que hemos de oponernos al comercio con países que mantienen condiciones laborales deficientes, toleran el trabajo infantil o no protegen lo suficiente el medio ambiente. De no hacerlo, permitiremos que otros países acaben con nuestras empresas por ser más competitivos que nosotros, gracias a las condiciones que soportan sus trabajadores («*dumping* social») o a su escasa sensibilidad ecológica («*dumping* ambiental»). «A la hora de firmar acuerdos comerciales con países en desarrollo —reza el argumento—, debemos así pues exigir la incorporación de cláusulas específicas relativas al medio ambiente o las condiciones sociales, en las que se especifique que han de mejorar en su política ambiental o laboral porque, de lo contrario, dejaremos de comerciar con ellos.» No sólo los sindicatos y empresas se suman a este armonioso coro, sino también movimientos sociales de diversa ralea. Sin embargo, para los países en desarrollo, la idea misma de las cláusulas es interpretada como una estrategia proteccionista unida a un afán neocolonialista por controlar su política.

«La cuestión es por qué los países industrializados han empezado, de repente, a preocuparse por los trabajadores del Tercer Mundo, justo cuando les demostramos que podemos competir con ellos», comenta, por ejemplo, un suspicaz Youssef Boutros-Ghali, ministro egipcio de Comercio.<sup>[2]</sup>

Poco después de que el presidente norteamericano Bill Clinton propusiera este tipo de boicot contra los países que no cumplieran determinados requisitos (idea expresada, por ejemplo, en una entrevista con el *Seattle Post Intelligencer*, de fecha 1 de diciembre de 1999), se vinieron abajo las negociaciones de la OMC en Seattle, a finales de 1999. El ministro de Comercio del gobierno socialdemócrata sueco, Leif Pagrotsky, lo calificó como «una gran metedura de pata de Clinton». Los países en desarrollo se negaron a negociar bajo amenazas de ese tipo.

Independientemente de lo que opinen los bien alimentados manifestantes y presidentes de los países económicamente más poderosos, no es la tacañería lo que impulsa a los países pobres a imponer un bajo nivel salarial y un entorno de trabajo inadecuado. Obviamente existen excepciones, pero el problema consiste por lo general en que no se pueden permitir pagar sueldos

más altos ni mejores condiciones laborales debido a su baja productividad. Los salarios podrán incrementarse si el trabajo va adquiriendo un mayor valor, es decir, conforme vaya aumentando la productividad, lo cual sólo puede ocurrir mediante más inversiones, mejores infraestructuras y nivel de formación, maquinaria nueva y una organización más eficaz. Si obligáramos a estos países a subir los sueldos antes de mejorar su rendimiento, las empresas y consumidores tendrían que pagar por la mano de obra un precio superior a su valor real en ese momento, y al final no podrían soportar la competencia de los trabajadores occidentales, más productivos y con sueldos más elevados. El índice de desempleo entre los más desfavorecidos del planeta se incrementaría rápidamente. El economista Paul Krugman lo ha definido como una política para generar buenos puestos de trabajo en teoría, pero ninguno en la práctica. En palabras del embajador mexicano en EE.UU., Jesús Reyes Heróles: «En un país deprimido como el nuestro, la alternativa a un empleo mal pagado no es un empleo bien pagado. Es ningún trabajo.»<sup>[3]</sup>

Las cláusulas de tipo social y medioambiental dicen en la práctica lo siguiente a los países en desarrollo: *Sois demasiado pobres para hacer negocios con nosotros, y nosotros no pensamos hacerlo hasta que no seáis ricos*. La única pega es que únicamente a través del comercio tendrán opción de enriquecerse y así, paso a paso, mejorar su nivel de vida y sus condiciones sociales. Es una situación sin salida: No les dejamos comerciar con nosotros hasta que su entorno laboral y protección del medio se sitúe a un nivel aceptable, pero no serán capaces de escalar a este nivel si no les dejamos comerciar con nosotros. Cuando uno analiza a fondo el razonamiento que se esconde detrás de dichas cláusulas comerciales, se antoja tan absurdo como exigir que alguien mejore inmediatamente su salud dental porque, de lo contrario, romperemos su cepillo de dientes. Alguien lo ha comparado a una idea imperante durante la guerra de Vietnam: «Para salvar la aldea, tenemos que reducirla a cenizas.»

Imaginémonos que este concepto se hubiera puesto en boga a finales del siglo XIX. En ese caso, Inglaterra y Francia habrían podido constatar que los salarios en Suecia eran sólo una fracción de lo que pagaban ellos, que en el país se estilaban jornadas laborales de 12-13 horas, 6 días a la semana, y que los ciudadanos suecos sufrían de desnutrición crónica. El trabajo infantil estaba bastante extendido en hilanderías y en fábricas de vidrio, cerillas y

tabaco. De hecho, uno de cada 20 obreros industriales tenía menos de 14 años. En consecuencia, Inglaterra y Francia se hubieran negado a mantener relaciones comerciales con Suecia, cerrando sus fronteras a los cereales, la madera y el metal suecos. ¿Se hubiera beneficiado Suecia de esta política? Nada más lejos de la verdad; hubiera privado al país de ingresos, impidiendo así el desarrollo de su industria. Se hubieran perpetuado las intolerables condiciones de vida que soportaban los ciudadanos suecos, los niños seguirían trabajando en las fábricas y, quizá, a día de hoy, los ciudadanos de este país todavía comerían pan aderezado con trocitos de corteza de madera en los años de mala cosecha. Pero así no fueron las cosas. Se permitió el crecimiento constante de las relaciones comerciales con Suecia, la industrialización se aceleró y la economía experimentó una revolución. Conforme se fue extendiendo la bonanza, Suecia pudo corregir poco a poco las deficiencias; los salarios subieron, la jornada laboral se acortó y los niños pudieron abandonar la fábrica y asistir a la escuela por las mañanas.

Si ahora, para comerciar libremente con nosotros, exigimos a los países en desarrollo que su industria minera sea igual de segura que la occidental, estaremos planteándoles un requisito que nosotros no tuvimos que cumplir durante la progresión de nuestro sector minero. Una vez incrementado nuestro nivel de renta, sí que pudimos desarrollar nuestra tecnología y costearnos el equipamiento de protección que utilizamos hoy en día. Al requerir a dichos países que adopten inmediatamente nuestros métodos sin poder permitírselo, lo único que conseguiremos es acabar con su industria, dejándonos vía libre a los países industrializados para operar en este ámbito. Si impedimos a los países pobres que nos vendan sus productos por el simple hecho de que su cobertura laboral no es lo suficientemente buena, el resultado será la aniquilación de su sector de exportación, obligando a sus trabajadores a buscar empleo en la industria local, donde los salarios son aún más bajos y las condiciones de trabajo peores. Ello no beneficia a los desfavorecidos del mundo y sí que protege a nuestra industria. Hay razones para sospechar que éste es el motivo por el que determinados colectivos de los países ricos proponen la introducción de dichas cláusulas.

Lo que pretenden los partidarios de los condicionamientos es negar a los países en desarrollo la oportunidad que en su día disfrutaron los países ahora prósperos. Si realmente son sinceros en su empeño de ayudar a los países en desarrollo, lo lógico sería que lucharan por que Occidente contribuyera a

solventar sus problemas, por ejemplo, compartiendo nuestra tecnología y conocimientos, en vez de dejar de hacer negocios con ellos. Ya existen otros foros concebidos para tratar los asuntos específicos y facilitarles la mejora de su estándar laboral y ambiental como, por ejemplo, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUE) y la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

En ese caso, ¿cómo proceder con la exigencia planteada a los países en desarrollo de que respeten el derecho de propiedad intelectual y de patentes si desean integrarse en el área de libre comercio de la OMC? ¿Por qué obligarles a aceptar patentes durante un período de 20 años si no les demandamos que garanticen un nivel mínimo en el terreno social? El motivo es sencillo: porque la vulneración del derecho de propiedad intelectual funciona como una traba comercial. Pocas empresas dejarían de invertir o comercializar sus productos en un país por el simple hecho de ser pobre o porque su nivel salarial sea bajo, pero sí en caso de que existiera el riesgo de que les robaran las ideas de sus productos. Además, resulta más fácil perseguir este tipo de delitos, dado que las pérdidas suelen poder contabilizarse en dinero contante y sonante.

A mi juicio, las patentes son importantes. Suponen el reconocimiento de que los innovadores poseen el derecho sobre lo que han creado y a ser recompensados por ello. Como consecuencia, las patentes impulsan, por lo general, el clima de creatividad e investigación. De lo contrario, los inventores de los países menos desarrollados se verían obligados a vender sus ideas al extranjero para poder protegerlas. De todas formas, considero que no hay argumentos suficientes para incluir las patentes, como se hace hoy en día, dentro del cuerpo normativo de la OMC. Aquí también debería aplicarse el principio de que hemos de permitir las relaciones comerciales con todo el mundo, independientemente de la política que se practique en un país concreto. Nuestra libertad para establecer negocios no debe verse vulnerada por el hecho de que otros países impongan una política inadecuada, ni hemos de castigar a los ciudadanos de estos países más de lo que ya lo están por culpa de sus respectivas políticas nacionales. Que ésta disuada la actividad empresarial y no estimule la innovación dentro del país ya es de por sí desafortunado, pero no es razón para prohibir a los habitantes de nuestro país los intercambios comerciales con aquél. Es el comercio lo que hace posible un progreso económico en los países en desarrollo conducente a la paulatina

implantación de un marco legal adecuado en lo relativo a la propiedad intelectual. No hemos de servirnos de trabas comerciales como arma para impulsar la política que ambicionamos. La solución pasa por mantener nuestras fronteras abiertas e instar a estos países a que empiecen a respetar las patentes.

### *Trabajo infantil*

Pero, ¿no hemos de considerar realmente ninguna excepción? ¿No hay condicionamientos económicos tan detestables que deberían llevarnos a impedir el comercio? Un ejemplo al que se recurre a menudo en este debate es el trabajo infantil. Hoy en día existen en el mundo unos 250 millones de niños trabajadores de entre 5 y 14 años. Es indignante que se prive a millones de pequeños de su infancia y, a menudo, también de su salud y alegría, pero, ¿verdaderamente ayudamos a estos niños cuando la Unión Europea se niega a entablar lazos comerciales con los países donde viven? En absoluto. Nos damos cuenta de lo absurdo de este planteamiento al comprobar que la gran mayoría de los menores trabajan en sectores que no tienen nada que ver con el comercio. El 70% de la mano de obra infantil opera en el ámbito de la agricultura. Sólo el 5% (entre 10 y 15 millones) trabaja en la industria de la exportación, fabricando, por ejemplo, balones de fútbol, cosiendo ropa o tejiendo alfombras. Además, según todas las fuentes disponibles, estas labores infantiles orientadas hacia la exportación son las menos nefastas, por ejemplo, en lo relativo a la seguridad del entorno laboral. Así pues, las alternativas son peores.

El problema radica de nuevo en que enjuiciamos al Tercer Mundo a partir de nuestras propias pautas materiales. No hay que olvidar que el trabajo infantil estaba muy extendido por Occidente hace apenas unas generaciones. Ésa era la situación de partida en todas las sociedades. En la Francia preindustrial estaba prohibido *impedir* que los niños trabajaran. En los países de pocos recursos, los menores trabajan no porque los padres sean malas personas, sino porque precisan de los ingresos que los niños generan para poder sobrevivir. Eso hace que no podamos prohibir el trabajo infantil en dichos países, así sin más, y mucho menos vetar el acceso de sus productos a nuestros mercados. Mientras no se mejoren las condiciones materiales en las

que viven, los niños se verán forzados a desempeñar labores aún peores, cayendo en el peor de los casos en la prostitución y la delincuencia. En 1992 se reveló que la cadena estadounidense Wal-Mart había comprado ropa manufacturada por niños. El Congreso norteamericano amenazó entonces con prohibir las importaciones de países donde existiera el trabajo infantil. Esa amenaza desembocó en el inmediato despido de miles de niños activos dentro de la industria textil de Bangladesh. En el seguimiento de esos niños efectuado por varias organizaciones internacionales, se comprobó que muchos de ellos fueron a parar a trabajos más peligrosos y peor remunerados, terminando, en algunos casos, en la prostitución.<sup>[4]</sup> Según el Fondo de la Infancia de la ONU, un boicot similar contra la industria nepalí de fabricación de alfombras hizo que más de 5.000 muchachas se vieran forzadas a ejercer la prostitución.

*Save the Children* es una de las contadas organizaciones infantiles que han tratado de introducir un poco de mesura en el debate sobre el trabajo infantil. Esta organización no apoya la mayoría de los boicots, sanciones y otras medidas de tipo comercial contra el trabajo infantil. La experiencia demuestra que los menores que han de dejar sus trabajos como consecuencia de dichas iniciativas corren el peligro de verse expuestos a situaciones más graves y trabajos más perniciosos que antes.

La mitad de los peones infantiles trabajan sólo parte de la jornada y muchos lo hacen para poder financiar su educación. Al obligarles a abandonar su puesto, ya sea mediante prohibiciones o boicots, su situación, de por sí difícil, se complicaría aún más. A la hora de tratar de atajar los problemas, se precisa distinguir los que deben erradicarse por todos los medios, como la prostitución y la esclavitud infantil, y aquellos que, como el trabajo infantil convencional, deben combatirse mediante la mejora de la economía y el nivel de vida. La organización de origen sueco *Save the Children* añade al respecto:

Las afirmaciones de tipo general sobre las eventuales bondades o maldades del trabajo infantil en realidad no sirven para mucho [...] Considerar todos estos desempeños como igual de inaceptables supone simplificar un asunto complejo y dificulta la labor cuando se deben reunir fuerzas contra las peores formas de explotación.<sup>[5]</sup>

El trabajo infantil en Suecia se extirpó no por su prohibición, en primera instancia, sino porque la economía se expandió de forma tal que los padres

tuvieron la oportunidad de escolarizar a sus hijos y, de esa manera, maximizar sus ingresos a largo plazo. Por otra parte, la incorporación de maquinaria hizo menos rentables las labores más sencillas. El desarrollo de los acontecimientos nos permitió con el tiempo prohibir los últimos focos de trabajo infantil, y no a la inversa. Esa misma receta es la que puede contribuir a reducir dicha lacra en los países en desarrollo de nuestros días. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) ha señalado que el número de niños trabajadores de entre 10 y 14 años ha descendido sensiblemente de la mano del crecimiento económico experimentado en Asia. En India, la proporción de niños trabajadores ha disminuido del 35% hace 50 años al 12% actual. Se estima que para el 2010 el trabajo infantil habrá desaparecido prácticamente en el este y sur de Asia. En los países en desarrollo más pobres, la cuota de menores dentro de la población activa ha caído en los últimos 40 años del 32 al 19%, mientras que en los estados de renta media ha bajado del 28 al 7%.<sup>[6]</sup>

Es importante que todo el mundo reciba educación y que se maximicen sus réditos. La formación debe desembocar en empleos de remuneración superior a los no cualificados. Sólo entonces será posible —y rentable— que los padres liberen del trabajo a sus hijos. Por lo demás, no basta con el acceso universal a la educación; la enseñanza debe ser también de buena calidad. En algunos países, el sistema educativo es paupérrimo y los alumnos son tratados inadecuadamente o incluso maltratados. Ello está relacionado con el hecho de ser escuelas públicas, donde resulta prácticamente imposible despedir a los profesores. La solución pasa por la libertad de elección, lo que permite que las familias desposean a las autoridades y al personal docente del control sobre los centros educativos.

Ciertamente podría discutirse la conveniencia de aprobar sanciones comerciales provisionales, en casos concretos, con objeto de hacer caer a una cruel dictadura, por ejemplo, un régimen que aplique el *apartheid*, la esclavitud, promueva conflictos bélicos o cometa masacres sobre civiles. Pero, en ese caso, será una manera de castigar al mencionado régimen conscientes de que las sanciones pueden perjudicar a la población del país o, incluso, afianzar a los mandatarios, si se prolongan en exceso. Por lo general, el comercio dificulta la centralización, puesto que incrementa los contactos comerciales e impulsa los centros de poder al margen de la autoridad. Si

todos los países se suman a las sanciones contra una dictadura, es posible que, pese a ello, pueda resultar beneficioso en casos determinados. En particular, las sanciones simbólicas —como, por ejemplo, la supresión de relaciones diplomáticas o los boicots deportivos— pueden ser útiles contra las dictaduras, ya que no dañan a la población de la misma manera que la interrupción de los contactos comerciales. No obstante, en ese sentido, lo importante es no confundir, bajo ninguna circunstancia, este tipo de sanciones con aquellas aplicadas a los países por el hecho de seguir siendo pobres.

Así pues, la opción más apropiada consiste en presionar en otros contextos y en los foros políticos, en vez de dedicarse a dismantelar aquello que tal vez sea la solución más eficaz, es decir, el comercio. Nuestros responsables políticos y organizaciones no deben dejar de criticar a aquellos países que violan los derechos humanos, recurren a la censura, persiguen a los opositores o prohíben diversas asociaciones, como, por ejemplo, los sindicatos. El que proporcionemos a la población de otros países la oportunidad de progresar mediante el libre desempeño del comercio no hay que confundirlo nunca con una actitud complaciente hacia sus respectivos gobiernos. Los políticos occidentales que doran la píldora a regímenes dictatoriales con el fin de facilitar el acceso de las compañías de su país legitiman en la práctica las políticas represoras de aquéllos. Cuando los estados adoptan una actitud antiliberal, hay que denunciarlo siempre. Como ya dijo Martin Luther King, «la injusticia en cualquier lugar es una amenaza en todos lados».

*¿Y nosotros, qué?*

«Vale, tal vez a los países en desarrollo les beneficie que comercie con ellos pese a ser pobres», replican algunos antiglobalizadores, «pero nos perjudica a nosotros. Porque si los países menos desarrollados pagan sueldos bajos, no protegen su entorno e imponen jornadas de trabajo interminables, sus productos baratos acabarán con nuestros empleos bien remunerados, forzándonos a rebajar nuestros estándares y salarios. Tendremos que invertir un mayor esfuerzo y tiempo en nuestro trabajo para no quedarnos atrás. Las empresas y el capital se lanzan rápidamente a los lugares con sueldos más



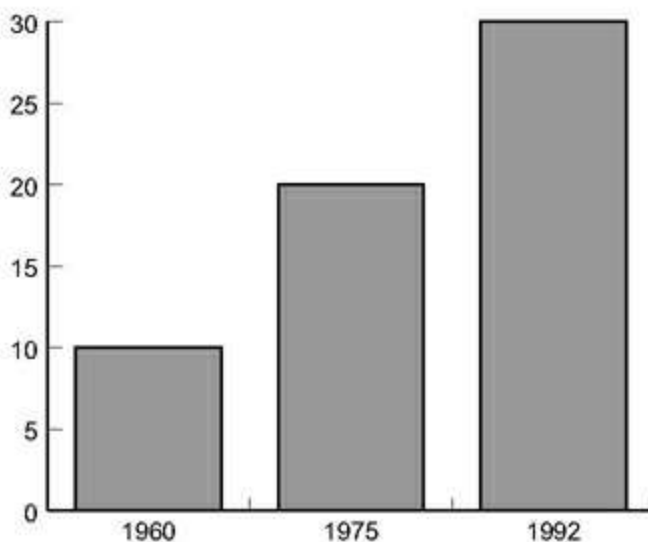
bajos y peores condiciones laborales. En definitiva, se trata de ‘una carrera hacia las profundidades’. Aquellos con un nivel social inferior salen ganando, al apoderarse de las inversiones y los ingresos procedentes de la exportación.»

A primera vista, parece un argumento creíble. El único problema de esta tesis es que la realidad no la avala. El mundo no ha sido escenario en las últimas décadas de un empeoramiento de las condiciones de trabajo ni de una bajada de los salarios, sino todo lo contrario. Y la razón es bien sencilla: los consumidores no están especialmente interesados en adquirir productos de trabajadores que cobran sueldos bajos, sino productos lo mejor y más baratos posible. El hecho de que los salarios sean más bajos en los países en desarrollo se debe precisamente a que las empresas son menos productivas allí, es decir, fabrican mucho menos por empleado.

Si los sueldos suben porque lo hace la productividad, no habrá problema ninguno, ni razón para que los consumidores opten siempre por los productos elaborados por mano de obra de menor coste. En 30 años, los sueldos pasaron en Japón desde un 10% del nivel salarial norteamericano a superar a éstos. Ello, sin embargo, no restó competitividad a los trabajadores japoneses, puesto que su capacidad productiva se ha ido incrementando al mismo ritmo. Las empresas no buscan ante todo mano de obra barata. De ser así, el conjunto de la producción mundial estaría concentrada en Nigeria. Lo que realmente les interesa es sacar un máximo rendimiento del capital invertido. Los salarios de los países pobres son bajos porque en esos lugares la mano de obra tiene para las empresas un valor relativo inferior, por su cualificación más baja y por la menor disponibilidad de maquinaria de alto rendimiento. Al aumentar las inversiones, la cualificación y la prosperidad de los países en desarrollo, subirán también los salarios, lo que conllevará la mejora de estos países y no el detrimento de los países industrializados. Eso, en cualquier caso, es lo que demuestra la experiencia. En 1960, un trabajador de un país en desarrollo percibía de media el 10% del salario de un obrero industrial estadounidense. Hoy en día gana el 30%, pese a que el sueldo del norteamericano también ha ascendido. Si fuera cierto que la competencia ha impedido la subida salarial en los países ricos, el porcentaje del producto nacional destinado a los sueldos se habría reducido, cosa que no ha sucedido.

## Incremento salarial en los países en desarrollo

Salario medio de un trabajador del mundo en desarrollo en relación al obrero industrial estadounidense (%).



Fuente: Burtless, Lawrence & Shapiro 1998, cap. 4.

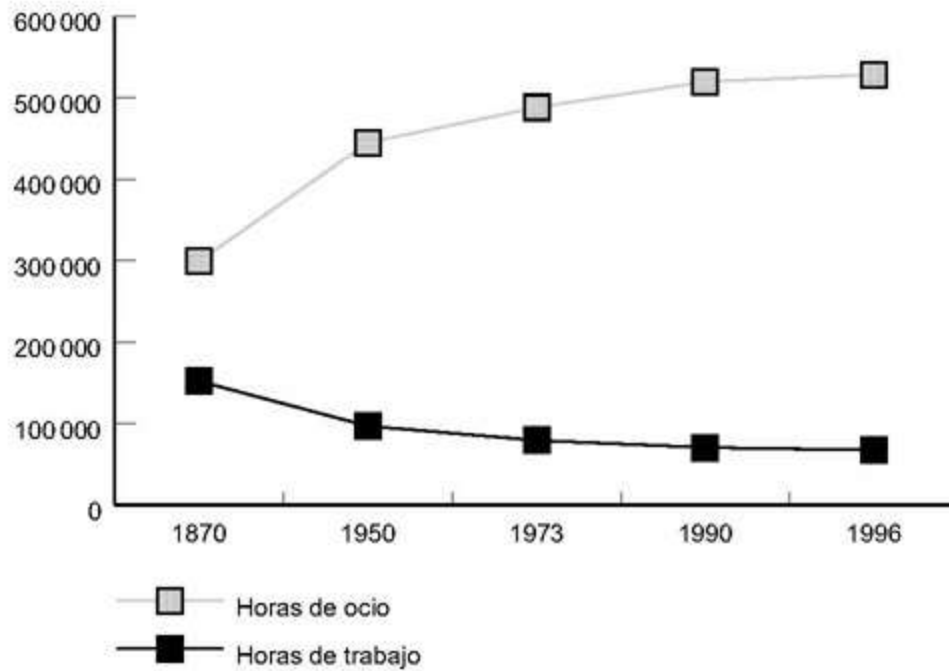
El populista candidato norteamericano a la Casa Blanca Ross Perot argumentaba de forma retóricamente hábil contra el tratado de libre comercio con México y Canadá conocido como NAFTA. En caso de aprobarse, sostenía, su pueblo tendría ocasión de oír «una formidable aspiración» fruto de todos los empleos americanos absorbidos por México. Desde que este acuerdo entró en vigor en 1995, se han generado 10 millones de puestos de trabajo en EE.UU. Los empleados estadounidenses son los mejor pagados del mundo. Si lo único que querían las empresas norteamericanas eran sueldos bajos, todos deberían haberse mudado a distintos países africanos. Sin embargo, un 80% de sus inversiones van a parar a países de alto nivel salarial, sobre todo Reino Unido, Canadá, Holanda y Alemania, estados con un cuerpo regulatorio y nivel social similar o incluso superior. Esta circunstancia demuestra que las empresas buscan ante todo estabilidad política y social, protección legal, mercados abiertos, una infraestructura adecuada y una mano de obra cualificada. Que los países compitan entre sí por ofrecer dichos elementos debería compararse, así pues, con una carrera a la cima, no hacia las profundidades.

Una noción bastante habitual es que Europa Occidental y Estados Unidos deberían trabajar más horas y con mayor intensidad para hacer frente a la competencia del Tercer Mundo y de unas máquinas cada vez más eficaces. Indudablemente, hay numerosas personas que trabajan más de lo que sería recomendable para su salud y está extendida la sensación de que se imponen requisitos cada vez más estrictos y un ritmo más intenso en el aspecto laboral, pero ello no viene determinado por la competencia que presentan los países en desarrollo. Se debe, por una parte, a empleadores inapropiados, sobre todo dentro del sector público, que no se preocupan lo suficiente por su personal y, por la otra, a que las personas de alta cualificación se preocupan demasiado por su carrera y deciden trabajar en exceso. En todas las épocas, las personas de menos medios se han visto obligadas a trabajar más que los ricos... hasta ahora. En la actualidad, las personas con altos ingresos trabajan más horas que las de renta baja.

La jornada laboral que seguimos se ha visto reducida conforme ha ido progresando nuestra cota de prosperidad, sencillamente porque, gracias al crecimiento económico, podemos —si lo deseamos— trabajar menos por el mismo sueldo. Comparado con la generación de nuestros padres, la mayoría de las personas llegan actualmente más tarde a su puesto de trabajo, se van antes, disfrutan de pausas más largas para almorzar y tomar café, se toman más vacaciones y les corresponde un mayor número de días de fiesta. Según estadísticas norteamericanas, hoy se trabaja aproximadamente la mitad de horas que hace cien años, habiéndose reducido éstas en un 10% sólo desde 1973, lo que equivale a 23 días al año. Como promedio, los trabajadores estadounidenses han podido gozar de 5 años adicionales de tiempo libre en horario de día desde 1973. Ello también viene motivado por nuestra incorporación cada vez más tardía al mercado laboral, nuestra jubilación más prematura y nuestra mayor esperanza de vida. En 1870, un trabajador occidental tenía dos horas libres por cada hora de trabajo sobre la duración total de su vida; en 1950, esa cifra se duplicó, llegando a cuatro horas libres, para volver a multiplicarse por dos en la actualidad, es decir, hasta las ocho horas libres por hora de trabajo. El progreso de la economía, que se debe en parte a que el comercio nos ha permitido especializarnos, ha hecho posible que reduzcamos considerablemente nuestra jornada laboral y, al mismo tiempo, mejorar nuestro nivel de vida. Nunca nos habíamos ganado la vida trabajando menos horas que en la actualidad.

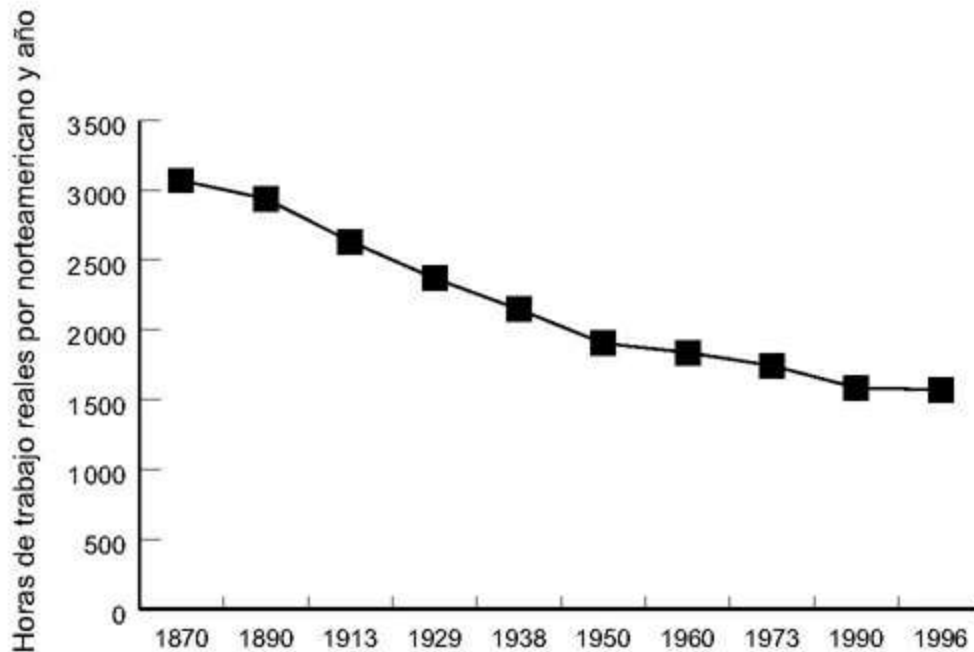
## Reducción de las horas de trabajo de los estadounidenses a lo largo de su vida

Promedio de horas dedicadas al trabajo y al ocio por los norteamericanos



Fuente: Cox & Alm 1999, cap. 3.

## Reducción de la jornada laboral



Fuente: Cox & Alm 1999, cap. 3.

A pesar de todo ello, resulta natural que se hable con frecuencia en el próspero Occidente del estrés. Ello se debe, en parte, a algo básicamente positivo como es el fantástico aumento de las opciones disponibles. En las sociedades preindustriales, en las que los ciudadanos pasaban toda su existencia en el mismo sitio y probablemente no se relacionaban con más de cien personas a lo largo de su vida, era complicado darse cuenta de que no había tiempo para realizar todo lo que se quería hacer. La mayor parte del espacio de ocio se dedicaba a dormir. Hoy en día podemos viajar por todo el planeta, leer periódicos, ver películas de todos los rincones del mundo y tratar con un centenar de personas *al día*. Antes esperábamos a que llegara el correo a nuestro buzón; ahora los mensajes nos esperan a nosotros en la bandeja de entrada de nuestro administrador de correo electrónico. Hemos desarrollado una enorme industria del entretenimiento que nos ofrece un número casi infinito de alternativas para pasar el tiempo en caso de que nos atenace el aburrimiento. No es extraño que el resultado de todo ello sea una cierta frustración por no alcanzar con todo. En comparación con las

dificultades a las que se ha enfrentado el género humano desde el comienzo de los tiempos, y con las que los países en desarrollo luchan aún en nuestros días, debemos considerarlos, pese a todo, como un problema de lujo.

El estrés y el agotamiento crónico en el ámbito laboral son problemas reales, pero, en cierta manera, se trata de nuevas denominaciones para fenómenos ya conocidos de antes. Mientras que aumenta progresivamente el número de trabajadores que solicitan baja laboral por agotamiento crónico, parece que son cada vez menos los que lo hacen por molestias cervicales o problemas psíquicos. Hemos de enfocar este asunto con una cierta perspectiva. En cada época y lugar se tiende a creer que los problemas de uno son los peores. Ello se debe a menudo al desconocimiento e idealización de tiempos pasados. Sin duda, puede resultar perjudicial sentir tamaña pasión por la profesión de uno que se llegue a trabajar en exceso, pero, ¿no es ello preferible a morir de aburrimiento en el trabajo, como les pasa a tantos? No debemos olvidar que el principal problema sigue siendo la gran cantidad de personas cuyo trabajo no les supone desafío alguno ni les enriquece de ninguna manera.

Lo fundamental en el debate sobre el agotamiento crónico y el capitalismo es la posibilidad de hacer frente a la situación de uno y determinar el sistema que da mayores opciones en este sentido. Existe el problema de los empleados que se matan trabajando y de los empleadores que exigen en exceso o son demasiado vagos e imprecisos. Las personas siempre pueden equivocarse. Ahora bien, el capitalismo ofrece a las personas la oportunidad de primar aquello que es más importante para ellos. Puedes optar por bajar el ritmo si consideras que te esfuerzas demasiado, tienes la posibilidad de presionar a tu patrono para que mejore tus condiciones (por ejemplo, a través de tu sindicato) y éste puede reconsiderar tu situación laboral. En lo que respecta a uno mismo, puedes renunciar voluntariamente a determinadas posibilidades para no estar siempre disponible. Uno no necesita comprobar su correo electrónico durante el fin de semana y puedes perfectamente dejar que tu contestador automático reciba las llamadas.

La flexibilidad, es decir, la posibilidad de evitar soluciones rígidas y uniformes, es lo que permite gestionar los problemas de modo más adecuado en el marco de la economía de mercado. Los peores problemas los sufren aquellas personas que ejercen menos poder sobre su propio trabajo, las que no tienen control sobre el momento y la forma de ejecutarlo. Ello es

aplicable, en particular, a las profesiones tradicionalmente desempeñadas por mujeres dentro del sector público, en las áreas de sanidad, atención social y educación.<sup>[8]</sup> Las estructuras burocráticas y políticas alejan los centros de poder, dificultando por tanto la flexibilidad. Las decisiones y reestructuraciones se realizan pasando por encima del personal. Dado que los empleados tradicionalmente sólo tienen un único patrono a quien dirigirse, éste nunca ha tenido necesidad de preocuparse por las necesidades e intereses de sus trabajadores. Es el mismo tipo de monopolización que ha permitido mantener un bajo nivel salarial entre amplios colectivos de mujeres. Si te sientes estresado porque soportas demasiada responsabilidad o libertad, puedes hacer algo al respecto, pero no si ese estrés viene provocado por un sentimiento de impotencia.

La mencionada monopolización también ha hecho que los funcionarios sean más temerosos a la hora de expresar sus opiniones, proponer cambios o criticar a su empleador que las personas activas dentro del sector privado, pese a que, a diferencia de estos últimos, a los empleados estatales se les garantiza por ley su derecho a expresarse libremente. Al no poder recurrir a ningún otro sitio quedan totalmente abandonados a su suerte. Es el doble de frecuente que los funcionarios públicos piensen que van a empeorar su situación laboral en caso de expresar opiniones críticas.

*«Big is beautiful»*

De acuerdo con la concepción del mundo de los movimientos antiglobalización, las multinacionales son las que encabezan la carrera hacia las profundidades antes aludida. Trasladando su producción a los países en desarrollo y explotando a los más desfavorecidos, gracias a una deficiente legislación, se hacen de oro y obligan a otros estados a practicar una política cada vez más indulgente. Así las cosas, los aranceles y las trabas comerciales a las inversiones extranjeras constituyen, según este razonamiento, una defensa de lo nacional, una protección contra el implacable poder corporativo que sólo busca sacar beneficios de las personas. La alternativa a esto es una visión apocalíptica en la que enormes multinacionales dominan el mundo desentendiéndose totalmente de las opiniones y deseos de sus habitantes. Tienen como fatídico mantra (?) que 51 de las 100 economías mayores del

planeta son empresas. Ahí hay que puntualizar que el problema no consiste en que las empresas crezcan, sino en que no haya más países cuya economía progrese. Las grandes empresas no son un problema —pueden originar importantes ventajas asociadas a la producción a gran escala— mientras estén sometidas a la amenaza de la competencia, en caso de fabricar mercancías de menor calidad o mayor coste que otras. No es el tamaño lo que hemos de temer, sino los monopolios.

Con frecuencia se oye decir que el libre comercio ha dado un mayor poder a las empresas. No obstante, en una sociedad liberal, las empresas carecen de poder coercitivo. El poder del Estado se basa en su derecho a recurrir a la fuerza, en última instancia apoyado por sus cuerpos militares y policiales. El poder del que disponen las empresas para, por ejemplo, hacer que la gente trabaje para ellas o paguen sus productos, se fundamenta exclusivamente en que ofrecen algo que los individuos demandan, ya sea empleo o artículos específicos. Naturalmente, las empresas pueden ocasionar graves perjuicios —por ejemplo, al abandonar una localidad pequeña— pero sólo porque antes han ofrecido algo positivo que ahora retiran.

Lo que ha ocurrido en la era de la globalización no es que las empresas hayan adquirido mayores cotas de poder gracias a la desregulación del mercado. Su poder era muy superior antes —y, en ciertos casos, todavía en la actualidad— en el marco de las dictaduras y las economías controladas. Las grandes y poderosas corporaciones siempre han podido escamotear el interés general aliándose con los mandatarios gracias a la protección que se les ha ofrecido en forma de monopolios, aranceles y subvenciones. Para ello sólo les ha bastado hacer una llamada al responsable político de turno. El logro del libre comercio consiste en haber expuesto a la competencia a las empresas. La principal consecuencia de ello es que los consumidores ahora son más libres, pudiendo elegir a placer productos incluso más allá de sus fronteras y rechazando las empresas que no dan la talla.

Históricamente, los casos palmarios de compañías que controlan *de facto* una sociedad los encontramos siempre en regiones donde la competencia brilla por su ausencia. Si vives aislado, en una pequeña aldea o en un país hermético, dependerás de las empresas que haya allí. Uno se ve obligado a comprar lo que le ofrecen y al precio que exigen, con lo cual, un pequeño grupo se enriquece a costa de todos los consumidores. A veces se acusa al capitalismo de haber creado monopolios y carteles, enormes agrupaciones de



compañías que no compiten por ser las mejores, sino por ser las más grandes y anular la competencia. Pero no es el capitalismo lo que las ha creado. Todo lo contrario, el libre comercio y la competencia son la mejor garantía de que algún otro actor se hará hueco en el mercado si la empresa dominante se descuida. Resulta revelador que los primeros monopolios no surgieran en la Inglaterra del siglo XIX, con su política de *laissez faire*, sino en los Estados Unidos y la Alemania de posterior industrialización, países que protegieron sus mercados mediante barreras arancelarias. Por ejemplo, el monopolio del azúcar se perpetúa hoy en día dentro de la Unión Europea a causa de los aranceles a los que está sometido este producto. Ello hace que el precio de un terrón de azúcar europeo duplique o triplique al del resto del mundo.

No es muy frecuente que los capitalistas sean grandes defensores del capitalismo. Lo que más les suele interesar realmente son los monopolios y los privilegios específicos. La implantación de una economía de mercado y de libre comercio es una forma efectiva de arrebatarlos y de obligarles a ofrecernos los mejores servicios y artículos para poder acceder a nuestros recursos. El libre comercio abre las puertas a las empresas para que ofrezcan a un mayor número de consumidores aquello que solicitan, pero no dota a nadie de privilegio o poder coercitivo alguno. La libertad empresarial en una economía de mercado verdaderamente libre es idéntica a la libertad de la que disfruta un chef a la hora de diseñar un menú para los clientes de un restaurante, y no impide que otros chefs —¡incluso extranjeros!— se tomen la libertad de proponer otras cartas que le hagan la competencia. Si hay alguien que ha salido perdiendo en este proceso es el maestra sala que en el pasado ocupaba una posición monopolística.

Eso que reclaman numerosos detractores del libre mercado, es decir, empresas menos preocupadas por obtener beneficios, mercados menos libres, reestructuraciones menos drásticas, etc., pudimos contemplarlo en Rusia tras la caída del comunismo. En este país no se privatizaron las empresas estatales en una licitación abierta, sino que, en la práctica, se regalaron. En muchos casos, resultó que el equipo de dirección y los empleados tomaron las riendas de su antigua empresa. Dado que recibieron la empresa gratuitamente, no necesitaban recuperar el capital invertido mediante la modernización de la producción, con lo cual se

hubieran asegurado beneficios futuros. Teniendo en cuenta que esto hubiera exigido amplias reestructuraciones y numerosos despidos, con el consiguiente malestar entre el conjunto de los trabajadores, se bloqueó por completo la modernización del sector empresarial, lo cual impidió que la economía despegara. En su lugar, lo que se ha hecho en muchos casos es consumir los recursos de las empresas. Con frecuencia, las personas con influyentes contactos políticos se apoderaban de las compañías, pensando más en ampliar su esfera de poder y en rapiñar las corporaciones que en desarrollarlas para la obtención de futuras plusvalías, lo cual sí interesa a aquellos que invierten dinero propio en un proyecto. Además, con ello se dificulta a los actores externos la competencia con estas antiguas empresas, puesto que el sector empresarial ruso está sometido a una batería de aranceles, requisitos de autorizaciones, prolijas y arbitrarias normativas, una muy deficiente protección legal y altas cotas de corrupción. Tras la inicial liberalización de 1992, se puede decir que el proceso se invirtió en Rusia. Paradójicamente, la falta de libertad del sector empresarial ruso desembocó en una enorme libertad para un reducido número de macrocompañías con una excelente cobertura política.<sup>[9]</sup>

Nadie obliga a la gente a aceptar nuevos productos. Si se ganan el beneplácito de los consumidores, es porque éstos los demandan. Incluso las mayores compañías viven gracias al favor que les dispensan los clientes y no tendrían más remedio que cerrar sus puertas mañana mismo si se despreocuparan de éstos. La poderosa Coca-Cola tiene que adaptar la receta de su bebida a cada región, a fin de satisfacer los distintos gustos locales. McDonald's vende hamburguesas de carne ovina en India, de teriyaki en Japón y de salmón en Noruega. El magnate televisivo Rupert Murdoch fracasó en sus intentos de crear un canal asiático de amplio espectro, decidiendo entonces establecer distintos canales acordes con las diferenciadas preferencias de la audiencia.

Allí donde impera la libre competencia, las empresas sólo pueden crecer y aumentar sus ventas siendo mejores que las demás, y únicamente serán capaces de sobrevivir en los mercados internacionales si consiguen mantener

una productividad más elevada. Aquellas que no lo hacen sucumben rápidamente, o bien son adquiridas por otras compañías capaces de aprovechar mejor su capital, bienes inmobiliarios, equipos y personal. El capitalismo es implacable... pero con las empresas que ofrecen productos o servicios anticuados, de baja calidad o caros. Así pues, el temor de que las compañías establecidas puedan crecer sin cesar y finalmente actuar con independencia del mercado no tiene ninguna base real. Las experiencias acumuladas en el país más capitalista del mundo, Estados Unidos, demuestran justamente lo contrario. Ya en los años 30, los críticos del libre comercio empezaron a denunciar los riesgos de la preeminencia de las grandes compañías. Desde entonces hasta hoy, la cuota de mercado de las 25 compañías más grandes no ha dejado de reducirse.

«Entonces, ¿por qué las empresas crecen incluso más que los estados?», replican los antiglobalizadores, apuntalando su pregunta con uno de los datos a los que se recurre con más frecuencia en el debate, a saber, que de las 100 principales economías del mundo, 51 son empresas. Dicha objeción pierde bastante credibilidad al constatar que esa imponente cifra no es correcta. Se basa, de hecho, en la comparación entre las ventas de las empresas y la producción conjunta de los estados respectivos, es decir, el PNB. Pero no son magnitudes comparables. El PNB contiene únicamente el valor que uno aporta a un producto, mientras que las cifras de ventas incluyen el valor que otros han añadido al producto específico. Una empresa que vende una casa no ha creado todo desde el principio, sino que ha adquirido infinidad de servicios, elementos y materiales para fabricar el producto final. Calcular las ventas de una compañía sin sustraer las compras y costes asociados supone sobreestimar su tamaño. Si, por el contrario, tratamos de calcular el valor que esta empresa agrega a la mercancía, nos situaremos en un 25-35% del valor de venta. Entonces comprobaremos de inmediato que sólo 37 de las 100 economías de mayor tamaño del planeta son empresas y que van a parar al final de la lista (entre las 50 principales economías hay solamente 2 empresas). La noción de que las empresas por lo general son mayores que los países se desdibuja aún más al reparar, por ejemplo, en que un pequeño país como Suecia tiene una economía que duplica con creces en tamaño a la mayor compañía del mundo, Wal-Mart. Francia es más de 15 veces mayor y Estados Unidos más de 100. Prácticamente todos los países industrializados superan a todas las empresas. Las 50 empresas más grandes del mundo tienen

un «PNB» equivalente a sólo el 4,5% del de los 50 países más prósperos.<sup>[10]</sup>

Es cierto que, en general, las empresas han crecido en cifras absolutas en los dos últimos decenios, pero otro tanto ha ocurrido con la economía mundial, y, de hecho, a un ritmo ligeramente más rápido. Por tal motivo, las cifras anteriores no demuestran de ninguna manera que las empresas hayan crecido y adquirido más poder que los estados, sino lo contrario. El sector corporativo ha perdido tamaño en relación, por ejemplo, a los países de América del Norte y Asia-Pacífico. Lo interesante aquí es que se trata precisamente de las regiones que más han abierto sus mercados y dado vía libre a la competencia. Gracias a ello, han crecido más rápido que las propias empresas. Por la otra parte, los países que han cerrado sus mercados y no han recibido inversiones, como, por ejemplo, los africanos, se han contraído en relación a las empresas. Por consiguiente, el comercio y las inversiones no se traducen en un mayor poder y riqueza del sector corporativo respecto a los estados, sino que, paradójicamente, parece ser la ausencia de este tipo de globalización el causante de ello.

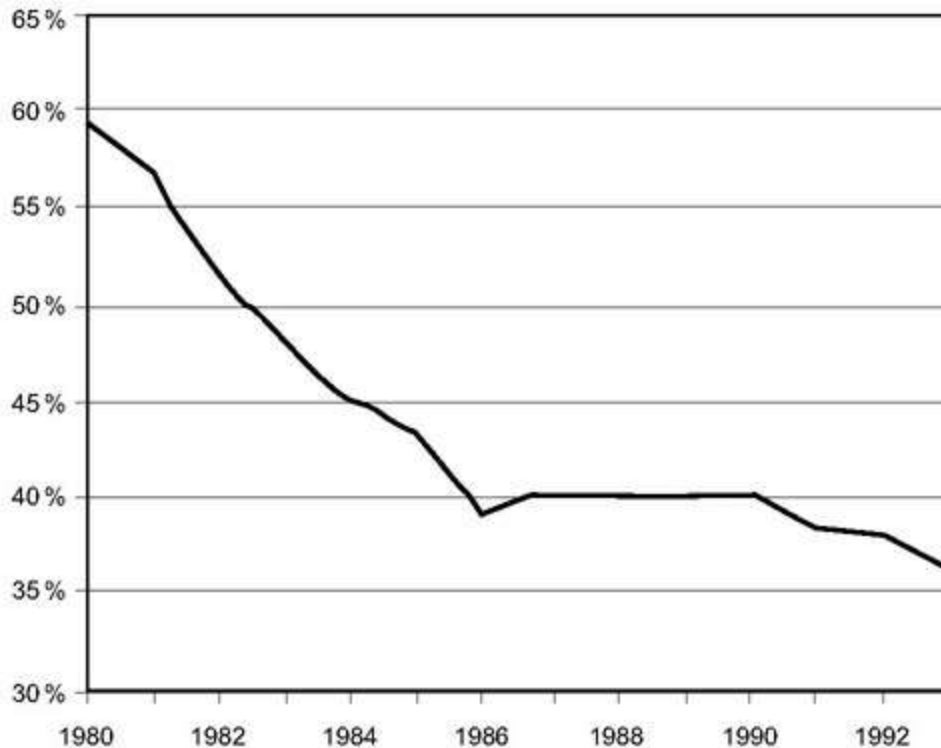
Una mayor liberalización y eficacia de los mercados financieros, con la subsiguiente difusión del capital entre nuevos empresarios con ideas innovadoras, ha hecho más fácil que las pequeñas empresas compitan con las grandes compañías. El desarrollo de las nuevas tecnologías también ha contribuido en este sentido. Entre 1980 y 1993, las 500 corporaciones de mayor tamaño de Estados Unidos redujeron del 15,4 al 12,3% su proporción de activos en relación a los del conjunto de las empresas del país, y bajaron del 16 al 11,3% en lo que respecta a la proporción de puestos de trabajo. Aun recurriendo al problemático indicador esgrimido por los movimientos antiglobalización acerca del peso de las 500 empresas principales y de sus ventas en comparación con el PNB del país, se desploma el mito. De hecho, esta cifra se ha reducido drásticamente, del 59,3 al 36,1%, es decir, casi a la mitad en cuestión de 13 años. Durante ese mismo periodo, descendió el promedio de empleados en las empresas norteamericanas de 16,5 a 14,8 personas, y la proporción de la población empleada en compañías de más de 250 empleados disminuyó del 37 al 29%.<sup>[11]</sup>

Así pues, todo apunta a que la preeminencia de las grandes compañías se atenúa en un mercado liberalizado, donde surge una miríada de empresas más pequeñas y flexibles. A nivel mundial, de las empresas que operan en el

extranjero, la mitad tienen menos de 250 empleados. Buena parte de las mayores no soportan la competencia. De entre las corporaciones incluidas en la lista de las 500 empresas de mayor tamaño de Estados Unidos en 1980, una tercera parte ya había desaparecido en 1990, y otro 40% se esfumó cinco años más tarde. En algunos sectores intensivos en capital, como la industria farmacéutica, de automoción y aeronáutica, el tamaño es más importante debido al alto coste que supone el desarrollo de nuevos productos. Sin embargo, las grandes fusiones en estas áreas no son indicio de un supuesto poder sobre los consumidores, sino una medida necesaria para mantener su competitividad. Sin duda se nos recuerda con reiteración la existencia de las principales marcas, pero olvidamos que todo el tiempo se suman a ellas otras nuevas y que antiguos competidores van cayendo por el camino. ¿Cuántas personas recuerdan que Nokia hace sólo unos años no era más que un pequeño fabricante finlandés de neumáticos y botas de calzar?

## Reducción del predominio de las grandes corporaciones

Ventas de las 500 empresas de mayor tamaño en relación al PNB de EE.UU.



Fuente: Edwards, 2001.

Las compañías que se establecen en otros países no tendrían mercado alguno si nadie quisiera comerciar con ellas y no atraerían mano de obra si no ofrecieran buenas condiciones laborales. Por ser superior su productividad, fabrican artículos más baratos y, en consecuencia, al ser más valiosa la mano de obra para ellos, pagan mejor a su personal y le ofrecen un entorno laboral más adecuado que el de otras empresas. Ello queda claramente de manifiesto al comprobar la situación de los trabajadores en las fábricas y oficinas de empresas norteamericanas con base en países en desarrollo, y al cotejarla con las condiciones habituales en otros lugares del país. Los antiglobalizadores apuntan muy acertadamente que los empleados de los países en desarrollo soportan condiciones mucho peores que los del mundo industrializado, pero esa es una comparación injusta, dado que nuestra productividad está muy por

encima. La comparación realmente interesante, la que ha de determinar si las empresas internacionales basadas en un país en desarrollo son beneficiosas o no, es la situación de sus trabajadores en relación al resto de mano de obra del país. En los países en desarrollo más deprimidos, los empleados al servicio de una compañía norteamericana ganan nada menos que ocho veces el salario medio (¡!). En las naciones de renta intermedia, el sueldo que paga un empleador estadounidense se sitúa tres veces por encima de la media. También en comparación con puestos de trabajo similares en empresas autóctonas modernas, las multinacionales abonan un salario un 30% superior, aproximadamente. Las compañías extranjeras asentadas en los países menos desarrollados pagan a su plantilla de media el doble que las empresas nacionales del sector. Los marxistas sostienen que las multinacionales explotan a los trabajadores sin recursos, pero si la supuesta explotación significa ganar un sueldo varias veces más alto, bienvenida sea, ¿o no?

Otro tanto es aplicable a las condiciones laborales. La OIT (Organización Internacional del Trabajo) ha señalado que son las multinacionales, en particular dentro del sector del calzado y la ropa, las que lideran la tendencia hacia la mejora del entorno laboral. A causa del deficiente nivel de las fábricas de sus subcontratistas en el Tercer Mundo, la empresa de material deportivo Nike ha sido muy criticada por los antiglobalizadores, pero lo cierto es que dicha corporación se encuentra en el grupo de compañías que ofrecen a sus empleados las mejores condiciones, no por generosidad, sino por interés económico. Pueden pagar más gracias a su mayor productividad y son más receptivos a la opinión pública. Por consiguiente, Nike ha exigido a sus proveedores que mejoren sus condiciones, lo cual se ha difundido también entre las empresas autóctonas.

Zhou Latai, uno de los juristas chinos más destacados en el terreno del Derecho laboral, sostiene que los consumidores norteamericanos son los principales impulsores en la optimización del entorno de trabajo, por su capacidad de influencia sobre Nike, Reebok y otros: «Si Nike y Reebok desaparecieran de aquí, también desaparecería esa presión. De eso no me cabe duda.» Algo que, por cierto, Latai cree que puede ocurrir si China no se abre al libre comercio en el marco de la OMC.<sup>[12]</sup>

Las multinacionales, con sus sueldos más elevados y sus lugares de trabajo más salubres, limpios y exentos de maquinaria peligrosa, contribuyen a la

mejora del estándar general. Las empresas nacionales se ven obligadas a ofrecer mejores condiciones porque, de lo contrario, se quedarían sin mano de obra. Esta tendencia es especialmente apreciable en los salarios que se pagan en los países en desarrollo. Como ya se ha mencionado, en los últimos 40 años han pasado del 10 al 30% del sueldo medio en Estados Unidos.

Nike ha exigido también a sus subcontratistas que abran sus puertas a las inspecciones independientes. Global Alliance for Workers and Communities ha encuestado sistemáticamente a sus trabajadores, de forma anónima. De sus entrevistas se desprende que, aunque por supuesto haya quejas, los empleados están satisfechos, en primer lugar, de haber conseguido empleo y, además, sostenían que se trata de un buen trabajo. En las plantas de Indonesia, el 70% de los empleados se habían desplazado desde puntos lejanos para obtener el trabajo, un 75% se mostraba satisfecho de su relación con los superiores y consideraban que podían aportar propuestas e ideas con toda libertad. Esta última cifra es bastante similar a la proporción de funcionarios públicos suecos que no temen expresarse libremente ante su empleador, lo cual sirve para poner en perspectiva estos datos, aunque las preguntas, obviamente, no sean comparables. En las fábricas vietnamitas, el 85% de la plantilla tenía la intención de permanecer al menos tres años más, y un porcentaje parecido se sentía seguro con las condiciones laborales en vigor y la maquinaria utilizada. En las instalaciones tailandesas, sólo el 3% de los entrevistados respondieron que la relación con sus superiores era mala, mientras que el 72% consideraba que ganaban un buen sueldo. Especialmente apreciada era la política de la empresa de proporcionar gratuitamente medicamentos, atención sanitaria, ropa, comida y transporte.

Uno de los poco analistas occidentales que ha visitado en persona a los proveedores asiáticos de Nike para estudiar su situación es Linda Lim, de la Universidad de Michigan. Lim pudo constatar que en Vietnam, donde el salario mínimo era de 134 dólares, los empleados de Nike ganaban 670 dólares. En Indonesia, país con un salario mínimo de 241 dólares, los subcontratistas de la empresa norteamericana ofrecían 720.<sup>[13]</sup> Una vez más es esencial recordar que no hemos de comparar estas condiciones con las imperantes en los países ricos, sino con las alternativas que se brindan a estas personas. Si Nike se retirara de la región a causa de los boicots y las barreras arancelarias de Occidente, sus proveedores tendrían que cerrar las puertas,



condenando al desempleo a sus empleados o bien a trabajos más peligrosos, con salarios más bajos e inestables, dentro del sector industrial o agrícola del país.

En muchos países en desarrollo existen lo que se denomina «zonas francas», fundamentalmente para la industria de la exportación, donde las empresas allí establecidas pueden disfrutar de exenciones tributarias y comerciales específicas. Los movimientos antiglobalización denuncian que en dichas zonas francas las condiciones laborales son inhumanas y de semiesclavitud. Ciertamente se dan casos de irregularidades e, incluso, de abusos flagrantes, y es necesario actuar firmemente para atajar dichas situaciones. Ello ocurre sobre todo en países pobres con regímenes dictatoriales, por lo que no se puede afirmar que la libertad «haya ido demasiado lejos». Es que ni siquiera se conoce. La OCDE ha realizado un estudio de conjunto de estas zonas francas, en el que concluye que se han ofrecido oportunidades laborales a los más desfavorecidos y que los salarios en estas regiones superan al del resto del país. En la gran mayoría de las aproximadamente mil zonas analizadas, se aplicaba la misma legislación laboral que en el conjunto del estado. Cada vez es mayor el número de zonas francas que comprenden que una mano de obra barata no basta para hacer frente a la competencia, instando a las empresas allí asentadas a que inviertan y promuevan la cualificación de sus trabajadores. En este mismo estudio, la OCDE afirma que se puede establecer una relación clara entre el respeto a los derechos fundamentales de los trabajadores (prohibición de la esclavitud y los abusos, libertad de negociación laboral y desempeño de actividades sindicales) y el incremento de las inversiones y el grado de crecimiento.<sup>[14]</sup>

Gracias a su tamaño, las multinacionales pueden financiar la investigación y los proyectos de mayor alcance. Según la OCDE, el 90% de los beneficios de estas empresas se reinvierten en el país donde operan. Teniendo en cuenta que están presentes en varios países, funcionan como canales de transmisión de *know-how*, modelos organizativos más eficaces y tecnologías novedosas. Criticar la existencia de las multinacionales equivale a rechazar sueldos más altos, precios reducidos y una mayor cota de prosperidad. Son estas empresas las que encabezan la carrera internacional hacia la cima. Por cierto, no es sólo en los países en desarrollo donde las corporaciones extranjeras ofrecen mejores condiciones. Las empresas foráneas pagan en EE.UU. sueldos cerca

del 6% superiores a las nacionales, y amplían su personal con el doble de rapidez. Las compañías extranjeras son responsables del 12% de las inversiones en I + D en EE.UU., y gestionan nada menos que el 40% en el Reino Unido.<sup>[15]</sup>

Por supuesto, ello no quiere decir que todas las empresas actúen correctamente, como tampoco lo hacen todos los seres humanos. Obviamente encontramos también personas sin escrúpulos entre los empresarios, al igual que entre la clase política o en el mundo del espectáculo. Podemos hallar ejemplos de compañías que maltratan a su personal, a la población y al medio ambiente. En particular, dentro de la industria primaria existe la tendencia a contemporizar con los regímenes donde opera la empresa, sin importar lo dictatoriales o represores que sean. De lo contrario, no hubieran tenido la oportunidad siquiera de entrar en el país. Pero el hecho de que algunos se comporten mal no es motivo para vetar a las grandes corporaciones ni para impedirles que inviertan, de la misma manera que no disolveríamos el cuerpo de policía porque se dieran casos de atropellos entre ésta, ni echaríamos a todos los inmigrantes porque algunos de ellos sean delincuentes. Sí es razón, sin embargo, para demandar a una empresa en caso de vulnerar la ley y para criticar y boicotear a aquellas compañías que no se comportan debidamente.

Normalmente, el principal problema lo constituyen los regímenes que dan licencia a las empresas, e incluso las incitan, para actuar de forma irresponsable. Debe existir una clara separación entre el estado y el sector empresarial. Los estados han de velar por instituir leyes ecuánimes y las empresas producir y operar de la mejor manera posible en el marco que dichas leyes establecen. Cuando las compañías se atienen a un cuerpo normativo deficiente, el principal remedio ha de ser la reforma del mismo y la crítica de dichas empresas, pero no la obstaculización de sus operaciones. La solución pasa por la democratización de los estados y la promulgación de leyes justas, donde la libertad de uno termine donde empieza la del otro.

La presencia de multinacionales en estados despóticos en muchos casos puede favorecer las aspiraciones democratizadoras. Recordemos que estas compañías son sensibles a las presiones de los consumidores occidentales, puesto que repercute directamente sobre sus ventas. Puede resultar más sencillo influenciar en la política de Nigeria practicando un boicot contra Shell que tratando de presionar al gobierno nigeriano. Esto, por cierto, es el

mensaje de fondo que transmite la activista canadiense Naomi Klein en su libro *No logo*, que ha adquirido una rápida popularidad entre los círculos anticapitalistas. Klein apunta que las grandes corporaciones han intentado crear una imagen positiva en torno a sus marcas mediante muchas décadas de publicidad y *goodwill*. Pero, en cierta manera, el tiro también les ha salido por la culata. Al ser las marcas su principal activo, son enormemente susceptibles a la publicidad negativa. Una compañía puede tardar décadas en edificar un marca para, en cuestión de pocas semanas, ver cómo es derribada por los activistas. Lo cierto es que Naomi Klein debería utilizar este razonamiento como un argumento *en favor* del capitalismo, ya que es posible a todas luces influenciar rápidamente sobre las macrocorporaciones si éstas no se comportan bien en algún sentido. Un vendedor ambulante puede engañarte porque no lo vas a ver más, pero las grandes marcas deben actuar de forma respetable por mero instinto de supervivencia. Se ven impelidas a fabricar productos seguros y de calidad y tratar a sus empleados, clientes y entorno de manera adecuada a fin de que su prestigio no se resienta. Una atención mediática negativa es sinónimo de pérdidas millonarias.<sup>[16]</sup>

La revista *The Economist* también ha podido constatar que la ética empresarial suele superar con creces a la de los gobiernos. La mayoría de las empresas formulan directrices y establecen requisitos para hacer frente a los problemas ambientales y a los abusos sexuales, incluso en países donde estos conceptos ni siquiera han entrado en el vocabulario popular. La mayoría de las compañías habrían despedido a un presidente implicado en escándalos de corrupción, como el ex canciller alemán Helmut Kohl, o envuelto en negocios sucios y líos de índole sexual, como el caso del anterior presidente norteamericano Bill Clinton. Y eso que hablamos de jefes de estado en dos de los países occidentales más democráticos y sólidos.<sup>[17]</sup>

La industria textil bangladeshí ejemplifica la forma en que las compañías extranjeras canalizan experiencias e ideas innovadoras que pueden revolucionar una economía. El empresario local Noorul Quader empezó a colaborar a finales de los 70 con la empresa surcoreana Daewoo. Daewoo vendía por entonces máquinas de coser a Quader y formaba a sus trabajadores. Cuando éste creó su empresa en Bangladesh, Daewoo le ayudó durante un año con la comercialización de sus productos y le asesoró sobre nuevos

métodos de producción, a cambio de un 8% de sus ingresos. En 1980 se inició la producción en Bangladesh con 130 obreros cualificados y dos ingenieros de Corea del Sur, al tiempo que las autoridades aceptaron considerar la exportación de ropa como «zona franca» desregularizada en una economía por lo demás proteccionista. La producción prácticamente se duplicó cada año. En 1987 vendía 2,3 millones de camisetas por un valor de 5,4 millones de dólares. 115 de los 130 trabajadores originales ya habían creado por entonces sus propias empresas textiles, y de no tener ninguna, Bangladesh se encontró de la noche a la mañana con 700 compañías exportadoras de ropa. Hoy en día esa cifra ha pasado a ser más del triple, convirtiéndose así en la principal industria del país, con cerca de un 60% de las exportaciones. Las fábricas emplean a más de 1,2 millones de personas, de las cuales un 90% aproximadamente son mujeres, que han abandonado sus deprimidas aldeas en busca de un trabajo más estable y mejor remunerado. Otros cinco millones trabajan dentro de este sector en su conjunto. Aunque las condiciones laborales a menudo son deficitarias, esta evolución ha traído consigo nuevas posibilidades y salarios más altos, también en el ámbito de las profesiones tradicionales, que ahora deben esforzarse más por atraer mano de obra. [\[18\]](#)

### *Oro y bosques verdes*

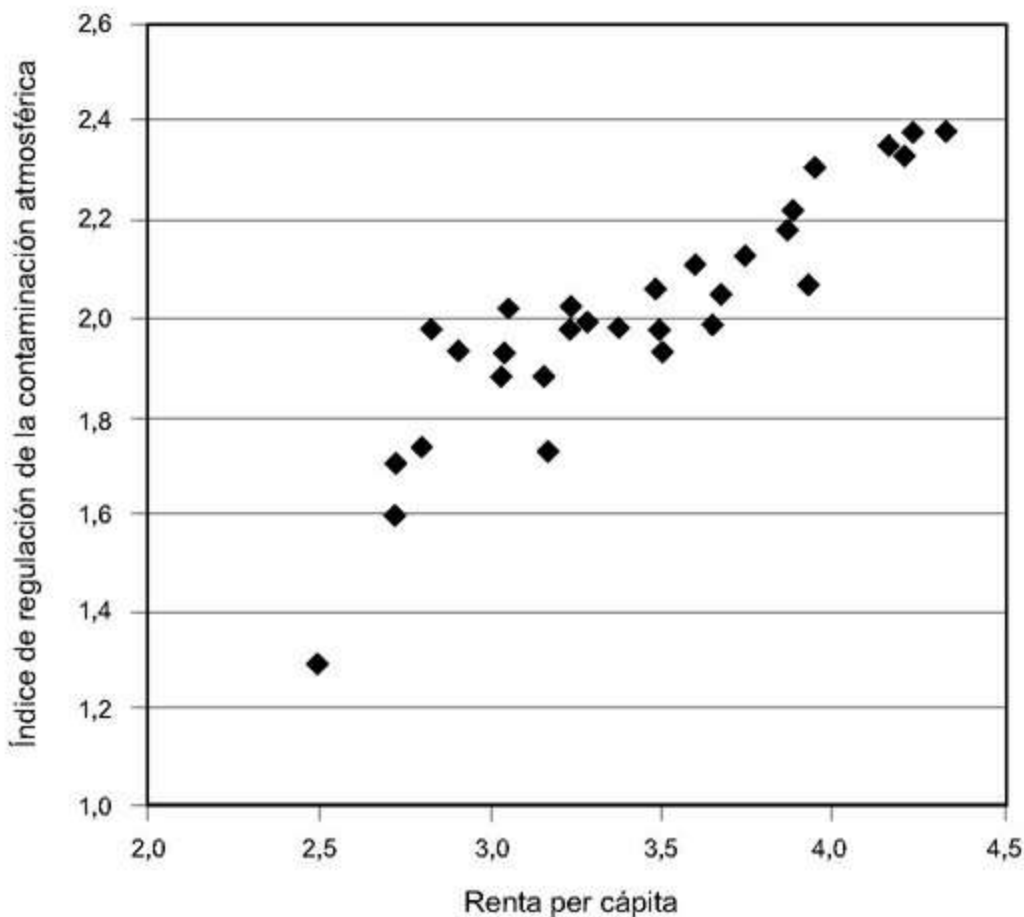
Aunque las multinacionales y el libre comercio resulten ser beneficiosas para el desarrollo económico y la promoción de los derechos humanos en el Tercer Mundo, queda otra objeción: que el medio ambiente es el gran perjudicado de toda esta historia. «Las fábricas de Occidente —según esta teoría— pueden trasladarse a países pobres carentes de legislación en este terreno. Ello produce una mayor contaminación de dichos países y, además, el mundo industrializado debe relajar sus propios requisitos ambientales para poder mantener su ritmo de producción.» Los antiglobalizadores suele apoyar esta tesis con ejemplos puntuales de fábricas establecidas a un lado de una frontera concreta para poder contaminar. Un sombrío argumento que implica

que las personas con mayores opciones, recursos y tecnología se aprovechan de estos factores para maltratar la naturaleza. ¿Tienen que ser antitéticos realmente los conceptos de desarrollo y medio ambiente?

Esta tesis se enfrenta al mismo problema que toda la noción de la carrera hacia las profundidades. Es decir, la realidad la refuta. No se está produciendo ninguna fuga industrial hacia países con bajos niveles conservacionistas ni tampoco existen presiones para recortar la protección al medio ambiente en el mundo, sino todo lo contrario. Las inversiones norteamericanas y europeas van a parar en su mayor parte a países con normativas medioambientales similares. Se ha hablado abundantemente de las fábricas norteamericanas que han traspasado su producción a México tras la firma del tratado de libre comercio conocido como NAFTA; lo que no se conoce tanto es que México, desde que se adhirió a este acuerdo, ha aprobado leyes medioambientales más estrictas, tras una larga historia de completa dejación en este ámbito. Ello se enmarca en una tendencia a nivel global. En todo el planeta, el progreso económico y el crecimiento corren parejos con una mayor protección del medio ambiente. Cuatro investigadores que han analizado este punto declaran que «encontramos una relación positiva muy acentuada entre nuestros indicadores [ambientales] y el grado de desarrollo económico». Al padecer graves problemas económicos, no te puedes permitir dedicar atención al medio ambiente. Por lo general, los países comienzan a proteger sus recursos naturales cuando están en condiciones de hacerlo. Al aumentar su grado de prosperidad, los estados emprenden la regulación de sus vertidos al agua y, cuando se enriquecen aún más, empiezan también a legislar en torno a la calidad del aire.<sup>[19]</sup>

## El progreso económico contribuye a una mayor regulación ambiental

Relación entre prosperidad y legislación ambiental en 31 países analizados.



Fuente: Dasgupta, Mody, Roy & Wheeler, 1995.

El hecho de que el conservacionismo se intensifique con el progreso y el desarrollo económico se debe a una serie de factores. Si las personas apenas tienen algo que llevarse a la boca, carecerán de la posibilidad de primar el medio ambiente. Atenuar su miseria y paliar el hambre va por delante de una eventual protección ambiental. Una vez que mejora nuestro nivel de vida, comenzaremos a otorgar una mayor importancia al medio ambiente y podremos destinar recursos a su preservación. Así ocurría en el pasado en Europa Occidental y así es hoy en día en los países en desarrollo. No obstante, para ello se requiere que la gente tenga la capacidad y la posibilidad

de generar opinión en torno a este tema, y que viva en una democracia, porque, de lo contrario, sus prioridades no se materializarán. Los peores casos de deterioro del medio ambiente los encontramos en las dictaduras. Ahora bien, no se trata sólo de una cuestión de mentalidad; la prosperidad facilita también la protección del medio ambiente. Un país económicamente más pudiente puede permitirse hacer frente a los problemas ambientales, pudiendo desarrollar tecnología ecológica (sistemas de desagüe, depuración de gases de escape, etc.) y rectificar los errores del pasado.

La evolución global en las cuestiones ambientales recuerda más a una carrera hacia la cima bajo el «efecto California» que a una carrera hacia las profundidades. Esta denominación se debe a las leyes contra la polución del aire («Clean Air acts») aprobadas en dicho estado norteamericano a principios de los 70, que posteriormente serían endurecidas. Estas estrictas normas sobre emisiones exigieron un gran esfuerzo a los fabricantes de automóviles. No faltaron pájaros de mal agüero que predijeron la huida de las fábricas y empresas a otros estados, de forma que California en breve se vería obligada a dar marcha atrás. Ocurrió justamente lo contrario, es decir, que los demás estados subieron poco a poco su listón de requisitos ambientales. Las empresas necesitaban acceder al opulento mercado californiano. Así pues, todos los fabricantes norteamericanos de automóviles se esforzaron por desarrollar nuevas tecnologías que permitieran reducir las emisiones a la atmósfera. Una vez conseguido, resultaba sencillo ajustarse a requisitos igualmente exigentes en otros estados, lo cual llevó a éstos a endurecer sus leyes. Los movimientos antiglobalización suelen afirmar que el deseo de lograr beneficios y el libre comercio llevan a las empresas a secuestrar a los políticos en la carrera hacia las profundidades. El efecto California demuestra lo contrario: que el ánimo de lucro y el librecambio hacen que los políticos puedan arrastrar consigo a las empresas en una carrera hacia la cima.

Esta circunstancia se debe a que la conservación del entorno supone una parte ínfima de los costes para la mayoría de las empresas, que prefieren un agradable clima empresarial, dentro de un marco económico liberal y con acceso a mano de obra cualificada, a un entorno natural inadecuado. Analizando los estudios realizados en esta área, se puede concluir que no hay indicio alguno que sugiera que las normativas medioambientales aplicadas en los distintos países hayan llevado a una disminución de las exportaciones o a

la reducción del número de empresas que operan en dicho país.<sup>[20]</sup> Estos resultados restan credibilidad a los argumentos tanto de las compañías que se manifiestan en contra de las normas ambientales de este tipo, como de los colectivos ecologistas que sostienen la necesidad de poner coto a la globalización por motivos preservacionistas.

Apreciamos en todo el planeta señales incipientes de la carrera hacia la cima derivada del efecto California. La globalización ha permitido a varios países la rápida adopción de nuevas tecnologías, por lo general mucho más ecológicas. Un par de investigadores han estudiado la producción de acero en 50 países distintos. Concluyen que los países con una economía más abierta han sido los primeros en recurrir a técnicas menos contaminantes y que la producción de éstos origina un 20% menos de emisiones que la equivalente en los países cerrados al exterior. Decisivo en este proceso son las multinacionales, que pueden extraer numerosas ventajas de una producción uniforme con una tecnología homogénea. Su flexibilidad a la hora de reestructurarse les permite contar con una maquinaria más moderna. Además, prefieren emplear de forma inmediata la tecnología más avanzada y ecológica disponible, para así evitar verse obligados a reforzarla posteriormente a un coste más elevado, en caso de endurecerse las leyes medioambientales.

En Brasil, México y China, los tres países que reciben un mayor volumen de inversiones extranjeras, se puede apreciar un elemento común: cuantas más inversiones absorben, mayor control ejercen sobre la contaminación atmosférica. Durante la era de la globalización se ha conseguido atenuar las peores formas de polución en los núcleos urbanos. La producción de las empresas occidentales que transfieren sus actividades a países en desarrollo es considerablemente más ecológica que la nacional. Además, las compañías extranjeras muestran una mayor disposición a respetar la legislación medioambiental, en lo que influye mucho el hecho de contar con importantes marcas por las que velar. Sólo un 30% de las empresas de Indonesia cumplen con la normativa ambiental del país, a comparar con un 80% de las multinacionales establecidas en el país que sí la respetan. Una de cada diez corporaciones extranjeras ofrecía un nivel claramente superior al exigido por la ley. Se trata de un proceso que podría acelerarse con la apertura de las economías. Una medida especialmente acertada sería suprimir los incomprensibles aranceles que imponen los estados del mundo a las



tecnologías ecológicas.<sup>[21]</sup>

En ocasiones se oye decir en el marco del debate público que los países desfavorecidos del Sur no pueden alcanzar las mismas cotas de prosperidad que los países ricos del Norte por motivos medioambientales. Por ejemplo, en una compilación de ensayos recogidos bajo el título *Environmentally Significant Consumption* y publicado por la Academia Nacional de las Ciencias de Estados Unidos, el antropólogo Richard Wilk airea su inquietud al respecto:

Si todo el mundo desarrollara el deseo de llevar un estilo de vida consumista a la Occidental, el incesante aumento del consumo, del empleo de energía, de la generación de residuos y de las emisiones podría resultar desastroso.<sup>[22]</sup>

Los estudios, sin embargo, demuestran que se trata de una concepción totalmente errónea, porque es en los países en desarrollo donde hallamos los problemas ambientales más serios y perniciosos. En nuestra pudiente región del mundo, hablar de problemas ambientales es, para cada vez más gente, aludir a zonas verdes amenazadas, mientras que en los países en desarrollo mueren 6.000 personas al día a causa de la contaminación del aire originada por los fuegos con leña, los excrementos de vaca y los desechos vegetales que se guardan dentro del hogar para calentarse y cocinar. Según estimaciones del PNUD, hasta 2,2 millones de seres humanos mueren al año sólo por intoxicación a causa del aire que respiran en sus casas. Se trata así pues de «efectos ambientales devastadores» *más que palpables*, mucho más destructivos que la contaminación ambiental y las emisiones de las fábricas. Impedir la mejora del nivel de desarrollo equivale a condenar cada año a millones de personas a una muerte prematura.

Tampoco es cierto que el deterioro del medio natural, en su concepción moderna, se agrave ineludiblemente de la mano del crecimiento económico, sino que su evolución sigue una curva en U invertida. Cuando la economía despegar en un país extremadamente pobre y las chimeneas empiezan a expulsar humo a borbotones, ello repercute negativamente sobre el ambiente, pero una vez alcanzado un nivel suficiente de prosperidad, se iniciará la mejora de los indicadores medioambientales, las emisiones se reducirán y el agua y el aire albergarán concentraciones cada vez inferiores de contaminantes. Los peores problemas ambientales no los encontramos en

ciudades como Madrid, Nueva York o Zürich, sino en Pekín, Ciudad de México y Nueva Delhi. Aparte de los factores ya mencionados, desempeña un papel importante la reconversión de la estructura económica desde una producción intensiva en materia prima a otra basada en la información. En una economía moderna, la industria pesada y contaminante cede el paso en gran medida a las empresas de servicios. Las entidades bancarias, consultorías y empresas informáticas no impactan tanto sobre el medio natural como las fábricas viejas.

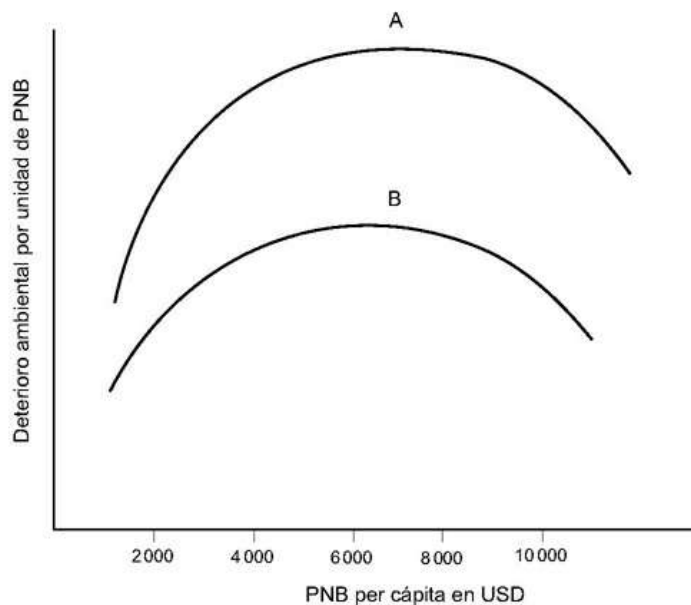
De acuerdo con un estudio basado en los datos ambientales disponibles, el punto de inflexión suele producirse antes de alcanzarse los 8.000 dólares de renta per cápita. En torno a la cota de los 10.000 dólares, los investigadores han detectado una relación positiva entre crecimiento y mejora de la calidad del aire y el agua.<sup>[23]</sup> Ello equivale aproximadamente al nivel de vida de Argentina, Corea del Sur y Eslovenia. Podemos establecer una comparación con los países nórdicos, cuya renta per cápita se sitúa entre los 20.000 y 30.000 dólares, donde se ha registrado una incesante mejora en lo relativo al medio ambiente desde la década de los 70. Precisamente en esa década se hablaba constantemente del *smog* que cubría las ciudades norteamericanas, sin duda con toda la razón, puesto que el aire alcanzaba niveles considerados nocivos entre 100 y 300 días al año. Ahora la frecuencia se ha rebajado a 10 días al año. La única excepción es Los Angeles, con unos 80 días, lo que, pese a todo, supone una disminución del 50% en sólo un decenio.<sup>[24]</sup> Vemos una tendencia similar en el resto de los países industrializados (por ejemplo, en Tokio, donde los agoreros hace sólo unas décadas vaticinaban que en el futuro sería necesario protegerse con mascarillas de oxígeno del aire contaminado).

Aparte de otros efectos positivos derivados de la mejora del nivel de vida en los países en desarrollo, tales como no pasar hambre y evitar ver morir a tus hijos, superado un punto crítico específico se empieza a progresar en la preservación del entorno. Además, dicho punto de inflexión se adelanta cada vez más en dichos países, ya que tienen la opción de aprender de los errores de los países desarrollados y aprovechar su tecnología más avanzada. Un ejemplo de ello es la calidad del aire en las enormes ciudades chinas, que son las más contaminadas del mundo. Desde mediados de los 80 se ha contenido el nivel de contaminación y, en algunos casos, reducido progresivamente, al

tiempo que se experimentaba una expansión fenomenal.

El estadista (¿?) danés y miembro de Greenpeace Bjørn Lomborg, asistido por una decena de estudiantes, examinó hace unos años un conjunto de estadísticas y datos relacionados con los problemas ambientales del planeta. Para su sorpresa descubrió que algo que siempre le había parecido obvio, es decir, que el medio ambiente global está cada vez más deteriorado, no se correspondía en absoluto con los resultados oficiales. Al contrario, cada vez hay menos contaminación atmosférica, menos problemas de vertidos, los recursos no se están agotando, el hambre afecta a un número decreciente de personas y la gente vive más años. Lomborg recopiló todos los datos oficiales a los que tuvo acceso, dentro del mayor espectro posible, y los publicó en el libro *El ecologista escéptico*. La imagen que transmite supone una rectificación fundamental de las tradicionales visiones apocalípticas que aparecen con tanta frecuencia en los titulares de los periódicos.

#### El progreso económico reduce el deterioro ambiental



A = Promedio de los países en 1960  
B = Promedio de los países en 2000

Como puede comprobarse, la degradación medioambiental no sólo decrece con el progreso económico, sino también, a largo plazo, en todos los niveles de renta.

Fuente: Banco Mundial, 1992.

Lomborg demuestra que en las últimas décadas ha disminuido el nivel de contaminación atmosférica y las emisiones. También se ha recortado

sustancialmente el vertido de metales pesados, la de óxidos de nitrógeno en un 30% y las emisiones de azufre en cerca del 80%. En los países menos desarrollados siguen aumentando los problemas, pero en cada nivel de crecimiento ha bajado en un 2% la densidad anual de partículas sólo en 14 años. En el mundo industrializado han menguado drásticamente los vertidos de fósforo al mar y el importante descenso de la presencia de colibacilos en aguas costeras ha permitido abrir al público numerosas playas antes clausuradas.

Lomborg deja patente que no estamos asistiendo a una deforestación a gran escala, sino todo lo contrario. Entre 1950 y 1994, los bosques del mundo han pasado de 40,24 millones de km<sup>2</sup> a cubrir 43,04 millones de km<sup>2</sup>. El autor explica también que la lluvia ácida nunca ha acabado con grandes extensiones forestales. Lomborg rastrea hasta sus fuentes el dato tan frecuentemente citado como erróneo de que cada año se extinguen 40.000 especies vivas, para descubrir que se basa en una suposición formulada hace 20 años y posteriormente difundida entre círculos ecologistas. Los casos documentados de extinción en los últimos 400 años se reducen a *poco más de mil especies*, de las cuales el 95% aproximadamente son insectos, bacterias y virus. Lomborg señala que el problema del vertido de residuos es menos grave de lo que nos suponíamos. El volumen de residuos que Dinamarca generará en los próximos cien años cabe en una fosa de 3 km<sup>2</sup> de extensión y 33 metros de profundidad, incluso sin reciclaje alguno. El académico nos ilustra también sobre la manera en que puede ayudarnos a resolver los retos futuros una mayor cota de prosperidad y una tecnología más avanzada. Toda el agua dulce que el mundo consume en la actualidad podría producirla una planta desalinadora impulsada por células solares de un tamaño equivalente al 0,4% del desierto del Sahara.

Por lo tanto, la creencia de que la expansión económica resulta necesariamente nociva para el medio ambiente es equivocada. Igual de desacertada es la afirmación de que nos haría falta un número indeterminado de planetas Tierra si todo el mundo consumiera al ritmo que lo hace Occidente, una tesis propagada habitualmente por los ecologistas, que deja de lado las emisiones y la contaminación y se centra en el supuesto agotamiento de los recursos si todos imitaran el estilo de vida del mundo industrializado.

Es innegable que algunas de las materias primas que empleamos hoy en

día, en las proporciones actuales, no bastarían para todo el planeta si el conjunto de sus habitantes consumieran las mismas cosas. Sin embargo, podría aplicarse otro tanto a un opulento hombre de la Edad de Piedra que afirmara que si todo el mundo llegara a su mismo nivel de consumo, se acabarían las piedras, la sal y las pieles. El consumo de materias básicas no es algo estático. Conforme va progresando económicamente un número creciente de personas, se empieza a sondear el eventual aprovechamiento de otras materias primas. El género humano no cesa de mejorar su tecnología para la explotación de materias primas antes inaccesibles y disfrutamos de un nivel de prosperidad que nos permite hacerlo. Nuevos inventos permiten sacar un mayor partido a las materias básicas tradicionales y facilitan el reciclaje de los residuos. Hace 150 años, el petróleo era una sustancia negra y pegajosa que uno prefería no pisar y mucho más tenerla debajo de los cultivos, pero, al adquirir interés como medio de suministro energético, se desarrollaron métodos para su explotación, siendo hoy en día uno de nuestros recursos fundamentales. La arena nunca ha sido un elemento especialmente interesante ni valioso, pero ahora se ha convertido en una materia prima esencial para el medio de producción más poderoso de nuestra época: el ordenador. Concretamente en forma de silicio, que constituye una cuarta parte de la superficie terrestre y con el que fabricamos chips.

Existe un sencillo mecanismo comercial que impide que surjan carencias. En caso de producirse un déficit de una materia prima determinada subirá el precio de ésta. De esa forma aumenta el interés de todo el mundo por administrarla adecuadamente, incrementar su disponibilidad, reciclarla y tratar de encontrarle sustitutos. Si echamos un vistazo a los precios de las materias primas en las últimas décadas comprobamos que la tendencia es descendente y que los metales nunca han sido tan baratos como hoy día. Los precios bajan, lo cual indica que la demanda no supera a la oferta. En relación a los salarios, es decir, si calculamos el tiempo que tenemos que trabajar para poder adquirir una materia básica, actualmente los recursos naturales son la mitad de caros que hace medio siglo, y cuestan un 80% menos que hace cien años. En el año 1900, la electricidad era ocho veces más cara, el carbón siete y el precio del petróleo quintuplicaba el de ahora.<sup>[25]</sup> La amenaza de una posible escasez se reduce constantemente, puesto que los nuevos hallazgos y una explotación mas eficaz permiten la continua ampliación de las reservas

disponibles.

En un mundo donde la tecnología avanza sin descanso, las estimaciones estadísticas pierden su interés y generan conclusiones erróneas. Con un simple cálculo, Lomborg constata que si disponemos de una materia prima a la que le quedan cien años de explotación, cuya demanda se incrementa anualmente en un 1%, su reciclaje se intensifica y/o su rendimiento aumenta en un 2%, dicho recurso *nunca se agotará*.

Aparte de ello, en caso de déficit, la mayoría de los recursos pueden reciclarse con ayuda de una tecnología efectiva. Hoy día, por ejemplo, se recicla un tercio del acero mundial. Además, los métodos cuentan con tiempo para desarrollarse antes de que se consuman los recursos. No hace muchos años, todo el mundo estaba convencido de que la totalidad de los ciudadanos chinos nunca podría llegar a disponer de teléfono, ya que para ello se precisaba de varios cientos de millones de personas que conectaran manualmente las llamadas. No se «agotaron» las personas, sino que la tecnología evolucionó. Entonces se arguyó que difundir la telefonía en toda China era una imposibilidad física, puesto que no había cobre suficiente en el mundo para cubrir el país con el grueso cableado telefónico necesario. Pero, antes de que ello pudiera convertirse en un problema, empezaron a utilizarse la fibra óptica y los satélites en lugar del hilo de cobre. El precio de este metal, que se creía destinado a desaparecer, se ha reducido imparablemente, siendo en la actualidad diez veces más barato que hace dos siglos. En casi todas las épocas, la Humanidad se ha preocupado por el agotamiento de sus principales materias primas, pero, en las pocas ocasiones que ello ha ocurrido, normalmente ha afectado a lugares aislados y empobrecidos, no a zonas abiertas al comercio y prósperas. Afirmar que los habitantes de África, donde se muere por miles cada día a causa de carencias más que reales, nunca podrán llegar a disfrutar de un nivel de vida similar al nuestro por el teórico riesgo de una falta de recursos no es sólo estúpido, sino también injusto.

Los problemas medioambientales no se resuelven por sí solos. Se requiere de una legislación apropiada que impida el deterioro del agua, la superficie terrestre y el aire. Se necesitan sistemas de tributación ecológica que disuadan a los actores contaminadores a la hora de dañar el medio de otros. Hay muchos puntos relacionados con el medio ambiente que exigen normativas y acuerdos internacionales, lo cual supone una serie de desafíos totalmente nuevos. Por ejemplo, las emisiones de dióxido de carbono tienden a

incrementarse —y no a reducirse— cuando un país progresa. En el debate sobre comercio y medio ambiente, lo más importante es dejar claro que avanzar en este terreno resultará más fácil en el marco de una economía liberal y en expansión, puesto que ésta puede recurrir a las soluciones más eficaces y a la tecnología más moderna disponible en el mundo. El futuro nos va a deparar retos inesperados, tanto naturales como de tipo humano. Para poder hacerles frente de forma adecuada, es preferible disponer de los recursos suficientes y de una ciencia desarrollada.

En muchos casos hemos de atribuir los avances registrados en el campo medioambiental al capitalismo, al que se suele acusar precisamente de lo opuesto. La introducción de la propiedad privada presupone la existencia de propietarios con ambiciones a largo plazo. Por ejemplo, el dueño de un terreno debe velar por que en el día de mañana también haya en este lugar una tierra en buen estado o árboles sanos, ya que, de lo contrario, no ingresará nada por la parcela cuando llegue la hora de venderla. Si la propiedad es colectiva o estatal, nadie tendrá ese interés a largo plazo, sino todo lo contrario; querrán apoderarse rápidamente de los recursos antes de que lo haga cualquier otro. Los bosques tropicales de la Amazonia empezaron a explotarse a velocidad vertiginosa en los años 60 y 70 por tratarse de terrenos comunales, y sigue siendo así hoy en día. Sólo un 10% aproximadamente de la selva amazónica está reconocida oficialmente como propiedad privada, pese a que los indios en la práctica poseen y habitan grandes zonas de ella. La ausencia de derechos de pesca claramente definidos hacen que haya flotas pesqueras (fuertemente subvencionadas) que tratan de esquilmar los mares del mundo antes de que se les adelanten otros. Así pues, no ha de sorprendernos que la mayor destrucción medioambiental que ha contemplado la historia haya tenido como escenario las dictaduras comunistas, donde toda la propiedad era colectiva.

Hace unos años se fotografiaron los límites del Sahara, con un desierto que no cesaba de extenderse. La superficie presentaba un aspecto amarillento y reseco por todas partes, debido a la sobreexplotación de los terrenos comunales por parte de las poblaciones nómadas, que posteriormente habían sido abandonados. Pero en mitad de ese paisaje desértico destacaba un pequeño oasis verde, que resultó ser una finca privada, cuyos propietarios pudieron evitar la explotación excesiva del terreno y desarrollar una

ganadería sostenible de alto rendimiento.<sup>[26]</sup>

A veces se critica el comercio y los transportes de mercancías por el perjuicio que suponen para el medio ambiente, pero esto es algo que puede atajarse mediante sistemas de transporte y técnicas de depuración más eficaces, así como con tasas ecológicas para que el hecho de ensuciar repercuta en el precio. Además, con frecuencia los transportes por carretera son más nocivos para el entorno que los transportes marítimos de largo recorrido. La producción y el consumo conllevan importantes problemas ambientales, que el comercio puede ayudar a paliar, independientemente de su efecto sobre el crecimiento. El comercio contribuye a optimizar el empleo de los recursos de un país. Los productos se fabrican en los lugares donde el coste y el impacto sobre el medio ambiente resulta inferior. Por ese motivo, conforme se van mejorando los métodos, se reduce continuamente la cantidad de materias primas necesarias para manufacturar un producto. Con ayuda de procesos de producción modernos, actualmente se precisa un 97% menos de metal para fabricar una lata de refresco comparado con hace 30 años, gracias, entre otras cosas, al empleo de un aluminio más ligero. Un automóvil de nuestra época contiene sólo la mitad del metal que 30 años atrás. Por ello es mejor fabricarlo a bajo coste allí donde existe la tecnología necesaria, en vez de que todos traten de producirlo por su cuenta, con el consiguiente despilfarro de recursos. Para un país frío resulta más ecológico importar, por ejemplo, carne procedente de países más cálidos, que invertir los medios necesarios al objeto de producirla por su cuenta (fabricación de piensos, edificación y sistemas de calefacción de los establos, etc.).

Si los estados realmente creyeran en la economía de mercado, dejarían de subvencionar con fondos públicos la energía, la industria, la construcción de carreteras, la pesca, la agricultura y muchas cosas más. Estas ayudas tienen como efecto mantener con vida actividades que, de lo contrario, hubieran sucumbido, o bien se llevarían a cabo con métodos más eficaces o en lugares distintos. La organización ecologista Worldwatch Institute sostiene que los contribuyentes del mundo deben desembolsar unos 650.000 millones de dólares al año para financiar actuaciones perjudiciales para el medio ambiente. Según dicho instituto, la supresión de éstas permitiría una bajada de impuestos del 8%. Sólo en Estados Unidos, cada familia dejaría de pagar 2.000 dólares de impuestos al año.<sup>[27]</sup>



La producción cárnica dentro de la Unión Europea supone un ejemplo de que no sólo el entorno, sino también los animales, pueden sufrir a causa de los sectores industriales improductivos. Subvencionar la ineficaz cría de animales en la UE es una verdadera locura, que ha desembocado en difíciles condiciones de vida para éstos, con duros transportes en espacios mínimos y, durante una época, su alimentación a base de harina procedente de los cadáveres de sus congéneres. Una solución más adecuada sería suprimir los aranceles agrarios e importar carne, por ejemplo, de Sudáfrica, donde las bestias pueden moverse y pastar libremente sobre amplias superficies antes de su sacrificio. Esta alternativa se ve imposibilitada por los prohibitivos aranceles existentes. Durante la crisis de las vacas locas, McDonald's, por ejemplo, trató de evitar en varias de sus franquicias europeas la peligrosa carne comunitaria en sus hamburguesas, pero no se le permitió importarla de Sudamérica. Los cuartos delanteros de la res, de los que se extrae la carne picada, estaban gravados con tasas aduaneras de varios cientos por ciento.

## 6. ¿Es irracional el capital internacional?

### *El colectivo sin líder aparente*

«La maquinaria de la economía de mercado tal vez sea capaz, tras denodados esfuerzos, de levantar un país hacia horizontes de bienestar, pero sus vientos huracanados pueden volver a derribarlo en cuestión de un mes», sostienen los detractores del capitalismo. Esbozan además un panorama compuesto por especuladores irracionales que invierten de forma salvaje y luego se largan con el capital acumulado cuando el «rebaño» centra sus miradas en otros destinos. Se quejan de que cada día atraviesan las fronteras 1.500 millones de dólares, como si este hecho fuera de por sí un problema. Los mercados financieros son, en palabras de Björn Elmbrant, «un colectivo global sin líder aparente que va dando tumbos y tropieza con sus propios pies».<sup>[1]</sup>

Resulta fácil sembrar la inquietud en torno a los mercados financieros, que se dibujan como entes abstractos por ser muy reducido el número de personas que mantienen un contacto directo con ellos. Sólo se conocen sus efectos, lo cual los hace muy susceptibles a la mitificación. Las enormes fuerzas que generan llevó a uno de los asesores financieros del presidente Clinton a exclamar que «en mi próxima vida quisiera reencarnarme en un mercado de obligaciones». Destacados analistas de izquierdas gustan de señalar pautas de comportamiento de los mercados bursátiles que pueden resultar extrañas si uno no comprende su origen. De esta manera se transforma al mercado en algo sospechoso. El accionista de una empresa se alegra cuando ésta recorta su plantilla, lo cual no significa que se regocije con el desempleo, sino que esa medida puede incrementar la productividad y reducir los costes de dicha corporación.

«Pero las bolsas norteamericanas suelen subir cuando aumenta el desempleo. ¿No indica ello que se regodean en la desgracia de los demás?» Pues no, simplemente es un indicio de que los inversores son conscientes de que la Reserva Federal estadounidense interpreta el incremento del paro como una señal de recesión y de moderación del riesgo de inflación y, en

consecuencia, sube el tipo de interés. La bolsa se deleita con ese lubricante de la economía conocido como «bajada de los tipos de interés», no con el aumento de la tasa de desempleo. No es más extraño que el hecho ya de por sí peculiar de que la bolsa a veces se revalorice con la caída de los indicadores coyunturales y la desaceleración del crecimiento. «Muy bien, debe significar que nos encaminamos por fin hacia un descenso de los tipos», piensan los inversores para sus adentros.

«En cualquier caso, las oscilaciones bursátiles son cada vez más bruscas. Esto es innegable. ¿No es eso ya un indicio de que los inversores han perdido la visión a largo plazo y sólo actúan en manada?» Puede haber algo de verdad en esa afirmación. Por supuesto, el mercado no es perfectamente racional en todas las situaciones, sea cual fuere el significado que queramos atribuir a dicho adjetivo. La irregular evolución de los valores bursátiles en estos últimos años, sobre todo los correspondientes a las consultorías radicadas en Internet, cual si se tratara de una montaña rusa, demuestra que las expectativas desmedidas y las cotizaciones erróneas son elementos naturales de un mercado que se centra en el futuro, pero también evidencia que los excesos no pueden mantenerse *ad infinitum*. Las perspectivas desmesuradas no bastan para compensar la ausencia de contenido real de una empresa.

Uno de los motivos de dichos vaivenes no es una visión a corto plazo, sino un excesivo énfasis de los mercados de valores sobre el largo plazo. Antes, con el tradicional modelo de compañías industriales, era sencillo vaticinar su futuro a partir de datos históricos sobre inversiones y ventas. En consecuencia, la cotización de las empresas se caracterizaba por su estabilidad. Sin embargo, en los sectores de nuevo cuño, con un mayor componente de investigación y perspectivas más inciertas en lo referente a las ventas, puede resultar más complicado prever la trayectoria de ventas en un plazo más prolongado. No es tan fácil adelantar si la compañía se va a llevar el gato al agua o si se hundirá en la miseria. ¿Cómo podemos saber si una empresa que hoy desarrolla nuevos modelos de teléfonos móviles va a permanecer en el grupo de cabeza dentro de diez años? La incertidumbre hace que toda indicación sobre las perspectivas de futuro produzca sacudidas. Otro tanto es aplicable al conjunto de la Bolsa cuando surgen dudas acerca de la progresión de la economía. Cada esbozo de lo que puede deparar el futuro, tanto de expansión como de recesión, tendrá un efecto inmediato en el mercado de valores.

Si esto es así, ¿cómo será con las empresas totalmente orientadas hacia el futuro, por ejemplo, aquellas que investigan medicamentos? Es posible que no existan en diez años, pero, ¿quién te asegura que no van a dar con la añorada vacuna contra el VIH? Porque entonces sus accionistas pasarán a ser millonarios... Por lo tanto, pueden formarse «burbujas» por causas más que razonables. Aunque todo indique que un caballo no vaya a ganar una carrera, puede haber motivos para apostar por él cuando las ganancias potenciales son lo suficientemente elevadas. No obstante, considerados en su conjunto los diversos ciclos económicos, *no* parecen haberse acentuado las fluctuaciones de las cotizaciones bursátiles de las empresas tradicionales.

Pues bien, no faltan críticos de la economía de mercado que afirman no tener nada en contra de los mercados financieros nacionales. El problema, según ellos, es el «hipercapitalismo», o sea, el capital ilimitado que hace estragos por el mundo entero sin necesidad siquiera de mostrar su pasaporte en las fronteras. Se dice de él que es un capital impetuoso, más preocupado por los eventuales beneficios del siguiente trimestre que por el desarrollo sostenible y la innovación tecnológica. Sin embargo, la defensa de la movilidad del capital es una cuestión de libertad, pero no de la «libertad del capital» que denuncian los oponentes, puesto que el capital no es una persona que pueda disfrutar o no de libertad. Hablamos de la libertad de los seres humanos para decidir por su cuenta sobre sus recursos, como, por ejemplo, la libertad de invertir tus ahorros donde crean más conveniente (de hecho, los fondos de pensiones son los principales inversores del mercado internacional). Más de la mitad de los hogares estadounidenses poseen acciones, ya sea de forma directa o a través de fondos de pensiones. Ellos *son* el mercado. Se trata también de que las empresas puedan actuar con libertad en su búsqueda de financiación en otros países. Las fábricas y oficinas no se generan por sí solas, sino que requieren de capital. La posibilidad de que ello ocasionara el estrangulamiento de un desarrollo sostenible se ve refutada por el hecho de que dichas tendencias se han visto acompañadas de investigación e innovación en dosis crecientes. En el positivo desarrollo global de los últimos años se ha revelado fundamental las mayores cotas de libertad adquiridas, puesto que hace posible colocar el capital allí donde ofrece un mayor rendimiento y, en consecuencia, se aprovecha del modo más eficaz.<sup>[2]</sup>

Este planteamiento resulta más fácil de entender si en vez de las fronteras

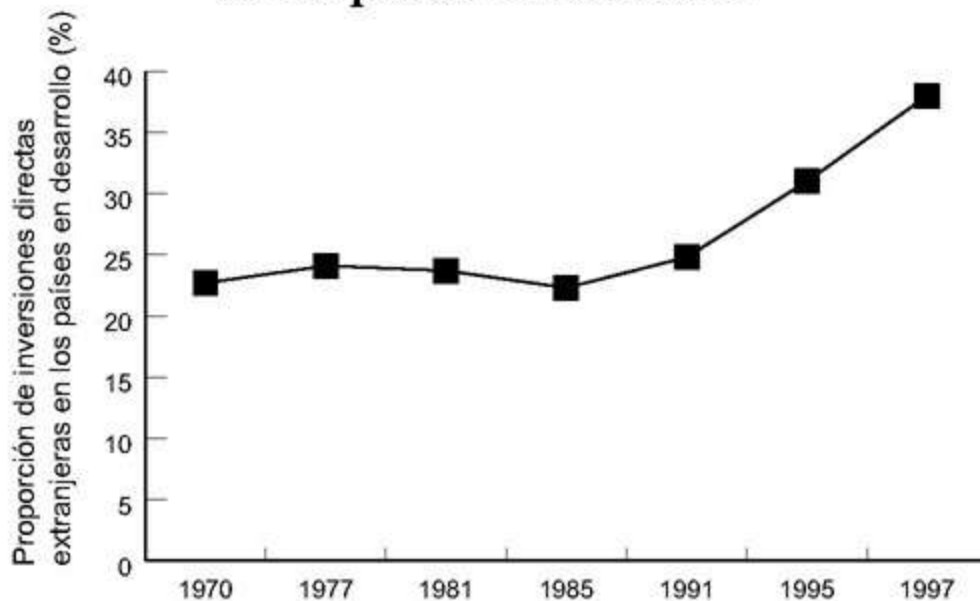
nacionales consideramos límites más cercanos. Supongamos que usted dispone de mil euros y desea ofrecerlos en préstamo, pero sólo puede hacerlo dentro de su propio barrio. En mi caso concreto, tendría que elegir colocarlos o bien en la tienda de un encuadernador o en la de un arrendador de máquinas tocadiscos. Como creo en las posibilidades de este último, le concedo el préstamo a él. Con el capital obtenido podrá adquirir una nueva máquina tocadiscos y un *flíper* de segunda mano, pero la demanda de sus productos no es muy alta que digamos, por lo que obtendrá sólo un pequeño beneficio de su inversión y, por lo tanto, únicamente podrá darme un 2% de interés por el dinero que le he prestado. Teniendo en cuenta que el encuadernador sólo hubiera podido ofrecerme un 1%, el alquilador de *jukebox* no tiene motivos para temer que vaya a tomar las de Villadiego con mi dinero.

Si, por el contrario, puedo invertir mis mil euros por toda la ciudad, habrá un mayor número de actores que compitan por mi capital. Por ejemplo, una fábrica de guitarras que destinara mi dinero a la compra de una nueva lijadora podría incrementar sustancialmente sus ingresos, lo que le permitiría abonarme el doble de intereses que el arrendador de máquinas tocadiscos. Yo salgo ganando con esa opción, pero también el conjunto de la economía, puesto que los recursos se emplearán de una forma más eficaz. Tanto más es esto aplicable si puedo colocar mi dinero en todo el país o por todo el mundo. De esa forma se comparan entre sí todas las inversiones potenciales. Un mayor número de empresas ambicionarán mi capital. Aquellas capaces de sacar un máximo rendimiento de éste estarán dispuestas a pagar más por él. Por lo general, el capital, los créditos y las inversiones bursátiles van a parar a allí donde se espera un mayor rédito. De esa manera se emplea el capital de forma efectiva, contribuyendo a aumentar la productividad, lo cual permite desarrollar la economía en la que se invierte y proporcionar un mayor rendimiento al inversor.

Dado que hay que competir con todos los demás, puede dar la impresión de que sólo las empresas más pujantes se apoderarán de todo el capital, ya que son las que más pueden ofrecer. Pero existe también la posibilidad de obtener capital de todos los demás países, lo cual contribuye a aumentar la oferta. Además, tampoco es cierto que los más ricos den más; en todo caso, serán los que puedan ganar más dinero. Por lo general, los mayores beneficios no se cosechan en sectores con abundantes inversiones, sino en empresas de nueva creación que aún no cuentan con la financiación suficiente

para llevar a cabo proyectos prometedores. Los mercados financieros son especialmente importantes para aquellos con ideas interesantes pero carentes de capital. Como ya hemos visto, todo apunta a que los mercados financieros libres ayudan a recortar las desigualdades dentro de una sociedad. Dichos mercados hacen posible que las compañías e individuos con abundante capital obtengan beneficios poniéndolo en manos de aquellos que no disponen de él pero que parecen estar capacitados para aprovecharlo de modo más eficaz. Gracias a este mecanismo, las pequeñas empresas pueden competir con las ya consolidadas. Cuanto más flexible sea el mercado y menor el número de trabas, con más facilidad confluirá el capital hacia aquellos actores capaces de sacarle un máximo rendimiento.

### Aumento de la proporción de inversiones en los países en desarrollo

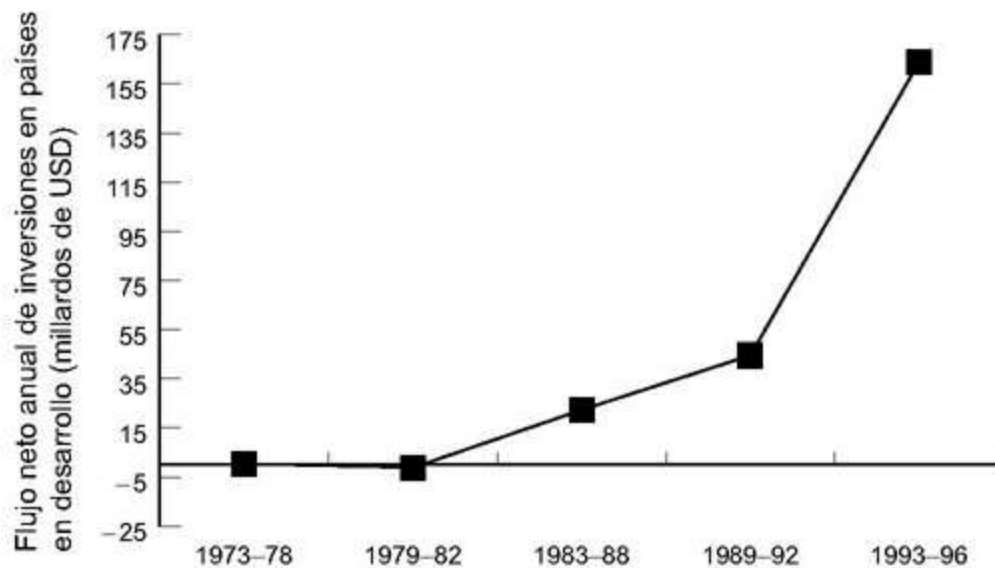


Fuente: Ghose, 2000.

En los países ricos hay una gran acumulación de capital, mientras que en los menos desarrollados del Sur escasea. Por consiguiente, su libre circulación posibilita que las inversiones se dirijan hacia regiones faltas de capital con mejores perspectivas inversoras. Los países en desarrollo absorben más de la cuarta parte de las inversiones del planeta en empresas, proyectos y terrenos. Ello implica un enorme transvase de capital privado

desde los países industrializados hasta los más desfavorecidos. Actualmente, el flujo anual de inversiones directas que van a parar a los países en desarrollo asciende a unos 200.000 millones de dólares netos, es decir, 4 veces más que hace 10 años, y 15 veces más que hace 20, lo cual se ha logrado mediante la liberalización de los mercados financieros y el avance de las tecnologías de la comunicación. Este fenómeno es una bendición para los países tradicionalmente lastrados por la escasez de capital. En 10 años, los países pobres del mundo han recibido un billón de dólares en inversiones extranjeras, es decir, una cifra algo superior a toda la ayuda al desarrollo concedida en el mundo durante los últimos 50 años. En otras palabras, el colectivo sin líder que supuestamente va dando tumbos y tropiezo con sus propios pies ha sido capaz de canalizar cinco veces más capital a los países en desarrollo que los gobiernos y el *establishment* del área de cooperación de los países ricos.

### Los países en desarrollo absorben cada vez más capital



Fuente: Eichengreen & Mussa y otros, 1998.

Los antiglobalizadores sostienen que sólo en torno al 5% de los trasvases de capital se corresponden con un comercio real de mercancías y servicios. El resto de las operaciones monetarias consiste en «hacer dinero de dinero», lo

cual, según sostienen algunos de ellos, no aporta nada de valor a la economía. Sin embargo, no hay nada tan productivo como financiar mejoras de la producción, ya que no sólo proporciona recursos para ésta sino que impulsa los avances tecnológicos. El mercado financiero internacional hace que los volúmenes invertidos adquieran mayores proporciones. Al existir mercados financieros amplios y efectivos, con la posibilidad de comprar y vender riesgos a través de derivados, se pueden financiar proyectos de mayor envergadura y asumir mayores riesgos que antes. Ello constituye la mayor parte de las contrataciones de los mercados financieros. Las sumas multimillonarias negociadas a diario son una muy pequeña parte del capital que cambia de manos, tratándose fundamentalmente de empresas e inversores que redistribuyen sus inversiones para protegerse mejor de los posibles riesgos. Sólo desde la implantación de este modelo los países en vías de desarrollo han podido participar verdaderamente de los flujos internacionales de capital.

Con la posibilidad de acceder a la financiación internacional, podemos diseminar nuestros riesgos simplemente invirtiendo en diferentes sitios. En el pasado, si la economía de un país iba mal, ello hubiera significado que no habría dinero suficiente para pagar las pensiones de los jubilados. Hoy sí podemos hacerlo, puesto que se nos permite repartir nuestros ahorros en distintos países. El nuevo sistema de pensiones sueco me ha permitido personalmente a mí, que antes no poseía ni acciones ni participaciones en fondos, colocar parte de mi futura pensión en mercados emergentes de Latinoamérica y Asia, en lugar de inmovilizarla en Suecia. Los mercados financieros también hacen posible que los hogares, empresas e, incluso, los estados obtengan créditos cuando sus ingresos son bajos y luego devolverlos al incrementarse éstos. Ofrece así una alternativa para paliar los efectos de las recesiones, sin obligarte a reducir por ello el nivel de consumo tan drásticamente como de lo contrario sería preciso.

El «Índice de Acceso al Capital» elaborado por el Instituto Milken de Estados Unidos demuestra que las economías se desarrollan mejor cuando pueden disponer de capital de forma sencilla y a bajo precio, y al distribuirse éste con transparencia y honestidad, pudiendo esperar una deficiente evolución si el capital es escaso, caro y se reparte de modo arbitrario. Los mercados financieros extensos y liberalizados, en los que participan numerosos actores, fomentan el desarrollo, mientras que «los flujos de capital



dirigidos por el estado y concentrados sobre un número reducido de instituciones financieras y empresas frenan el crecimiento». En general, los estudios ponen de manifiesto que la evolución del funcionamiento de los mercados financieros en un país determinado es un buen indicador del nivel de crecimiento que se puede esperar de éste al año siguiente. Existen análisis que no han detectado ninguna relación entre la ausencia de regulaciones del capital y el crecimiento del país, pero se trata de estudios que no se esfuerzan por calibrar la intensidad de dicha ordenación. En una investigación donde se trató de hacer precisamente esto en 64 países, tanto en desarrollo como industrializados, desligando también la influencia de otros factores, se vislumbra una clara relación entre la libertad de los movimientos de capital y el crecimiento económico. También evidencia que los países que disfrutan de flujos de capital más libres recaudan muchos más impuestos del sector empresarial. La libertad contribuye a localizar los recursos allá donde son más productivos, facilita la implantación de las empresas y simplifica el comercio internacional.<sup>[3]</sup>

### *¿Se debe regular más?*

El problema de la movilidad del capital es que éste puede huir súbitamente de países que se topan con dificultades económicas o que su moneda se ve sometida a una especulación desestabilizadora. Numerosos prestamistas e inversores carecen de conocimientos específicos sobre la economía de un país determinado, de forma que si muchos la abandonan lo interpretarán como una indicación de que algo va mal y se dejarán llevar por la corriente. El pánico y la mentalidad gregaria se apodera de la situación. La posibilidad de ampliar créditos desaparece. Los proyectos han de interrumpirse, las empresas pierden todos sus activos y la economía se detiene en seco.

Uno de los motivos por los que las transacciones esporádicas de capital crecen más que las inversiones a largo plazo y el comercio de productos es que estos últimos están mucho más reglamentados por los estados del planeta en todas sus fases. Si se liberalizaran debidamente dichos mercados, las proporciones serían distintas. Hay quien considera que se debe proceder a una equiparación del grado de regularización, pero en sentido contrario, es decir, sometiendo también a los mercados financieros a diversos tipos de

controles. Malasia, por ejemplo, aplicó una estricta regulación de su moneda durante la crisis asiática. Pero esto, aunque sirviera para atenuar los efectos inmediatos, haría que los inversores evitaran ese país en lo sucesivo. Si se les niega la posibilidad de abandonarlo cuando lo crean oportuno, exigirán un mayor nivel de rendimiento antes de plantearse siquiera establecerse en él, al plantearse el riesgo de que el capital escasee dentro de sus fronteras. La experiencia demuestra de forma unívoca que la libre salida del capital en un país incrementa la entrada del mismo. El resultado inmediato en el caso referido fue que los países vecinos de Malasia (por ejemplo, Indonesia) sufrieron una masiva huida de capital ante el temor de muchos de que fueran a seguir la misma pauta fiscalizadora. A la larga, resultó en perjuicio del propio país, puesto que arruinó buena parte de la credibilidad acumulada. Un inversor de fondos asiáticos declaró recientemente lo siguiente en relación a Malasia: «Es un mercado que representaba hasta el 18% de las carteras de los fondos y que ahora es ignorado totalmente.»<sup>[4]</sup> Además, el hermetismo económico del país ha coincidido con su progresiva tendencia a la cerrazón política.

Una de las alternativas pasa por implantar una regulación más estable de los flujos esporádicos de entrada de capital. Si el país no recibe desde un principio capital rápido, disminuye el posterior riesgo de un éxodo de capital. A menudo, la regulación aplicada en Chile es considerada como un ejemplo a seguir en este sentido, ya que el país ha conseguido librarse de crisis de envergadura. Chile ha impuesto un periodo determinado de permanencia a todos los flujos de capital que entran en el país y el depósito de parte de éste en el Banco Central de Chile a un interés muy bajo. Este tipo de reglamentación parece ofrecer mejores resultados que otros controles. Sin embargo, el país andino introdujo dicha ordenación debido a su alto nivel de ahorro, por lo que no deseaba la aportación de más capital. No se puede decir precisamente que ésa sea la situación que han «sufrido» otros países en desarrollo. Todo lo contrario; la mayoría de ellos precisan de más capital e inversiones. No obstante, hasta en Chile, un país con abundancia de capital, ello ha desembocado en problemas de tipo financiero. Las grandes compañías con presencia internacional han logrado esquivar los controles y dotarse de capital, mientras que a las pequeñas empresas no les ha ido tan bien, viéndose obligadas a pagar intereses mucho más altos.

Además, esta normativa reguladora adolece de perspectiva. Chile padeció una profunda crisis económica en 1981-82, con colapsos bancarios incluidos y una devaluación de la moneda del 90%. Fue en esa época cuando los controles sobre el capital alcanzaron un nivel máximo, prohibiéndose las inyecciones de capital con un periodo de permanencia inferior a los cinco años y medio. A partir de las lecciones extraídas de esa crisis, el país decidió reformar y consolidar su caótico sector bancario, lo que seguramente es la causa principal de que no se haya visto afectado por crisis posteriores (por cierto, Chile decidió cancelar sus regulaciones sobre el capital en plena crisis asiática).<sup>[5]</sup>

Con frecuencia, los controles sobre el capital contribuyen a dar a inversores y políticos una falsa sensación de seguridad. Si no se practica una política estable, la crisis puede golpear aún más duro una vez declarada. Pocos meses antes de que la crisis asiática se extendiera a Corea del Sur, políticos locales e inversores internacionales estaban convencidos de que las restricciones aplicadas por este país a los flujos de capital servirían para salvarlo de una crisis monetaria. En 1997, la sociedad de inversión Goldman-Sachs estimó que las entidades bancarias y el Banco Nacional de Corea del Sur se encontraban en mal estado, pero que, gracias a las regulaciones aplicadas sobre el capital, los inversores podían respirar tranquilos. Estos últimos siguieron el consejo e ignoraron los riesgos. La crisis asiática afectó con especial severidad a Indonesia y Corea del Sur —y, más tarde, a Rusia—, es decir, los países que contaban con los controles más estrictos sobre el capital de entre todos los mercados emergentes (mientras que aquellos de normativas más laxas, como Hong Kong, Singapur y Taiwan, salieron bastante airosos del trance).<sup>[6]</sup> La crisis también golpeó duramente a Brasil, cuyos políticos creían que las restricciones al capital a corto plazo les salvaguardaría de ella.

Lo cierto es que la mala gestión política conduce irremisiblemente a la crisis, ya sea a corto o largo plazo. Si, además, los controles del capital llevan a los responsables políticos a pensar que tienen manos libres para aplicar la política que les venga en gana, la crisis seguramente se agravará. En teoría, las restricciones temporales sobre el capital durante una crisis pueden contribuir a dar al país un respiro durante el cual será posible modernizar el sector bancario y financiero, realizar un ajuste presupuestario y liberalizar la

economía. Sin embargo, suele recurrirse a la reglamentación justamente para lo contrario, o sea, como un modo de evitar dolorosas reformas. Indicio de ello es que los países que imponen controles al capital presentan de media mayores déficits presupuestarios y una tasa más alta de inflación que aquellos que no los aplican. También por ese motivo, las economías más liberales con mercados financieros más flexibles superan con mayor rapidez las crisis. Podríamos comparar la veloz recuperación de los estados asiáticos tras la crisis que afectó a la región con el hundimiento económico de principios de los 80 en América Latina, tras el que se introdujeron controles sobre los flujos de salida de capital y se renunció a implantar reformas liberales. El resultado fue una década perdida de inflación, desempleo crónico y crecimiento limitado. Se podría contrastar también la rápida recuperación de México tras la «crisis del tequila» de 1995 con la duradera recesión en la que cayó el país después de la crisis de la deuda externa de 1982.

Otro problema añadido de los controles de capital es que resultan difíciles de hacer respetar en un mundo con comunicaciones cada vez mejores y más rápidas. En la práctica suponen una incitación a transgredir las normas. De hecho, los inversores dedican buena parte de su tiempo a tratar de esquivar dichas reglas. Cuanto más tiempo se ha aplicado una norma, menor es su eficacia, ya que los inversores han tenido ocasión de descubrir más lagunas y agujeros por donde escaparse. Además, la mayoría de las reglas tienen sus excepciones, de las que se benefician las empresas especialmente importantes o expuestas. Por consiguiente, los controles ejercen en la mayoría de los países de estímulo para la corrupción y contribuyen a un trato desigual ante la ley.

### *La tasa Tobin*

Una propuesta de regulación de los flujos de capital que ha ganado cierta popularidad en los últimos años es la denominada «tasa Tobin», así llamada por el economista y premio Nobel James Tobin, que fue el primero en plantearla. Se trata de un pequeño impuesto de entre el 0,05 y el 0,25% sobre todas las operaciones de divisas, defendido, entre otros, por el movimiento Attac. El objetivo es ralentizar los trasvases de capital y obligar a los inversores a pensárselo dos veces antes de permitir que su capital cruce las

fronteras de la zona de acción de su moneda. Con ello se evitaría, según sus defensores, la nociva especulación y las grandes crisis monetarias.

La principal crítica contra la tasa Tobin se ha concentrado en el hecho de que sería imposible de aplicar. Para que fuera viable, todos los países deberían ponerse de acuerdo al respecto, porque, de lo contrario, las transacciones se desplazarían a aquellos estados no incorporados al sistema. Además, en el caso de que fuera factible introducirla, el comercio se inclinaría progresivamente hacia las monedas más fuertes, a fin de evitar los costes asociados a las transacciones. Incluso a largo plazo, no sería descabellado pensar que la mayor parte de la economía mundial se basara en el dólar.

Sin embargo, hay una objeción aún más seria contra la tasa Tobin, y es que, aunque fuera posible aplicarla, resultaría perjudicial. Este tributo es más nocivo para los mercados financieros que las regulaciones de los diversos países. Estas últimas simplemente reducen la entrada de inversiones en los países que las imponen, mientras que la tasa Tobin haría disminuir el volumen de operaciones y las opciones de financiación externa en todo el mundo, incluso en los países con una mayor necesidad al respecto. Los obstáculos a la libre circulación del capital bloquean éste allí donde se encuentra, es decir, en los países más desarrollados, por lo que el principal damnificado sería el Tercer Mundo. En consecuencia, la tasa Tobin no es en realidad un impuesto sobre el capital, sino un arancel que encarece las transacciones comerciales y las inversiones.

Los partidarios de la tasa Tobin sostienen que ese efecto no se produce al tratarse de un tributo de escasa cuantía. Según ellos, en las inversiones a largo plazo equivalen a un coste insignificante. El problema, sin embargo, es que una inversión no está compuesta por una sola transacción. Por ejemplo, el inversor puede financiar parcialmente el proyecto, retirar una parte de los beneficios, ampliar su inversión si le da buenos resultados, transvasar ingresos a otros sectores del proyecto, inyectar capital, adquirir componentes del extranjero, etc. Al fiscalizar cada pequeña operación, el coste total de la tasa Tobin resulta muy superior al exiguo porcentaje propuesto sobre el papel. Ello hace que resulte más rentable operar con tu propia moneda dentro de su área de influencia. Desemboca en una disminución general del rendimiento y dificulta la disponibilidad del capital en los países más necesitados de él y, con ello, un menor volumen de inversiones. Los tipos de

interés aumentarían, encareciendo el coste de los créditos.

Los defensores de la tasa Tobin alegan que su objetivo principal es contener la especulación en la operación con divisas, pero la idea de que pudiera existir una divisoria nítida entre inversiones provechosas y especulación nociva es errónea. Los productos denominados «derivados», tales como las opciones de compra, que los críticos suelen considerar como especulación pura y dura, son necesarios para el adecuado funcionamiento de las inversiones. En un mundo con precios y tipos cambiarios variables, las perspectivas de una empresa podrían derrumbarse completamente si no contaran con el tipo de seguridad que aportan los derivados. Supongamos que una compañía explota un metal y que los precios de éste caen súbitamente en picado, los ingresos desaparecen y aparece el fantasma de la quiebra. En vez de dedicar buena parte de sus esfuerzos a reflexionar sobre la eventual evolución de los mercados, la empresa puede adquirir el derecho a vender su producto básico más tarde a un precio predeterminado, es decir, una «opción de venta». El actor que compra dicha opción asume de esta manera el riesgo y la responsabilidad de predecir la evolución del mercado, mientras que la compañía metalúrgica puede concentrarse en extraer el metal. Este sistema permite que el riesgo lo asuman personas dispuestas a aventurarse, individuos especializados en seguir la evolución de la situación y en distribuir los elementos de riesgo, es decir, los denominados «especuladores».

Teniendo en cuenta que los tipos de cambio pueden alterarse rápidamente, las empresas están expuestas al mismo tipo de riesgos en caso de que la divisa en que obtienen sus ingresos se desplome. A una compañía metalúrgica, por ejemplo, le resultará aún más complicado estar al tanto de la evolución económica del país donde tiene su base esta divisa, al igual que sobre los riesgos cambiarios de ésta a varios meses o años vista. Ello hace que sea más importante si cabe contar con la opción de negociar en derivados de divisas de distintos tipos, para que las empresas puedan adquirir, por ejemplo, el derecho a vender dicha divisa a un precio preestablecido. Pero es precisamente este tipo de especulación el que la tasa Tobin impediría. Al igual que ocurría con las inversiones convencionales, no se trata tampoco de una sola transacción. Si un solo especulador asumiera todos los riesgos, se encontraría demasiado expuesto. Los especuladores deben tener siempre la posibilidad de redistribuir sus riesgos en función del curso de los acontecimientos y poder equilibrar los riesgos adoptados. El extenso mercado

de segunda mano, que permite negociar los derivados de forma casi inmediata, garantiza este punto. Gracias a ello, la empresa puede asegurarse a un coste lo más reducido posible y será capaz de invertir pese a los riesgos (al igual que el mercado de segunda mano de acciones, o sea, la Bolsa, hace que la gente se atreva desde un primer momento a financiar empresas mediante su incorporación al colectivo de accionistas).

La tasa Tobin ha sido diseñada precisamente contra este mercado. La consecuencia sería un número muy inferior de especuladores dispuestos a asumir riesgos, especuladores que, además, exigirían una retribución muy superior en caso de hacerlo. Por consiguiente, a las empresas e inversores les saldría mucho más caro asegurarse y, por lo tanto, no podrían permitirse o no se atreverían a invertir en países y divisas de mayor riesgo. Una vez más, los principales perjudicados serían las regiones deficitarias en capital y llenas de riesgos, es decir, los países menos desarrollados. Los inversores sólo colocarían su capital en aquellos lugares que parecieran seguros y cuyo mercado les resulte conocido. En la última década, los países en desarrollo han absorbido más de una cuarta parte de todas las inversiones directas extranjeras. Esta cifra se reduciría drásticamente con la introducción de la tasa Tobin. A las empresas y particulares de los países en desarrollo les resultaría más difícil obtener créditos y se verían obligados a pagar intereses más altos.

En consecuencia, la tasa Tobin supondría un trastorno para los mercados financieros, pero no serviría para contener las crisis cambiarias. En la práctica sólo introduciría una pequeña barrera que pondría trabas a la negociación cotidiana. Sin embargo, por encima de esa barrera, la transacción con divisas puede resultar rentable, y el resultado sería justamente el contrario: no impediría la especulación monetaria y el éxodo de capital, que es uno de los problemas. Cuando los especuladores se dan cuenta de que son capaces de reventar un tipo de cambio fijo (como ocurrió, por ejemplo, con la libra esterlina y la corona sueca en 1992), los beneficios potenciales son tan colosales que un impuesto de un reducido tanto por mil no les va a disuadir. Si tienen opción de ganar un 20-30% sobre la cotización de una moneda, una tasa del 0,05% no será impedimento. Otro tanto es aplicable cuando la credibilidad de un país se desmorona y se pueden evitar pérdidas gigantescas abandonándolo rápidamente (como sucedió en la crisis asiática de 1997). La pequeña tasa que basta para perturbar el sano funcionamiento cotidiano de los

mercados financieros no sería útil en absoluto a la hora de conjurar estas crisis.

Además, el amplio volumen de negociación de los mercados monetarios reduce el riesgo de carencias momentáneas y de tergiversación de los precios. Cuando el mercado es de grandes proporciones también disminuye el riesgo de que actores individuales u operaciones puntuales puedan influir de forma determinante en los precios. Así pues, en los mercados libres de divisas son menos frecuentes las oscilaciones bruscas de los tipos de cambio, algo que la tasa Tobin, paradójicamente, contribuiría probablemente a aumentar al disminuir la liquidez dentro de dicho mercado. Los ajustes y adaptaciones constantes se verían remplazados por grandes sacudidas esporádicas. Las fluctuaciones y volatilidad del mercado de divisas no se han incrementado desde los años 70, a pesar de haberse liberalizado los mercados y multiplicado los volúmenes. Lo cierto es que en los países con una estricta regulación del capital, las oscilaciones de los tipos de cambio son considerablemente *más bruscas* que en aquellos que aplican menos restricciones.<sup>[7]</sup>

Ahora bien, pese a todas estas carencias, la tasa Tobin ofrece una ventaja, y es que generaría unos ingresos colosales. El movimiento Attac estima que ascenderían a unos 100.000 millones de dólares al año. Una cifra a todas luces más que optimista, teniendo en consideración que lo más probable es que descendiera drásticamente el volumen de transacciones. Además, también está por ver si ese dinero, para empezar, podría obtenerse, ya que a tal fin se precisaría una inmensa burocracia que tuviera bajo su control todas las operaciones financieras del mundo y que, por añadidura, estuviera capacitada para recaudarlo. Transacciones que se realizarían a través de ordenadores repartidos por todo el planeta, incluidos los países que en la práctica no rinden sus cuentas y carecen de una administración eficaz. En otras palabras, se requeriría una especie de estado mundial, cuya burocracia se llevaría probablemente una buena parte de los eventuales ingresos cosechados. ¿Quién controlaría esa burocracia? ¿La ONU, donde las dictaduras detentan el mismo poder que las democracias? ¿Quién va a impedir que degenere en una corrupción rampante y en un brazo de poder en expansión? ¿Y a quién debería ir a parar el dinero?

En teoría, la tasa Tobin, a pesar de todo, conllevaría una buena cantidad de



millones que podrían destinarse a apoyar al Tercer Mundo. Pero, si realmente estamos convencidos de que este trasvase de capital serviría de ayuda, la cuestión a plantearse es si no podemos conseguirlo con otros medios. ¿Por qué no, en su lugar, suprimir los aranceles impuestos a estos países, o dismantelar la nociva política agraria de la Unión Europea, que los mantiene a distancia? ¿Por qué no ampliar la cooperación al desarrollo o introducir una tasa global que grave las actividades antiecológicas (todas las fábricas contaminantes no pueden mudarse a un pequeño paraíso fiscal, a diferencia del capital)? ¿Por qué obcecarnos en conseguir ingresos mediante el sabotaje de los mercados financieros?

### *La crisis asiática*

Para saber cómo evitar las crisis se deben estudiar las precedentes junto con sus causas. Se suele afirmar que la crisis asiática del 97-98 cayó como una bomba, procedente de ninguna parte, que una ofensiva especulativa y la huida de capital asolaron sin previo aviso a un conjunto de economías saneadas. Esto no es cierto. El elemento de verdad en este argumento es que dichos países no habrían sufrido un éxodo del capital si no hubieran liberalizado sus movimientos, ya que, en ese caso, para empezar, el capital nunca habría acudido hacia ellos. Lo que ocasionó la crisis fue una combinación de factores, entre los cuales no se puede citar la especulación como desencadenante, sino más bien como la gota que colmó el vaso.<sup>[8]</sup>

Las economías afectadas habían empezado ya a ofrecer evidentes indicios de peligro que no hicieron más que intensificarse en 1996 y principios de 1997. Estos países habían acogido enormes volúmenes de capital en la década de los 90, en especial a través de créditos a corto plazo obtenidos en el extranjero e incentivados por sus respectivos gobiernos. Por ejemplo, la cuota de endeudamiento exterior de los bancos e instituciones tailandesas pasó del 5 al 28% entre 1990 y 1995. La intervención de los bancos centrales y las regulaciones bancarias desembocaron en unos tipos de interés más altos dentro del país, lo que hizo especialmente lucrativo la obtención de créditos en el extranjero, entre otras cosas, para poder conceder préstamos a un interés más alto en el país propio. Los estados estimularon este tipo de créditos mediante tipos de cambio fijos y exenciones fiscales, al tiempo que se

discriminaba el capital a largo plazo. Corea del Sur trató de cerrar totalmente las puertas al capital mediante la prohibición de las inversiones directas internacionales y la compra de acciones y obligaciones. La única manera de lograr capital era mediante créditos a corto plazo.

Un banco surcoreano, por ejemplo, podía obtener créditos de rápido vencimiento en dólares o yenes, que debían devolver a toda prisa. A su vez, prestaba este dinero para proyectos a largo plazo dentro de Corea del Sur, a un interés más alto. Es decir, daban por supuesto que podrían renovar constantemente el crédito obtenido en el extranjero, porque, de lo contrario, no dispondrían del dinero que ya habían prometido. Aparte de ello, el capital era canalizado mediante bancos y entidades financieras que no estaban preparados para gestionar dichos flujos de capital, sin exposición a la competencia y con frecuencia aliados con poderes fácticos y fuertes intereses económicos. Por ese motivo, buena parte de los medios económicos en, por ejemplo, Corea del Sur, Malasia y Tailandia, se destinaban a compañías con trato de favor y proyectos de especial prestigio. Los actores externos no tenían razones para desconfiar, puesto que sabían que los mandatarios nunca dejarían en la estacada a sus protegidos. Esto era aplicable a los bancos estatales, pero también a los macroconglomerados surcoreanos de tipo «chaebol», o a los imperios empresariales del círculo de conocidos de Suharto en Indonesia. Además, los acreedores internacionales tenían la certeza de que el FMI les sacaría las castañas del fuego en caso de que surgieran problemas en la región. Así pues, los extranjeros abrieron el grifo crediticio sin límite alguno, lo que llevó a una sobreinversión en la industria pesada y en bienes inmuebles, que son sectores de bajo rendimiento, en lugar de apostar por las compañías dinámicas.

Los países que a la postre padecerían la crisis mantenían un enorme endeudamiento a corto plazo en relación a sus reservas de capital. Además, todos ellos contaban con tipos de cambio fijos o controlados. Ello a la larga provocó una serie de problemas devastadores. Normalmente, si los tipos de cambio varían constantemente, uno no se atrevería a solicitar enormes créditos en el extranjero para luego prestar en su país de origen el dinero a un precio ligeramente más elevado. Si uno no se asegura contra este riesgo, se pueden perder ingentes sumas incluso por fluctuaciones mínimas. Sin embargo, el estado afirmaba garantizar un tipo de cambio fijo, lo que parecía hacer desaparecer este riesgo, por lo que todos podían obtener créditos sin

límite aparente. La regulación aplicada dio lugar además a la sobrevaloración de la moneda local (en un 20% aproximadamente), motivada también por la subida del dólar, al que muchas de las divisas estaban vinculadas. Ello contribuyó a dificultar las exportaciones. Después de haber crecido en un 25% las exportaciones tailandesas en 1995, al año siguiente empezaron a descender. En 1996, un año antes de que la crisis supuestamente cayera como una bomba, el índice de la Bolsa tailandesa perdió una tercera parte de su valor.

Dado que los tipos de cambio se situaban por encima de su valor de mercado, las monedas de estos países se convirtieron en víctimas propiciatorias de los especuladores, como ocurrió con varias de las monedas integradas en el Sistema Monetario Europeo en 1992/93. Cuando hay quien está dispuesto a pagar por algo más de lo que vale, los especuladores naturalmente no desaprovechan la ocasión para obtener beneficios, solicitando en crédito sumas colosales en la divisa local para después cambiarlas a un tipo más alto en el banco central del país en cuestión. Ello obligó en 1997 a los países asiáticos azotados por la crisis a echar mano de sus reservas con el fin de defender los elevados tipos de cambio, poniendo sobre la mesa un motivo muy racional para el éxodo del capital. La credibilidad de la economía de estos países y las perspectivas de crecimiento empezaron a diluirse. Y, lo que es peor, se cuestionó seriamente la capacidad de estos países para gestionar una crisis. Se sabía que carecían de instituciones jurídicas eficaces y que tampoco contaban con una legislación adecuada para enfrentarse a las quiebras. Por otra parte, habían agotado las reservas que garantizan los créditos externos y el sistema financiero en su conjunto. En caso de desbandada generalizada, las reservas no bastarían. Los inversores particulares comprendieron rápidamente que debían retirar su capital para poder sacarlo a tiempo del país. La idea de que el estado podía salvar a todas las empresas en aprietos se tambaleó. Fueron fundamentalmente las empresas nacionales, y no los especuladores, las que se deshicieron de la moneda local, ante la perentoria necesidad de devolver con celeridad los créditos suscritos. Al final, los países perjudicados se vieron constreñidos a abandonar sus tipos de cambio, debido a las enormes pérdidas acumuladas, lo que supuso un nuevo golpe a su credibilidad. El capital se fugó, los créditos no fueron renovados y las empresas se vieron de repente sin financiación. La crisis ya era una realidad.

No cabe duda de que los inversores se influyeron mutuamente, dando lugar a un cierto comportamiento gregario, pero no actuaron llevados por un pánico ciego. Los países con una economía saneada e instituciones sólidas, como Taiwan y Singapur, salieron mejor parados que sus vecinos. Por ello, la noción de «crisis asiática» no es del todo apropiada. Un estudio realizado muestra claramente que la política desarrollada por cada país en cuestión determinó el grado en que se vio afectado por la crisis. Dos investigadores que han estudiado la evolución de la crisis lo resumen así:

No hallamos prueba alguna de contagio, es decir, de que los problemas monetarios de un país se hubieran difundido al resto. Todos aquellos países que sufrieron las dificultades financieras más graves lo hicieron por causa de los problemas económicos reales que arrastraban.<sup>[9]</sup>

La crisis tuvo repercusiones en todo el planeta, pero en un mundo integrado como el nuestro es natural que los acontecimientos de un lugar repercutan en otros, es decir, ello no se debe a un seguidismo irracional. Si un inversor está falto de liquidez, se verá obligado a retirar su capital de otros países de mayor nivel de riesgo. Las empresas y entidades bancarias europeas, por ejemplo, resultan obviamente perjudicadas cuando uno de sus principales mercados cae en una profunda recesión. Los bancos asiáticos castigados por la crisis tuvieron que recurrir a activos colocados en Rusia, lo que trajo problemas a los bancos y gestoras de fondos brasileños, que habían prestado dinero a este país, y así sucesivamente. Pero la interacción transfronteriza es aplicable también en el sentido inverso, es decir, los eventos positivos en un país pueden originar efectos beneficiosos en otro lugar. El pasado auge económico de Latinoamérica y Asia contribuyó a la mejora coyuntural de Europa y EE.UU. Y es muy probable que la solidísima economía norteamericana fuera la que permitiera salvar al mundo de la recesión tras la crisis asiática, ayudando a la pronta recuperación de estos países.

Las afirmaciones vertidas por Naomi Klein y otros analistas en el sentido de que los progresos obtenidos en el este de Asia fueron anulados por la crisis son pura superchería. Un país muy duramente azotado, como Corea del Sur, vio cómo su renta per cápita de 1998, compensada con el poder adquisitivo, retrocedía ligeramente por encima del nivel de 1995. A su vez, el nivel de este año más que

duplicaba el de diez años atrás y, ya en 1999, la renta surcoreana alcanzó un récord histórico. Hay otros aspectos de la crisis que han sido exagerados enormemente por diversos analistas de izquierdas. Por ejemplo, Björn Elmbrant sostiene que 50 millones de indonesios se vieron sumidos en la extrema pobreza (ingresos inferiores a un dólar diario) a causa de ella. Esa cifra es más de cuatro veces superior al número de personas que han sufrido en sus carnes la pobreza absoluta siquiera provisionalmente *en todo el sudeste asiático*. Las estadísticas oficiales del Banco Mundial ponen de manifiesto que el incremento experimentado en Indonesia es inferior a un millón en 1999, reduciéndose ese número desde entonces. [\[10\]](#)

### *En lugar de la crisis*

Existen mecanismos para evitar las crisis financieras y monetarias. Lo más importante, con diferencia, es que el país en cuestión practique una política económica saneada. Por lo general, las primeras personas en retirar sus ahorros de los países posteriormente azotados por un éxodo masivo de capital son sus propios ciudadanos, que asisten en primera fila al curso de los acontecimientos y suelen conocer mejor que nadie los problemas económicos que los responsables políticos tratan de ocultar. Ello sugiere que no es el desconocimiento ni una supuesta mentalidad gregaria lo que origina las crisis de confianza, sino más bien los problemas reales. La principal prioridad para conjurar las crisis es que el estado tenga bajo control sus finanzas y la inflación. Los déficits presupuestarios desbocados y una elevada inflación no fue el problema durante la crisis asiática, pero es sin duda la forma más habitual y rápida de destruir la credibilidad de la economía de un país.

Las obligaciones a largo plazo más importantes para las economías emergentes son la reforma de las instituciones jurídicas y financieras. Los países deben liberalizar los mercados financieros nacionales y su política comercial antes de abrirse al capital extranjero. De lo contrario, el capital no se canalizará de una forma ajustada a las condiciones del mercado, resultando en inversiones desacertadas. Se han de reformar los mecanismos de supervisión y regulación del sector financiero y abrir las puertas a la

competencia. Ha de erradicarse la corrupción y el nepotismo, sustituyéndolos por el imperio de la ley y los requisitos de rendimiento. Dado que la falta de información puede originar el pánico en situaciones de crisis, es fundamental contar con información fiable y con transparencia en lo relativo a las operaciones emprendidas por países y corporaciones, algo que muchos estados asiáticos han tratado de evitar a conciencia. Ha de aplicarse la calificación crediticia y una jurisprudencia sobre quiebras, inexistentes *de facto* en muchos países de Asia. La comunidad internacional podría asesorar de forma eficaz sobre la manera de edificar los mercados financieros de estos países. Se podrían coordinar las normas de rendición de cuentas y los requisitos de solvencia, así como acordar procedimientos para la gestión de crisis financieras —algo que hasta el momento se ha realizado de forma bastante arbitraria— según las características de cada caso.

Es verdad que se han dado casos de crisis financieras sobrevenidas tras la liberalización del mercado financiero, pero la culpa no ha sido del proceso de desregulación propiamente dicho, sino de la ausencia de instituciones adecuadas para supervisar dicho proceso. Jagdish Bhagwati, experto en comercio de origen indio-norteamericano, es uno de los analistas que han propuesto la teoría de que la liberalización de los flujos de capital puede generar problemas si se lleva a cabo antes de otras reformas fundamentales. Para él la solución no son las restricciones sobre el capital, sino que los países creen primero un clima de estabilidad política, apliquen una estrategia de libre comercio y lleven a cabo reformas internas (privatizaciones, etc.) para posteriormente, con precaución, ir liberalizando el mercado financiero.<sup>[11]</sup> Pero, en la práctica, se ha impuesto la alternativa más cómoda, es decir, liberalizar antes de proceder con las reformas internas, que son más difíciles de realizar y con frecuencia se ven obstaculizadas por intereses creados. Buena parte de la culpa de que las desregulaciones del pasado se hayan llevado a cabo sin contar con las condiciones adecuadas hay que atribuirla al FMI. Dos periodistas de *The Economist* han comparado los paladines de la movilidad del capital en el seno del FMI a dependientes entusiastas de una tienda de animales explicando lo maravilloso que es un perro como animal de compañía, pero que olvidan informar de la necesidad de alimentarlo y sacarlo de paseo para que se sienta feliz.<sup>[12]</sup>

Hoy día, el FMI se dedica con mayor empeño a asesorar sobre la manera

de crear instituciones adecuadas y sólidas, y los estados del mundo le escuchan con creciente interés. Se trata de un objetivo esencial. Pero estas reformas requieren un esfuerzo sostenido y poco brillante. Reclamar un mayor control sobre el capital y la tasa Tobin, por muy desafortunado que sea, puede antojarse más sencillo y atractivo. La reforma racional similar por su carácter de arreglo rápido es la supresión de los tipos de cambio regulados. James Tobin, el hombre que ha dado nombre a la tasa antes mencionada, ha acusado a dichos tipos de cambio intervenidos de ser tal vez los principales culpables de la crisis asiática.<sup>[13]</sup>

Los tipos de cambio fijos son los que ofrecen a los especuladores algo con lo que especular. Tan pronto como se producen problemas económicos, rumores de devaluación o una política inflacionista, se empieza a considerar demasiado elevado el tipo de cambio. El mercado decide entonces que la divisa no vale el precio que los estados han establecido. Los tipos de cambio fijos ofrecen a los especuladores la oportunidad de ganar ingentes sumas de dinero solicitando préstamos en esa moneda y vendiéndoselos seguidamente al banco central. Una vez que el país se ha visto obligado a devaluar su moneda, es decir, a bajar su tipo de cambio, el especulador puede devolver los préstamos contraídos, cuyo valor, por entonces, ha caído sustancialmente. Un tipo de cambio excesivo en relación a la oferta y la demanda y el futuro valor de la divisa una vez realizada la más que probable devaluación es sinónimo de colosal financiación de la especulación y de crisis monetaria. El establecimiento de precios inapropiados es incompatible con la demanda de apertura en los movimientos de capital. La cuestión justamente consiste en dirimir cuál de los dos factores es el problema: los precios o los flujos de capital. Que los especuladores vendan divisa local a un banco central dispuesto a pagar un precio excesivo por ella no se diferencia mucho del hecho de que miles de europeos cultiven remolacha porque la Unión Europea la compra por encima de su valor.

Una vez que el tipo regulado alcanza un nivel demasiado alto ya es demasiado tarde, independientemente de lo que hagan entonces los estados. O bien defienden su moneda, con un enorme desembolso, el agotamiento de sus reservas y la subida de los tipos de interés como consecuencia, lo que equivale al estrangulamiento de su economía, o bien dejan que el valor de su moneda se desplome hasta situarse al precio de mercado, lo que implica que

la industria nacional será incapaz de devolver los amplios créditos recibidos al tipo de cambio anterior, más elevado. En ambos casos el resultado será una crisis. Dos economistas han concluido en un estudio que prácticamente todos los sistemas de tipo de cambio fijo, tarde o temprano, han sufrido crisis monetarias. Eso fue lo que sucedió a Suecia en 1992, a México en 1994, a la región de Asia-Pacífico en 1997, a Rusia en 1998, a Brasil en 1999 y a Argentina en 2001. Una pareja de analistas de crisis económicas coinciden en afirmar lo siguiente:

No conocemos ningún ejemplo de crisis verdadera de tipo financiero o monetario que haya afectado a un mercado emergente que aplicara tipos de cambio totalmente variables. [\[14\]](#)

### *¿Una dictadura del mercado?*

Existe una objeción contra la libertad de los mercados financieros que se sale del puro razonamiento económico. Los detractores de la globalización sostienen que dichos mercados suponen una amenaza para la democracia. En los mercados libres, el capital y las empresas pueden cruzar rápidamente las fronteras si no se sienten satisfechos con la política que se practica en ese país. Si los impuestos suben demasiado, las compañías podrán buscar refugio en un paraíso fiscal. Si un país, en particular de pequeño tamaño, comienza a tener elevados déficits presupuestarios, puede ser castigado con tipos de interés más altos. El columnista del *New York Times* Thomas Friedman acuñó el término «la camisa de plata dorada» para describir la manera en que la globalización influye en los gobiernos: la flexibilidad política se ve limitada por la necesidad de evitar asustar a un mundo financiero con una movilidad cada vez mayor. Todo ello, según los opositores, significa que los mercados comienzan a intervenir en la política, lo que les lleva a hablar de la «dictadura del mercado».

Se trata de un lema despectivo que relativiza los crímenes más que reales de las dictaduras y en el que se trata de vincular dos fenómenos que, de hecho, son más opuestos que similares. El primer país en introducir una moneda no convertible, es decir, que prohibió a sus ciudadanos cambiar a otras divisas, fue la ultraproteccionista Alemania nazi. Los estados comunistas contemplaron incluso la dictadura como un medio necesario para



imponer una economía planificada. La alternancia en el poder y la libertad de opinión, elementos sólo asociables al mercado liberal, donde los individuos deciden por sí mismos, aventuraban la planificación estatal a largo plazo. En contraste con ello, las democracias de nuevo cuño han optado sistemáticamente, como una de sus primeras medidas, por abrir sus mercados y liberar sus economías.

Existe una relación similar pero a la inversa: a las dictaduras que aceptan la libertad económica les cuesta a la larga impedir la libertad política. En las últimas décadas hemos tenido ocasión de presenciar, en un país tras de otro, cómo aquellos dirigentes que han proporcionado a los ciudadanos el derecho a escoger productos e invertir libremente se veían abocados a concederles también el derecho a elegir libremente a sus mandatarios. Así ocurrió en las dictaduras del sudeste asiático y de Latinoamérica. Pocos años después de que México adoptara una línea liberal en el ámbito comercial, cayó el partido único que había detentado el poder durante 71 años; la dictadura de Suharto en Indonesia se derrumbó como un castillo de naipes por las secuelas de la crisis asiática y ahora hemos visto los primeros traspasos democráticos de poder en África, justo en los estados que han apostado por la apertura de sus mercados.

Muchos dan por sentado que los países árabes, con sus economías planificadas en torno al petróleo y su política opresora contra la mujer, nunca podrán democratizarse. Ahora bien, hay un par de ellos, Qatar y Bahrein, que han emprendido reformas liberales cuyo resultado ha sido la expansión de sus economías. Ello se ha visto seguido de un proceso reformador en el ámbito político. Qatar ha suprimido la censura periodística y su canal por satélite Al-Jazeera opera con libertad. *Demasiado* libremente, en opinión de los norteamericanos durante la guerra contra los talibanes en Afganistán. De hecho, EE.UU. trató de persuadir al gobierno qatarí para que se hiciera con el control del canal, a lo que éste simplemente repuso que esas cosas no se pueden hacer en un país que respeta la libertad de expresión. Qatar también ha celebrado elecciones municipales democráticas, en las que las mujeres han podido votar y presentarse como candidatas. En Bahrein, su nuevo dirigente ha excarcelado a los presos políticos e, incluso, los disidentes en el exilio han retornado al país, implicándose en el diálogo político. El país ha llevado a cabo comicios locales y, al redactar estas líneas, prepara las elecciones generales para el parlamento nacional, donde las mujeres pueden participar

en igualdad de condiciones que los hombres.

Las personas con un mayor nivel de vida, mejor formación y acostumbradas a elegir no aceptan que otros tomen las decisiones por ellas. Por ese motivo, la economía de mercado suele conducir a la democracia, y la democracia fortalece la economía de mercado. Al obtener voz y voto en la política colectivos antes excluidos, la élite encuentra más problemas para beneficiarse a su costa. Este factor resulta en más liberalizaciones económicas, lo que disminuye la pobreza y, por ende, estabiliza la democracia. Un sistema económico descentralizado hace posible el establecimiento de grupos independientes del poder político, que es una de las bases del pluralismo político. Los estudios internacionales sobre libertad económica evidencian que los ciudadanos que gozan del derecho de operar comercialmente a nivel internacional tienen también aproximadamente cuatro veces más probabilidades de disfrutar de libertad política que los que carecen de dicho derecho. Ésa es una de las razones por las que los defensores de la democratización de China defendían el ingreso de este país en la Organización Mundial del Comercio, para su mayor transparencia y descentralización, y con el fin también de obligar a una dictadura que siempre ha actuado de forma despótica y arbitraria a seguir un cuerpo normativo internacional de carácter imparcial.

«Antes el cielo era negro. Ahora tiene luz. Esto puede ser un nuevo despertar», afirmaba un disidente encarcelado acerca de la apertura de la economía china.<sup>[15]</sup>

El siglo XX ha dejado bien patente que no hay otro sistema económico aparte del capitalismo que sea compatible con la democracia. Por ello no sólo es insultante hablar de la «dictadura del mercado», sino que también demuestra una profunda ignorancia.

Indudablemente aquel que está endeudado tampoco es libre. Un país que deriva en una situación de crisis presupuestaria y deuda externa sufrirá el recelo del mercado. En ese caso resultará perentorio adoptar reformas para recuperar la confianza en la economía de dicho país; de lo contrario, el extranjero exigirá intereses más altos para seguir concediendo créditos o, incluso, dejará de prestarle dinero. De esta guisa un estado moderno puede ir a parar «a las garras del mercado», pero esa evolución no es achacable al mercado, sino al propio estado. Si éste descuida su economía y se niega a

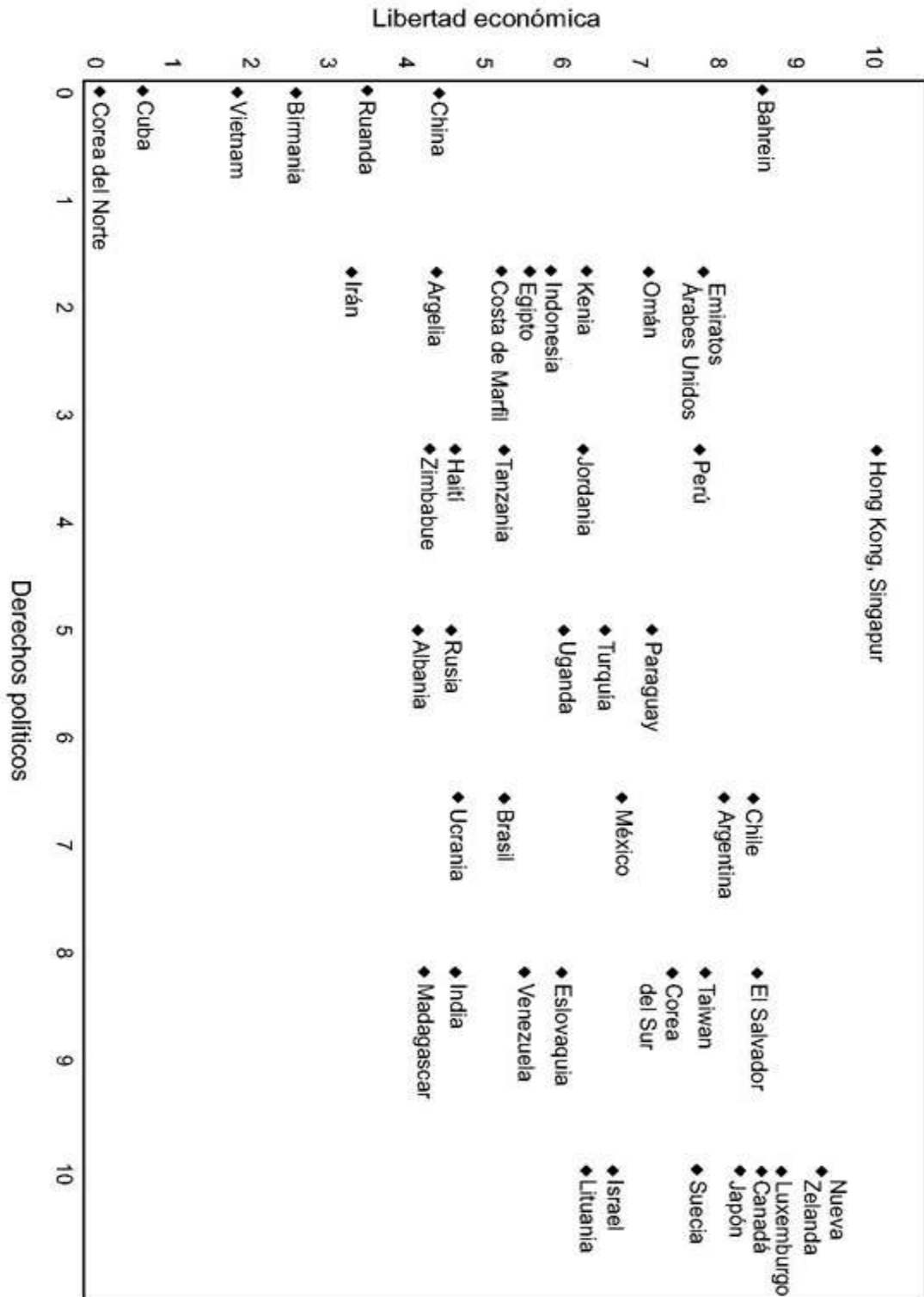
financiar sus gastos con fondos propios, recurriendo para ello al mercado, es decisión suya caer en una dependencia del mercado.

De hecho, los mercados financieros internacionales fueron creados por estados del bienestar deseosos de encontrar donde sufragar sus gastos durante las crisis de la década de los 70. Se trataba de un mecanismo para ampliar su capacidad de maniobra. Si no existieran los mercados financieros, el estado se vería forzado a extender la pierna hasta donde llega la sábana. Gracias a ellos, existe la opción de aplazar el desembolso a una ocasión posterior. Al practicarse una política seria y estable, el país gozará de muchas más alternativas de las que disponía antes del nacimiento de los mercados financieros. Sin embargo, los inversores tienen buenas razones históricas para desconfiar de los estados con una abultada deuda pública: con frecuencia, éstos rebajan por iniciativa propia el monto adeudado mediante una inflación galopante o a través de devaluaciones, las cuales reducen el valor de su moneda. Por ese motivo, los mercados financieros tienen motivo para permanecer ojo avizor con el comportamiento de los estados y para no conceder condiciones igual de favorables a aquellos países que aparentemente no gestionen sus economías de forma conveniente. Pero el hecho de que los financiadores fijen sus propias condiciones para prestar su dinero no puede equipararse con una dictadura. Los gobiernos siguen siendo libres a la hora de desatender sus economías y no tienen derecho a forzar a nadie para que se las financie.

«Cuando la deuda pública alcanza un nivel determinado, no creo que haya un solo ejemplo de devolución realizada de forma honesta y en su integridad. En caso de haberse producido una liberación de los ingresos públicos, siempre se ha hecho a través de una bancarrota, de cuando en cuando ampliamente reconocida, pero en todos los casos mediante una verdadera bancarrota, aunque en numerosas ocasiones acompañada de un pago ficticio.» *Adam Smith*, 1776. [\[16\]](#)

# Capitalismo y democracia van de la mano

Grado de libertad económica y derechos democráticos en 46 países analizados.



Fuente: Donway, 2000.

A menudo, la valoración del mercado es progresiva. Las dictaduras latinoamericanas cayeron en los 80 cuando los mercados dejaron en la estacada a sus economías azotadas por la crisis y la deuda. Una vez superada su crisis, la mayoría de los estados asiáticos han apostado por la apertura y la democratización. La información y el respeto al orden imperante que precisan los inversores les lleva a huir del hermetismo y la corrupción como de la peste. No hay nada más eficaz a la hora de provocar la salida de capital de un país que las sospechas de irregularidades dentro de la élite política, y pocas cosas más atractivas como la apertura, la transparencia y la claridad en la esfera de lo público.

A algunos, la propia idea de que el mercado pueda juzgar asuntos políticos les parece antidemocrático. Consideran que los inversores deben permanecer calladitos y siempre dispuestos a poner a disposición su dinero, aunque todo apunte a que el estado vaya a hacerlo desaparecer a golpe de inflación. El hecho de que los contribuyentes coloquen sus ahorros en el extranjero se les antoja también antidemocrático. Sin embargo, reaccionar ante los asuntos políticos con objeto de proteger los intereses propios no significa estar en contra de la democracia. Sí lo sería considerar que la democracia es sinónimo de control estatal absoluto y de lealtad incondicional a la voluntad de los mandatarios. En ese caso, no sólo las valoraciones que realizan los mercados financieros deberían catalogarse como antidemocráticas, sino también las demandas salariales compensatorias reclamadas por los sindicatos y las indagaciones indiscretas de los periodistas. Pero eso nos llevaría a una situación más parecida a una dictadura que exige total sumisión que a una democracia que garantiza libertades civiles.<sup>[17]</sup>

En realidad, para estos críticos la verdadera amenaza contra la democracia no es el mercado, sino la política que desean que implanten las democracias, es decir, una mayor cuota de poder por parte del estado sobre las decisiones económicas de los ciudadanos. El problema es que no resulta tan atractivo afirmar que el mercado supone un peligro para el control estatal de nuestras actividades económicas como decir que es una amenaza para la democracia. Y, ¿por qué motivo sería más democrático que un estado tuviera un mayor poder de decisión sobre nosotros? Según este razonamiento, los países de Occidente podrían presumir de un mayor grado de democracia si nos impusieran la persona con que debemos casarnos, nos dijeran dónde debemos

trabajar o establecieran lo que tenemos derecho a escribir en un periódico...

«No obstante, si un país se ve obligado a cambiar el rumbo de su política a causa de las exigencias del mercado, ello supone una amenaza contra el sistema democrático. Supongamos que el gobierno español tuviera que suprimir la doble imposición sobre los beneficios corporativos porque, de lo contrario, las empresas abandonan el país.» Este planteamiento se basa también en la idea de que las personas siempre han de amoldarse a las resoluciones políticas, y de que nada más que las decisiones deliberadas adoptadas por el parlamento y el gobierno han de impulsar la agenda política. Sin embargo, esto último es lo habitual, es decir, la inspiración y los desafíos suelen tener su origen en el exterior y no en los propios políticos. Nos dotamos de una radio y una televisión libres porque el desarrollo tecnológico ponía en peligro los antiguos monopolios y el surgimiento del sufragio directo unipersonal se debe en parte al creciente desinterés político experimentado por la ciudadanía, no a que los responsables políticos lo aprobaran tras largas y concienzudas deliberaciones al respecto. Una de las razones de ser de la democracia es la posibilidad de adaptar la política de un país en función de las condiciones cambiantes y de los nuevos retos; el hecho de que se transforme no es algo antidemocrático. Si fuera así, todos los factores que incrementan la presión fiscal y el gasto público más allá de lo prometido por los partidos habría que considerarlos también contrarios a la democracia (como, por ejemplo, las demandas de los grupos de interés, la ampliación del ámbito de acción de los burócratas o los intentos de los políticos por contentar a sus apoyos fácticos). Nunca he oído hablar a nadie de «la dictadura del gasto público» por ese motivo.

La idea de que el mercado fuerza a los países a practicar una política determinada tiene probablemente su principal origen en la cobardía de ciertos políticos. Al no atreverse o ser capaces de motivar sus recortes presupuestarios o liberalizaciones, arguyen que es «necesario» y que no tienen más remedio que proceder así por culpa de la globalización. Es una forma cómoda de evitar la argumentación que, de paso, les sirve para desprestigiar la economía de mercado.

Existen razones para cuestionar la propia tesis de partida en la que se basa el planteamiento de que los mercados obligan a aplicar una política económica de carácter liberal. Los actores que conforman el mercado no exigen una ideología liberal para «premiar» a un país con sus

deslocalizaciones corporativas. Lo que reclaman es una economía saneada que no esté expuesta a la amenaza de un colapso. En consecuencia, la valoración del mercado sobre la política desarrollada por los países es uno de los motivos de que, felizmente, cada vez sean más los estados que reducen su déficit presupuestario, su inflación y sus tipos de interés. No habría mucha gente que colocara sus ahorros en un fondo de pensiones que invirtiera de acuerdo con el grado de liberalización y no en función de los criterios económicos. Si la economía está igual de saneada, los inversores no tratarán peor a un estado del bienestar socialdemócrata que a un país neoliberal al estilo «gendarme nocturno» de Lassalle. Uno de los países más globalizados del planeta es Suecia, que resulta tener también la mayor presión fiscal del mundo. En las dos últimas décadas de mundialización, se han acrecentado los aparatos estatales a nivel global. Entre 1980 y 1995, la tributación fiscal ha pasado del 22,6 al 25,9% del PNB en el ámbito mundial. El gasto público también ha ascendido desde el 25,7 al 29,1% del PNB.<sup>[18]</sup>

El hecho de que individuos y empresas tengan la posibilidad de moverse con libertad no significa necesariamente que vayan a trasladarse *ipso facto* a los lugares con menor presión fiscal. Se irán allí donde obtengan más por sus impuestos. Cuando los ciudadanos consideran que se les proporciona una cobertura y un servicio acorde con su tributación, no abandonan el país. Sólo si los impuestos se emplean de forma ineficaz o en ámbitos que la gente no valora (lo que, todo sea dicho, ocurre de vez en cuando...) generarán problemas en un mundo de una movilidad en ascenso. Resulta, en consecuencia, más complicado mantener un nivel impositivo sobre el que la gente piensa que no recibe nada a cambio, lo cual, ciertamente, no se puede decir que sea precisamente antidemocrático...

Incluso puede ser que la globalización ayude a los votantes a mantener el régimen político de su preferencia, aunque la elección recaiga en un sistema con una alta carga fiscal y un sector público de gran tamaño. Ello se debe a que la mundialización y el libre comercio nos simplifica la tarea de obtener aquello en lo que nos desfavorece nuestro sistema a través del intercambio con países que aplican otros modelos. Si la monopolización de la sanidad perjudica el desarrollo de nuevas tecnologías y conocimientos en el área de la salud, podremos importar éstos de países con un sector sanitario más dinámico. En caso de que una alta presión fiscal frene el surgimiento de

amplios mercados financieros, las empresas podrán absorber su capital en otros países. Gracias a la globalización, los países pueden permitirse obtener aquello que no se les da tan bien. Naturalmente, hay problemas con ciertos tipos de políticas, por ejemplo, aquellas que niegan a sus ciudadanos la posibilidad y la iniciativa para formarse y producir, lo cual hace que carezcan de algo que intercambiar. No obstante, lo realmente importante es que todavía somos nosotros, los electores, los que decidimos la adopción de un sistema político o de otro en función de nuestros valores.



## **7. Progreso no es sinónimo de homogeneización**

### *El derecho a elegir cultura*

Si los niños se vieran obligados a hacer todos los descubrimientos por sí mismos su evolución sería muy lenta. Por fortuna, cuentan con padres que les transmiten sus experiencias y todo lo que han tenido oportunidad de aprender. Ello permite a los menores asimilar rápidamente conocimientos que nunca habrían podido conseguir por su cuenta, como, por ejemplo, qué se puede comer, qué es tóxico, cómo se va al centro, cómo se nada, etc. Una de las grandes ventajas de la mundialización es que los recién llegados, las economías jóvenes, pueden aprender de las más experimentadas. Ciertamente, los países en desarrollo no son niños ni los industrializados padres, pero las economías de estos últimos han superado ya las cotas de progreso que aquéllos aún tienen ante sí. Los países menos evolucionados pero actualmente en crecimiento no precisan de tanto tiempo para avanzar como Occidente, sino que pueden tomar atajos y aprender de nuestros errores. El nivel de prosperidad que costó a Europa Occidental 80 ó 100 años, lo ha igualado Taiwan en 25 años.

Los países en desarrollo pueden saltarse los pasos intermedios y sacar partido directamente de la tecnología generada, por ejemplo, en Europa y EE.UU. Un ejemplo de ello son los teléfonos móviles. Los países menos evolucionados no tienen necesidad de soportar el coste que supondría crear una red telefónica fija, sino que pueden beneficiarse directamente de la tecnología móvil. Ésta puede ser aprovechada por los más desfavorecidos para obtener información sobre precios. Actualmente, en muchos países en desarrollo hay empresas que alquilan teléfonos y es frecuente que la población de una aldea se asocie para compartir un celular. Ello ha desembocado en precios más estables y en la línea de los principales mercados, contribuyendo a que se echen a perder menos alimentos al determinarse ahora con una mayor precisión los plazos de entrega.

Halima Khatuun es una mujer analfabeta que vive en una aldea de

Bangladesh. Vende huevos a un comprador que pasa por el pueblo de vez en cuando. Antes tenía que venderlos al precio que el comprador le proponía, por no tener acceso a otros clientes. Pero una vez que el comprador vino y le ofreció 12 takas por 4 huevos, le hizo esperar un momento mientras empleaba el teléfono de la aldea para averiguar el precio en un mercado de otra aldea cercana. Dado que el precio en ésta era de 14 takas, pudo volver al comprador y negociar 13. La información procedente de ese mercado evitó que la engañaran.<sup>[1]</sup>

Las nuevas tecnologías de la información están revolucionando sectores tradicionales en todo el mundo. Cientos de artesanos, muchos de ellos mujeres, de Marruecos, Túnez, Líbano y Egipto, que nunca antes habían tenido acceso a los mercados internacionales, ahora pueden vender sus productos a través de una red de colaboración en Internet llamada Virtual Souk. Ello les ha permitido aumentar sus ventas y obtener un mayor margen de beneficios que en sus antiguos mercados.

De la misma manera que los ciudadanos de los países menos desarrollados pueden prestar servicios a las compañías occidentales mediante su conexión con la oficina principal vía satélite o por Internet, también pueden participar de la información. Gracias a Internet, el asesoramiento médico fiable y la formación avanzada ya no están reservados a los habitantes de las grandes metrópolis del mundo. Se podría recriminar que el ritmo de avance es lento, que sólo en torno al 5% de la población del planeta —y casi todos localizados en los países más prósperos— dispone de Internet, pero eso sería carecer completamente de perspectiva. Internet tiene unos 3.000 días de vida y ya ha alcanzado a 1 de cada 20 habitantes del globo. Se trata de la difusión tecnológica más veloz de la historia. El teléfono ha existido durante 125 años y todavía la mitad de la población de la Tierra nunca ha realizado una llamada. En esta ocasión, gracias a la mundialización, la progresión es enormemente más rápida. En Pekín y Shanghai, 1 de cada 10 familias posee un ordenador, y en pocos años el chino será el principal idioma en Internet.

El hecho de que los países en desarrollo ahora puedan tomar «atajos» en su marcha hacia el progreso evoca la idea de que existe un destino común al final de ese camino, una meta hacia la que convergen todas las sociedades. Se

trata de una noción que inquieta a muchos. Se teme la «macdonalización» o la «disneificación» del mundo, una uniformidad en la que todos acabemos poniéndonos la misma ropa, comiendo la misma comida y viendo las mismas películas. Sin embargo, estamos ante una descripción desacertada del proceso de globalización. Hoy en día, si te paseas, por ejemplo, por las calles de Barcelona, obviamente no te costará trabajo encontrarte hamburguesas y Coca-Cola, pero tampoco kebab, sushi, comida mexicana, pato pekinés, platos tailandeses, quesos franceses o un capuchino. De los estadounidenses sabemos que escuchan a Madonna y que ven películas de Bruce Willis, pero no nos acordamos con tanta frecuencia de que es un país con 1.700 orquestas sinfónicas, 7,5 millones de visitas a la ópera y 500 millones de visitas a museos cada año.<sup>[2]</sup> La mundialización no sólo nos ha aportado programas de *telerealidad* y la MTV, sino también películas clásicas en Movie Channel, documentales en Discovery e History Channel y noticias en CNN y CNBC. Hoy en día, las obras maestras de la música y la literatura están a sólo unos clics de distancia en Internet y los clásicos de la historia del cine se encuentran disponibles en el videoclub de la esquina.

Aunque con muchas reservas, se podría afirmar que la evolución apunta hacia un objetivo común, pero no a una meta donde predomine una cultura determinada, sino hacia el pluralismo y la libertad de elección entre una infinidad de caminos y destinos diferentes. Lo que luego las personas escojan variará. La globalización y el incremento de los intercambios no da lugar a que todos los países opten por lo mismo, sino a que un país, de repente, pueda albergar todas las alternativas. Con la ampliación e internacionalización de los mercados se incrementan las posibilidades de pervivencia y florecimiento de las expresiones culturales incluso más minoritarias. Quizá no haya muchas personas en un país como Suecia que demanden música sintética experimental o recreaciones cinematográficas de las novelas de Dostoievski, por lo que es bastante probable que los músicos y cinematógrafos activos en este ámbito nunca hubieran podido ejercer si sólo tuvieran acceso al público de dicho mercado. Sin embargo, hasta los segmentos de clientes muy reducidos pasan a tener un poder adquisitivo considerable al combinarlos con tendencias análogas en otros países. La mundialización incrementa nuestras posibilidades de acceder justo a lo que solicitamos, independientemente de lo solos que nos creamos al respecto. Las

opciones de supervivencia del arte popular marroquí y del queso roquefort francés son muy superiores si sumamos su demanda a nivel global. Como consecuencia, la oferta de artículos y de cultura es mayor y procede de todos los rincones de la Tierra. Eso es lo que hace que las personas piensen que nos encontramos en pleno proceso de homogeneización. Cuando viajas al extranjero ves algo bastante parecido a lo que hay en tu país, es decir, también disponen de artículos y cadenas comerciales de diversas partes del planeta, pero ello no es fruto de la uniformidad y del pensamiento único, sino justamente de lo contrario, a saber, de un mayor pluralismo por todas partes. Los norteamericanos son líderes en el ámbito de la cultura porque están habituados a producir comercialmente para un público gigantesco (entre otros motivos, a causa del idioma). Ahora otros países tienen la oportunidad de hacer lo propio.

Hay que reconocer que ello puede ser negativo en determinadas situaciones. Cuando viajamos a otro país queremos ver algo único y totalmente diferente. Si vamos a Roma y nos topamos con películas de Hollywood, comida china, juegos de Pokemon japoneses y coches Seat, echaremos en falta el sabor local. Por otra parte, ya estamos bien familiarizados en nuestro propio lugar de origen con especialidades tan típicas como la pizza, la pasta y el café espresso. Lo que ganamos pudiendo elegir «todo» en casa hace que resulte cada vez más difícil visitar un lugar donde todo nos parezca realmente genuino, por lo menos en lo que se refiere a lugares turísticos. Se trata efectivamente de un problema, pero de un problema «de lujo». Un ciudadano de Praga recibía de tanto en tanto la visita de unos amigos checos que habían emigrado al extranjero. Éstos se quejaban de que McDonald's se hubiera establecido en la ciudad, lo que, según ellos, suponía una amenaza para el tan particular encanto de Praga. Sin embargo, el comentario molestaba al protagonista de esta historia: ¿cómo podían contemplar su ciudad de origen como si se tratara de un museo que visitaban de vez en cuando para evitar los restaurantes de comida rápida? Él quería una ciudad de verdad, que ofreciera la comida cómoda y barata a la que estos mismos checos en el exilio tenían acceso en su país de residencia. Una ciudad real y vital no puede ser un «paraíso veraniego praguense» al servicio de los turistas. El motivo de ser de otros países y poblaciones no es ofrecernos una experiencia pintoresca durante nuestras vacaciones, sino que tienen derecho,

igual que nosotros, a escoger lo que les parezca más oportuno y necesario.<sup>[3]</sup>

Las culturas se transforman, acelerándose este proceso cuando uno tiene a su disposición un mayor número de opciones. Si podemos leer sobre otros estilos de vida y valores en nuestros periódicos y verlos por televisión, el paso no tiene por qué ser especialmente grande. A fin de cuentas, no es ninguna novedad que las culturas cambien, se relacionen con otras y se entremezclen. Eso es algo que siempre ha sido así. No en vano el término «cultura» viene de «cultivar», cuya propia definición encierra el concepto de transformación y renovación. Si tratamos de fijar en el tiempo ciertas pautas culturales y realzarlas como características intrínsecas de nuestra cultura, dejarán de ser cultura, pasando de constituir una parte de nosotros a ser reliquias de museo y folclore. Esto no es negativo de por sí, puesto que, aunque los museos pueden resultar agradables, no podemos vivir en ellos.

El antropólogo social noruego Thomas Hylland Eriksen, en su análisis de la noción de cultura como ente aislado e intacto, ha señalado que ésta es un proceso y, por tanto, de naturaleza ilimitada:

Cuando el estado se erige en el garante de la identidad cultural del pueblo, debe definir y codificar la cultura en el rígido lenguaje administrativo empleado por su burocracia. La cultura deja entonces de ser viva, dinámica, versátil y polifacética, convirtiéndose en un paquete, en un puzzle ya resuelto donde no se puede cambiar ninguna de las piezas sin destruir la imagen.<sup>[4]</sup>

Incluso aquello que consideramos como tradiciones auténticas tienen su origen en préstamos culturales. A los extranjeros les suele costar trabajo crearlo, pero una de las tradiciones más sagradas para los suecos, concretamente en Nochebuena, es ver al Pato Donald en televisión; otra de ellas, once días antes, es la conmemoración de la católica Santa Lucía colocando velas sobre el pelo de mujeres rubias. El escritor peruano Mario Vargas Llosa afirma haber aprendido algo bien específico durante sus muchos años dedicados al estudio de la cultura, en especial la francesa, que los políticos galos pretenden proteger mediante aranceles y subvenciones:

Y la más admirable lección que de ellos recibí fue saber que las culturas no necesitan ser protegidas por burócratas ni policías, ni confinadas dentro de barrotes, ni aisladas por aduanas, para mantenerse vivas y lozanas, porque ello, más bien, las folcloriza y las marchita. Ellas necesitan vivir en libertad, expuestas al cotejo continuo con culturas diferentes, gracias a lo cual se renuevan y enriquecen, y evolucionan y adaptan a la fluencia continua de la vida. No son los dinosaurios del Parque Jurásico los que amenazan la honra cultural de la tierra que dio al mundo

a Flaubert y a los Lumière, a Debussy y a Cézanne, a Rodin y a Marcel Carné, sino la bandada de pequeños demagogos y chovinistas que hablan de la cultura francesa como si ella fuera una momia que no puede ser sacada a los aires del mundo porque la libertad la desharía. <sup>[5]</sup>

Los encuentros culturales que propicia la mundialización reducen el riesgo de enclaustramiento en la cultura de partida. Puede antojarse como algo indeseable a los paladines de la tradición, pero, para muchos, uno de los mayores triunfos imaginables es ser capaz de evitar los estereotipos e imposiciones de la cultura propia. Ello puede resultar necesario para sortear los rígidos papeles tradicionales determinados por el sexo, o para poder vivir de acuerdo con los valores propios, o bien para escoger libremente una formación, rompiendo con la tradición familiar. La cercanía a otras expresiones culturales ayuda a despegar. ¿Cómo puede la élite afirmar que el modelo de vida propio es el único posible cuando la televisión y el ordenador muestran un sinfín de otras alternativas? ¿Cómo puede exigir el estado el mantenimiento de pautas familiares tradicionales y al mismo tiempo negociar un acuerdo comercial con ministros de otros países que son abiertamente homosexuales? El contacto regular con personas que piensan y viven de forma diferente a la tuya es un eficaz remedio contra la intolerancia y la autocomplacencia.

Con un recuerdo personal, el sociólogo inglés Anthony Giddens ilustra claramente el grado de opresión al que pueden llegar las soluciones unívocas de las tradiciones:

Si alguna vez me veo tentado a creer que la familia tradicional es, pese a todo, lo mejor, evoco lo que una vez me dijo mi anciana tía, que debe haber tenido uno de los matrimonios más duraderos que haya podido haber, casada con su marido durante más de 60 años. Una vez me confesó que había sido profundamente desgraciada todo ese tiempo, pero que en aquella época no había otra salida. <sup>[6]</sup>

No existe ninguna fórmula mágica aplicable en todos los casos para determinar qué grado de modernización se debe aceptar y cuántas tradiciones hemos de preservar. Justo por ese motivo es preciso que la línea divisoria la pueda establecer cada persona por sí misma. Ello puede resultar, aunque no necesariamente, en la desaparición de manifestaciones culturales anteriores. Al tener acceso a una cultura determinada personas que no han nacido en ella, se amplía en otra manera su forma de sobrevivir, pero no por la fuerza de la costumbre, sino fruto de una elección consciente. Son los árboles y no las

personas los que tienen raíces, como ha constatado el escritor Salman Rushdie. Con todo, quizá Rushdie vaya demasiado lejos con esa afirmación, porque efectivamente tenemos raíces, pero la especie humana se caracteriza más por sus pies que por su inmovilización en sistemas arraigados.

### *El imparable avance de la libertad*

La apertura a las influencias externas facilita la difusión de las ideas más tentadoras y convincentes. Eso es lo que ha hecho que la idea de la libertad y el individualismo hayan adquirido una fuerza tan formidable en la era de la globalización. Hay pocas ideas tan estimulantes como la de la autodeterminación. Cuando uno descubre que los habitantes de otros países gozan de ese derecho, resulta casi irresistible. Una pizca de libertad a la hora de participar de nuevas sensaciones y de elegir conduce rápidamente al planteamiento de nuevas demandas de más libertad de elección y decisión. Eso es lo que lleva a las personas que disfrutan de libertad económica a exigir democracia política, y aquellos que obtienen democracia reclaman también libertad individual. La noción de derechos humanos recorre el planeta Tierra. Si es cierto que asistimos a una homogeneización global, ésta consiste en que las sociedades convergen hacia la democracia y que cada vez hay más gente que puede decidir con libertad sobre sus destinos. La igualdad consiste en permitir la diferencia de un mayor número de personas.

«Ese desprecio que existía en el pasado contra las castas inferiores se encuentra en vías de extinción. Ahora, naturalmente, sé que todos, incluidos los parias, son personas con la misma dignidad que yo. Todos tenemos la sangre del mismo color.»

*Ram Vishal, campesino indio de avanzada edad perteneciente a una casta intermedia.* <sup>[7]</sup>

Se desmorona así la concepción segregacionista de que determinados pueblos no son capaces de vivir en libertad, de que necesitan ser gobernados por líderes autoritarios durante un periodo o de que uno no tiene derecho a inmiscuirse en la política de otros países. Si otros estados oprimen e, incluso,

exterminan a sus ciudadanos, tenemos el derecho y, tal vez, hasta la obligación, de luchar contra ello. La concepción de que la dignidad humana hay que considerarla de forma distinta a uno u otro lado de la frontera ha sufrido un duro golpe. Aunque nunca desembocara en su procesamiento, el hecho de que el juez Baltasar Garzón consiguiera que las autoridades británicas arrestaran al ex dictador chileno Augusto Pinochet durante una visita de éste a la isla supuso un verdadero hito. Tampoco es de extrañar que Fidel Castro, el dictador cubano, montara en cólera contra esta decisión, pese a ser de signo político muy diferente. Castro es consciente de que se ha reducido el número de escondrijos para dictadores en el mundo. Los déspotas y asesinos múltiples que hace apenas una década podían viajar sin problemas por el mundo, se arriesgan ahora a ser llevados ante cortes internacionales y tribunales para responder de sus crímenes de guerra, lo cual, a su vez, ha estimulado las legislaciones nacionales. Todo ello demuestra que las medidas internacionales son complementarias y no sustitutorias del derecho local. Tal vez en el futuro los sátrapas se lo piensen dos veces antes de cometer crímenes contra la Humanidad.

El futuro no está predeterminado. No hay una «vía única» ni nada que nos obligue a aceptar la mundialización. En eso tienen razón los antiglobalizadores. Es posible inmovilizar el capital, contener los flujos comerciales y blindar las fronteras. Ya ha ocurrido en una ocasión, tras el proceso de globalización de finales del siglo XIX, en el que el mundo pudo vivir varias décadas de democratización y apertura, cuando se liberó el comercio entre los países y las inversiones recorrieron libremente el planeta. Las personas no necesitaban pasaporte para cruzar las fronteras, no se requería permiso de trabajo para ejercer un oficio y era fácil conseguir la nacionalidad del país de acogida. Pero tras varios decenios de propaganda antiliberal y ruido de sables nacionalista, a principios del siglo XX se dio paso a la centralización y el cierre de fronteras. Países en realidad amigos en el intercambio y creación de nuevos valores empezaron a considerarse mutuamente como enemigos, alguien contra el que luchar acerca de los valores tradicionales. Los mercados había ahora que conquistarlos por la fuerza, no mediante la libre competencia. El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 marcó el final de ese periodo de globalización. Por primera vez en un par de generaciones, se introdujo el proteccionismo y se empezó a exigir el pasaporte para traspasar las fronteras.



La mundialización conlleva una serie de problemas contra los que resulta sencillo generar recelo: traumáticas reestructuraciones económicas, intereses socavados, culturas que ven peligrar su existencia y centros de poder tradicionales que han de ceder terreno. Conforme van perdiendo importancia las fronteras, no sólo las personas, mercancías y capital circulan con mayor facilidad; también lo hacen, por ejemplo, la delincuencia y las enfermedades. Los partidarios de la globalización deben demostrar que una mayor libertad y un mayor abanico de posibilidades compensan esos problemas y han de apuntar las diversas alternativas para atajarlos, tal vez con mayor eficacia que en el pasado. De lo contrario es muy probable que los planteamientos antiglobalizadores echen raíz en Occidente. En ese caso, por ejemplo, una recesión o una banal guerra arancelaria podría generar una fuerte reacción proteccionista. Tras la hecatombe bursátil de 1929, EE.UU. entró en una fase de rígido proteccionismo y lo único que el país exportaría más tarde sería la depresión. Otros estados respondieron con la misma moneda y el comercio mundial se colapsó, contrayéndose en sólo tres años a un tercio. De esa manera, una crisis de ámbito nacional desencadenó una depresión planetaria. El retorno del proteccionismo en nuestros días traería consigo el estancamiento del mundo industrializado y una mayor miseria para los países en vías de desarrollo. En el peor de los casos llevaría nuevamente a conflictos y a estados que empiezan a mirarse mutuamente como enemigos. Los países se replegarían entonces hacia dentro, considerando lo extranjero como una amenaza y no como una posibilidad. Las formas más básicas y groseras de la cerrazón y el nacionalismo comenzarían a imponerse.

Hoy en día, el riesgo es menor de que la globalización se vea abocada a un aterrizaje forzoso de esas características. Las ambiciones imperialistas han sido echadas por tierra ya que la mundialización, por su parte, se basa en la amplia diversidad de estados democráticos. Las nociones de democracia y derechos humanos adquieren un peso cada vez mayor y se puede afirmar que Asia y Latinoamérica en su conjunto están más integradas que nunca en la economía mundial, gracias a la decisión premeditada de estos países. La mayoría de los estados aspiran a acuerdos comerciales regulados y recíprocos en el marco, por ejemplo, de la OMC, a fin de evitar que los estados más poderosos puedan acabar sin más con el libre comercio. Pero, aunque la democracia y la economía de mercado sigan extendiéndose, no existe un camino único. Birmania y Corea del Norte son buena prueba de que es

posible aislarse de un mundo globalizado si se está dispuesto a pagar un alto precio en forma de opresión y miseria. Tampoco existe nada que obligue a la Unión Europea a liberalizar nuestros mercados si nos avenimos a aceptar la pérdida de cotas de libertad y prosperidad que ello significa y a permitir que las personas más expuestas de los países en desarrollo sufran por nuestra decisión de mantener las barreras arancelarias. No es «necesario» seguir la tendencia globalizadora, sólo deseable. La mundialización no continuará avanzando por sí sola, si nadie lucha por ella, si nadie desafía al hermetismo.

Todo cambio despierta recelo e inquietud, a veces con motivo; incluso los cambios positivos pueden originar consecuencias desagradables a corto plazo. Los mandatarios prefieren no asumir la responsabilidad de los fracasos y problemas. Siempre es mejor poder echar la culpa a otro. La mundialización va que ni pintada para ese papel, al incluir todas las fuerzas anónimas que históricamente han servido como útiles chivos expiatorios: el extranjero, el mercado, la evasiva toma de decisiones, etc. La globalización no puede replicar cuando los políticos la acusan de arruinar las economías, agudizar la pobreza y enriquecer a unos pocos, ni tampoco cuando los empresarios afirman que es ella, y no sus propias decisiones, lo que les fuerza a contaminar la naturaleza, a despedir a los empleados o a subirse su propio sueldo. La mundialización tampoco mejora su fama cuando ocurren cosas positivas, cuando se regenera el entorno, la economía funciona a plena máquina o se combate eficazmente la pobreza. Entonces sí que no faltan las personas dispuestas a asumir plena responsabilidad sobre el curso de los acontecimientos. Como ya se ha dicho, la globalización no se defiende a sí misma. Al objeto de afianzar la tendencia globalizadora precisamos así pues de una defensa ideológica en pro de la libertad contra las fronteras y los controles.

En 25 años, el planeta seguramente estará poblado por 2.000 millones de personas más. El 97% de ese incremento demográfico estará localizado en los países en desarrollo. No hay ningún proceso automático y predefinido llamado a delinear el tipo de mundo en que vivirán esos seres ni las opciones de las que van a disfrutar. Vendrá determinado por aquello que consideren, opinen y luchen por conseguir personas como usted y como yo.

\* \* \*

En la aldea china de Tau Hua Lin, Lasse Berg y Stig Karlsson se encuentran con personas que les hablan de los cambios de mentalidad que se han producido desde su última visita: «La vez pasada que estuvieron aquí, las ideas y los sentidos de la gente estaban bloqueados, cerrados, atados», explica uno de los campesinos, de nombre Yang Zhengming. Sin embargo, en el momento en que adquirieron poder sobre su propia tierra, disfrutaron por primera vez del derecho de decidir sobre algo por su cuenta. Incluso una cota de libertad tan relativa resultó revolucionaria. Se vieron obligados a pensar de forma independiente, a elaborar nuevos planteamientos y se les permitió preocuparse más por sí mismos y sus allegados, en vez de únicamente por los dictados del líder. Yang sostiene que, a partir de entonces, los campesinos fueron dueños de sí mismos. No necesitaban someterse, sino que podían decidir lo que querían hacer, en qué manera y cuándo. Los frutos de su trabajo los guardaban para ellos mismos. La libertad había llegado hasta ellos y ahora podían pensar por sí solos.

Uno de los autores, Lasse Berg, resume todas estas impresiones con una observación de carácter más general:

No es sólo en el interior de los ciudadanos donde se está derrumbando ahora una muralla china. Algo parecido está ocurriendo en todo el mundo, en Bihar, Timor Oriental y Ovamboland. La Humanidad está descubriendo que el individuo tiene derecho a ser dueño de sí mismo, lo cual no se puede afirmar precisamente que haya sido algo indiscutible en el pasado. Este descubrimiento genera una ansia no sólo de libertad sino también de prosperidad, un afán de riqueza.<sup>[8]</sup>

Es esta mentalidad la que, pese a todas las reservas, debe invitarnos al optimismo. Aún no hemos recorrido todo el camino, la opresión y la pobreza cubren todavía amplias zonas de nuestro globo terráqueo. Podemos sufrir y sufriremos importantes reveses. Ahora bien, las personas que ya saben que vivir en la opresión y la inopia no es su destino natural nunca más lo aceptarán como la única alternativa imaginable. Los seres humanos que comprenden que no son un mero medio para la sociedad y el colectivo, sino un fin en sí mismos, se negarán a someterse. Aquellos que han tenido ocasión de saborear las mieles de la libertad no estarán dispuestos a dejarse encerrar por muros y vallas, sino que trabajarán por conseguir una vida más digna y por mejorar nuestro mundo. Exigirán libertad y democracia. El objetivo de la política ha de ser proporcionar a estas personas la libertad que reclaman.

## Bibliografía

- Ades, Alberto F y Glaeser, Edward L., «Evidence on growth, increasing returns, and the extent of the market», en *Quarterly Journal of Economics*, vol. 114, n.º 3, Agosto de 1999.
- Altenberg, Per y Kleen, Peter, *Globalisering under attack*. Stockholm SNS, 2001
- Anderson, Kym, Hoekman, Bernard y Strutt, Anna, *Agriculture and the WTO: next steps*. Washington, DC: Banco Mundial/CEPR, Agosto 1999, [http://wbweb4.worldbank.org/wbiep/trade/papers\\_2000/ag-rie-sept.pdf](http://wbweb4.worldbank.org/wbiep/trade/papers_2000/ag-rie-sept.pdf). Al igual que el resto de páginas web, descargada a fecha 1 de mayo de 2001.
- Aronsson, Gunnar y Gustafsson, Klas, «Kritik eller tystnad: en studie av arbetsmarknads- och anställningsförhållandens betydelse för arbetsmiljökritik», en *Arbetsmarknad & Arbetsliv*, n.º 3 1999.
- Attac: «Program för sammanslutningen Attac», 3 de junio de 1998, <http://www.attac.org/fra/asso/doc/plateformesw.htm>
- Bajpai, Nirupam y Sachs, Jeffrey, *The progress of policy reform and variations in performance at the sub-national level in India*. Cambridge, MA: Harvard Institute for International Development, 1999 (Development Discussion paper No 730).
- Barnevik, Percy, *Global Forces of Change: Lecture at the 1997 International Industrial Conference*. San Francisco, 29 de septiembre de 1997.
- Bartlett, Bruce, «The truth about trade in history», en *Freedom to trade: refuting the new protectionism*. Washington, DC: Cato Institute, 1997.
- Bastiat, Frédéric, *Det man ser och det man inte ser*. Stockholm: Timbro, 1999.
- Bellamy, Carol, *The state of world's children 1997*. Nueva York: UNICEF, 1997, <http://www.unicef.org/sowc97/>.
- Ben-David, Dan y Winters, L Alan, *Trade, income disparity and poverty*. Ginebra: WTO, 2000 (WTO Special Study n.º 5, 2000), [http://www.wto.org/english/news\\_e/pres00\\_e/pr181\\_e.htm](http://www.wto.org/english/news_e/pres00_e/pr181_e.htm)
- Berg, Lasse y Karlsson, Stig T, *I Asiens tid: Indien, Japan, Kina 1966—1999*. Stocolmo: Ordfront, 2000.
- Berggren, Niclas, «Economic freedom and equality: friends or foes?», *Public Choice* (vol. 100) 1999.
- Bhagwati, Jagdish, *Protektionismen*. Stockholm: SNS, 1989.
- , «Why free capital mobility may be hazardous to your health: lessons from the latest financial crisis», föredrag véase NBERkonferens om kapitalkontroller en Cambridge, 7 de noviembre de 1998, [http://www.columbia.edu/~jb38/papers/NBER\\_comments.pdf](http://www.columbia.edu/~jb38/papers/NBER_comments.pdf)
- Bigsten, Arne y Levin, Jörgen, *Tillväxt, inkomstfördelning och fattigdom i u-länderna*. Stockholm: Globkom, septiembre de 2000, <http://www.globkom.net/rapporter/TIFU.pdf>  
<http://www.globkom.net/rapporter.phtml>

- Burnside, Craig y Dollar, David, «Aid, policies, and growth», en *American Economic Review*, vol. 90 (sept 2000) n° 4.
- Burtless, Gary, Lawrence, Robert y Shapiro, Robert, *Globophobia: confronting fears about open trade*. Washington, DC: Brookings Institution, 1998.
- Cassen, Bernard, «Who are the winners, and who are the losers of globalisation?», föredrag i London 17 de junio de 2000 vid The Amis UK Conference «Globalization in whose interest?», Conway Hall, London. <http://www.amisuk.force9.co.uk/ourarticles/June00art3.html>
- , (2001a), intervjuad av Lars Mogensen, «ATTAC lider af børnesygdomme», i danska *Information*, 23 de febrero de 2001.
- , (2001b), intervjuad av John Einar Sandvand, «Globalisering kun til besvær», norska *Aftenposten*, 2 de marzo de 2001.
- Clinell, Bim, *Attac: gräsrotternas revolt mot marknaden*. Stockholm: Agora, 2000.
- Cox, W Michael y Alm, Richard, *Myths of rich and poor: why we're better off than we think*. New York: Basic Books, 1999.
- Crook, Clive, «Third world economic development», en David Henderson (red), *The fortune encyclopedia of economics*. New York: Warner Books, 1993.
- Dasgupta, Susmita, Mody, Ashoka, Roy, Subhendu y Wheeler, David, *Environmental regulation and development: a cross-country empirical analysis*. Washington, DC: Banco Mundial, WP, marzo de 1995.
- Deininger, Klaus y Olinto, P, *Asset distribution, inequality and growth*. Washington, DC: Banco Mundial, 2000 (RP, 2375).
- , y Squire, Lyn, «New ways of looking at the old issues: asset inequality and growth», en *Journal of Development Economics*, vol. 57 (1998), sid 259-287.
- De Grauwe, Paul y Camerman, Filip, «How big are the big multinational companies?». Mimeo, enero de 2002. <http://www202.pair.com/sterckx/publicatie.php3?pub=globalisering/multinationals.htm>
- Demery, Lionel y Squire, Lyn, «Macroeconomic adjustment and poverty in Africa: an emerging picture», en *The World Bank Research Observer*, vol. 11, n° 1, February 1996.
- Doherty, Brian, «WHO cares?», en *Reason Magazine*, enero de 2002.
- Dollar, David y Kraay, Aart (2000a), *Growth is good for the poor*. Washington, DC: Banco Mundial, March 2000 (forthcoming Working Paper), <http://www.worldbank.org/research/growth/pdfiles/growthgoodforpoor.pdf>
- , (2000b), *Property rights, political rights, and the development of poor countries in the post-colonial period*. Washington, DC: Banco Mundial, 2000 (Preliminary draft, October 2000).
- , *Trade, growth and poverty*. Washington, DC: Banco Mundial, 2001 (Preliminary Draft, January 2001).
- Donway, Roger, «Lands of liberty», en *Navigator*, n° 4, 2000.
- Easterly, William, *How did highly indebted countries become highly indebted? Reviewing two decades of debt relief*. Washington, DC: Banco Mundial, 1999 (World Bank Working Paper 2225). [http://wbln0018.worldbank.org/research/workpapers.nsf/0/feacc810073aeac8525682c005c94c4/\\$F](http://wbln0018.worldbank.org/research/workpapers.nsf/0/feacc810073aeac8525682c005c94c4/$F)
- Edwards, James Rolph, «The myth of capital power», en *Liberty*, enero de 2001.

- Edwards, Sebastian, *Openness, productivity and growth*. Cambridge, MA: NBER, National Bureau of Economic Research, 1997 (Working Paper 5978).
- , «A capital idea?», en *Foreign Affairs*, mayo/junio de 1999.
- Ehnmark, Anders, *Minnets hemlighet: en bok om Erik Gustaf Geijer*. Stockholm: Norstedts, 1999.
- Eichengreen, Barry y Mussa, Michael m fl, *Capital account liberalization: theoretical and practical aspects*. Washington, DC: IMF, 1998.
- Eklund, Klas, «Globala kapitalrörelser», kapitel ur antologin *Välfärd, politik och ekonomi i en ny värld*. Stockholm: Arbetarrörelsens Ekonomiska Råd, 1999, <http://www.klaseklund.com/archiveframe.html>
- Elmbrant, Björn, *Hyperkapitalismen*. Stockholm: Atlas 2000.
- Eriksen, Thomas Hylland, *Kulturterrorismen: en uppgörelse med tanken om kulturell renhet*. Nora: Nya Doxa, 1999.
- Fakta och myter om globalisering: en artikelserie ur The Economist*. Stockholm: Timbro, 1998.
- Featherstone, Liza y Henwood, Doug, «Clothes encounters: activists and economists clash over sweatshops», en *Lingua Franca*, vol. 11, n° 2, marzo de 2001.
- Forrester Viviane. *El horror económico*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 1997.
- François, Joseph, Glismann, Hans-Hinrich y Spinanger, Dean, *The cost of EU trade protection in textiles and clothing*. Stockholm: The Ministry for Foreign Affairs/Utrikesdepartementet, marzo de 2000.
- Frankel, Jeffrey y Romer, David, «Does trade growth cause growth?», en *The American Economic Review*, vol. 89, n° 3, junio de 1999.
- Freedom House, *Freedom in the world 2000-2001*. New York: Freedom House, 2001, <http://www.freedomhouse.org/research/freeworld/2001/essay1.htm>
- Freedom House, «Democracy's century: a survey of global political change in the 20th century». New York: Freedom House, 2000, <http://www.freedomhouse.org/reports/century.pdf>.
- Friedman, Milton y Rose, Two lucky people: Memoirs*. Chicago: The University of Chicago Press, 1998.
- Friedman, Thomas L, *The Lexus and the olive tree: understanding globalization*. New York: HarperCollins, 1999.
- Gallup, John Luke, Radelet, Steven y Warner, Andrew, *Economic growth and the income of the poor*. Cambridge, MA: Harvard Institute for International Development, noviembre de 1998 (CAER II Discussion Paper no 36), <http://www.hiid.harvard.edu/caer2/htm/content/papers/confpubs/paper36/paper36.htm>
- George, Susan, intervjuad av Bim Clinell, «Dom kallar oss huliganer», en *Ordfront*, n° 12, 2000.
- Ghose, Ajit K, *Trade liberalization and manufacture employment*. Genève: International Labour Office, 2000 (Employment Paper 2000/3), <http://www.ilo.org/public/english/employment/strat/publ/ep00-3.htm>
- Giddens, Anthony, *Runaway world: how globalization is reshaping our lives*. London: Profile Books, 1999.
- Goklany, Indur M, The globalization of human well-being*. Washington, DC: CATO Institute, 2002 (Policy Analysis no 447), <http://www.cato.org/pubs/pas/pa447.pdf>

- Goldberg, Jonah, «Till försvar för McDonald's», en *smedjan.com*, 28 de septiembre de 2000.
- Goldsmith, Arthur, *Institutions and economic growth in Africa*. Cambridge, MA: Harvard Institute for International Development, 1998 (African Economic Policy Paper, Discussion paper n° 7, July 1998), <http://www.eagerproject.com/discussion7.shtml>
- Gray, John (1998), *False Dawn: The Delusions of Global Capitalism*. New York, NY: The New Press.
- Greenhouse, Steven y Khan, Joseph, «Workers' rights: U S effort to add labor standards to agenda fails», en *New York Times*, 3 december 1999.
- Grossman, Gene M y Krueger, Alan B, *Economic growth and the environment*. Cambridge, MA: National Bureau of Economic Research, 1994 (Working Paper 4634).
- Gunnarsson, Christer y Rojas, Mauricio, *Tillväxt, stagnation, kaos: en institutionell studie av underutvecklingens orsaker och utvecklingens möjligheter*. Stockholm: SNS, 1997.
- Gwartney, James, Lawson, Robert y Samida, Dexter (red), *Economic freedom of the world 2000*. Vancouver: Fraser Institute, 2000., [http://www.fraserinstitute.ca/publications/books/econ\\_free\\_2000/](http://www.fraserinstitute.ca/publications/books/econ_free_2000/)
- , Lawson, Robert, Park, Walter y Skipton, Charles (red), *Economic freedom of the world 2001*. Vancouver: Fraser Institute, 2001.; [http://www.fraserinstitute.ca/publications/books/efw\\_2001/](http://www.fraserinstitute.ca/publications/books/efw_2001/)
- , Lawson, Robert, Edwards, Chris, Park, Walter, de Rugy Veronique, Wagh, Smita (red) *Economic Freedom of the World 2002*. Vancouver: Fraser Institute, 2002, <http://www.freetheworld.com/>
- Hammar, K G, Motika, Dositej, Andersson, Krister, Thordson, Thord-Ove y Molin, Lennart, «Kd-ledaren ohederlig», en *Dagens Nyheter*, 1 de octubre de 2000.
- , intervjuad av Håkan A Bengtsson och Per Wirtén, «Att vända maktens pyramider», en *Arena*, n° 6/2000.
- Hansson, Åsa, *Limits of tax policy*. Lund: Universitetet, 2000 (Lund Economic Studies. 90).
- Heckscher, Eli, «Vårt tullsystems framtid III. Industri- och agrartullar», *Svensk Handelstidning*, 25 de agosto de 1918.
- Hedström, Ingrid y Stenberg, Ewa, «Flyktingar får inte chansen att söka asyl», en *Dagens Nyheter*, 11 de marzo de 2001.
- Hertel, Thomas W y Martin, Will, *Would developing countries gain from inclusion of manufactures in the WTO negotiations?* Genève: WTO, Centre William Rappard, 1999, (Paper presented at the WTO/World Bank Conference on Developing Countries' in a Millennium Round, 20—21 de septiembre de 1999), <http://www.itd.org/wb/hertel.doc>
- Hirst, Paul y Thompson, Grahame, *Globalization in question*. Cambridge, UK: Polity Press, 1996.
- Horesh, Ronnie, «Trade and agriculture: the unimportance of being rational», en *New Zealand Orchardist*, Abril de 2000.
- Illarionov, Andrei, «Russia's Potemkin capitalism», en Ian Vásquez (red), *Global fortune*. Washington, DC: Cato, 2000.
- Jaffe, Adam B, Peterson, Steven R, Portney, Paul R y Stavins, Robert, «Environmental regulation and the competitiveness of U S manufacturing: what does the evidence tell us?», en *Journal of Economic Literature*, vol. 33, n° 1, March 1995.
- Juan Pablo II (1998), «Homilía en la Plaza José Martí de La Habana.» Pronunciada el 25 de enero. Se

reproduce íntegra en <[www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_ii/travels/documents/hf\\_jp-ii\\_hom\\_25011998\\_lahavana\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/travels/documents/hf_jp-ii_hom_25011998_lahavana_sp.html)>.

- Klein, Naomi, *No logo: taking aim at the brand bullies*. London: Flamingo Books, 2000.
- Kuznets, Simon, «Economic growth and income inequality», en *American Economic Review*, vol. 45, March 1955, sid 26.
- Larsson, Tomas, *Asiens kris är inte kapitalismens*. Stockholm: Timbro, 1998, <http://www.timbro.se/bokhandel/pejling/pdf/75664003.pdf>
- , *Världens klassresa*. Stockholm: Timbro, 1999.
- , *Falska mantran: globaliseringsdebatten efter Seattle*. Stockholm: Timbro, 2001, <http://www.timbro.se/bokhandel/pejling/pdf/75664801.pdf>  
<http://www.timbro.se/bokhandel/pdf/75664801.pdf>
- Leufstedt, Sofia y Voltaire, Fredrik, *Vad säger empirin om skatter och sysselsättning?* Stockholm: Svensk Handel, septiembre de 1998, <http://www.svenskhandel.se/Filer/empiri.pdf>  
<http://beta.svenskhandel.se/Filer/empiri.pdf>
- Lomborg, Bjørn, *El ecologista escéptico*. Madrid, Espasa, 2003.
- Low, Patrick, Olarrega, Marcelo y Suarez, Javier, *Does globalization cause a higher concentration of international trade and investment flows?* Genève: World Trade Organization, 1998 (WTO Staff Working Paper ERAD).
- Lukas, Aaron, *Globalization and developing countries*. Washington, DC: CATO Institute, 2000 (WTO Report Card III, Trade Briefing Paper), <http://www.freetrade.org/pubs/briefs/tbp-010.pdf>
- Maddison, Angus, *Monitoring the world economy 1820-1992*. Paris: Development Centre of the Organisation for Economic Co-operation and Development, 1995.
- Maddison, Angus, *The World Economy: A Millennial Perspective*. Paris: OCDE, 2001.
- Martin, Hans-Peter y Schumann, Harald: *La trampa de la globalización. El ataque contra la democracia y el bienestar*, Madrid, Taurus, 1998.
- Mausz, Steven J y Tarr, David, *Adjusting to trade policy reform*. Washington, DC: Banco Mundial, 1999 (Working Paper), <http://www.worldbank.org/html/dec/Publications/Workpapers/Wps2000series/wps2142/wps2142.pdf>
- McNulty, Sheila, «Investors lose faith in Malaysia's weak reforms», en *Financial Times*, 17 de enero de 2001.
- Melchoir, Arne, Telle, Kjetil y Wiig, Henrik, *Globalisering og ulikhet: Verdens inntektsfordeling og levestandard 1960-1998*. Oslo: Norges Utrikespolitiska Institut, 2000, <http://www.frihandel.nu/text/globala.asp>
- Messerlin, Patrick, *Measuring the costs of protection in Europe*. Washington, DC: Institute for International Economics, (kommande), 2001.
- Micklethwait, John y Wooldridge, Adrian, *A future perfect*. New York: Random House, 2000.
- Mill, James, *Elements of Political Economy*. 3:e uppl. London: Baldwin, Cradock, and Joy, 1826.
- Mill, John Stuart, *Principles of Political Economy: Book IV and V*. London: Penguin, 1985.
- Moore, Stephen y Simon, Julian L, *It's getting better all the time: greatest trends of the last 100 years*. Washington DC: Cato, 2000.



- Norberg, Johan y Röttorp, Paula Werenfels, *Från Lutherhjälpen till skyltfönsterkrossare— en kartläggning av frihandelsmotståndet*. Ny rev uppl. Stockholm: Svensk Handel, 2001, <http://www.svenskhandel.se/Filer/frihandel2.pdf><http://beta.svenskhandel.se/Filer/frihandel2.pdf>
- Nordin, Ingemar, *Etik, teknik och samhälle*. Stockholm: Timbro, 1992.
- Nordström, Håkan, *The trade and development debate: an introductory note with emphasis on WTO issues*. Stockholm: Kommittén om Sveriges politik för global utveckling, Globkom, marzo de 2000, <http://www.globkom.net/rapporter/nordstrom.pdf><http://www.globkom.net/rapporter.phtml>
- , y Vaughan, Scott, *Trade and environment*. Genève: WTO publications, 1999 (WTO Special Study).
- Obstfeld, Maurice y Rogoff, Kenneth, «The mirage of fixed exchange rates», en *Journal of Economic Perspectives*, Fall 1995.
- O’Driscoll, Gerald P jr, Holmes, Kim R & Kirkpatrick, Melanie, *The 2001 Index of economic freedom*. Washington, DC: Heritage Foundation & Wall Street Journal, 2001, *O’Driscoll, Gerald P jr, Feulner, Edwin J y O’Grady, Mary Anastasia, The 2003 Index of economic freedom*. Washington, DC: Heritage Foundation & Wall Street Journal, 2002, <http://www.heritage.org/index/2003/>
- OECD, *Survey of OECD work on international investment*. Paris: OCDE, 1998 (Working Paper on International Investment).
- OCDE, *International trade and core labour standards*. Paris: OCDE, 2000.
- Overseas Development Institute, *Developing countries in the WTO*. London: Overseas Development Institute, 1995 (Briefing Paper 3).
- Oxfam, «The clothes trade in Bangladesh» (artikel på hemsida). Oxford: Oxfam, <http://www.oxfam.org.uk/campaign/clothes/clobanfo.htm>
- Pagrosky, Leif, «Varför en ny WTO-runda?», tal vid EU-nämndens WTO-hearing, 25 de noviembre de 1999.
- Pomfret, John, «Chinese are split over WTO entry», en *Washington Post*, 13 de marzo de 2000.
- , y Laris, Michael, «Chinese liberals welcome WTO bid», EN *Washington Post*, 18 de noviembre de 1999.
- Radelet, Steven y Sachs, Jeffrey, *What have we learned, so far, from the Asian financial crisis?* Cambridge, MA: Harvard Institute for International Development, 1999 (CAER II discussion paper n° 37, March), <http://www.hiid.harvard.edu/caer2/html/content/papers/paper37/paper37.htm>
- Radetzki, Marian, *Den gröna myten: ekonomisk tillväxt och miljöns kvalitet*. Stockholm: SNS, 2001.
- Rand, Ayn, *Capitalism: the unknown ideal*. New York: New American Library, 1966.
- Rankka, Maria, *Frihet med förhinder: in- och utvandring i vår tid*. Stockholm: Timbro, 2000, <http://www.timbro.se/bokhandel/pdf/917566481x.pdf>
- Rodriguez, Francisco y Rodrik, Dani, *Trade policy and economic growth: a skeptic’s guide to the cross-national evidence*. Cambridge, MA: National Bureau of Economic Research, 1999 (Working paper series 7081).
- Rojas, Mauricio, *Valser om arbetets slut*. (2 omarb uppl.) Stockholm: Timbro, 2000, <http://www.frihandel.nu/pdf/valser.pdf>
- Roodman, David, «Worldwatch proposes \$ 2 000 tax cut per family to save the planet». Washington, DC: Worldwatch Institute, 1998 (Worldwatch Briefing, 12 de septiembre de 1998),

- <http://www.worldwatch.org/alerts/pr980912.html>
- Rosenberg, Nathan y Birdzell, L E jr, *Västvärldens väg till välstånd*. Stockholm: SNS, 1991.
- Rudbeck, Carl, *Creole love call: kultur i den globala eran*. Stockholm: Timbro, 1998, <http://www.timbro.se/bokhandel/pejling/pdf/75663805.pdf>
- Rädda Barnen, «Faktablad om barnarbete». <http://www.raddabarnen.se/fakta/arbBarn2000/>
- Sachs, Jeffrey, «External debt, structural adjustment, and economic growth», Paper inför G-24 Research Group i Washington DC 18 de septiembere de 1996. Genève: Intergovernmental Group of 24 on International Monetary Affairs.
- , y Warner, Andrew, «Economic reform and the process of global integration», en *Brookings Papers on Economic Activity*, 1995 n° 1.
- , y Warner, Andrew, «Sources of slow growth in African economies», en *Journal of African Economies*, vol. 6 (1997) n° 3, sid 335-376.
- Sally, Razeen, «Free trade in practice: Estonia in the 1990s», en *Central Europe Review*, n° 27, 2000.
- Scully, GW, *Constitutional environments and economic growth*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1992.
- Sen, Amartya, *Development as freedom*. New York: Anchor Books, 1999.
- Short, Clare, *Eliminating world poverty: making globalisation work for the poor*. London: HMSO, 2000 (White Paper on International Development, december 2000), <http://www.globalisation.gov.uk/intro.htm>
- Sifo, «Stress i arbetslivet, pensioner: en undersökning för Pensionsforum i januari 2001». Stockholm: Sifo, 13 de febrero de 2001.
- Simon, Julian, *The state of humanity*. Oxford: Blackwell Publishers, 1995.
- Smith, Adam, *Den osynliga handen: Adam Smith i urval*. Stockholm: Ratio, 1994.
- de Soto, Hernando, *The mystery of capital: why capitalism triumphs in the west and fails everywhere else*. London: Bantam Press, 2000.
- Srinivasan, TN y Bhagwati, Jagdish, «Outward-orientation and development: are revisionists right?», en *Professor Anne Krueger Festschrift*. Septiembere de 1999 <http://www.columbia.edu/~jb38/Krueger.pdf>
- Svensson, Mattias, *Mer demokrati— mindre politik*. Stockholm: Timbro, 2000. <http://www.timbro.se/bokhandel/pejling/pdf/75664666.pdf>
- Tobin, James, «Financial globalization: can national currencies survive?», paper inför *Annual World Bank Conference on Development Economics 20—21 april 1998, (1998a)*. Washington, DC: Banco Mundial.
- , intervjuad av Radio Australia 17 de noviembrere de 1998, (1998b). <http://www.abc.gov.au/money/vault/extras/extra14.htm>
- Todaro, Michael P, *Economic development*. 6 uppl. Reading, MA: Addison Wesley Longman, 1997.
- UNDP, *Human development report 1997*. New York: Oxford University Press for the United Nations Development Programme (UNDP), 1997.
- Vargas Llosa, Mario, «Konstnärliga verk är också varor», i *Dagens Nyheter*, 28 oktober 1993.
- , «¿La excepción, Cultura?», *El País*, 12 de octubre de 1993.

- Vásquez, Ian (red), *Global fortune: the stumble and rise of world capitalism*. Washington, DC: Cato Institute, 2000.
- Vlachos, Jonas, *Är ekonomisk tillväxt bra för de fattiga?: en översikt över debatten*. Stockholm: Globkom, 2000, <http://www.globkom.net/rapporter/vlachos.pdf>
- Wheeler, David, *Racing to the bottom?: foreign investment and air pollution in developing countries*. Washington, DC: Banco Mundial, 2000 (Working paper 2524). <http://econ.worldbank.org/view.php?type=5&id=1340>
- , Huq, M y Martin, P, *Process change, economic policy and industrial pollution: cross country evidence from the wood pulp and steel industries*. Paper presenterat vid The Annual Meeting of the American Economic Association, 1993.
- Banco Mundial, *World development report 1992: development and the environment*. Washington, DC: Banco Mundial, 1992.
- , *The East Asian miracle: economic growth and public policy*. New York: Oxford University Press/Banco Mundial, 1993.
- , *Assessing aid: what works, what doesn't, and why*. New York: Oxford University Press/Banco Mundial, 1998.
- , *World development report 2000/2001: attacking poverty*, (2000a). New York: Oxford University Press/Banco Mundial, 2000, <http://www.worldbank.org/poverty/wdrpoverty/report/index.htm>
- , *Does more international trade openness increase world poverty?* Del 2 av Assessing Globalization, (2000b). Washington, DC: Banco Mundial/PREM Economic Policy Group and Development Economics Group, 2000 (World Bank briefing papers), <http://www1.worldbank.org/economicpolicy/globalization/ag02.html>  
<http://www.worldbank.org/html/extdr/pb/globalization/>
- , *Income poverty: trends in inequality*, (2000c). Washington, DC: Banco Mundial, 2000, <http://www.worldbank.org/poverty/data/trends/inequal.htm>
- , *Making transition work for everyone: poverty and inequality in Europe and Central Asia*, (2000d). Washington, DC: Banco Mundial, 2000.
- , *World development indicators 2000*, (2000e). Washington, DC: Banco Mundial, 2000.
- Yago, Glenn y Goldman, David, *Capital access index Fall 1998: emerging and submerging markets*. Santa Monica: Milken Institute, 1998, [http://www.milkeninstitute.org/mod18/capacc\\_contents.html](http://www.milkeninstitute.org/mod18/capacc_contents.html)  
<http://www.milkeninstitute.org/poe.cfm?point=pub03>
- Yao, Shuije, Economic development and poverty reduction in China over 20 years of reform, in *Economic Development and Cultural Change*, vol. 48 (2000), n° 3, sid 447-474.
- Yergin, Daniel y Stanislaw, Joseph, *Kommandohöjderna: berättelsen om marknadens globala renässans*. Stockholm: Timbro, 1998.
- Åslund, Anders, «Därför har Estland lyckats», en *Svenska Dagbladet*, 2 augusti 2000.
- Örn, Gunnar, *Nationalekonomi för noviser*. Stockholm: Timbro, 1996.
- Österberg, Torun, *Economic perspectives on immigrants and intergenerational transmissions*. [Diss.] Göteborg: Universitetet, 2000

# Notas

## Prólogo

[\*] Para esta segunda edición se han actualizado un conjunto de datos y cifras (Estocolmo, diciembre de 2002. Johan Norberg).

[1] Elmbrant (2000), p. 98.

[2] Ehnmark (1999), p. 60.

[3] Berg y Karlsson (2000), cap. 1.

[4] Gray (1998), pp. 39-43.

## 1. En constante progresión...

[1] Wulfstan aparece citado en Giddens (1999), p. 1. La cita del papa Juan Pablo II está tomada de su Homilía en la Plaza José Martí de La Habana. Ver referencias para más detalles.

[2] Wulfstan citado en Giddens (1999), p. 1. Hammar *Arena* 6/(2000).

[3] De no indicarse otra cosa, la información contenida en este capítulo procede del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) y el Banco Mundial, y en particular del Informe sobre Desarrollo Humano y el Informe sobre el Desarrollo Mundial de estas dos instituciones, respectivamente, así como del compendio Indicadores de Desarrollo Mundial de 2000. Debe tenerse en cuenta que las cifras varían en ocasiones entre las diversas fuentes debido a los diferentes métodos de medición aplicados. Por consiguiente, resulta fundamental emplear el mismo método de medición en el estudio de un cambio específico a lo largo del tiempo. Cuando el autor menciona en el libro a los países en desarrollo en contraste con los países industrializados, hace referencia de esta manera al concepto generalizado que se tiene del término, es decir, países que, entre otras cosas, soportan deficientes condiciones de vida, bajos niveles sanitarios y de enseñanza, productividad reducida, capital deficitario, una considerable dependencia económica de la agricultura y las materias primas, unido a inestabilidad y vulnerabilidad en la escena internacional. Ver por ejemplo Todaro (1997), p. 38. A partir de esta definición, suele considerarse más o menos a los 135 estados más pobres como países en desarrollo, a lo que hay que añadir un grupo de una treintena de países que están despegándose actualmente de su condición de país en desarrollo. Es importante recordar que dichos países son tan heterogéneos que resulta difícil considerarlos como un mismo grupo. Este concepto encierra tanto dictaduras como democracias, zonas de guerra como mercados emergentes, países míseros azotados por el hambre y otros a punto de unirse al colectivo de países industrializados.

[4] Berg y Karlsson (2000), p. 96.

[5] Melchoir, Telle y Wiig (2000), cap. 2.

[6] UNDP (1997), Overview, p. 2.

- [7] Berg y Karlsson (2000), p. 300.
- [8] Goklany (2002), pág. 7.
- [9] *Forbes*, 16 nov. 1998, pág. 36, Banco Mundial (2000a), p. 184.
- [10] Sen (1999), cap. 7.
- [11] Freedom House (2001).
- [12] Berg y Karlsson (2000), pág. 202.
- [13] «How women beat the rules», *The Economist*, 2 de octubre de 1999.
- [14] Yao (2000), Banco Mundial (2000b).
- [15] Berg y Karlsson (2000), cap. 4.
- [16] Bajpai y Sachs (1999).
- [17] Cox y Alm (1999), pp. 14 ss.
- [18] Melchoir, Telle y Wiig (2000). Esta tendencia hacia una mayor igualdad se acelerará en las próximas décadas debido al envejecimiento de la mano de obra mundial, lo cual contribuirá a la nivelación de las rentas. Véase Larsson (2001).
- [19] Banco Mundial (2000d).
- [20] Larsson (2001), pp. 11s.

## 2. ...y no es por casualidad

- [1] Sen (1999), p. 276.
- [2] Como es de suponer, los diagramas no muestran qué elemento es la causa y cuál el efecto. Se podría concluir a partir de ellos que los países que prosperan y aumentan su bienestar inician posteriormente un proceso de liberalización de su economía. Es éste un factor a tener en cuenta, pero si observamos los países que se ocultan detrás de las cifras, habría que declarar que la relación parece ser la inversa, es decir, la liberalización antecede al crecimiento. Nada de lo que el autor pueda afirmar ha de interpretarse como una refutación de que la historia, la cultura y otros factores no desempeñen un rol importante en la evolución de los países. Muy al contrario, el autor tiene el convencimiento de que, por ejemplo, las ideas y concepciones de los ciudadanos son transcendentales para el desarrollo económico. No obstante, aquí se ha decidido hacer hincapié en los factores políticos, los cuales, naturalmente, influyen también en las motivaciones de las personas.
- [3] Buer citado en Rand (1966)7, p. 114.
- [4] Maddison (1995).
- [5] El planteamiento de que el crecimiento es un fin en sí mismo resulta estrafalario. Habría que concluir entonces que lo único importante es producir lo máximo posible. Ese crecimiento se podría generar fácilmente si el estado, por ejemplo, se apoderara del capital de todos sus ciudadanos y pusiera en marcha una ingente maquinaria productora de objetos que nadie quiere (por ejemplo, el acero y el material de guerra en la Unión Soviética). El crecimiento debe adaptarse a las circunstancias de las personas, es decir, ha de producirse aquello que demandan los ciudadanos. Ése, en definitiva, es el motivo por el que sólo en una economía de mercado, donde la demanda se impone mediante los precios

y la producción, realmente se puede obtener un crecimiento en las áreas que más favorecen a la población.

[6] Berg y Karlsson (2000), p. 245.

[7] Dollar y Kraay (2000a). Para una revisión matizada del debate en torno a este informe, consúltese Vlachos (2000). Entre los informes que corroboran estos resultados están, entre otros, Gallup, Radelet y Warner (1998), donde se apunta que los más pobres, en proporción, incluso salen ligeramente más beneficiados que otros colectivos cuando se genera un crecimiento económico.

[8] Mill (1985), libro 5, cap. 2.

[9] Véase la tesis doctoral de Åsa Hansson, titulada *Limits of tax policy*, donde se defiende que el aumento en un punto de la presión fiscal en un país desarrollado e industrializado reduce el crecimiento anual en un 0,23% aproximadamente. En el análisis de Leufstedt y Voltaire (1998), los autores señalan que una ampliación del sector público de un país en un 10% hace decrecer el ritmo de crecimiento en cerca de un 1,5%.

[10] Cox y Alm (1999), cap. 4.

[11] Sobre la relación entre igualdad de acceso y renta, véase Deininger y Olinto (2000). Acerca de la relación con el desarrollo democrático, consúltese Deininger y Squire (1998).

[12] Kuznets (1955), p. 26.

[13] Banco Mundial (2000c). Los datos que rebaten las tesis de Kuznets se presentan en Deininger y Squire (1998), pp. 259-287. Para un análisis de estas investigaciones, véase Bigsten y Levin (2000).

[14] Scully (1992).

[15] Niclas Berggren (1999).

[16] «Measuring globalization», *Foreign Policy*, enero-febrero de 2001. En la segunda edición de este índice sobre los países más globalizados del mundo, Irlanda y Suiza encabezan la lista, con Suecia en un quinto puesto. Estados Unidos no aparece hasta el duodécimo puesto, pero se trata de una referencia en cierta manera engañosa, ya que este país es tan grande que contiene desplazamientos, relaciones comerciales y comunicaciones mucho más extensas dentro de sus fronteras que en los países de menor tamaño.

[17] Véase, por ejemplo, Dollar y Kraay (2000b) y (2000a). Sobre la importancia del derecho de propiedad para el desarrollo económico, véase Rosenberg y Birdzell Jr (1991).

[18] De Soto (2000).

[19] Gwartney, Lawson, *et al.*, Park & Skipton (2002), O'Driscoll Jr, Feulner y O'Grady (2003). Holmes & Kirkpatrick 2001.

[20] Gunnarsson y Rojas (1997), pp. 50s.

[21] Berg y Karlsson (2000), p. 93s, citado del Banco Mundial (2000a), p. 85.

[22] Banco Mundial (1993), p. 6. Ver también Gunnarsson y Rojas (1997).

[23] Sachs y Warner (1995), pp. 26-32, 72-95.

[24] Sachs y Warner (1997), pp. 335-376, Goldsmith (1998). Hay quien sostiene, de modo bastante absurdo, que África está más integrada en la economía mundial que otros continentes por el mero hecho de que la proporción de las exportaciones en los países que la integran es inusualmente elevado respecto a su PNB correspondiente. Sin embargo, esto no demuestra en absoluto que sean países más

orientados hacia el exterior que la media, sino sólo que sus economías internas son enormemente débiles y pequeñas.

[25] O'Driscoll Jr, Feulner y O'Grady (2003), O'Driscoll Jr, Holmes & Kirkpatrick 2001.

[26] «The Zimbabwean Model», *The Economist*, 30 de noviembre de 2002.

[27] Sachs y Warner (1997).

### 3. El libre comercio es comercio justo

[1] La crítica más habitual contra el libre comercio es que son necesarios ciertos aranceles y cuotas para proteger sectores determinados. Menos común actualmente es que haya alguien que defienda la independencia económica como modelo político. Sin embargo, esta noción pervive en algunos colectivos críticos contra la civilización occidental, por ejemplo, la organización de origen francés Attac. Su presidente, Bernard Cassen, se opone a la reducción de los aranceles que gravan a los países en desarrollo con el argumento de la independencia económica: «Me sorprende especialmente la teoría de que los países más desfavorecidos han de tener acceso a los mercados de los países ricos. ¿Qué significa esto realmente? Significa que esperamos que los países en desarrollo exporten. ¿Y exporten qué? Productos que necesitan ellos mismos en sus propios mercados... Hemos de retornar a las economías autosuficientes, y dejar atrás las propulsadas por las exportaciones, las cuales han demostrado ser un enorme fracaso.» Cassen (2000).

[2] Mill (1826), cap. III, sec V

[3] Smith (1994), p. 204.

[4] Por este motivo, Tomas Larsson vaticinó el colapso de la reunión de Seattle en su excelente ensayo *Världens klassresa* (1999).

[5] Sachs y Warner (1995).

[6] Entre los críticos se encuentran los liberales Srinivasan y Bhagwati (1999). Dos de los escépticos más notables del libre comercio son Rodríguez y Rodrik (1999), pero hasta ellos llegan a afirmar lo siguiente (p. 62): «No queremos dar la impresión al lector de que, a nuestro juicio, el proteccionismo es positivo para el crecimiento económico. No tenemos constancia de nada que evidencie fehacientemente —al menos, no después de 1945— la existencia de una conexión sistemática entre las trabas comerciales y el aumento del crecimiento.»

Uno de los argumentos de Dani Rodrik en contra del libre comercio es que los países con aranceles altos, como China o India, registran un ritmo de crecimiento superior a la Unión Europea y Estados Unidos, cuyas tarifas a la importación son bajas, pero olvida aquí el autor que las tasas de crecimiento china e india han venido después de que ambos países liberalizaran sus economías. Cuando los estados reducen drásticamente sus aranceles desde un nivel alto es cuando se originan los mayores índices de crecimiento, al trasvasar las mano de obra a sectores de máximo rendimiento. EE.UU. y la UE experimentaron un despegue similar al liberalizar su comercio. Aparte de ello, las poblaciones de China e India son tan numerosas que una liberalización interna de la economía trae aparejado un volumen comercial muy superior al de los habituales acuerdos regionales de libre comercio que se firman en el mundo.

[7] Edwards (1997), Nordström (2000).

[8] Frankel y Romer (1999).

[9] Dollar y Kraay (2001), pp. 5 y 35.

[10] Dollar y Kraay (2001), p. 26.

[11] Barnevik (1997), p. 4.

[12] Este resultado es corroborado de forma general por Ben-David y Winters (2000) y Ades y Glaeser (1999). Uno de los argumentos que refutarían el supuesto fomento del crecimiento por parte del libre comercio es que aquél fue superior durante las décadas siguientes a la II Guerra Mundial que en la actualidad, durante la era de la globalización, pero ello no tiene en cuenta el hecho de que, por lo general, el ritmo de expansión es superior cuando se parte de una posición de pobreza y las opciones de obtener un elevado rendimiento son abundantísimas, tras un período de escasez de capital y de practicar una política catastrófica, como ocurre en los períodos de posguerra. Conforme la economía se va desarrollando y absorbiendo inversiones, retorna a una curva normal de crecimiento. Aparte de ello, este argumento es incapaz de explicar por qué, de ser así, los países que han apostado por el libre cambio son los que en la actualidad registran mayores tasas de crecimiento, mientras que los estados proteccionistas se quedan cada vez más rezagados.

[13] Rojas (2000).

[14] «Dom kallar oss huliganer», *Ordfront* nr 12/George (2000).

[15] Mausz y Tarr (1999).

[16] Cox y Alm (1999), pp. 65 ss y cap. 1.

[17] Åslund (2000), Sally (2000).

[18] Hedström y Stenberg (2001).

[19] Ver Österberg (2000), Rankka (2000), «A continent on the move», *The Economist*, 6 de mayo de 2000.

#### 4. El desarrollo de los países en desarrollo

[1] Low, Olarrega y Suárez (1998). Muchos países permanecen cerrados al exterior en mayor o menor medida. 131 de los 161 países en desarrollo estudiados aplican todavía restricciones a las inversiones directas del extranjero.

[2] Hertel y Martin (1999), p. 12.

[3] Ronnie Horesh (2000).

[4] El presidente de Attac, Bernard Cassen, sostiene que «cada país o grupo de países tiene absoluto derecho a proteger su agricultura», Cassen (2001a). En la plataforma internacional de Attac, donde se apuntalan sus postulados centrales, se explica que es necesario combatir las fuerzas dentro de la Unión Europea que han emprendido la «cruzada del libre comercio», y se expresa el deseo de «derribar la política agraria común». Este planteamiento, no obstante, parece tan embarazoso para los partidarios de Attac en Suecia que tratan de ocultarlo. En la traducción al sueco precisamente de este apartado en el libro homenaje de la autora sueca Bim Clinell *Attac: gräsrotternas revolt mot marknaden* (2000) [pág. 75-78, traducido por Margareta Kruse], se tergiversa el pasaje de forma tal que sólo se critica a aquellos que «promueven una situación de mayores desregulaciones», sin mencionar la PAC.

[5] Anderson, Hoekman y Strutt (1999).



- [6] François, Glismann y Spinanger (2000), Pagrotsky (1999).
- [7] Beräkningar från Patrick Messerlin (2001). Measuring the costs of protection in Europe.
- [8] Heckscher (1918).
- [9] «White man's shame», *The Economist*, 25 de septiembre de 1999, Short, (2000).
- [10] La descripción de la evolución latinoamericana se basa en Gunnarsson y Rojas (1997).
- [11] Friedman (1998), cap. 24.
- [12] Sachs y Warner (1995), pp. 52-55.
- [13] Lukas (2000), p. 11.
- [14] Bartlett (1997).
- [15] Hertel y Martin (1999), pp. 4f ss.
- [16] Illarionov (2000), p. 209.
- [17] El analista es Goldsmith (1998), p. 11. Sobre los efectos de los programas, consultar Demery y Squire (1996) y Sachs (1996).
- [18] Banco Mundial (2000a), p. 202.
- [19] Easterly (1999).
- [20] Banco Mundial (1998), Burnside y Dollar (2000).
- [21] Banco Mundial (2000a), p. 182 ss.
- [22] Doherty (2002).

## 5. Una carrera hacia la cima

[1] Otro tanto ocurre con la noción de «globalización». Las manifestaciones de los movimientos antiglobalización internacionales reunidos en Praga en el año 2000 fue coordinada por la organización paraguas «Iniciativa contra globalización económica», pero la variante sueca, conscientes de que el concepto «globalización» tenía connotaciones positivas en el país escandinavo, adoptó como eslogan «Globalización desde abajo». El presidente francés de Attac, Bernard Cassen, afirma lo siguiente: «He tratado de encontrar una sola ventaja a la globalización, pero ha sido en vano» (Cassen 2001b), al tiempo que la delegación sueca de Attac sostiene que no está en contra de la globalización, sino que sólo quieren modificar las normas que la regulan.

[2] Citado en Greenhouse y Khan (1999). Los partidarios gustan de destacar que la asociación sindical International Confederation of Free Trade Unions defienden la implantación de cláusulas sociales, pero los afiliados de los países sureños protestan airadamente contra éstas. La otra federación sindical internacional, la World Federation of Trade Unions, con 110 millones de afiliados en 130 países, ha criticado la aplicación de cláusulas sociales en el marco de las negociaciones de la OMC.

[3] Lukas (2000), p. 11.

[4] Bellamy (1997), p. 23.

[5] Save the Children: «Ficha técnica sobre el trabajo infantil».

- [6] Acerca de la OIT en Berg y Karlsson (2000), p. 64; para cifras globales, consultar Goklany (2002), p. 8.
- [7] Burtless y otros (1998), cap. 4.
- [8] Según los últimos datos de Sifo (2001).
- [9] Illarionov (2000).
- [10] De Grauwe y Camerman (2002).
- [11] Edwards (2001).
- [12] Lukas (2000), p. 6.
- [13] Los estudios están disponibles en <http://www.theglobalalliance.org/>. Acerca de Lim, ver Featherstone y Henwood (2001). Sobre los funcionarios suecos, consultar Aronsson y Gustafsson (1999).
- [14] OCDE (2000).
- [15] «Foreign friends», *The Economist*, 8 de enero de 2000. OCDE (1998).
- [16] Klein (2000). A Klein le incomoda el hecho de que las empresas exploten la necesidad de propiedad y el deseo de pertenencia a un grupo de las personas. Pero, si realmente se trata de unas necesidades básicas, será mejor que se gestionen a través de las marcas que uno mismo escoge en vez de en función de la identidad congénita. Personalmente, yo prefiero que las personas debatan acerca de si es mejor un PC o un Mac en vez de discutir si ser blanco es mejor que negro, o viceversa. Precisamente por el hecho de ser algo trivial, parece más recomendable que los individuos se consideren superiores por tener zapatillas *Adidas* que por ser heterosexuales.
- [17] «The world's view of multinationals», *The Economist*, 27 de enero de 2000. Incluso críticos como Björn Elmbrant opinan que la iniciativa empresarial a nivel mundial no se está degradando, «sino que la explotación continuada va mezclándose progresivamente con formas más decentes en el ámbito de las actividades corporativas». Elmbrant (2000), p. 79.
- [18] Crook (1993).
- [19] Dasgupta, Mody, Roy y Wheeler (1995).
- [20] Jaffe, Peterson, Portney y Stavins (1995).
- [21] Inversiones y medio ambiente: Wheeler (2000). Producción siderúrgica: Wheeler, Huq y Martin (1993).
- [22] Stern, Paul C. y otros (1997), *Environmentally Significant Consumption*. Washington, DC: National Academy Press.
- [23] Grossman y Krueger (1994), Radetzki (2001).
- [24] Moore y Simon (2000), sección XIV.
- [25] Moore y Simon (2000), sección XV.
- [26] El ejemplo aparece en Nordin (1992), p. 154.
- [27] Roodman (1998).

## 6. ¿Es irracional el capital internacional?

[1] Elmbrant (2000), p. 89 ss.

[2] Una buena introducción sobre el tema es Eklund (1999); para una exposición más teórica, véase Eichengreen y Mussa, *et al.* (1998).

[3] Este estudio y los que lo refutan se recogen en Eichengreen y Mussa, *et al.* (1998), p. 19. Yago y Goldman (1998).

[4] McNulty (2001).

[5] Edwards (1999).

[6] Micklethwait y Wooldridge (2000), p. 55.

[7] Eichengreen y Mussa, *et al.* (1998), p. 18.

[8] Radelet y Sachs (1999), Larsson (1998).

[9] Yago y Goldman, (1998).

[10] Klein (2000), cap. 9, Elmbrant (2000), p. 85 ss, Banco Mundial (2000), p. 163

[11] Bhagwati (1998).

[12] Micklethwait y Wooldridge (2000), p. 178.

[13] Tobin (Entrevista a Radio Australia, 17 de noviembre de 1998) afirma, entre otras cosas, lo siguiente: «En mi opinión, es un gran error que los países en desarrollo traten de imponer tipos fijos de cambio... Las tres divisas principales —dólar, yen y marco alemán; pronto el euro— se apoyan en tipos variables y no hemos tenido crisis monetarias entre ellos. No comprendo por qué insistimos en que Corea del Sur y Tailandia congelen sus tipos de cambio... lo cual generaría crisis.» Véase también Tobin (1998a).

[14] Acerca de los tipos de cambio variables: Radelet y Sachs (1999), p. 13; sobre la tasa de cambio fija: Obstfeld y Rogoff (1995).

[15] En China, los disidentes, reformistas y liberales propugnaron la adhesión del país a la OMC, mientras que los adversarios se localizaban dentro de las grandes compañías, el servicio secreto y el ejército. La cita aparece en Pomfret y Laris (1999); sobre la oposición por parte de los poderes tradicionales, véase Pomfret (2000).

[16] Smith (1994), p. 299 s.

[17] Svensson (2000).

[18] Larsson (2001), p. 44.

## 7. Progreso no es sinónimo de homogeneización

[1] Banco Mundial (2000a), p. 73.

[2] Moore y Simon (2000), pp. 218 ss.

[3] Goldberg (2000).

[4] Eriksen (1999), p. 46.

[5] Vargas Llosa (1993).

[6] Giddens (1999), p. 66.

[7] Berg y Karlsson (2000), p. 51.

[8] Berg y Karlsson (2000), pp. 162-171.

# Table of Contents

## Prólogo

### 1. En constante progresión...

Una verdad a medias

Disminución de la pobreza

Hambre

Educación

Democratización

Discriminación de la mujer

China

India

Desigualdades globales

Pero con las justas reservas

### 2. ...y no es por casualidad

Así es el capitalismo

La bendición del crecimiento

¿Libertad o igualdad? ¿Y por qué elegir?

El derecho de propiedad - por los más desfavorecidos

El milagro asiático

El embrollo africano

### 3. El libre comercio es comercio justo

Todos salen ganando

Importar importa

El libre comercio genera crecimiento

Una fuente inagotable de empleo

Libre circulación - también para las personas

### 4. El desarrollo de los países en desarrollo

Una distribución desigual del capitalismo

La ignominia del hombre blanco

El caso latinoamericano

En la ruta del comercio

«Dejad que mantengan sus aranceles»

La trampa del endeudamiento

El remedio adecuado

5. Una carrera hacia la cima

Yo defiando también el libre comercio, pero...

Trabajo infantil

¿Y nosotros, qué?

«Big is beautiful»

Oro y bosques verdes

6. ¿Es irracional el capital internacional?

El colectivo sin líder aparente

¿Se debe regular más?

La tasa Tobin

La crisis asiática

En lugar de la crisis

¿Una dictadura del mercado?

7. Progreso no es sinónimo de homogeneización

El derecho a elegir cultura

El imparable avance de la libertad

Bibliografía

Notas